Stanley G. Payne

falange

Historia del fascismo español



El historiador hispanista Stanley G. Payne narra la aparición del fascismo en España desde la creación de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), fundadas por Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma Ramos, de la unión de ésta con Falange, fundada y liderada por José Antonio Primo de Rivera, y su posterior papel en la guerra civil así como la definitiva unificación con el movimiento carlista que llevó a cabo el general Francisco Franco.



Stanley G. Payne

FALANGE. HISTORIA DEL FASCISMO ESPAÑOL

ePub r1.1

Titivillus 23.04.2021

Título original: *Falange a History of Spanish Fascism*
Stanley G. Payne, 1965
Traducción: Francisco Farreras

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Conversión a pdf: FS, 2021



A la memoria de Jaime Vicens Vives
(1910-1960), un gran historiador

Prefacio

Si la guerra civil española ha suscitado durante mucho tiempo tan animadas controversias en el mundo, ello se debe, en parte, al hecho de que aquella lucha épica terminó con la victoria de la tendencia nacionalista autoritaria, que resultaría vencida luego en el gran conflicto de 1939 a 1945. Y, sin embargo, pocas cosas de la moderna política europea han sido tan mal comprendidas como los fundamentos del régimen de Franco, establecidos durante la guerra civil.

El presente estudio trata únicamente de un aspecto de la turbulenta vida política española transcurrida entre 1930 y 1940: su experiencia fascista. Hace ya muchos años que se llegó a la conclusión de que los diversos movimientos fascistas existentes en la década de 1930 no estaban cortados por el mismo patrón; los distintos partidos fascistas diferían considerablemente entre sí, tanto por su carácter como por su composición. El ensayo español de fascismo se estudia aquí como un fenómeno peculiarmente hispánico resultante de las condiciones existentes en España y de los sentimientos de los españoles. Su contenido ideológico era, en definitiva, menos importante que su tono emocional, y si José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, sobresalió en medio de las pasiones y de los odios de la República fue debido, sobre todo, a su temperamento político. Por esta razón la primera mitad de esta obra está dominada por la figura del «Jefe». He tratado de presentar —absteniéndome

de toda adulación o recriminación— lo que considero como la primera versión plenamente imparcial de su carrera política.

Desde el comienzo de la guerra civil la Falange ha venido desenvolviéndose a la sombra del Caudillo, Francisco Franco. Este hombre pequeño y cauto es una figura sumamente singular, que ha logrado sobrevivir a las constantes mutaciones del caleidoscopio político. He procurado describir lo más fielmente posible hasta qué punto ha venido utilizando al partido fascista y cómo éste, a su vez, ha sobrevivido bajo su régimen.

Los últimos años del régimen de Franco han sido analizados con menos detalle debido a que de 1945 a 1955 la historia interna del régimen ha sido relativamente intrascendente. Dado que su estructura básica quedó establecida durante el período de 1936 a 1943, nuestro estudio se ha centrado en torno a dichos años.

Acaso nunca se llegará a conocer toda la verdad respecto al fascismo español y las complejas luchas del período de la guerra civil, pero yo he tratado de ser lo más imparcial y objetivo que las circunstancias permiten. Toda clase de material impreso que he podido consultar figura en las notas y en la bibliografía. También he procurado, en lo posible, recurrir al método de investigación histórica preconizado por Tucídides, conversando con las figuras importantes de mi relato, siempre que se tratara de personas vivientes y asequibles, y reuniendo las notas personales y documentos privados de un gran número de gentes. En la última parte del libro, al tratar ciertos temas sobre los que apenas existen materiales de carácter público, he tenido que basarme fundamentalmente en tales fuentes personales. Los riesgos inherentes a semejante procedimiento son evidentes, pero he procurado reducir al mínimo el margen de propensión al egocentrismo, así como las posibles tergiversaciones.

Son tantos los españoles a los que debo la mayor parte de la información recogida que resultaría imposible citarlos a todos. Sin embargo, debo expresar el reconocimiento de mi gratitud a don Dionisio Ridruejo y a don Manuel Hedilla Larrey, sin cuya ayuda no hubiera podido escribirse este libro.

STANLEY G. PAYNE.

Minneapolis (Minnesota), mayo de 1961

Capitulo I

Los Antecedentes

Las violentas tensiones de la historia europea en el curso del siglo XX se polarizan en torno a dos fenómenos: las luchas entre clases sociales y las guerras entre naciones. Las huelgas y demás manifestaciones obreras adquieren gran extensión en vísperas de la primera guerra mundial, provocando simultáneamente una reanimación del espíritu nacionalista que había ido desarrollándose en el curso de varias generaciones. Durante la guerra, la conciencia de clase quedó soterrada por efecto de una explosión del nacionalismo que trascendió aquélla, pero las motivaciones de la lucha de clases subsistieron. Después de la guerra, la rebeldía de la clase trabajadora se hizo patente en toda Europa, y por doquier la colusión del fanatismo chauvinista con los intereses conservadores consiguió desplazar a la opinión pública en favor del nacionalismo y en detrimento del concepto de clase. Aquella alianza entre fuerzas rivales favoreció el desarrollo de movimientos híbridos «nacional socialistas» o «corporatistas» destinados bien a armonizar el nacionalismo con el socialismo o a servirse del primero para controlar el segundo.

Dado su carácter autoritario, la combinación del nacionalismo con el socialismo o el corporatismo se conoció comúnmente con el nombre de «fascismo». La atracción ejercida por el fascismo sobre los países europeos que se enfrentaban con gra-

ves problemas políticos y sociales resulta hoy evidente. Su fuerza procedía del temor y la inseguridad de las clases medias que consideraban la coordinación corporativa de las fuerzas económicas en interés de la nación como una nueva doctrina, la única capaz de encauzar la rebelión proletaria. Los movimientos fascistas tuvieron suerte diversa, según el vigor de las instituciones políticas de cada país y la robustez de sus estructuras económicas. Por ejemplo, el fascismo italiano ensayó una pragmática conciliación de las aspiraciones socialistas y nacionalistas; el nacional socialismo germano hablaba de socialismo, pero era únicamente para ahogarlo bajo una oleada de nacionalismo.

La última de las naciones de la Europa occidental en desarrollar un movimiento fascista nativo fue España. Durante varias generaciones, su desenvolvimiento social y político se apartó tanto de los módulos europeos que el socialismo y el nacionalismo a la europea maduraban en España muy lentamente. Su mediocre ritmo de desarrollo económico, debido, en gran parte, al bajo nivel de educación popular y a un aislamiento cultural casi general, obstaculizó durante cierto tiempo la formación de una conciencia de clase organizada, pero cuando surgió la lucha de clases hubo un desbordamiento del espíritu vengativo. A principios del siglo actual multiplicáronse los atentados anarquistas, las represalias policíacas, los levantamientos de campesinos en el sur. Los sangrientos disturbios con incendios de iglesias que conmovieron el país durante el verano de 1909 no fueron más que el modesto preludio de la primera huelga general de amplitud nacional que se produjo en 1917.

Desde 1875 España había sido gobernada nominalmente por una monarquía constitucional, bajo la cual el país experimentó un notable progreso. El renacimiento cultural de comienzos del siglo XX produjo el mejor período literario desde la época de Cervantes. Pensadores como José Ortega y Gasset infundie-

ron nueva vitalidad a la filosofía española. La vida política cobró asimismo renovado vigor, a medida que iba aumentando el número de los ciudadanos que intervenían en ella. La nación parecía más activa que en ningún otro momento de su historia moderna.

Sin embargo, el riesgo de una rebelión social organizada constituyó una amenaza que con el tiempo acabó ensombreciendo aquellas perspectivas. La desdicha de España consistía en que unos cambios de limitado alcance no bastaban para resolver sus problemas; no hacían más que agudizarlos, dando lugar a nuevos problemas, en un proceso ininterrumpido. El desarrollo económico no adquirió gran amplitud, y sus beneficios sólo alcanzaron a ciertas regiones y clases. La maquinaria industrial y agrícola era primitiva, la productividad muy baja y el nivel de vida subía muy lentamente, a pesar de partir de estadios sumamente bajos; en 1914 los trabajadores españoles cobraban los salarios más bajos de la Europa occidental, exceptuando a Portugal. En tales circunstancias, los primitivos y dispersos movimientos socialista y sindicalista se transformaron rápidamente en organizaciones de masas, despertando una nueva conciencia de clase en el proletariado, que exigía cambios sociales y económicos de carácter revolucionario. Entré los campesinos sin tierras del sur de España —a muchos de los cuales durante los dos últimos siglos se les había despojado de sus tierras comunales— imperaba un sentimiento de extremismo desesperado.

La burguesía española, en su mayoría, no consideraba necesario hacer concesiones a los obreros. En muchas regiones las clases medias permanecían en un estado letárgico; su visión económica era, en general, muy limitada, y aparte de la acción implacable de una oligarquía financiera, carecían de espíritu de iniciativa. Por encima de todo eran egoístas. Sentían escaso interés por el presente o el futuro de su país y no buscaron nin-

guna solución positiva al desequilibrio económico de la nación hasta que, a partir de 1920, los problemas derivados del mismo les impulsaron a hacerlo. Durante cierto tiempo, el mismo atraso de España les protegió contra los modernos conflictos sociales, por aquel atraso, áspero y primario, contribuyó a aumentar la violencia de la lucha de clases cuando, al fin, estalló.

La lentitud con que las instituciones políticas y económicas españolas se adaptaron a las exigencias de la vida moderna, provocó una tensión no sólo entre las clases, sino también entre las regiones. Cataluña, la región más avanzada de España, hablaba una lengua popular distinta del castellano y poseía una tradición de autogobierno que se remontaba a la Edad Media. El desarrollo de la burguesía catalana, la presión ejercida por la expansión económica, los abusos del desgobierno centralista por la expansión económica, los abusos del desgobierno centralista de Madrid junto con el indispensable catalizador de renacimiento literario catalán se combinaron dando lugar a un movimiento separatista, cuya dirección asumió la clase media. Un nacionalismo regional semejante, y provocado por análogas causas, constituía otra importante fuerza política en el país vasco.

Pero un amplio sector de la clase media se manifestaba profundamente opuesto a la influencia de cualquier idea nueva que apareciese en la vida española. Aun cuando el sentimiento monárquico se iba desacreditando rápidamente, otras poderosas instituciones tradicionales, como la Iglesia, contaban con numerosos defensores. De aquí que la transformación que se estaba produciendo en España tuviera un significado ambivalente. Para unos, el establecimiento de un régimen parlamentario suponía el comienzo de una nueva era de progreso liberal. Para otros, extremistas de derecha o de izquierda, la nueva era señalaba el comienzo de una lucha intensificada; los izquierdistas pretendían que el proceso de desarrollo y de reforma desembo-

cara en una revolución, mientras que los derechistas estaban decididos a imponer otra vez el régimen autoritario de otros tiempos.

En España no existía un sentimiento nacionalista semejante al nacionalismo de las clases medias organizadas que imperó en otras naciones continentales durante el siglo XIX. Nadie había sido capaz de detener la lenta decadencia del imperio colonial español, aunque dicho proceso de disolución fuese diametralmente opuesto al tipo de expansión característico de los Estados europeos. No existía el menor sentimiento de revancha o de irredentismo, ya que España se había hundido demasiado profundamente en su marasmo económico, por la incompetencia de sus gobiernos, para poder abrigar ambiciones de conquista. Había perdido demasiadas guerras y territorios demasiado alejados para que los ánimos populares pudieran excitarse. Después de 1898 no existía ninguna verdadera amenaza extranjera contra España, ni ésta se vio envuelta en ningún incidente internacional capaz de suscitar un movimiento de exaltación colectiva.

Ello no quiere decir que los españoles carecieran de un sentimiento nacional, sino que no respondían a un nacionalismo organizado, expresado en ideologías explícitas o traducidas en movimientos políticos. El español es tal vez el más tradicionalista de los europeos, y se opone tenazmente a cualquier ataque contra sus costumbres o formas de relación social. Este tradicionalismo patriótico, vuelto hacia el pasado, que predomina especialmente en la clase media castellana y entre los campesinos del norte, no tiene nada de común con el moderno y dinámico nacionalismo de la Europa central, atento a su desarrollo y expansión futuros, sin desdeñar por ello las glorias de su pasado.

El más vivo ejemplo de resistencia del patriotismo tradicionalista al impulso de los cambios lo constituía la comunidad

carlista; su programa se basaba en las dos instituciones más importantes de la nación: una Iglesia intolerante y una monarquía no-constitucional. Con su pretensión de defender la tradición nacional contra la perversión del mundo moderno, los carlistas eran, en realidad, unos reaccionarios clericales y unos monárquicos corporativistas cuyo sistema se había quedado anclado en el particularismo del antiguo régimen. Su concepción regionalista y neomedieval de la monarquía no tenía nada que ver con el nacionalismo moderno, que se propone convertir a la nación en un instrumento para la consecución de renovadas glorias.

La primera manifestación fugaz de nacionalismo español en el siglo XX tuvo su origen, más que en los carlistas, en la derecha ortodoxa. Después de la caída del líder conservador Antonio Maura, en 1909, sus partidarios organizaron un movimiento juvenil, denominado Juventudes Mauristas, que se proponía la regeneración nacional. Los jóvenes mauristas denunciaban las irregularidades del sistema parlamentario y propugnaban por una reforma profunda de la nación al propio tiempo que subrayaban la necesidad se suprimir drásticamente la subversión izquierdista. Sin embargo, carecían de una mística nacionalista y sus declaraciones tenían a menudo los mismos tonos que las del viejo Partido Conservador[1].

Otra manifestación de nacionalismo, de carácter más liberal aunque no exento de xenofobia, es la que halló su expresión en algunas figuras de la llamada «generación del noventa y ocho». Espíritus tan notables como Miguel de Unamuno y Manuel Machado, profundizando hasta el tuétano del ser español, llegaron a una nueva interpretación del carácter y del estilo castellanos, en los que encontraron una dureza, un colorido sobrio y lleno de vigorosos contrastes, matizados por los tonos carnosos de la tierra y de las laderas de las montañas y sombreados por la noche del oscurantismo clerical y una cierta obsesión de la

muerte. Los noventaiochistas estaban convencidos de que España era distinta del resto de Europa y por tanto tenía que seguir un camino distinto. Pero su contribución al nacionalismo español no pasó de una actitud estética, sin contenido social o político.

Las juntas militares que surgieron en 1917 fueron la expresión de una reacción nacionalista o patriótica. Los jóvenes oficiales rebeldes que en aquella fecha constituyeron comités profesionales no eran manifiestamente nacionalistas y no presentaban ningún programa o ideología concretos. Pero, al igual que los rebeldes de otros países, se pronunciaban contra el favoritismo y la corrupción en la política y exigían que las energías de la nación fuesen mejor empleadas.

Entre 1917 y 1923 transcurrieron unos años dominados por una violenta agitación social. Los campesinos andaluces llenaban de toscas inscripciones, con el grito de «Viva Lenin», las encaladas paredes de los pueblos, mientras en Barcelona se producían centenares de asesinatos políticos. La desastrosa campaña del Ejército español en Marruecos aceleró el proceso de decadencia política, estimulado por la actitud de un rey inteligente y ambicioso, pero de limitada visión política. Tanto los conservadores como los liberales deseaban ardientemente las reformas que hubiesen podido fortalecer el Estado y reducir las disputas internas.

Todo ello dio pie para el golpe del general Primo de Rivera, en 1923, que constituyó la primera manifestación oficial del nacionalismo español del siglo XX. Miguel Primo de Rivera no era un intelectual ni un político; era, sencillamente, un general andaluz un poco pasado de moda. Se impacientaba ante las normas constitucionales, los tecnicismos legales y las teorías sociológicas. Le gustaban el orden y la simplicidad. Aunque procedía de la pequeña aristocracia terrateniente, había sido educado con la modestia y el espíritu ahorrativo de la mayoría

de los españoles. Aun siendo dictador de España, resultábale difícil acostumbrarse a llevar camisas de seda caras. Le gustaba beber vino, charlar y fumar, y cuanto más vino bebía, más hablaba. Era, sobre todo, muy aficionado a las mujeres, y sus preferencias iban desde las elegantes cortesanas de París, hasta las heteras de Madrid, que le acompañaban en sus nada infrecuentes rondas de bebidas. Había llegado al poder después de un lustro de confusión y de violencia y manifestó que le importaban más los españoles que los políticos o las teorías legales.

El único fundamento ideológico de los siete años del régimen de Primo de Rivera fue el sentimiento patriótico. Considerando corrompido e ineficaz el sistema parlamentario, empezó por confiar el gobierno de la nación a un puñado de generales. Al cabo de unos años este equipo fue reemplazado por un gabinete de composición más normal. El gran objetivo de su régimen —la unión, al margen de los partidos, de todos los españoles— se realizó de una manera bastante superficial a través de un nuevo partido político: la amorfa Unión Patriótica, organización constituida en 1925 para poder nutrir la caricatura autoritaria de Asamblea representativa creada por Primo de Rivera.

La Unión Patriótica no fue en modo alguno concebida al estilo de un partido fascista autoritario. En teoría era una asociación constitucional exclusivamente destinada a apoyar al gobierno durante un difícil período de transición. Según el dictador, la Unión Patriótica «debía estar constituida por todos aquéllos que aceptasen la Constitución de 1876. Es decir, por todos los que acaten y veneren los preceptos contenidos en el código fundamental de la nación[2]».

A Primo de Rivera le traicionó siempre la conciencia de culpabilidad de su usurpación del poder. Reconocía abiertamente que su «golpe» fue «ilegal», aunque añadía: «pero patriótico[3]».

Incluso llegó a considerarlo como «una violación de la disciplina, que es el verdadero sacramento del Ejército[4]».

En un intento para ganarse el apoyo popular, las condiciones para ser miembros de la Unión Patriótica fueron ampliándose poco a poco, hasta requerirse únicamente el ser «hombres de buena voluntad»[5].

Así, pues, Primo de Rivera carecía, en realidad, de partido, de ideología y de un sistema político. La Unión Patriótica no fue otra cosa que una colección de elementos conservadores cuya sola obligación consistía en aprobar la dictadura, haciendo grandes alardes de retórica patriótica. El programa económico del régimen se limitaba a algo tan modesto como la realización de obras públicas y una mayor protección arancelaria. Carecía de un programa de reformas sociales, salvo el ambicioso proyecto de arbitraje constituido por los comités paritarios a través de los cuales el sindicato socialista (UGT) estuvo legalmente representado en el gobierno por vez primera. El régimen de Primo de Rivera no significó ningún orden huevo, sino que constituyó los últimos pasos del viejo orden, y se vinculó estrechamente a la Iglesia para obtener su respaldo moral.

Para el general —y ésta fue, quizás, su única norma— la política, los políticos y el parlamentarismo eran una mala cosa, mientras que el mando autoritario y la unidad nacional eran lo bueno. Reconocía que la nación necesitaba un desarrollo económico con el fin de crear las bases necesarias para superar la lucha de clases, pero encomendó esta tarea de planificación económica a los ministros más jóvenes de su gabinete, especialmente José Calvo Sotelo y Eduardo Aunós. Por aquel entonces, este prudente paternalismo pareció satisfacer a las clases medias y a los socialistas. Los anarquistas, el único grupo discrepante que permaneció hostil al régimen, fueron duramente reprimidos.

Primo de Rivera sentía una profunda admiración por el régimen de Mussolini. Acompañando al rey, el dictador visitó Roma durante los primeros meses de su gobierno y España firmó un tratado de amistad, y de arbitraje con Italia en 1926. Pero Primo de Rivera no pudo pasar de ahí porque las estructuras políticas e ideológicas, del fascismo italiano eran demasiado complejas para una mentalidad sagaz pero tan simple como la suya.

La única nota de nacionalismo radical durante el régimen de Primo de Rivera la dio un raro esteta: Ernesto Giménez Caballero. De todos los escritores fascistas que proliferaron en Europa entre 1920 y 1930, Giménez Caballero fue, tal vez, el más estrafalario[6] literato profesional, durante su breve carrera de escritor giró alocadamente en torno a diversas ideologías políticas modernas. Pero hacia 1930 se sintió completamente cautivado por el fascismo «romano». El nacionalsocialismo le interesó mucho menos, aunque una parte de la propaganda inicial nazi en España, elaborada por los miembros del partido residentes en Madrid, se imprimió en la misma imprenta donde se tiraba su propia Gaceta Literaria[7]. El ideal subyacente en los fulgurantes alegatos de Giménez Caballero era el «Reino Universal de España», algo que se había extinguido más de cien años atrás. España era «la nación elegida por Dios[8]». Por tanto, escribía, «el español ha nacido para mandar y no ser proletario[9]». El inconveniente estribaba en que España había dejado de ser España; la única salvación consistía en reafirmar la esencia de la hispanidad. Pero Giménez no pretendía —como la mayoría de los carlistas— un retorno al pasado; el contenido de su nacionalismo era algo moderno y radical, que se basaba en normas estéticas y no en principios espirituales. Creía que la violencia era necesaria para establecer una nueva hegemonía; «en la guerra no se asesina; sólo está el que pega el segundo o que no puede pegar más[10]». «España tiene que seguir en gue-

rra[11]». El moderno anarquismo español constituía a su vez «el depósito de la heroica tradición de los conquistadores» y «el más auténtico refugio para un catolicismo popular en España[12]».

«Los pistoleros (anarquistas) no son criminales vulgares… Quienes sienten respeto por lo verdaderamente hispánico, veneran a esos pistoleros[13]». En 1934, durante una ceremonia patriótica cerca de Covadonga, Giménez Caballero resumió su doctrina con toda claridad: «Vamos a exaltar el sentimiento nacional con locura, hasta el paroxismo, con todo lo que sea necesario. Prefiero una nación de lunáticos[14]».

Aunque la *Gaceta Literaria* publicó algunas traducciones de obras extranjeras tan sensacionales como la Técnica del Golpe de Estado, de Curzio Malaparte, la retórica frenética de Giménez Caballero no llamó mucho la atención entre la intelectualidad liberal española más influyente. El prestigio que la revista pudiera tener era puramente literario. El «fascismo» español no pudo prosperar bajo el autoritarismo provinciano del régimen de Primo de Rivera.

Los seis años de aquella extraña mezcolanza política que fue el «primorriverismo» provocaron gran confusión y un general descontento. Hacia 1929 la hacienda pública se hallaba en un estado inquietante. Los excedentes de la primera guerra mundial se habían desvanecido y no se disponía de nuevos fondos para obras públicas. La peseta descendió al nivel más bajo en el cambio internacional desde 1899. Los socialistas estaban cada vez más cansados de su compromiso político con el régimen, mientras sus rivales, los anarcosindicalistas, sólo esperaban el momento de poder reaparecer con nuevos ímpetus. Las clases altas, cuya posición Primo de Rivera había procurado mantener a salvo, se hallaban igualmente descontentas. Temerosas de que la situación económica del país empeorase todavía más, deseaban verse libres de la carga de una costosa administración que

el régimen hacía pesar sobre ellas. El rey, en cuyo nombre se suponía que gobernaba Primo de Rivera, mostraba evidentes deseos de recuperar una buena parte de su control personal. Además, la salud de Primo de Rivera empezó a flaquear. Cuando los demás generales, a principios de 1930, se mostraron reacios a reafirmar su autoridad, se vio obligado a dimitir.

Lo que le sucedió no fue mucho mejor. Dos breves gobiernos semidictatoriales, presididos sucesivamente por un general y un almirante, no lograron restablecer la paz política, y tropezaron, además, con la gran depresión económica mundial. Alfonso XIII consideró entonces la posibilidad de un retorno a la monarquía constitucional, pero con siete años de retraso. Se le hizo responsable no sólo de los fallos de la dictadura, sino también de las decepciones de 1930. Incluso la moderada clase media empezó a abandonar a la Monarquía, mientras los grupos republicanos iban adquiriendo mayor vigor. Las «fuerzas de orden» empezaron a alarmarse; existía incluso cierto temor de que se produjera una posible rebelión de las izquierdas. En medio de aquella confusión, la Corte trató de conquistar el apoyo popular convocando la celebración de elecciones municipales para el 12 de abril de 1931. La confusión aumentó todavía más. En las grandes ciudades las elecciones fueron ganadas por tos republicanos, quienes exigieron el fin de la Monarquía. El 14 de abril, Alfonso XIII se encontró sin apenas un sólo partidario en todo el país. Los estériles decenios de la monarquía constitucional española habían dejado tras de sí un edificio vacío. Ni siquiera la derecha dio el menor paso para salvarla. Varios de los generales más importantes no ocultaban sus simpatías republicanas y la Monarquía se había quedado sin espada. Con un impulso generoso, el rey abandonó España. El mismo día fue proclamada la República.

CAPITULO II

EL NACIMIENTO DEL NACIONALSINDICALISMO

Aunque el número de españoles verdaderamente liberales fuese reducido, él advenimiento de la República sin violencia despertó el júbilo y las mejores esperanzas en casi toda la nación. Un cambio de régimen realizado tan pacíficamente pareció augurar un futuro feliz y progresivo para un agitado país que nunca había conocido un cambio de gobierno sin sangre ni tragedias. Durante los primeros días de la República hubo escasas voces discrepantes.

Mientras el público se entregaba a una especie de euforia expectante, dos nuevas expresiones de nacionalismo español surgieron en Madrid, aunque pasaron casi totalmente desapercibidas. Una fue la aparición del pequeño grupo denominado Partido Nacionalista Español. La otra, la publicación de un semanario titulado La Conquista del Estado, cuyo director era Ramiro Ledesma Ramos. El Partido Nacionalista Español había sido creado por un neurólogo valenciano gordo y con un pulmón artificial, José María Albiñana. Su programa proclamaba la defensa de todas las instituciones existentes: «*El Partido Nacionalista Español no tiene otra base que la muy amplia de la Tradición*[15]». El repentino estallido de unos chispazos anarquistas fue señalado por Albiñana como un aviso de lo que iba a traer el liberalismo republicano. Su ideario se basaba en el respeto a

los militares y una línea rigurosamente nacionalista en todos los aspectos del gobierno[16]. Albiñana odiaba a todos los intelectuales liberales, quienes respondían a su vez ignorándole. Como nadie tomaba en serio su afirmación de estar «por encima de los partidos», se desacreditó desde el principio y pronto adquirió fama de retórico reaccionario pagado por los terratenientes. El único sector eficaz de sus escasos seguidores fue el grupo de milicianos y de alborotadores callejeros conocidos con el nombre de «Legionarios de Albiñana».

Cuando cayó la Monarquía, en abril de 1931, la reducida banda de Albiñana intentó disputar la calle a las izquierdas victoriosas y fue eliminada inmediatamente. Los republicanos liberales dominaban de tal modo la situación que ni siquiera la alta clase media quiso perder el tiempo interesándose por un agitador nacionalista monárquico. Albiñana se lamentaba de ello:

> Entusiastas y decididos, no podíamos en cambio pagar el alquiler de nuestro centro, porque las clases adineradas no nos ayudaron. Pedir dinero en España para cualquier obra que no reporte inmediato beneficio individual es pasar un calvario espantoso. La ausencia de todo sentido de la cooperación es uno de los mates mayores de nuestro país[17].

Albiñana fue detenido por sus actividades subversivas y exilado en la estéril región de Las Hurdes. El jefe del partido conservador Acción Popular, José María Gil Robles, solicitó en las Cortes la liberación de Albiñana; pero la derecha siguió menospreciando las posibilidades políticas del doctor[18]. Los centenares de personas que visitaron a Albiñana en Las Hurdes lo hicieron por pura simpatía personal hacia él y casi nadie se adhirió a su partido, que había pasado a ser ilegal[19].

Ramiro Ledesma Ramos, que también trataba de obtener aunque sólo fuera un oscuro y diminuto rincón en el tablado político, era un tipo humano totalmente distinto. Empleado de Correos y a ratos estudiante de filosofía, Ledesma era un joven brusco, taciturno y poco sociable; hijo de un humilde maestro

de un pueblo de la provincia de Zamora, se había trasladado a Madrid a la edad de quince años.

Ledesma empezó interesándose por la filosofía alemana y trató de obtener el título de licenciado en Filosofía por la Universidad de Madrid[20]. Alrededor de 1930 publicó algunos ensayos inteligentes, pero sin gran originalidad, sobre diversos aspectos del pensamiento alemán, en la *Revista de Occidente,* de Ortega y Gasset, y en la *Gaceta Literaria*, de Giménez Caballero[21]. Sin embargo, cuando Ledesma llegó a los veinticinco años, la filosofía pura había perdido mucho interés para él. Deseaba evadirse del mundo sin vida de la metafísica para sumirse en la febril atmósfera de una política radical, orientada según una ideología bien determinada; tenía vehementes deseos de aplicar las ideas abstractas a las cuestiones prácticas.

Ledesma, que procedía de la sociedad profundamente tradicional de Castilla la Vieja, sabía que el apasionado temperamento del pueblo español resultaba incompatible con el liberalismo ortodoxo o el socialismo científico. Él mismo detestaba tanto la atomización individualista de los sistemas liberales como el fatalismo impersonal del marxismo. Sentía cierta simpatía, no por la izquierda intelectual, ni, desde luego, por la izquierda internacional, sino por la izquierda española. Latía en él una identificación emocional con el movimiento proletario español, el deseo de una revolución obrera realmente nacionalista.

En cierto modo, esta concepción, que comprendía a la vez al nacionalismo y al colectivismo, correspondía al espíritu de la época. Mientras la depresión mundial amenazaba por doquier los cimientos de la democracia liberal, el Partido Nazi se hallaba en auge. Parecía realmente que hubiese llegado la hora del sistema de Mussolini, y en Portugal, Salazar estaba a punto de instaurar su régimen corporativo. Ledesma consideraba que, puesto que la ideología nacionalista revolucionaria española te-

nía que ser original y no una nueva imitación, su sistema no debía llamarse corporativo ni nacionalsocialista. Por otro lado, la fuerza revolucionaria más pura de España era el anarcosindicalismo, por todo lo cual llegó a la conclusión de que la cualidad neoizquierdista de la revolución nacional y la cualidad nacionalista de la revolución neoizquierdista podían muy bien sintetizarse con la expresión «nacionalsindicalismo[22]». Esta idea del reagrupamiento de las fuerzas nacionales tomó estado en la mente de Ramiro Ledesma, modesto empleado de correos sin un céntimo, en el invierno de 1930 a 1931.

Durante el postrer año de la Monarquía, algunos eminentes intelectuales españoles habían dirigido frecuentes llamamientos en favor de la unidad nacional. El más destacado e influyente de ellos, don José Ortega y Gasset, había solicitado reiteradamente la creación de un amplio «frente nacional», una especie de superpartido que representase a todos los españoles poco menos que como una entidad colectiva[23]. Ello constituía una idea demasiado pobre y deleznable para Ledesma, siempre situado al margen del mundo intelectual español. Su imaginación le llevaba mucho más allá del reino del «orteguismo» y el nacionalismo liberal no significaba nada para él. El nacionalismo de la derecha todavía le importaba menos. En varias ocasiones, Ledesma calificó al ruidoso dirigente nacionalista Albiñana de «reaccionario» y probablemente le despreciaba más que a cualquier otro hombre público de su tiempo[24].

Cuando sus concepciones políticas empezaban a cristalizar, Ledesma no tenía muchos amigos que pudieran reunirse en torno suyo. Su aspecto desaliñado, su carácter obstinado e insociable no atraían a los intelectuales. Pero estaba obsesionado por la idea de crear un partido fascista y al final encontró a diez discípulos o colaboradores, aproximadamente de su misma edad (veinticinco años). Con su problemática ayuda empezó a publicar un semanario político, *La conquista del Estado*, cuyo

primer número apareció el 14 de marzo de 1931, exactamente un mes antes de la caída de la Monarquía. El más joven de sus colaboradores y secretario suyo, Juan Aparicio, ha escrito que lo único que tenían de común los miembros del pequeño grupo «era su juventud y su formación universitaria[25]». Además, todos estaban descontentos del gobierno, inquietos ante las derechas retrógradas y las izquierdas doctrinarias y deseosas de hacer algo para sacar a España de su marasmo interior y de su posición secundaria en los asuntos mundiales.

Lo que más falta les hacía era dinero. Ledesma había conseguido sacar su publicación gracias a un donativo procedente de los fondos para propaganda monárquica del gobierno del almirante Aznar, que precedió a la caída de la Monarquía. Al parecer, los informadores políticos de Aznar creían poder utilizar al grupo de Ledesma para crear una división entre los intelectuales liberales.

Ledesma y sus colaboradores firmaron su primer manifiesto a la luz de unas velas, en un local compuesto de cuatro habitaciones prácticamente desamuebladas. En él se afirmaban los puntos siguientes:

> El nuevo Estado será constructivo, creador. Suplantará a los individuos y a los grupos, y la soberanía última residirá en él y sólo en él… Defendemos, por tanto, un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias.
>
> Exaltación universitaria… el órgano supremo —creador— de los valores culturales y científicos…
>
> Articulación comarcal de España. La primera realidad española no es Madrid, sino las provincias. Nuestro más radical afán ha de consistir, pues, en conexionar y alentar las fuerzas vitales de las provincias…
>
> La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria y en todo momento atenida a los fines más altos del Estado. El Estado disciplinará y garantizará en todo momento la producción…
>
> Nacemos de cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sirio minorías audaces y valiosas… Queremos al político con sentido militar de responsabilidad y de lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células política[26].

Durante los primeros meses la propaganda de Ledesma era bastante confusa. Aplaudía ciertos aspectos del carlismo y luego elogiaba a los anarquistas situados en el extremo opuesto del espectro político[27].

A menudo su retórica se reducía a poco más que unos «arriba lo nuevo y abajo lo viejo»:

¡Viva el mundo nuevo!
¡Viva la Italia fascista!
¡Viva la España que haremos!
¡Viva la Germanía de Hitler!
¡Viva la España que haremos!
¡Abajo las democracias burguesas y parlamentarias[28]!

Ledesma trató de apelar a todas las fuerzas revolucionarias no marxistas de España. Alababa a los anarcosindicalistas por haber sido en España «los primeros en desasirse del amor burgués por la libertad», pero les reprochaba el que no quisieran fijar sus objetivos en término nacionales[29]. Sin embargo, consideraba a la CNT anarcosindicalista como «la palanca subversiva más eficaz» existente en 1931 y 1932, debido a que su ardor revolucionario no estaba contaminado por vinculaciones con ninguna rama del socialismo internacional[30]. Ledesma y su puñado de seguidores se propusieron organizar una serie de manifestaciones provocativas sin el menor resultado. Sus escritos tampoco impresionaban a nadie, y *La conquista del Estado* se encontró desde el comienzo con gravas dificultades financieras.

Las ideas políticas de Ledesma se basaban en puras especulaciones mentales, sin relación alguna con la realidad práctica. Por muy apasionada y fascistizante que fuese su oratoria y por mucho que se expresara en términos violentos y materialistas, Ledesma encontró no una idea absoluta, sino una pasión absoluta. Su emoción brotaba de sus conflictos mentales y, por tan-

to, en cierto modo, su irracionalidad era fruto de un cálculo deliberado.

El problema fundamental de los dirigentes republicanos españoles en aquellos meses consistía en cómo hacer arraigar la democracia parlamentaria en un país dominado hasta entonces por la derecha más intransigente, y al mismo tiempo contener a la izquierda, que menospreciaba el lento regateo del gobierno parlamentario. La República no había sido implantada en virtud de un gran impulso popular, sino gracias al colapso final de la Monarquía. Para establecer una sólida democracia en un país en el que los demócratas liberales constituían una minoría de la población se requerían mucho esfuerzo y paciencia. La afición de Ledesma a los conceptos abstractos le imposibilitaba siquiera para comprender la naturaleza de esta tarea.

El sostenimiento económico de *La conquista del Estado* era una constante prueba. Tras del apoyo inicial monárquico, parece que Ledesma recibió unos escasos donativos del mundo de las altas finanzas, especialmente de algunos banqueros de Bilbao. El progresivo agotamiento de estos fondos provocó un debate en el seno del grupo de Ledesma acerca de la conveniencia de aceptar aportaciones procedentes de la extrema derecha. La discusión acabó al mismo tiempo que *La conquista del Estado,* cuyo último número apareció el 25 de octubre de 1931.

Por aquel entonces, los diez amigos de Ledesma habían empezado a dividirse. Uno se unió a los republicanos liberales, otro al partido radical, moderado, y un tercero a la clerical Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Un cuarto elemento volvió a la izquierda, mientras un quinto, al parecer, ingresó más tarde en un sanatorio mental[31]. Giménez Caballero, quien colaboró ocasionalmente con Ledesma, había abandonado el grupo unos meses antes.

Pese a su efímera existencia, el periódico de Ledesma produjo el germen esencial de lo que más tarde sería el nacionalsindicalismo español. Sus redactores rechazaron la etiqueta del fascismo y jamás emplearon este término para calificarse a sí mismos. Anduvieron tanteando la posibilidad de desarrollar una ideología española, aunque pudiera parecer de segunda mano. Sus escritos sobre un nacionalismo bajo el control del Estado, la justificación de la violencia, la glorificación del imperio, la sindicación nacional del trabajo, la expropiación de la tierra y la incorporación de las masas provocaron una reacción en cadena muy lenta en algunos universitarios y en los grupos de extrema derecha, que vino a desmentir la insignificancia original de los primeros propagandistas. Por desgracia para Ledesma, esta reacción tardó demasiado en producirse y estuvo condicionada por una serie de acontecimientos que escaparon a su control.

En junio de 1931, en la antigua ciudad castellana de Valladolid, se creó un grupo semejante en número y en objetivos bajo la dirección de Onésimo Redondo Ortega. Nacido en el seno de una familia campesina. Redondo procedía de un medio completamente clerical y creció en el ambiente conservador de la Castilla rural. En 1928 ejerció durante un año las funciones de lector de español en el Colegio Católico de Mannheim, en Alemania, y allí tuvo ocasión de familiarizarse con la ideología nazi[32]. Aunque las peculiares características del nacionalismo alemán no resultaban fácilmente compatibles con el catolicismo español, Redondo quedó muy impresionado por las posibilidades de un moderno movimiento nacionalista revolucionario[33].

Hombre joven, vigoroso, guapo y apasionado, Onésimo Redondo estaba obsesionado por tres objetivos: la unidad nacional, la preeminencia de los «valores hispánicos» tradicionales y la justicia social. Su religión era el rígido catolicismo de Tor-

quemada, y su ideal, expulsar a los mercaderes del templo[34]. Redondo despreciaba la tolerancia y ardía en deseos de revivir la espiritualidad de los monjes guerreros españoles de la Edad Media.

Durante los años de 1930 y 1931 pasó casi doce meses tratando de organizar un sindicato de remolacheros que se había creado recientemente en la provincia de Valladolid. Aunque los esfuerzos para su organización tuvieron que suspenderse temporalmente por falta de fondos, permitieron a Redondo tomar contacto con el sindicalismo nacional[35], y durante su carrera de agitador nacionalista siguió trabajando por cuenta de los remolacheros de Valladolid.

Redondo se encontró, pues, profundamente comprometido en la defensa de los pequeños terratenientes de Castilla la Vieja. Sentía un resentimiento contra los separatistas burgueses de Vizcaya y de Cataluña, los obreros izquierdistas de las grandes ciudades, los capitalistas financieros de Madrid y Bilbao y los entremetidos políticos anticlericales de los partidos liberales. Deseaba una rebelión que reafirmase la tradición española de una manera adecuada al mundo moderno, una rebelión que devolviera a las esforzadas masas católicas de las sólidas provincias españolas su predominio sobre los liberales extraviados y los radicales descreídos de las grandes ciudades. Consideraba que la vida económica podía ser controlable por sindicatos organizados a escala nacional, aunque parcialmente autónomos. Todas las fuerzas agnósticas relativistas, germen de división, que habían adquirido cierto predominio en 1931 y aún desde 1875, debían ser barridas.

La Acción Católica, de la cual había sido propagandista, le parecía ahora demasiado tibia y transigente. Redondo quería un movimiento juvenil nacional y revolucionario, radical políticamente y nacionalista desde el punto de vista económico, conservador en lo religioso, pero violento en su estilo y tácti-

ca[36]. Con el apoyo de varios conocidos de orígenes y aspiraciones relativamente similares, Fundó un semanario en Valladolid titulado *Libertad*. Su primer número apareció el 13 de junio de 1931, justamente a los tres meses de la publicación de *La conquista del Estado*.

Para Redondo el remedio para los males de España estaba en «el pueblo», es decir en la gente trabajadora, devota y honrada, y sobre todo en los campesinos y pequeños comerciantes de Castilla la Vieja, a los que apelaba para salvar al resto de España[37]. Estaba convencido de que Castilla había realizado el mejor servicio a España al preservar su integridad espiritual frente a las influencias egoístas, «pornográficas» y «judías» que corrompían al país[38].

La propaganda de Redondo no resultaba mucho más coherente que la de Ledesma. Por un lado reclamaba la destrucción económica de la burguesía; por otro, se enfurecía contra las leyes anticlericales de la nueva República[39]. Siempre había sostenido que España se encontraba ya en plena guerra civil y por tanto exhortaba a los jóvenes a prepararse para la lucha:

> La juventud debe ejercitarse en la lucha física, debe amar por sistema la violencia. La violencia nacional es justa, es necesaria, es conveniente. Es una de nuestras consignas permanentes la de cultivar el espíritu de una moral de violencia, de choque militar [40]

El 9 de agosto de 1931 Redondo fundó un grupo político, llamado Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, para llevar al terreno de la acción, algunos de sus sentimientos. Sus primeros integrantes fueron unos cuantos estudiantes alborotadores y un puñado de seguidores de Redondo de los alrededores de Valladolid.

Aun cuando desde sus comienzos tanto Redondo como Ledesma se habían interesado cada uno por la labor del otro, transcurrieron varios meses antes de que llegasen a un conocimiento oficial mutuo. Ambos líderes tenían poco de común: el

conservador Redondo le reprochaba a Ledesma su radicalismo absoluto y Ledesma se mofaba de la religiosidad de Redondo. Sin embargo, en septiembre de 1931, Ledesma andaba desesperado, sin dinero y falto de colaboradores para mantener la vida de su movimiento. Por su parte, Redondo se encontraba aislado en Valladolid y prácticamente no conocía a nadie de Madrid. Ambos hombres se necesitaban mutuamente. Por encima de sus diferencias, los dos eran nacionalistas y revolucionarios autoritarios antimarxistas y, por tanto, la reunión de sus fuerzas respectivas era de interés común.

En su penúltimo número, publicado el 10 de octubre, *La conquista del Estado* anunciaba la reciente constitución de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, como resultado de la fusión de los grupos de Madrid y de Valladolid. La nueva organización sería dirigida por un consejo nacional que, en realidad, se convirtió en un *duumvirato*, en el que tanto Ledesma como Redondo continuaron dirigiendo sus respectivos grupos más o menos autónomamente.

Los miembros de las JONS, llamados «jonsistas», formaron la primera organización política oficial que existió en España con la etiqueta nacionalsindicalista. Como emblema adoptaron las flechas y el yugo de los Reyes Católicos, símbolo muy adecuado para quienes soñaban con restaurar la grandeza imperial española[41], Durante este mismo período Ledesma acuñó diversos lemas —tales como el «¡Arriba!», y «¡España una, grande y libre!»— que más tarde se hicieron tópicos en la propaganda del nacionalsindicalismo[42]. Para poner de manifiesto el carácter radical de sus aspiraciones políticas, los jonsistas adoptaron los colores rojo y negro de la bandera anarquista.

Ya que la áspera voz de Ledesma permanecía muda por falta de dinero, el único portavoz del minúsculo movimiento era Redondo. El agitador vallisoletano vertía su frenesí moralizador a chorro continuo, afirmando constantemente que las JONS no

tenían el menor vínculo con la Monarquía ni con la Iglesia[43]. Según Redondo, el «nacionalismo» era absolutamente pragmático respecto a la estructura política formal y se limitaba a despreciar todos los programas o ideologías explícitos. Los dos mayores males de España eran «la extranjerización y el culto a las fórmulas[44]». Redondo reclamaba una «dictadura popular», que crearía su líder y su programa propios surgidos del proceso de su propia dialéctica[45].

Como más tarde reconoció el propio Ledesma, «durante todo el año 1932 la actividad de las JONS fue casi nula[46]». Los universitarios vallisoletanos de Redondo iniciaron una serie de manifestaciones contra el marxismo que pronto degeneraron en fútiles peleas callejeras y el jefe del grupo se vio obligado a abandonar la ciudad[47]. Ledesma seguía sin dinero y sin la menor perspectiva de obtenerlo. Era imposible interesar a uno de los banqueros reaccionarios y antirrepublicanos para que le ayudasen financieramente. Y aunque el gabinete liberal que gobernaba el país empezaba a encontrar sus primeras dificultades, tanto la derecha como la izquierda ignoraban por completo la existencia del nacionalsindicalismo.

La miniatura de movimiento tenía muy poca coherencia ideológica y escasa organización física. Su dirección continuaba funcionando según el compromiso establecido implícitamente por Ledesma y Redondo. Esta cooperación se vio puesta a prueba en el verano de 1932, con motivo de la organización por un grupo de militares de un precipitado «golpe» contra la República. Ledesma los consideró como unos reaccionarios y se mantuvo al margen del mismo. Redondo, en cambio, creyó ver la posibilidad de establecer la «dictadura nacional» a la que siempre se refería y tomó una parte muy secundaría en la conspiración. Cuando la rebelión fracasó, pudo escapar a duras penas a través de la frontera portuguesa, seguido de cerca por la policía de la República.

Durante los dos primeros años de su existencia el nacionalsindicalismo español no hizo más que airear ciertas ideas o, mejor dicho, lanzar ruidosas sugestiones. Redondo y Ledesma raramente estaban de acuerdo, y menos aún llegaron a crear una opinión común. En realidad, a principios de 1933 no existía ni un movimiento nacionalsindicalista, ni un verdadero programa sindicalista.

La incapacidad práctica del pequeño grupo era algo espantoso. Con excepción de Redondo, con su breve experiencia entre los pequeños labradores de Valladolid, en las JONS nadie parecía poseer el menor conocimiento de las cuestiones económicas. Por lo que respecta a los problemas obreros, la ignorancia era absoluta. No se desarrolló ninguna teoría de la organización sindical y nadie tenía la más vaga idea de lo que el nacionalsindicalismo podía significar realmente en la práctica.

Al igual que muchos fascistas centroeuropeos, Ledesma y Redondo eran unos tipos pequeñoburgueses. Con sus antecedentes provincianos, Redondo pudo derivar tan fácilmente hacia el radicalismo porque las tendencias económicas de las modernas clases medias más adelantadas nunca habían penetrado en su mundo rural. Ledesma, cuya experiencia humana se había dividido entre la oficina de correos y las clases de filosofía, había llevado una existencia típica de funcionario. Ambos actuaron por puro impulso personal. Ambos soñaban con grandes objetivos y sentían impaciencia ante las dificultades para realizarlos. Ambos vivían en un mundo de visiones apasionadas lindante con la pura ilusión[48].

A finales de 1932, los esfuerzos de los jonsistas parecían vanos. Al preconizar la revolución económica como uno de sus principales objetivos, se granjearon la enemistad de los opulentos y respetables partidos de la derecha. Su nacionalismo les había separado de la izquierda organizada. En sus momentos más lúcidos, propusieron una dictadura nacionalsindicalista di-

rigida contra la izquierda, pero sin unirse a la derecha ni renunciar a su desprecio hacia el centro. No es extraño que casi nadie se preocupase por ellos. Su única posibilidad de éxito parecía basarse en una catástrofe nacional.

Capitulo III

José Antonio Primo de Rivera

El único grupo derechista que no fue barrido por la súbita proclamación de la República en 1931 fue la Comunión Tradicionalista, organización política de los carlistas. El bastión del carlismo se encuentra entre los campesinos archiconservadores y ultracatólicos de Navarra. Generación tras generación, los carlistas venían prediciendo la caída de la rama «ilegitima» de la dinastía borbónica y consideraron el brusco final del reinado de Alfonso XIII casi como una manifestación de la justicia bíblica. A las pocas semanas del nacimiento de la República, en una reunión secreta celebrada en Leiza (a unos 30 kilómetros de Sari Sebastián) los jefes carlistas acordaron reorganizar las milicias carlistas (llamadas «Requetés» o «Boinas rojas») con el fin de proteger los intereses tradicionalistas frente a las exigencias de la República y tal vez preparar algún golpe en favor de la causa, si se presentaba la ocasión[49]. Los carlistas no esperaban nada de la República pero seguían desdeñando a la derecha pragmática. Se contentaban con instruir a sus milicias y esperar los acontecimientos.

La mayoría monárquica, los «alfonsinos», tardó bastante en reaccionar. Transcurrieron varios meses antes de que sus dirigentes pudieran reunir las fuerzas dispersas tras la marcha del Rey. Después de unas negociaciones con don Alfonso en París, se acordó organizar un partido monárquico, Renovación Española, que actuaría legalmente bajo la República y permitiría en-

cubrir los esfuerzos encaminados a la restauración del trono[50]. La actividad política pública del partido fue bastante limitada, ya que, como reconoció luego uno de sus dirigentes, su único objetivo era derribar la República[51]. La presión ejercida por los monárquicos fue, en parte, responsable de la tentativa de golpe de Estado realizada por un puñado de oficiales en agosto de 1932. El estrepitoso fracaso de esta intentona demostró el escaso apoyo que la derecha monárquica podía encontrar en el conjunto de la nación.

En las clases medias españolas, el verdadero sentimiento monárquico había desaparecido prácticamente en 1932. La mayoría de la burguesía española sólo aspiraba a encontrar una garantía contra cualquier posible agitación procedente de las clases más bajas, un freno al anticlericalismo incendiario y la seguridad de que la revolución política de 1931 no se convertiría en una revolución económica en 1933 o 1934.

Como tanto el monarquismo como el corporatismo estaban desacreditados por su incapacidad para provocar un amplio eco en el país, las fuerzas conservadoras tendieron a orientarse temporalmente hacia algunas figuras descollantes del laicado religioso. Esta tendencia resultaba casi inevitable, ya que las cuestiones más importantes debatidas en las Cortes Constituyentes eran, precisamente, las que se referían a los capítulos de la nueva Constitución que establecían la separación entre la Iglesia y el Estado y trataban de excluir a la primera de la enseñanza.

Uno de esos nuevos dirigentes conservadores era don Ángel Herrera, director del influyente diario financiado por los jesuitas *El Debate* y jefe de la Acción Católica. Herrera adoptó una actitud moderada y práctica. Creía que la Iglesia y sus miembros tenían el deber de someterse al gobierno existente mientras éste no les privase de las libertades necesarias. Considerando a la monarquía como una vía muerta para España, trató de

movilizar las fuerzas del catolicismo español hacia un movimiento político pragmático, orientado en un sentido parlamentario, vinculado a los intereses de la Iglesia, pero respetuoso para con el régimen republicano[52].

Gracias en parte a los esfuerzos de Herrera, Acción Popular, el arma política de la Acción Católica, se convirtió en el eje de una nueva federación que representaba a las fuerzas de la derecha española. Su mismo título, «Confederación Española de Derechas Autónomas» (CEDA), sugería el carácter moderado pragmático y heterogéneo del grupo así formado. José María Gil Robles, joven abogado de Salamanca, regordete y con una incipiente calvicie, surgió como jefe de esta fuerza, que recibió el pleno apoyo de la Iglesia[53]. Tanto Gil Robles como sus seguidores no mostraron el menor interés en discutir la legitimidad del régimen republicano; su única aspiración era la de restaurar los privilegios de la Iglesia y volver al *status quo* económico y social anterior a 1931. En su consecuencia se proponían revisar la Constitución y derogar la legislación liberal del primer año de la República. La CEDA fue un partido burgués, moderado y cauto, con escaso verbalismo nacionalista, incapaz de toda violencia. Vino a tranquilizar a la gran masa de la clase media española, que no deseaba ir ni hacia atrás ni hacia adelante.

La ausencia de una oposición derechista bien organizada no bastó para asegurar al nuevo régimen un período de gestación sin contratiempos; ya desde sus comienzos sé vio aquél sometido a fuertes ataques. El proceso se inició en las Cortes constituyentes a las que los conservadores les hicieron el vacío y la extrema izquierda les negó su cooperación, mientras los políticos anticlericales trataban de enmendar pasados yerros. Los socialistas, por su parte, procuraban forjar fuera de ellas su propia versión de representantes de las clases trabajadoras. A medida que transcurrieron los meses, la controversia clerical se hizo

más agria y el modesto proyecto de reforma agraria provocó un tremendo alboroto. Los anarquistas trataron de establecer una pequeña república por su cuenta y la depresión económica mundial vino a agudizar la tensión social. Lo$ trabajadores empezaban a inquietarse, los monárquicos preparaban la rebelión y el gabinete estaba completamente hundido. Cuando los socialistas salieron del gobierno, la República liberal quedó definitivamente sentenciada.

Nadie había esperado tanto de la República como los intelectuales. Republicanos en su mayoría y de espíritu liberal, estaban ansiosos de ser útiles a la nueva España. Ortega y Gasset marcó el camino al organizar su «Grupo al Servicio de la República», formado por un conjunto de profesionales que se ofrecieron para ayudar a redactar las leyes e incluso para ocupar ciertas funciones ministeriales. Esperaban que la justicia política traería consigo la justicia social; y que el progreso y la ilustración convertirían a España en una república modelo. Pero la realidad española resultó mucho más refractaria a aquellos moldes teóricos de lo que todos suponían. La decepción fue extraordinaria. Comparando la República que había anhelado con la realidad de 1933 Ortega y Gasset pudo exclamar: «¡No era esto!».

Los «orteguistas» no habían olvidado la noción del partido nacional superador de los partidos, que habían propugnado en 1930, y en 1932 varios miembros del grupo trataron de reactualizar aquella idea. El principal de ellos era el catedrático de derecho Alfonso García Valdecasas, que fue uno de los diputados «orteguistas» en las Cortes Constituyentes[54]. En 1932 Valdecasas y sus amigos constituyeron el Frente Español, partido encaminado a salvar a la República de los dogmas de la derecha intransigente, de la izquierda radical y del centro doctrinario. Su programa contenía cierta incitación a los nacionalistas y uno o dos intelectuales abandonaron el grupo de Ledesma para unirse al nuevo movimiento, pero, en conjunto, el Frente Espa-

ñol no pasó nunca de ser un nuevo sondeo de unos cuantos ex-liberales que buscaban una especie de consolidación nacional de nuevas normas políticas. Su exclusivo interés radica en el hecho de que marcaba ciertas orientaciones nuevas que el centro y la derecha estaban empezando a considerar en 1932.

La extrema derecha no supo aprovechar este sentimiento de frustración del liberalismo español. El contraataque conservador fue emprendido por la moderada y semirepublicana CEDA, siempre orientada por un sentimiento religioso. Sin embargo, ciertos industriales y financieros empezaron a mostrarse cada vez más preocupados por la fuerza que iba adquiriendo la clase obrera. En varias ocasiones estudiaron la posibilidad de crear una especie de frente socialista nacionalista. Además, los escasos partidarios del general Primo de Rivera soñaban aún con restablecer la estabilidad política y económica por medios autoritarios. Algunos de ellos pretendían inspirarse en Mussolini. No obstante, estos deseos y ambiciones de los conservadores no hubiesen llegado a alcanzar expresión pública en 1933 si no hubiese sido por un joven inteligente y lleno de recursos, José Antonio Primo de Rivera, hijo mayor del difunto dictador. Fue él quien, con el tiempo, llegó a reunir a las diversas corrientes fascistas existentes durante la República.

José Antonio Primo de Rivera nació en 1903, en el seno de una familia de clase media acomodada, con una fuerte tradición militar. Los Primo de Rivera gozaban de gran prestigio social en Andalucía, habiéndose vinculado por sus matrimonios con importantes familias terratenientes y del comercio de los alrededores de Jerez de la Frontera. El tío-abuelo de José Antonio, el general Francisco Primo de Rivera, obtuvo su título nobiliario del recién creado marquesado de Estella por haber concluido la segunda guerra carlista en 1878. A la muerte de su padre, en 1930, José Antonio se convirtió en el tercer marqués de Estella.

José Antonio fue muy distinto a su padre, quien había sido un hombre jovial, sensual y poco preocupado por las cuestiones intelectuales[55]. Como la mayoría de los aristócratas españoles, José Antonio estudió leyes. También recibió una intensa formación literaria y en idiomas modernos y tenía una gran afición a la poesía. A pesar de su popularidad y de sus dotes sociales, era hombre modesto y nunca presumió de su condición de hijo del dictador[56]. A los dieciséis años empezó a trabajar en el negocio de un tío materno, teniendo a su cuidado la correspondencia en inglés. Fue un buen estudiante y se licenció en derecho antes de terminar su servicio militar. Era, ante todo, un joven de una gran seriedad[57].

En la Universidad de Madrid se interesó por la política estudiantil, pero, a pesar de sus raíces familiares, en las cuestiones universitarias, despreciando la retrógrada asociación de los estudiantes católicos, se inclinó en favor del sector liberal[58]. Durante los siete años que duró la dictadura tuvo buen cuidado de no mezclarse en ninguna actividad política. Sin embargo, se sintió vinculado sentimentalmente a la carrera de su padre, glorificando los éxitos del dictador y contemplando con desaliento cómo su régimen naufragaba. Con el tiempo, José Antonio formuló su propia interpretación acerca de la política blanda y a la vez autoritaria de aquel régimen. Más tarde también él demostró estar fuertemente influido por el desdén de su padre hacia los políticos y por su fe en lo que él llamaba «intuicismo» o «intuicionismo[59]». José Antonio llegó a despreciar a la intelectualidad liberal por la cual se había sentido atraído cuando era estudiante. Cuanto más atacaban y ridiculizaban aquéllos a su padre, más aumentó su hostilidad hacia la democracia de la clase media liberal y las formas parlamentarias.

Cuando en 1928 y 1929 el régimen empezó a tambalearse, José Antonio dejó de lado sus preocupaciones literarias y empezó a interesarse seriamente en las cuestiones públicas[60]. Se

dedicó a leer a Spengler, Keyserling, Marx, Lenin y Ortega, así como a los tradicionalistas españoles. Al final de sus reflexiones observó el carácter ambivalente de la libertad moderna, que emancipa a las masas pero no salvaguarda los valores culturales, y que si bien contribuye a aumentar extraordinariamente la riqueza nacional, la distribuye tan mal que sólo a través de una catastrófica revolución pueden corregirse aquellas desigualdades. A su juicio, el énfasis liberal en favor de la libertad abstracta y del internacionalismo parecía querer anular las diferencias de carácter nacional, regional e individual que tanto habían contribuido a enriquecer la cultura europea.

A finales de 1929, las clases altas españolas estaban decididas a desembarazarse de Primo de Rivera. Nunca habían apoyado sus vagos proyectos y ahora temían que su continuación al frente del gobierno sólo les acarrearía nuevas y mayores dificultades. La dimisión del enfermo dictador en enero de 1930 constituyó un alivio para todos aquéllos que más se habían beneficiado de su gobierno. Desterrado en París, el dictador murió a los pocos meses.

José Antonio se sintió hondamente conmovido por el fin de su padre y asqueado ante la hipocresía de muchos aristócratas que le habían apoyado en otros tiempos. Sin vacilar, asumió la defensa política del dictador. Uno de los agudos comentaristas de Primo de Rivera ha escrito que «en general, la dictadura fomentó la división entre las clases y acentuó su particularismo, haciendo más difícil, y casi imposible, la coexistencia entre los elementos dispares de la sociedad española[61]». José Antonio era incapaz de hacer un análisis tan objetivo de la obra de su padre. Justificó por completo al régimen e incluso pretendió que la desastrosa política financiera de la dictadura había contribuido a estabilizar la hacienda pública[62].

Después de la caída de Primo de Rivera, algunos elementos conservadores que permanecían fieles a la idea de una dictadu-

ra nacional sin partidos, se unieron a los principales defensores de la Monarquía para formar la Unión Monárquica Nacional. Esta nueva organización era algo más que simplemente monárquica; sostenía una vaga concepción de un gobierno monárquico que, manteniéndose por encima del sistema de los partidos, desarrollara una política nacional capaz de conservar las instituciones existentes y de llevar a cabo las reformas necesarias. Como la presión de las izquierdas y los republicanos iba en aumento, la mayoría de los intereses creados en torno al régimen dieron todo su apoyo a la Unión Monárquica, cuya preocupación superficial por unas cuantas reformas les ofrecía un disfraz oportuno[63].

Le ofrecieron a José Antonio el puesto de vicesecretario general de la Unión Monárquica, cargo que aceptó el 2 de mayo de 1930, un mes después de la constitución del grupo. Declaró que consideraba esta primera incursión en la política como una obligación, ya que todos los ministros que hablan colaborado con su padre, menos dos, pertenecían a la Unión[64]. José Antonio no sentía ningún aprecio por la monarquía borbónica, y a raíz de la caída de Don Miguel, el secretario de Alfonso XIII había roto toda relación personal con él, pero estaba tan habituado al trato con los aristócratas que no se rebeló contra el conservadurismo cerril de la Unión Monárquica. Ya que su padre había servido a las instituciones tradicionales, también lo haría él, a pesar de su aversión personal hacia los dirigentes derechistas, que se habían apresurado indignamente a contribuir a desembarazarse de Don Miguel. Manifestó que su única ambición política era la de defender la memoria de su padre y continuar su obra, sin tener en cuenta las circunstancias[65].

Sin embargo, su amplia formación y su temperamento enérgico indujeron a José Antonio a considerar que el gobierno de la sociedad moderna ya no podía seguir consistiendo en una simple defensa paternalista de las instituciones del siglo XIX.

Firmemente convencido de que las ideas de su padre habían sido buenas, llegó a la conclusión de que Don Miguel se había equivocado en la forma de aplicarlas. En febrero de 1930, durante una conferencia en el Ateneo de Albacete sobre el tema jurídico «¿Qué es lo justo?», José Antonio había sugerido que sólo podía llegar a establecerse lo que era justo y recto cuando se consideraba toda la gama de normas particulares que se relacionan con un problema determinado[66]. Tomándolo en un sentido político, esto podría interpretarse como una recomendación para adoptar una actitud pragmática y abiertamente liberal. Pero por muy tolerante que José Antonio procurase ser, difícilmente podía librarse de todo prejuicio político, cuando hasta el mismo nombre de Primo de Rivera constituía un anatema para los liberales y la izquierda[67].

Pocos meses después de la caída de la Monarquía, José Antonio decidió entrar en la política como candidato a diputado. Incapaz de soportar los ataques a la obra de su padre que se prodigaban en las Cortes Constituyentes, se dispuso a presentarse a las elecciones para dicho organismo; esperaba contar con el apoyo de la derecha como candidato a diputado por Madrid, en las elecciones de octubre de 1931. Declaró que quería ir a las Cortes únicamente:

> Para defender la sagrada memoria de mi padre. No me presento por vanidad ni por el gusto de la política, que cada día me atrae menos… Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que apartarme de ellos para lanzarme momentáneamente al vértigo de la política me cuesta verdadero esfuerzo. Pero sería cobarde o insensible si permaneciera tranquilo mientras en las Cortes siguen lanzándose públicamente las peores acusaciones contra la sagrada memoria de mi padre[68].

Durante la campaña electoral, una parte de la derecha mantuvo una acritud glacial, dispuesta a no comprometerse con ningún otro Primo de Rivera[69]. A pesar de esta desventaja, José Antonio hizo un buen papel. Su contrincante, el prestigioso académico liberal Bartolomé Manuel de Cossío, obtuvo doble número de votos que él, pero este resultado fue muy superior a

lo que mucha gente suponía que podía conseguir un Primo de Rivera en el Madrid socialista de 1931[70].

Después de su derrota electoral José Antonio volvió a su vida privada y se dedicó a crear un importante bufete de abogado. En sus ratos libres trató de ordenar sus ideas políticas y sociales, que todavía eran bastante confusas[71]. A veces parecía hallarse sumamente descorazonado y en cierta ocasión confío a sus amigos su propósito de emigrar a América.

Entre tanto, iba aumentando su animadversión hacia el viejo régimen político y social español que su padre había tratado de salvar mediante una serie de reformas moderadas y que apartó al dictador, para desplomarse luego ante la oleada liberal de 1930-1931. Incluso en sus campañas en favor de la Unión Monárquica, José Antonio proclamó que una de las mayores realizaciones de su padre era la de haber acabado con el dominio de los caciques políticos de las provincias españolas[72]. También adoptó una actitud similar con respecto a los enormes abusos sociales y económicos que la derecha española había sancionado. Según él, el único fallo del programa de obras públicas y del sistema de representación de los trabajadores establecidos por el dictador consistió en que, debido a las circunstancias, no pudieron llevarse a cabo enteramente.

Por otra parte, José Antonio no podía soportar el doctrinarismo de los teóricos y de los intelectuales liberales. Esta actitud, firmemente arraigada en sentimientos familiares, llegó a manifestarla a veces en términos de gran actitud. Defendiendo a su padre de sus alfilerazos, afirmaba despectivamente: «Ved a esos intelectuales ridículos, llenos de pedantería… ¿Cómo podrán percibir jamás —a través de sus gafas de miopes— el rayo solitario de luz divina?»[73].

Las incesantes disputas de los republicanos, su lentitud en afrontar los problemas fundamentales acabaron de alejar a José

Antonio del liberalismo político. Consideraba que el positivismo intelectual y el liberalismo político atravesaban una crisis mortal, y que a la muerte del liberalismo le sucedería, no una reacción, sino la revolución[74]. Europa había entrado en una era social, frente a la cual tanto el conservadurismo tradicional como el liberalismo de la vieja escuela se hallaban en plena bancarrota.

Si la derecha le parecía incapaz y el centro inadecuado, la izquierda no podía atraer a un hombre de los antecedentes aristocráticos de José Antonio. Consideraba que la revolución era algo inevitable, sobre todo en un país tan atrasado como España; pero este cambio radical podía realizarse en distintas direcciones, y José Antonio ni estéticamente ni como aristócrata podía pensar en convertirse en un marxista o en un anarquista. Deseaba, por el contrario, continuar la obra de reforma nacional emprendida por su padre, sobre las mismas bases de un régimen autoritario y de una revolución desde arriba que el dictador había intentado llevar a cabo sin resultado. La única diferencia residía en que José Antonio creía que el proceso autoritario de reconstrucción nacional, para que pudiera tener éxito, tendría que realizarse del modo más radical y completo.

El patriotismo era un sentimiento familiar en José Antonio, formado en el seno de la jerarquía militar española. Por su educación literaria británica sentía a veces cierto escepticismo sobre la capacidad del pueblo español y consideraba el nacionalismo como un concepto emocional necesario para suscitar el entusiasmo popular por un programa de revitalización no marxista. Además, le repugnaba el ver que los esfuerzos de su padre para crear una verdadera solidaridad nacional eran desbaratados por el régimen de estatutos y de autonomías regionales establecido por las Cortes republicanas.

José Antonio era un admirador entusiasta de Ortega y Gasset y de otros teóricos que preconizaban la necesidad de una élite.

Esta creencia en la misión de lo que más tarde denominó una «minoría creadora» se compaginaba con las nociones políticas simplistas en las que se había apoyado la dictadura de su padre. Un reducido grupo de reformadores con una mentalidad nacionalista habían barrido, por procedimientos autoritarios, el caos político en que se hallaba sumergido el país en 1923. La misma solución —pensaba— podía imponerse a los problemas de 1933, a condición de estar apoyada por un verdadero movimiento político potente y bien organizado.

A comienzos de 1933, las ideas políticas de José Antonio cristalizaron en un plan para dirigir a una minoría audaz, dispuesta a emprender una política radical de reformas económicas por procedimientos autoritarios, utilizando el instrumento ideológico del nacionalismo para suscitar el entusiasmo de la juventud. Si lograba triunfar, este movimiento no sólo salvaría la integridad política de España, sino que situaría al país en uno de los lugares preferentes del nuevo orden nacionalista europeo. Para José Antonio, el fascismo español era esto.

Los planes para llevar a la práctica su idea fueron tomando cuerpo, poco a poco, en su mente. Durante largos meses vaciló ante la idea de incorporarse a la corriente corporativista que había empezado a formarse en diversos sectores del centro y la derecha españoles[75]. Su problema fundamental consistía en decidir con qué clase de hombres tenía que colaborar y qué tipo de cooperación podía esperar de ellos. José Antonio se sentía inclinado a formar un grupo propio; en realidad, carecía de los medios económicos necesarios para ello. Le atraían tanto el líder liberal Manuel Azaña como el conservador José María Gil Robles, pero pensó que ninguno de los dos aportaría nada a la iniciativa radicalmente innovadora que él deseaba. La aparición de *La conquista del Estado* despertó un cierto interés y cuando uno de sus pasantes se afilió a las JONS, José Antonio le encargó que viese a Ledesma en su nombre; a juzgar por el informe

de su pasante, el líder jonsista parecía demasiado impulsivo e indisciplinado, frío y materialista[76]. José Antonio buscaba un credo político que apelase a los sentimientos estéticos y a los instintos generosos, es decir un nacionalismo de estilo poético e idealista.

La subida de Adolfo Hitler al poder, el 30 de enero de 1933, aceleró el interés de la derecha española por el carácter y los objetivos del nacionalismo fascista. La primera persona que se aprovechó de esa curiosidad tenía más ambiciones comerciales que políticas. Se trataba de Manuel Delgado Bar reto, hábil periodista, director del diario madrileño *La Nación* fundado durante la dictadura para servir de portavoz a Primo de Rivera, y que seguía estando patrocinado por antiguos dirigentes de la Unión Patriótica. Delgado decidió capitalizar el interés despertado por aquel acontecimiento creando un semanario titulado *El Fascio*, que estaría consagrado a la discusión de cuestiones más o menos relacionadas con el fascismo. Difundió su propósito entre los medios de la extrema derecha y obtuvo el número suficiente de suscripciones anticipadas para garantizar el éxito de la publicación[77]. Para llenar los números recabó los servicios de Ledesma y de sus colegas, quienes aceptaron encantados esa oportunidad de difundir su propia propaganda gratis. Delgado solicitó asimismo la colaboración de José Antonio Primo de Rivera y de unos cuantos escritores nacionalistas, entre los que figuraban Rafael Sánchez-Mazas y Giménez Caballero.

El primer número de *El Fascio* debía aparecer el 16 de marzo de 1933. Ninguno de los que escribían en él se hizo grandes ilusiones; la mayoría de los colaboradores se daban cuenta de que el periódico era, sobre todo, una aventura comercial típica de la clase media, y el propio Ledesma criticaba públicamente el mimetismo del título. José Antonio, casi a regañadientes, colaboró con un vago artículo sobre la naturaleza del Estado nacionalista, al que se suponía destinado a establecer una especie

de sistema permanente, que nunca llegó a explicar claramente. Los restantes artículos ofrecían un repertorio de estilos que iban desde las lucubraciones fantasiosas de Giménez Caballero a la áspera dialéctica de Ramiro Ledesma. Algunos de los artículos casi parecían simples traducciones de los puntos más abstractos de las doctrinas nazi y fascista[78].

El Fascio no llegó a sobrevivir al día de su nacimiento. Con Alemania que acababa de caer en manos del nacionalsocialismo y los movimientos fascistas en pleno desarrollo en Austria e incluso en Francia, los liberales que detentaban el poder no estaban dispuestos a concederle la menor oportunidad en España. La edición completa de El Fascio fue recogida, y el gobierno prohibió toda publicación ulterior de dicho periódico[79].

En esa época era bien sabido que José Antonio se interesaba por el fascismo y que abrigaba ambiciones concretas en tal sentido. Empezó, pues, a realizar por su cuenta serios intentos para reunir ciertas corrientes de simpatía más o menos dispersas, lo cual suscitó algún interés entre las derechas. Cuando Juan Ignacio Luca de Tena, director del influyente diario monárquico *ABC,* escribió un comentario haciendo una crítica simpática de *El Fascio,* José Antonio inició una amistosa polémica con dicho periódico. En su primera carta esbozó una visión abstracta e idealista del fascismo:

> El fascismo no es una táctica —la violencia. Es una idea— la unidad. El fascismo nació para encender una fe, no de derecha (que en el fondo aspira a conservarlo todo, hasta lo injusto) ni de izquierda (que en el fondo aspira a destruirlo todo, hasta lo bueno), sino una fe colectiva, integradora, nacional…
>
> En un Estado fascista no triunfa la clase más fuerte ni el partido más numeroso —que no por ser más numeroso ha de tener siempre razón, aunque otra cosa diga un sufragismo estúpido—, sino que triunfa el principio ordenado común a todos, el pensamiento nacional constante, del que el Estado es órgano.
>
> Si algo merece llamarse de veras un Estado de trabajadores es el Estado fascista. Por eso, en el Estado fascista —y ya lo llegarán a saber los obreros,

> pese a quien pese— los sindicatos de trabajadores se elevan a la directa dignidad de órganos del Estado.
>
> Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve. Sólo es grande quien se sujeta a llenar un sitio en el cumplimiento de una empresa grande[80].

La respuesta de Luca de Tena, aunque no exenta de elogios, fue bastante precisa. Después de defender el derecho a la existencia de *El Fascio*, afirmaba que el esquema de José Antonio era excesivamente idealista y no tenía en cuenta la realidad política:

> Con sólo poner la palabra «socialista» donde dice «fascista» podrían suscribir un concepto muy parecido los partidarios del marxismo…
>
> Lo que nace del corazón no puede importarse. Y yo sospecho que tu fascismo ha brotado de tu gran corazón, antes que de tu brillante inteligencia[81].

Durante la primavera de 1933 José Antonio mantenía correspondencia con amigos de su familia, colaboradores políticos de su padre, representantes del mundo de las finanzas españolas, monárquicos de mentalidad radical, jonsistas e ideólogos nacionalistas de diversas tendencias. Cada grupo tenía sus propias ideas, a menudo extraordinariamente vagas, acerca de la forma que debía adoptar el movimiento fascista. Entre todos los grupos interesados, José Antonio iba adquiriendo una posición bien definida y aparecía como el candidato más idóneo para dirigir un movimiento organizado. García Valdecasas era demasiado tibio y académico y Ledesma demasiado inestable.

Sin embargo, los hombres de negocios que se habían mostrado interesados en ayudar económicamente a un nuevo movimiento nacionalista manifestaron escaso entusiasmo en apoyar a otro Primo de Rivera. Estimaban que un líder fascista debe ser un hombre salido del pueblo, como Mussolini, o un soldado de primera línea, como Hitler; si se quería conquistar a los obreros, tenía que hacerlo uno de los suyos.

El candidato que los financieros de Bilbao hubieran deseado proponer era el pragmático dirigente socialista Indalecio Prie-

to, cuya política se situaba a medio camino entre el reformismo y el radicalismo. Un hombre que había empezado su carrera vendiendo periódicos en las calles de Bilbao era el tipo que respondía a las características que, según aquéllos, se requerían. Como político práctico, Prieto nunca perdió el contacto con los medios industriales y financieros de Vizcaya, y dentro del Partido Socialista procuró combatir la agitación irresponsable de los revolucionarios idealistas. A cambio de ello, los capitalistas bilbaínos le habían brindado refugio frente a la policía, durante los últimos días de la monarquía. En 1932 confiaban en que estaría lo suficientemente disgustado del palabreo y el obstruccionismo ejercido por el ala izquierda del Partido Socialista como para pensar en la posibilidad de desarrollar un socialismo «nacional». Pero Prieto demostró ser un dirigente obrero abnegado y resueltamente progresista. Se negó a patrocinar cualquier variante de socialfascismo, aun cuando más tarde mostrase cierto interés personal en el movimiento nacionalsindicalista[82].

Otra posibilidad la ofrecía Demetrio Carceller, director de una compañía de petróleos de Canarias, que había ascendido desde las filas del proletariado a una destacada posición en el mundo de los negocios. Carceller tenía talento, decisión y energía y no era reacio a la política. Sin embargo, la absoluta falta de preparación política que revelaban las ideas de aquellos financieros acabó por hacerle perder todo interés, aparte de que a él le interesaba, sobre todo, hacer dinero[83].

José Antonio se daba perfecta cuenta del recelo con que era mirado por los círculos financieros, y negó los deseos que se le atribuían de querer convertirse en el caudillo del fascismo español. Confesaba a sus amigos que le gustaría contribuir a formar un movimiento político de un tipo más auténtico y popular que los existentes, pero no quería constituirlo por su propia cuenta. Afirmó que «tenía demasiadas preocupaciones intelec-

tuales para poder ser un conductor de muchedumbres». «Mi vocación de estudiante es de las que peor se compaginan con la del caudillo», decía[84].

El 24 de marzo de 1933, José Antonio autorizó a un viejo amigo y pariente lejano, Sancho Dávila, para que en su nombre tratase de organizar a aquellos elementos de Sevilla y Cádiz que simpatizasen con un fascismo nacionalista. A Dávila no le resultó fácil cumplir el encargo. El 2 de abril, José Antonio escribió a su primo Julián Pemartín, que secundaba a Dávila en esa tarea:

> La verdad es que el dar eficacia a esa idea sí es cosa que probablemente está reservada a un hombre de extracción popular. El ser caudillo tiene algo de profeta, necesita una dosis de fe, de salud, de entusiasmo y de cólera que no es compatible con el refinamiento. Yo, por mi parte, serviría para todo menos para caudillo fascista. La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido más o menos una curiosidad intelectual, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas. Así pues, si en Jerez como en Madrid hay amigos cuyo hígado padece con la perspectiva de que yo quiera erigirme en Caudillo del Fascio, les pueden tranquilizar por mi parte[85].

José Antonio había encontrado un firme colaborador en Julio Ruiz de Alda, el famoso aviador que había acompañado a Ramón Franco en el primer vuelo transatlántico hasta Buenos Aires, en 1926[86]. La Aviación militar española constituyó un fértil vivero de radicalismo durante la segunda década del siglo XX, pero la izquierda no tenía para Ruiz de Alda el menor atractivo. Militar de estilo sincero y directo, había sido presidente de la Federación Aeronáutica Española y había desempeñado cargos técnicos de carácter secundario durante la dictadura. Se sentía atraído por la llamada del nacionalismo y desconfiaba de los partidos existentes. Una vez instaurada la República, escribió al político catalán Francesc Cambó para manifestarle que consideraba el sistema republicano como una completa equivocación y que lo que se requería era un «sistema totalitario». En 1931 estableció contacto con Ledesma y durante

un breve período formó parte de su grupo, pero nunca tuvo nada que ver con las primitivas JONS[87].

Ruiz de Alda había contribuido a la creación de una compañía española de Trabajos Aéreos Fotogramétricos, encargada de realizar una carta aérea de España, destinada a proporcionar los datos necesarios para un estudio de los recursos hidráulicos de la nación. El proyecto se interrumpió en 1932, porque el gobierno suspendió la subvención dedicada a ello debido, en parte, a los sentimientos radicalmente derechistas de Ruiz de Alda y de sus principales socios, los hermanos Ansaldo. Amargados por este trato, establecieron un grupo de «Armamentos para la Aviación» interesado en fomentar la nacionalización de una industria de fabricación de aviones, prácticamente inexistente[88]. A comienzos de 1933, diversas figuras de la derecha habían iniciado algunos sondeos cerca de Ruiz de Alda, en relación con la creación de un partido fascista nacional. Y en calidad de eventual candidato a la dirección de dicho partido, Giménez Caballero le hizo una entrevista destinada a aparecer en *El Fascio*.

En estos medios Ruiz de Alda trabó conocimiento con José Antonio. Se consideraron mutuamente más sinceros e idealistas que la serie de oportunistas y de reaccionarios que les rodeaban y descubrieron, con satisfacción mutua, que podían trabajar juntos. Deseaban fundar un movimiento fascista, pero acorde con sus propios puntos de vista y no según los del Banco de Bilbao[89].

Ruiz de Alda era hombre sensato y buen organizador. Era absolutamente incapaz de hablar en público, pero su talento sólido y metódico contribuyó a veces a controlar a José Antonio cuando éste daba rienda suelta a su retórica. El grandilocuente concepto de la nación como un destino en lo universal resultaba demasiado determinista para el sencillo activismo de Ruiz de Alda. El aviador hubiese preferido decir una «unidad de mi-

sión», pero su lenguaje no se compaginaba bien con el de José Antonio[90].

Tardaron dos meses en conjugar plenamente sus esfuerzos y durante algún tiempo actuaron por separado, aunque paralelamente. El primer título que José Antonio propuso para el nuevo grupo fue el de Movimiento Español Sindicalista, denominación bastante abstracta y vaga. Ruiz de Alda deseaba poner la etiqueta «FE» a sus folletos de propaganda, lo que podía significar tanto Fascismo Español como Falange Española. Los financieros derechistas aportaron en seguida la ayuda económica necesaria y a principios del verano de 1933 habían empezado a circular por la capital una serie de octavillas divulgando la existencia de un modelo idealista del nacionalsindicalismo[91].

Esta nueva actividad, unida a la creciente energía puesta de manifiesto por los jonsistas en Madrid, asustó a la Dirección General de Seguridad, que se veía acuciada por los socialistas para no conceder la menor oportunidad a los fascistas. Entre el 19 y el 22 de julio de 1933 fueron detenidos centenares de presuntos fascistas, en toda España[92]. Prudentemente, Ruiz de Alda y José Antonio se apartaron de la circulación durante unos cuantos días, pero Ledesma fue detenido junto con una heterogénea colección de jonsistas, anarquistas, monárquicos, albiñanistas, oficiales retirados y antiguos «upetistas» de la dictadura. Noventa de los principales elementos sospechosos permanecieron arrestados durante una o dos semanas, hasta que al fin la policía quedó convencida de que no existía el menor peligro de «complot fascista».

José Antonio y Ruiz de Alda reanudaron sus planes de organización en agosto. Trataban de convencer a García Valdecasas para que disolviese su Frente Español y se uniera a ellos. Valdecasas estaba decididamente interesado en el proyecto, pero vacilaba antes de entregarse totalmente a él. A finales del mes, los tres celebraron una reunión con Ledesma en Bilbao, en el curso

de la cual estudiaron la posibilidad de unificar las fuerzas con las JONS, bajo una nueva denominación. Ledesma reconoció más tarde que en aquella ocasión se había mostrado «quizá demasiado intransigente[93]».

Propuso que José Antonio y Ruiz de Alda dedicaran sus esfuerzos a ampliar las JONS que serían dirigidas más tarde por un triunvirato presidido por José Antonio. Sin embargo, éste insistió en la necesidad de crear un nuevo partido, capaz de atraer no sólo a los elementos conservadores que fueron partidarios de su padre, sino a otros elementos que desdeñaban a las JONS y propuso que este nuevo partido se llamase Fascismo Español. Ledesma dijo que estos títulos y actitudes de segunda mano estaban fuera de lugar e interrumpió las conversaciones[94].

A finales de septiembre, José Antonio y Ruiz de Alda habían terminado los preparativos de la organización y decidieron hacer público su movimiento en la primera oportunidad que se presentase de un cambio en el panorama político nacional[95]. Ésta no se hizo esperar mucho tiempo. En octubre se formó un gobierno de transición que disolvió las Cortes y convocó nuevas elecciones para mediados de noviembre de 1933. Las restricciones para la propaganda política, establecidas a primeros de año, fueron levantadas, y durante la campaña electoral se concedió una absoluta libertad de expresión.

Al amparo de sus vinculaciones familiares y de su probada oposición a la ideología liberal, se le ofreció a José Antonio un puesto en las candidaturas derechistas de Madrid y de Cádiz[96]. Rechazó el ofrecimiento de presentarse en Madrid porque, de salir elegido, hubiese podido encontrarse ligado a la circunspecta política clerical de la CEDA[97]. La candidatura por Cádiz, que había sido preparada con la ayuda de los viejos amigos de su oligarquía familiar, presentaba muchos menos ligámenes. Aceptó por lo tanto esta última proposición, que le ofreció un

puesto seguro en las Cortes y una plataforma para su propia propaganda. Y decidió hacer públicas simultáneamente la presentación de su candidatura política y la fundación del nuevo movimiento.

Capitulo IV

Fundación de la Falange

La creación del nuevo movimiento nacionalsindicalista de José Antonio fue hecha pública durante un mitin político celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, en la tarde del domingo 29 de octubre de 1933. El teatro había sido cedido gratuitamente por su propietario, amigo de la familia Primo de Rivera. El acto fue retransmitido por radio y en el mismo hablaron tres oradores: José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Alfonso García Valdecasas[98]. Asistieron al acto unas dos mil personas, en su mayor parte simpatizantes derechistas; Ramiro Ledesma y un grupo de jonsistas asistieron al acto ocupando un palco próximo a la presidencia[99].

Sin duda alguna, el punto culminante de la jornada lo constituyó el discurso de José Antonio. Su estilo de elevada retórica e intensamente poético marcó la pauta de los primeros llamamientos de la Falange, y como primera declaración oficial de los objetivos del partido, merece ser transcrito con alguna extensión:

> … Y por último, el Estado liberal vino a depararnos la esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: «sois libres de trabajar lo que queráis; nadie puede compeleros a que aceptéis unas y otras condiciones; ahora bien: como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen; vosotros, ciudadanos libres, si no queréis, no estáis obligados a aceptarlas; pero vosotros, ciudadanos pobres, si no aceptáis las condiciones que nosotros os impongamos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal»…

… Por esto tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad), el socialismo. Los obreros tuvieron que defenderse contra aquel sistema, que sólo les daba promesas de derechos, pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa.

Ahora que el socialismo, que fue una reacción legitima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarriarse, porque dio, primero, en la interpretación materialista de la vida y de la historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases.

[…]

La Patria es una unidad total en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de ese día, y el Estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de esa unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria.

Y con eso ya tenemos todo el motor de nuestros actos futuros y de nuestra conducta presente, porque nosotros seríamos un partido más si viniéramos a enunciar un programa de soluciones concretas. Tales programas tienen la ventaja de que nunca se cumplen. En cambio, cuando se tiene un sentido permanente ante la historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué caso debemos reñir y en qué casos nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo de programa de abrazos y de riñas.

He aquí lo que exige nuestro sentido total de la Patria y del Estado que ha de servirla:

Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.

Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo…

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque solo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse. Sólo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad, y más todavía si esa libertad se conjuga, como nosotros pretendemos, en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden.

[…]

Y queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque ¿quién ha dicho —al hablar de «todo menos de violencia»— que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan

nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria.

[…]

Pero nuestro movimiento no estaría del todo entendido si se creyera que es una manera de pensar tan sólo; no es una manera de pensar: es una manera de ser. No debemos proponernos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida. Así, pues, no imagine nadie que aquí se recluta para ofrecer prebendas; no imagine nadie que aquí nos reunimos para defender privilegios. Yo quisiera que este micrófono que tengo delante llevara mi voz hasta los últimos rincones de los hogares obreros, para decirles: sí, nosotros llevamos corbata; sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos. Pero traemos el espíritu de lucha precisamente por aquello que no nos interesa como señoritos; venimos a luchar porque a muchos de nuestras clases se les imponga sacrificios duros y justos, y venimos a luchar porque un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes. Y así somos, porque asilo fueron siempre en la historia, los señoritos de España. Así lograron alcanzar la jerarquía verdad era de señores, porque en tierras lejanas, y en nuestra patria misma, supieron arrostrarla muerte y cargar con las misiones más duras, por aquello que precisamente, como a tales señoritos, no les importaba nada.

Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente. Porque hay algunos que frente a la marcha de la revolución creen que para aunar voluntades conviene ofrecer las soluciones más tibias; creen que se debe ocultar en la propaganda todo lo que pueda despertar una emoción o señalar una actitud enérgica y extrema. ¡Qué equivocación! A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

En un movimiento poético, nosotros levantaremos este fervoroso afán de España; nosotros nos sacrificaremos; nosotros renunciaremos, y de nosotros será el triunfo, triunfo que —¿para qué os lo voy a decir?— no vamos a lograr en las elecciones próximas. En estas elecciones votad lo que os parezca menos malo. Pero no saldrá de ahí nuestra España ni está ahí nuestro marco. Eso es una atmósfera turbia, ya cansada, como de taberna al final de una noche crapulosa. No está ahí nuestro sitio. Yo creo, sí, que yo soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto. Y esto lo digo ahora, cuando ello puede hacer que se me retraigan todos los votos. No me importa nada. Nosotros no vamos a ir a disputar a los habituales los restos desabridos de un banquete sucio. Nuestro sitio está fuera, aunque tal vez transitemos, de paso, por el otro. Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto las estrellas. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en vigi-

> lancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas[100].

Aunque era evidente que el nuevo movimiento obtendría mayor resonancia que las JONS, la prensa política no lo tomó en serio.

El diario liberal más influyente del país, *El Sol*, lo calificó acertadamente como «un movimiento poético», preocupado por el estilo y la forma externa: «Lo rechazamos, en primer lugar, por querer ser fascismo…, y en segundo lugar, por no serlo de veras, por no ser un fascismo hondo y auténtico[101]». La mayoría de las derechas coincidieron con este juicio, aunque, por su parte, *Acción Española*, la revista intelectual clerical-corporativa-monárquica, recibió muy favorablemente al nuevo movimiento. En un artículo del dirigente tradicionalista Víctor Pradera se exponían las coincidencias con el antiparlamentarismo corporativista del carlismo[102]. En realidad, únicamente los reaccionarios clericales supieron ver las posibilidades de la nueva organización.

El gobierno de Martínez Barrio adoptó una actitud casi benévola con respecto al nuevo movimiento. El mitin del Teatro de la Comedia se desarrolló sin el menor incidente, bajo la protección de la policía[103]. José María Carretero, el comentarista más destacado de la extrema derecha, escribió: «Ya es un poco sospechoso que el primer acto público fascista terminara en un ambiente de pacífica normalidad. Yo, al salir de la Comedia y llegar a la calle, despejada, tranquila, tuve la sensación de haber asistido a una hermosa velada literaria del Ateneo[104]».

El movimiento no tuvo una denominación hasta el 2 de noviembre, en que se celebró la reunión oficial de la organización. Ruiz de Alda, o Sánchez Mazas —uno de los dos— fue quien decidió la elección de «Falange Española», término que había sonado bastante en los últimos tiempos[105].

La Falange fue el quinto partido de extrema derecha que se formaba en España. De los restantes, la Comunión Tradicionalista (los carlistas) se mantenía en su habitual aislamiento, y ni las JONS ni los «albiñanistas» contaban para nada[106]. Los dirigentes del grupo monárquico de Renovación Española nunca constituyeron una gran ayuda para el movimiento fascista, pero, debido a la gran dispersión de las fuerzas políticas existentes en España, consideraron más prudente infiltrarse en la Falange que pretender ignorarla. Como consecuencia de ello, un cierto número de fanáticos monárquicos se afiliaron a Falange durante el invierno y la primavera de 1934. Tácitamente estaban dirigidos por Juan Antonio Ansaldo y su hermano, destacados activistas de Renovación Española, aviadores profesionales y amigos personales de Julio Ruiz de Alda[107].

Durante los dos o tres primeros meses, bastante gente se adhirió al nuevo movimiento. Mientras las JONS poseían solamente unos centenares de miembros adultos en toda España, la Falange pronto pudo contar con varios miles de afiliados. Este éxito inicial se debía, en gran parte, a la aureola de primorriverismo conservador y de nacionalismo vinculado al nombre de José Antonio; un número desproporcionadamente grande de los que se sintieron atraídos inicialmente por el partido eran gentes conservadoras, oficiales retirados del Ejército y antiguos «upetistas». Estos elementos conservadores sólo eran contrarrestados por un reducido núcleo de estudiantes fascinados por la retórica de José Antonio. El programa político de la Falange era vago y nebuloso; se consideraba, en general, como la expresión del fascismo español, pero cada uno de sus miembros tenía su propia noción de su significado.

En aquella época, los dirigentes del partido no parecían estar mucho mejor informados. José Antonio no había señalado objetivos concretos, ni establecido ningún programa para el desarrollo del partido, ni esbozado las líneas generales de la táctica

a adoptar; se limitaba a seguir hablando del «movimiento poético». Ruiz de Alda no servía de mucho en cuestiones de ideología, y resultó imposible lograr la cooperación de García Valdecasas. A los quince días del acto fundacional de la organización, García Valdecasas se casó con una marquesa, emprendió un largo viaje de bodas y nunca más volvió al partido. Temeroso de que el movimiento se desprestigiara o degenerase en una cuadrilla de violencias callejeras, decidió no tener la menor participación en el mismo[108].

Durante los primeros meses de la Falange, José Antonio se dedicó casi exclusivamente a exponer las bases teóricas de su actitud política, aunque, incluso entre los propios miembros del partido, muy pocos le prestaban atención. Según su filosofía, el individuo sólo adquiere toda su verdadera importancia cuando se consagra a alguna noble tarea colectiva. «La vida no vale la pena de vivirla si no es para quemarla al servicio de una gran empresa[109]». Las grandes empresas sólo podían realizarse mediante la unión libre y entusiasta de los individuos. Y los individuos, ligados entre sí por la tradición histórica, la cooperación material y el destino común, formaban la nación. Únicamente la nación podía garantizar la libertad de los individuos porque la ley y la justicia emanan de su desarrollo histórico y sólo aquélla podía imponerlas gracias a su superior autoridad moral[110]. Dando un paso más en este razonamiento, la nación sólo podía cumplir su misión y mantener la integridad de sus instituciones ofreciendo a todos los ciudadanos un destino común, que debería realizarse a través de una empresa nacional trascendente. Es decir, que la nación únicamente podía concebirse como Imperio. Cuando la nación perdía el sentido de su vocación trascendente y de su destino común, cuando las clases y las regiones perseguían sus propios fines, toda la estructura ética de la vida nacional se hacía pedazos. Las luchas sociales, la miseria económica y las discordias políticas sólo se terminarían

cuando los españoles volvieran a ser capaces de forjar su propio destino común en el mundo.

El equivalente en lo económico de la noción de la comunidad de destino lo constituía una especie de coordinación (dirigida, por ejemplo, a través de un sistema sindical de ámbito nacional) capaz de garantizar la justicia económica y de mejorar la producción material. Al principio, las ideas de José Antonio sobre la reconstrucción económica no iban mucho más allá; en 1933 y 1934 todavía seguía preocupado en establecer el esquema de su concepción nacionalista.

La noción del «destino en lo universal» de José Antonio, que éste había tomado de un concepto de Ortega, tenía escasa aplicación práctica[111]. En realidad nunca aclaró si dicha frase implicaba una restauración del dominio cultural español o una resurrección del Imperio español. Aunque los sueños imperiales resultaban francamente absurdos teniendo en cuenta los flacos recursos españoles, José Antonio no renunciaba a soñar. Al parecer estaba convencido de que Europa iba a convertirse en una zona de conflictos, que podría determinar importantes modificaciones territoriales en el continente y en África del Norte. Personalmente, José Antonio tenía que reprimir sus sentimientos anglófilos y era un gran admirador de Kipling[112]. Pero, como intelectual, había asimilado la propaganda antiliberal de su generación y, al igual que Ledesma, creía que el fin del orden liberal occidental estaba muy próximo. Si España lograba rejuvenecerse a tiempo para poder seguir la dinámica de la nueva tendencia nacionalista, estaría en condiciones de incrementar sus posesiones territoriales y su influencia internacional. Más tarde, en el curso de algunas conversaciones privadas, José Antonio llegó a hablar seriamente de la absorción de Portugal[113].

José Antonio deseaba que España diese un gran salto histórico, superando a la vez el atraso feudal y el capitalismo liberal.

Al parecer, nunca se le ocurrió pensar que tal vez fueran las posibilidades del liberalismo —y no su incapacidad— la causa de la inquieta excitación reinante en España, que nunca había conocido un honrado sistema representativo liberal. En vez de tratar de ayudar a la nación a resolver sus profundas diferencias, José Antonio y sus compañeros se proponían acabar con la mecánica del gobierno parlamentario para sustituirlo por un sistema abstracto, sostenido por unos pocos y comprendido por un número aún más reducido. Creía que una élite, o «minoría creadora» era capaz de realizar la grandeza de la nación, olvidando que una élite sólo puede vencer la resistencia de una mayoría mediante el ejercicio de un poder terrorista y deshumanizado.

José Antonio obtuvo fácilmente su puesto en las Cortes en las elecciones de 1933, alcanzando el segundo lugar en la lista derechista de Cádiz[114]. Mediatizado por la corrupción de los políticos andaluces, no tomó parte activa en las nuevas Cortes[115]. Sin embargo, tuvo buen cuidado en causar una buena impresión en ellas, salvo cuando tuvo que defender la reputación o la ejecutoria de su padre, cuestión en la que se mantuvo intransigente. Preparaba sus poco frecuentes discursos con gran cuidado y le complacía impresionar favorablemente a los grandes oradores de la izquierda, como Prieto o Azaña. Su elocuencia y su encanto personal le hicieron ganar numerosos amigos en el Parlamento nacional. El reaccionario clerical Ramiro de Maeztu manifestó que, por la elegancia de su figura y ademanes, el jefe de la Falange le recordaba más al joven Ramsay Mac Donald que a Mussolini o a Hitler. El camarada y antagonista de José Antonio, Juan Antonio Ansaldo, solía decir de él que parecía la perfecta imagen de un verdadero presidente de la Liga Internacional Antifascista[116].

En el momento de la fundación de la Falange, los iniciadores del nacionalsindicalismo en España, las JONS, estaban empe-

zando a desarrollarse. Según Ramiro Ledesma, «el año de 1933 es el verdadero año de las JONS[117]». Los esfuerzos para crear un sindicato estudiantil en la Universidad de Madrid, durante la primavera de aquel año, tuvieron un gran éxito: cuatrocientos estudiantes se afiliaron inmediatamente[118]. También se formó un sindicato de taxistas, mientras un centenar de jóvenes activistas se organizaron en escuadras de cuatro para dar la batalla en las calles[119], A mayor abundamiento, unos cuantos elementos adinerados de la derecha se prestaron una vez mará proporcionar una módica contribución para subvencionar la agitación radical de Ledesma, quien obtuvo suficiente dinero para empezar a publicar una nueva revista mensual de propaganda de lis JONS[120]. En el verano de 1933 los grupos nacionalsindicalistas actuaban en ocho ciudades españolas. Ninguno de dichos grupos contaba con más de unas docenas de miembros, pero dos de ellos (en Valencia y Zaragoza) empezaron a publicar sendos semanarios[121]. Aunque el número total de sus seguidores no llegaba aún a los quinientos (sin contar a los estudiantes universitarios), Ledesma empezó a ver por primera vez el cielo abierto.

Sin embargo, estas perspectivas de partido viéronse pronto desvanecidas ante la oleada de interés suscitado por la Falange, que contaba con mayores recursos financieros y más facilidades para la propaganda. Como reconoció el propio Ledesma más tarde, «el ingreso de nuevos militantes y el curso ascendente de las JONS encalló visiblemente a raíz de la aparición de FE[122]».

Ambos partidos sufrieron las consecuencias de la victoria de las derechas moderadas en las elecciones de 1933. Era evidente que mientras los conservadores españoles pudieran conseguir sus objetivos por medios parlamentarios jamás apoyarían a unos partidos totalitarios. Después de la caída de Azaña, tanto Ledesma como José Antonio trataron de captarse a los liberales

desengañados, pero muy pocos de entre ellos habían perdido la fe. El sector más numeroso de todos, el de los trabajadores, se volvía cada día más intransigente. Con tan escaso apoyo potencial, los dos movimientos nacionalsindicalista rivales tenían muy escasas posibilidades de subsistir en España.

Durante el invierno de 1933 a 1934 se hizo una considerable presión sobre Ledesma para que accediese a la fusión de las JONS con la Falange[123]. El principal sostén del jonsismo, los estudiantes, habían empezado a desertar, atraídos por la retórica de José Antonio y la abundante propaganda de la Falange. Mientras los incidentes provocados por la venta de los periódicos políticos de los partidos iban en aumento, centrando toda la atención sobre la Falange, las posibilidades de las JONS se encontraban «paralizadas[124]». Los recursos financieros que momentáneamente habían afluido a las JONS volvían a escasear, el mundo de los negocios sólo estaba dispuesto a sostener un movimiento fascista, y la Falange era el partido más numeroso y más seguro. Al propio tiempo, los dirigentes de la Falange se encontraban con ciertas dificultades para mantener la disciplina y José Antonio creyó que la fusión con las JONS permitiría controlar más fácilmente al amorfo grupo de reaccionarios incorporados a la Falange. Por su parte, Ledesma acabó por reconocer que:

> Los enormes defectos que se advertían en FE eran, quizá, de signo transitorio, y podían ser anulados o vencidos. En cuanto a aquella masa de aluvión (la Falange), carecía de vigor y de una conciencia histórica unidad por lo que no había de resultar difícil desplazarla de las zonas de dirección. De otra parte, las JONS, manejando la resonante plataforma de FE, podían conseguir con relativa facilidad la popularización de sus ideas[125].

Ledesma creía, además, que la mentalidad militar de Ruiz de Alda y sus aspiraciones semitotalitarias eran muy favorables al jonsismo y podrían decidir el equilibrio de fuerzas interno en su provecho.

El 11 de febrero de 1934, el Consejo Nacional de las JONS, representado por los nueve grupos jonsistas existentes, se reunió en Madrid para discutir el problema de la fusión con la Falange[126]. Una mayoría de los quince miembros del Consejo votó en favor de estudiar las condiciones de la unificación, aun denunciando los «graves errores» existentes en la Falange y que se proponían rectificar. Como tanto José Antonio como Ruiz de Alda estaban no menos deseosos de lograr aquella unión, fue fácil llegar a un acuerdo. Se acordó que, en lo sucesivo, el nuevo movimiento se denominaría Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, o, para no fatigarse demasiado, FE de las JONS. Todas las consignas y emblemas jonsistas (el yugo y las flechas y la bandera roja y negra) fueron adoptadas oficialmente por la nueva organización[127]. El movimiento unificado sería dirigido por un triunvirato integrado por José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos y Julio Ruiz de Alda. José Antonio insistió en que Ledesma aceptase el carnet número 1 de la Falange, como reconocimiento de su antigüedad. José Antonio tuvo el número 2, Redondo el 3, Ruiz de Alda el 4 y así sucesivamente. Cada unidad local de la Falange debería llamarse una *JONS*[128].

En términos generales, los dos grupos poseían gran semejanza, y la unión funcionó bien, aunque los elementos monárquicos y conservadores que se habían comprometido a laborar en pro del «fascismo español» no sintieron gran entusiasmo por la dialéctica revolucionaria de las JONS. El único miembro que abandonó el reducido grupo de seguidores de Ledesma fue Santiago Montero Díaz, profesor de historia y antiguo dirigente de la juventud comunista, que era el jefe del grupo de las JONS de la Universidad de Santiago de Compostela. Al presentar su dimisión en una carta dirigida a Ledesma manifestaba que el nacionalsindicalismo solo podía prosperar sobre la base de una «rivalidad revolucionaria» con el marxismo. Las «limi-

taciones derechistas»; de la Falange serían fatales, afirmaba. «A pesar de todas las declaraciones verbalistas en contrario, las gentes, el contenido y las maneras políticas de la Falange están en abierta oposición a la revolución nacional…»[129].

Pese a que las diferencias de personalidad entre Ledesma, el intelectual proletario y José Antonio, el esteta aristocrático, no pudieron superarse jamás, los jonsistas reforzaron considerablemente a la Falange[130]. Ledesma estaba en lo cierto al creer que la retórica revolucionaria de las JONS prevalecería efectivamente sobre tos sentimientos monárquico-upetistas de la Falange. Al mes siguiente a la fusión, la propaganda de Falange empezó a adoptar el tono y el contenido característicos de Ledesma y Redondo; ello contribuyó a rellenar el foso existente entre la incapacidad oratoria de Ruiz de Alda y la delicada tensión espiritual del estilo de José Antonio. En lo sucesivo, la ideología falangista adoptó el tono estético de José Antonio, y una gran parte de su contenido práctico, de Ramiro Ledesma.

Obligado a competir con Ledesma para conservar la dirección interna del movimiento, José Antonio empezó a dedicar una atención creciente a los objetivos revolucionarios, y todavía contribuyeron más a empujarle en ese sentido las vacilaciones de los viejos elementos conservadores de la Falange. Aunque la ayuda económica de éstos era esencial, en 1934 José Antonio empezó a darse cuenta de que tendría que prescindir de ella para seguir adelante; de no hacerlo así, acabarían destrozando el partido y abandonándole, como hicieron con su padre. Pero la ruptura no se produjo inmediatamente, ya que el partido acababa de entrar en un período de crisis interna que duraría un año.

CAPITULO V

POESÍA Y TERRORISMO

Cuando José Antonio hablaba en la Comedia de «un movimiento poético», no era simplemente para hacer una frase, sino que estaba decidido a proporcionar a la Falange un estilo literario y estético. Desde la creación del primer semanario oficial del movimiento, FE, en diciembre de 1933, José Antonio pareció más preocupado por encontrar el tono más adecuado al órgano de su partido que por los urgentes problemas de carácter práctico, y en los turbulentos años posteriores jamás abandonó esta preocupación estética[131].

Sus más inmediatos colaboradores eran amigos personales suyos y escritores de segunda fila más que verdaderos sindicalistas. Uno de los activistas los ridiculizaba calificándoles de la «corte de poetas y de literatos» de José Antonio[132]. Pero éste permanecía indiferente a tales críticas, y en 1934 y 1935 su tertulia de «La ballena alegre» —café literario de Madrid— siguió estando muy concurrida. Uno de sus principales animadores era Rafael Sánchez Mazas, periodista algo poeta de Bilbao, que se convirtió en «el proveedor de retórica de la Falange[133]». Otros jóvenes poetas que frecuentaban el círculo eran José María Alfaro, Agustín de Foxá, Samuel Ros y Dionisio Ridruejo.

El interés de José Antonio por cultivar una concepción estética de la política no era algo insólito como pudiera creerse. Todos los ideólogos nacionalsindicalistas habían tributado su ho-

menaje a Unamuno, Ortega, Ángel Ganivet y Pío Baroja, a los que consideraban como sus «precursores» entre los de la «generación del noventa y ocho[134]».

El propio Ledesma había soñado durante algún tiempo en atraer a hombres de esta clase. Y acaso José Antonio tenía tanto empeño en conseguir la adhesión de los intelectuales españoles debido a los desaires que tuvo que soportar de ellos. En 1934 escribió una carta a Ortega y Gasset, creyendo que tal vez el filósofo estaría bien impresionado por el tono intelectual de la Falange, pero no lo estaba. Unamuno tuvo al principio una mejor disposición hacia la Falange que Ortega, aun cuando había condenado a las primitivas JONS; en marzo de 1935, con ocasión de un mitin en Salamanca, recibió a José Antonio en su propia casa. Sin embargo, pronto cambió de opinión y acusó al partido de contribuir a la «desmentalización» de la juventud[135]. Al final, José Antonio se vio obligado a combatir el desdén de los principales intelectuales españoles en su «Homenaje y reproche a Ortega y Gasset» y en otros escritos. El fracaso de su intento de captarse a hombres de la categoría de Ortega acrecentó su deseo de crear una nueva intelectualidad en torno del nacionalsindicalismo.

Todos los miembros del grupo literario falangista eran castellanos (excepto el bilbaíno Sánchez-Mazas y el gallego Montes) y, como casi todos los escritores posteriores a la generación de 1898, pertenecían a la clase media[136]. Formados en las regiones más tradicionalistas de España, aportaron a la Falange un vocabulario de exaltación mística, de sacrificio y violencia, de misión nacional y de revolución apasionada, cuya mezcla era capaz de embriagar a la juventud. Desde el principio, fueron los estudiantes quienes respondieron con mayor fervor a la propaganda falangista; ellos fueron quienes hicieron de José Antonio su ídolo político, y los que aportaron el idealismo y los primeros mártires que infundieron espíritu y vigor al partido. Los es-

tudiantes inscritos en la Falange nunca llegaron a constituir más que una insignificante minoría dentro del estudiantado de la nación, pero compensaban con su entusiasmo su escaso número.

En 1931 los sectores más fervientemente republicanos de la población española los constituían los estudiantes universitarios con mentalidad política y la intelectualidad. La Asociación de Estudiantes Católicos contaba normalmente con una mayoría de los estudiantes, muchos de los cuales procedían de familias de buena posición social[137]. Pero los estudiantes más dinámicos y enérgicos pertenecían a la Federación Universitaria Escolar (FUE), asociación estudiantil de este carácter socialistas liberal fundada en 1927 y que en 1931 llegó a constituir una auténtica fuerza política nacional. Las mediocres realizaciones del gobierno de Azaña desilusionaron a algunos jóvenes socialistas y en 1932 empezó a extenderse en las filas de la FUE un sentimiento de rebeldía.

Cuando en marzo de 1933 cerca de cuatrocientos estudiantes de bachillerato y universitarios de Madrid decidieron afiliarse a un sindicato de las JONS, se hizo evidente que la FUE ya no podría aspirar a seguir contando con la adhesión de todos los estudiantes laicos.

Del mismo modo que los estudiantes universitarios habían sido los primeros en dar su apoyo a *La conquista del Estado*, de Ledesma, fueron también los que formaron el núcleo activo del primer sindicato de Falange, el Sindicato Español Universitario (SEU). En realidad eran los mismos estudiantes. Matías Montero Rodríguez de Trujillo, que había redactado el primer escrito de apoyo recibido por Ramiro Ledesma[138], fue uno de los tres estudiantes que colaboraron con Ruiz de Alda en la redacción de los Estatutos del SEU[139].

La poesía falangista arrastró también a algunos de los estudiantes más decididos de las clases altas, que abandonaron la FUE[140]. Cuando a últimos de noviembre de 1933 se organizó el SEU, en seguida contó con numerosos miembros en Madrid y pronto ganó nuevos adeptos en las Universidades de provincias, principalmente en la de Sevilla. Su mayor enemigo era la FUE, al que se propuso destruir empleando toda clase de medios: ridiculizándola con propaganda y hasta mediante la provocación física. En una conferencia al SEU de Madrid, pronunciada pocos meses después, Ruiz de Alda manifestó: «Nuestro objetivo es la destrucción de la FUE, a la que tenemos que hacer desaparecer, bien absorbiéndola, dividiéndola o suprimiéndola… Y hay que arrastrar a la Asociación de Estudiantes Católicos a la lucha[141]». En la Universidad no podía haber neutrales.

Desde el principio, los nacionalsindicalistas habían hablado mucho de violencia. En el mitin de la Comedia, José Antonio habló de combatir a la izquierda con la «dialéctica de los puños y las pistolas» y Ruiz de Alda declaró que los izquierdistas serían tratados como a «enemigos en estado de guerra». José Antonio explicó que aunque la violencia tenía una importancia secundaria en el programa de la Falange, estaba plenamente justificada en su lugar y momento adecuados[142]. «La violencia no es censurable en sí misma», afirmaba, salvo «cuando se emplea contra la justicia[143]».

Los dirigentes falangistas tal vez creyeron que sus discursos no serían tomados en serio por las izquierdas, pero se equivocaron. Los socialistas estaban escocidos y preocupados después de haber perdido las elecciones en 1933; los marxistas se habían lanzado en plena violencia callejera durante la campaña electoral, y estaban dispuestos a seguir produciendo disturbios[144]. La izquierda, que había sacado poco provecho de su participación en la coalición gubernamental durante más de un

año, temía una reacción de la derecha. Alemania había asistido al triunfo de los nazis durante el invierno anterior; Dollfuss se disponía a disolver a los socialistas austríacos y el régimen parlamentario francés se encontraba en plena descomposición: España parecía constituir la última esperanza del socialismo europeo. Los socialistas se habían podido permitir ignorar al «jonsismo» pero la Falange parecía algo más serio: era capaz de armar mucho ruido y al parecer disponía de cierto respaldo político y financiero. El manifiesto fundacional de la Falange tenía un carácter combativo y los socialistas se prepararon seriamente a la lucha[145]. En aquellos meses los periódicos de Madrid contenían numerosos anuncios haciendo publicidad de armas de fuego.

En cuanto apareció el primer número del semanario de Falange FE, los socialistas coaccionaron de tal modo a los vendedores de periódicos que el semanario desapareció prácticamente de los quioscos. Los estudiantes del SEU tuvieron que vocear y vender personalmente el periódico en las calles. Varias escuadras de activistas se encargaron de proteger a los vendedores de los ataques de los izquierdistas y en cierta ocasión José Antonio y Ruiz de Alda participaron en la venta para animar a sus jóvenes Camaradas.

El primer derramamiento de sangre lo produjeron las izquierdas, en Daimiel, el 2 de noviembre de 1933: un jonsista, funcionario del Estado, fue muerto a puñaladas[146]. Un mes más tarde, Ruiz de Alda escapó a un atentado al pasar por Tudela, camino de Pamplona; su coche fue capturado e incendiado por un grupo de atacantes[147]; Durante la venta del quinto número de FE, el 11 de enero de 1934, se produjo una pelea en el curso de la cual fue muerto a tiros un joven de veintidós años, simpatizante de Falange[148]. Otros incidentes semejantes empezaron a producirse en las universidades de Sevilla y de Zaragoza, en las que el SEU era relativamente fuerte. Antes de

finalizar el mes, otros cuatro falangistas fueron asesinados en diversos lugares del país[149].

En la Universidad de Madrid, la tensión fue en aumento, produciéndose ataques y contraataques por parte del SEU y de la FUE. Unos cuantos estudiantes empezaron a acudir a las clases con libros, previamente vaciados por dentro, en los que llevaban escondidas pistolas[150]. El 9 de febrero, Matías Montero, uno de los tres fundadores del SEU, fue muerto de cinco balazos cuando regresaba a su casa después de haber participado en la venta de FE[151]. Montero había sido uno de los más fervientes falangistas de Madrid y uno de los pocos que tenían una visión clara de las características ideológicas e históricas del nacionalismo español[152]. Tenía entonces veinte años y su entierro resultó muy emocionante[153].

Esta sucesión de atentados contra el naciente movimiento fascista sin respuesta, hicieron que algunos dieran a la Falange el sobrenombre de «Funeraria Española» y a su líder el de «Juan Simón el Enterrador[154]». Después de un ataque de unos pistoleros en el curso de un acto de propaganda electoral en Cádiz, sin represalias, *ABC* llegó a afirmar que el nuevo partido tenía más semejanza con el franciscanismo que con el fascismo[155]. Los conservadores y reaccionarios más o menos vinculados al partido exigieron que se adoptara una táctica más agresiva. La derecha española empezó a amenazar con retirar su apoyo económico a menos que las fuerzas del fascismo nacional estuviesen dispuestas a hacer una potente demostración.

La única respuesta de José Antonio al asesinato de Montero fue una nota facilitada a la prensa en la que afirmaba: «Por otra parte, Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes ni piensa copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba». A su vez, *ABC* replicó: «La opinión pública española esperaba algo

más que la enérgica protesta en los periódicos; unas represalias inmediatas… y nada.»[156].

Estas críticas no hicieron más que acentuar la repugnancia de José Antonio hacia los fanáticos conservadores. Su propia actitud respecto a la legitimidad de la violencia era bastante ambigua. Más tarde explicó que «la dialéctica de los puños y las pistolas» de que había hablado no era más que una metáfora retórica[157]. Aunque había afirmado en el primer número de *FE* que el fin justificaba los medios («La violencia suele ser lícita cuando se emplea por un ideal que la justifique»), se mostraba opuesto al empleo del terrorismo político por la Falange. Ello era debido, en parte, a su deseo de distinguirse de otros grupos antiizquierdistas, como los albiñanistas y los Sindicatos Libres, que empleaban pistoleros a sueldo. Personalmente, José Antonio aborrecía la idea de la violencia física indiscriminada. Cuando la policía hizo un registro en la sede de Falange, el 3 de enero de 1934, encontró veinte porras, pero ningún arma de fuego[158].

Sin embargo, los militantes de la Falange no se dejaban influir por estas delicadas consideraciones morales; como había afirmado uno de ellos, «los chicos primeramente afiliados eran más bien deportistas que catecúmenos[159]», Cuando *ABC* manifestó «su asombro, compartido por muchos, al comprobar el estado de indefensión en que FE dejaba a sus jóvenes animosos», los «animosos jóvenes» se mostraron de acuerdo[160]. Los activistas no estaban dispuestos a dejarse diezmar como si fuesen regimientos de infantería del siglo XVIII, y empezaba a manifestarse entre ellos un profundo desasosiego. Para apaciguarlos, José Antonio se vio obligado a autorizar las represalias, aunque nunca se asoció personalmente a su realización.

La acción directa era función específica de la milicia del partido, cuyo primer jefe fue el coronel Arredondo, oficial de mediana edad, retirado del Ejército con ocasión de la Ley Azaña

de 1932. Antiguo «upetista» sin la menor idea del radicalismo propio del siglo XX, Arredondo quiso imponer a sus jóvenes una disciplina militar propia de un cuerpo de guardia prusiano. Los demás oficiales del partido, de una formación similar, resultaron no menos incapaces de sacar algún provecho del ardor combativo de los jóvenes falangistas. Al lado de Arredondo figuraban Alvargonzalez, coordinador de la labor de las provincia y el coronel Emilio Rodríguez. Tarduchy, que se dedicaba a la propaganda social; Tarduchy no hacía nada y Alvargonzalez dedicó todos sus esfuerzos a redactar circulares de una retórica grandilocuente, que le divertían enormemente. Así el caos amenazaba con imponerse en toda la organización provincial de la Falange[161].

Mediado el invierno, José Antonio empezó a lamentarse a Ruiz de Alda y a los demás colaboradores de que probablemente habían cometido una gran equivocación al fundar el movimiento en el clima imperante de reacción conservadora y de violencia izquierdista; decía que hubiese sido preferible esperar más y prepararse mejor. Ruiz de Alda se mostraba menos pesimista y aducía las cifras alentadoras de nuevos miembros inscritos en el partido[162]. Pero ambos sabían que el crecimiento inicial de la Falange respondía a una especie de moda y que su elevada concepción del movimiento no era compartida por la mayoría de sus miembros.

En estas circunstancias, José Antonio consideró como una solución la fusión con las JONS, a pesar de lo que él llamaba su «tosquedad[163]». El nacionalsindicalismo de Ledesma podría contribuir a neutralizar la influencia de los elementos «upetistas» y a vigorizar la Falange. Ledesma planteó inmediatamente la necesidad de reorganizar los cuadros de mandos del partido, desembarazándose de los viejos oficiales; no tardaría en decidirse que todos los dirigentes y miembros activos de la organi-

zación debían tener de dieciocho a cuarenta y cinco años de edad, aunque esta norma no tuviese inmediata aplicación.

José Antonio y Ledesma se proponían que el primer gran acto público del nuevo movimiento unificado constituyera la expresión de la solidaridad reinante en el partido. Para la celebración del mitin eligieron la ciudad de Valladolid, antiguo feudo de las JONS, que ahora ocupaba el segundo lugar de España en cuanto a fuerza numérica del partido. Además de contribuir a la divulgación de la Falange en provincias, el mitin en Valladolid serviría de compensación para Redondo, que había permanecido en la penumbra mientras los otros dirigentes establecían sus planes en Madrid.

El 14 de marzo de 1934, falangistas de todas las provincias del norte de España se trasladaron en autocares y camiones al Teatro Calderón de Valladolid. El grupo de Redondo había preparado muy bien el local; el mitin se inició en medio de una atmósfera electrizada, con una sala llena de emblemas y banderas de Falange, y cuando los cuatro líderes penetraron en el local fueron recibidos con el saludo fascista por más de tres mil asistentes entusiastas que llenaban el local[164].

José Antonio, como de costumbre, pronunció el principal discurso. Tras algunas alusiones retóricas al paisaje de Castilla (en un estilo que recordaba a Unamuno, a Azorín y a Machado), denunció a las derechas que,

> … nos suponen reaccionarios porque tienen la vaga esperanza de que mientras ellos murmuran en los casinos y echan de menos privilegios que en parte se les han venido abajo, nosotros vamos a ser los guardias de Asalto de la reacción y vamos a sacarles las castañas del fuego y vamos a esforzarnos en poner sobre sus sillones a quienes cómodamente nos contemplan…

Luego se refirió a la preocupación manifestada por Redondo de que se acusara a la Falange de imitar ideologías extranjeras:

> … lo que caracteriza este deseo nuestro, esta empresa nuestra, es la temperatura, es el espíritu, ¿qué nos importa el Estado corporativo; qué nos importa que se suprima él Parlamento, si esto es para seguir produciendo con otros órganos la misma juventud cauta, pálida, escurridiza y sonriente, incapaz de

encenderse por el entusiasmo de la Patria y ni siquiera, digan lo que digan, por el de la religión?

Mucho cuidado con eso del Estado corporativo; mucho cuidado con todas estas cosas frías que os dirán muchos procurando que nos convirtamos en un partido más. Ya nos había denunciado ese peligro Onésimo Redondo. Nosotros no satisfacemos nuestras aspiraciones configurando de otra manera el Estado. Lo que queremos es devolver a España un optimismo, una fe en sí misma, una línea clara y enérgica de vida común[165].

A la salida del mitin se oyeron unos disparos en la calle, delante del teatro. La policía trató de contener a los falangistas dentro del local, mientras perseguía a los perturbadores, pero José Antonio y Ruiz de Alda, al frente de un grupo de militantes salió a combatir a los supuestos asaltantes. Aunque un estudiante falangista murió a consecuencia de las heridas recibidas en la pelea, el mitin constituyó un éxito definitivo y proporcionó una especie de bautismo de fuego al nuevo partido unificado[166].

En el camino de regreso a Madrid, José Antonio propuso que, en adelante, todos los falangistas adoptasen la fórmula familiar del tuteo para tratarse entre sí[167]. Él mismo era tratado frecuentemente por su patronímico de José Antonio y pronto fue conocido en todo el mundo político por su nombre de pila[168].

Durante el mes de marzo murieron en Madrid otros dos falangistas[169]. En el curso de la investigación que siguió al segundo asesinato, se cometió un atentado contra la vida de José Antonio. Cuando José Antonio conducía su coche por el centro de Madrid, fue lanzada una bomba contra su parabrisas, pero los ocupantes salieron ilesos. José Antonio bajó del vehículo y disparó su pistola contra los atacantes, que huían[170].

Era evidente que había que dar una réplica más eficaz a todos estos ataques. Un estudiante del SEU dirigió una carta a José Antonio diciendo que «si *FE* continuaba teniendo aquel tono intelectual y literario no valía la pena arriesgar la vida para

venderlo[171]». José Antonio manifestó que no tenía intención de disminuir la calidad literaria del periódico, pero reconoció en privado que sería necesario imprimir una dirección más activa a la lucha en la calle.

Se encomendó esta tarea a Juan Antonio Ansaldo, experto conspirador político procedente de Renovación Española y que había ingresado en Falange en abril. No era tarea fácil el dirigir las represalia y los atentados de la Falange, porque los partidos situados en la zona más radical de la política española estaban minados por las intrigas y había innumerables agentes que trabajaban en varios campos a la vez. Ansaldo se vio traicionado tantas veces en los primeros «golpes» que planeó, que tuvo que adoptar el sistema de encerrar a todos los participantes juntos en una habitación durante el tiempo transcurrido entre la comunicación de las instrucciones y la realización del acto. Un traidor fue descubierto y ejecutado sumariamente. Ansaldo demostró ser un líder eficaz y el 10 de mayo sus unidades terroristas estaban perfectamente organizadas. El día de la Fiesta del Trabajo de 1934, en Madrid no se produjo ningún exceso por parte de los socialistas[172].

Sin embargo, la jornada del domingo 10 de junio estuvo marcada por una nueva explosión de violencia política que ocasionó víctimas en ambos bandos. Un falangista de dieciocho años fue muerto por un joven socialista durante una excursión a las afueras de Madrid y la escuadra de Ansaldo se dispuso a una pronta réplica. A última hora de la tarde, cuando un grupo de jóvenes socialistas que regresaban de la excursión descendían de un autobús, en un barrio oscuro de Madrid, un coche ocupado por pistoleros falangistas los esperaba. Los pistoleros no estaban seguros de que los jóvenes del autobús tuvieran algo que ver con el asesinato anterior, pero esto carecía de importancia. El coche pasó lentamente junto al grupo de jóvenes que se hallaban en la acera, regándolos de balas. Un muchacho y su

hermana resultaron muertos y otros cuatro socialistas heridos[173].

Mientras los pistoleros de la Falange actuaban, José Antonio asistía a un cóctel en una casa de Chamartín, el barrio elegante de Madrid. Un amigo suyo médico y su esposa, que abandonaron la reunión unos minutos antes que él en un coche americano parecido al de José Antonio, fueron heridos por unos pistoleros que les esperaban fuera[174]. Después de haber fallado esta oportunidad, al cabo de unos diez días, cinco pistoleros izquierdistas pasaron en un taxi por delante del local de Falange y dispararon sobre un grupo que se hallaba en el portal, hiriendo a dos personas[175].

Esta serie de represalias se hacía interminable. El 1.º de julio, Manuel Groizard, joven médico que era el principal lugarteniente de Ansaldo en la «Falange de la sangre» —como se llamaba a las escuadras terroristas—, fue gravemente herido por pistoleros de las juventudes socialistas, que lo consideraban como el responsable del último asesinato[176]. El 8 de julio resultaron heridas cinco personas en una refriega entre vendedores de periódicos y como consecuencia de ello se prohibió la venta de *FE* en las calles[177]. Los atentados sucedían a los atentados y la serie de asesinatos formaban una procesión ininterrumpida. Era imposible tener siquiera tina lista completa de las víctimas. Contra la voluntad de José Antonio y hasta contra sus esperanzas, la dialéctica natural de su movimiento impulsaba a la Falange hacia una carrera de violencias.

Capitulo VI

La Lucha por la Táctica y el Mando

Hacia mediados de 1934 resultaba evidente que la Falange no había logrado producir ninguna profunda impresión en el panorama de la política española. El torrente inicial de cartas de aliento y apoyo que suscitó se había ido reduciendo a un simple goteo. Reprimida por el gobierno de la derecha triunfadora y acosada en las calles por la izquierda derrotada, la Falange no era más que un grupo resquebrajado, demasiado débil para desarrollar una acción eficaz.

La coalición cedo-radical que gobernaba el país se dio cuenta, acertadamente, de que el movimiento nacional sindicalista trataría de oponerse a toda solución moderada y conservadora de los problemas de España[178]. En su consecuencia el gobierno no desaprovechó la menor oportunidad para perseguir a la Falange. Sus diversos locales eran periódicamente registrados por la policía y los vendedores de *FE* fueron prácticamente expulsados de las calles de Madrid. A consecuencia de un incidente ocurrido delante de la sede del partido en Sevilla durante la Fiesta de la República del 14 de abril, el local de Falange fue clausurado y sus ocupantes detenidos, junto con unos cuantos izquierdistas complicados en el mismo[179]. José Antonio protestó en las Cortes, aunque no le sirvió de nada[180].

El trato que el partido podía esperar quedó plenamente demostrado en junio de 1934, cuando el propio José Antonio fue

convocado por las Cortes para responder de la acusación de tenencia ilícita de armas. Durante toda la primavera la policía había desarrollado una campaña para limitar la gran cantidad de armas de fuego llevadas sin autorización por ciudadanos particulares[181]. De todos modos, en aquellos tiempos de agitación casi todos los dirigentes políticos de relieve utilizaban guardaespaldas y José Antonio no era ninguna excepción; después del primer atentado contra su vida, piquetes de las milicias de Falange montaban una guardia permanente en tornó a su residencia[182]. El grupo de centroderecha de las Cortes, por animosidad política trató de desposeerle de la inmunidad parlamentaría y de juzgarle por falta grave[183].

José Antonio pudo librarse del procesamiento gracias a la intervención del líder socialista moderado Indalecio Prieto, quien tenía un aprecio considerable por el joven jefe de la Falange, además de serias dudas acerca de la regularidad del procedimiento. Después de un enérgico discurso de Prieto sobre su caso, José Antonio se apresuró a dirigirse al escaño de Prieto para agradecerle su generosidad personal y su imparcialidad política[184].

En vez de mostrarse agradecidos por la absolución de su jefe, el sector militante de la Falange se indignó al ver que José Antonio cooperaba con un dirigente socialista. El foso que separaba a la «Falange intelectual» de la «Falange militante» se había ensanchado desde que Ansaldo asumió la dirección de las milicias y los pistoleros. Hacía tiempo que estos militantes estaban irritados ante la manifiesta repugnancia de José Antonio por la violencia, y este incidente de las Cortes ya resultaba demasiado para ellos; decidieron entonces exigir un cambio radical[185].

Instigados por Ansaldo, proyectaron presentarse en el despacho de José Antonio para pedirle que adoptase una actitud más violenta e inflexible o que abandonase el partido. En caso de negarse a aceptar este ultimátum, tratarían de obligarle a ha-

cerlo. Ya no podían contener más su enfermiza afición a la violencia[186].

El 10 de julio, cuando el malestar de los activistas estaba próximo al punto de ebullición, la policía realizó un nuevo registro en los locales de Falange, deteniendo a 67 miembros de la organización, incluidos José Antonio y el marqués de la Eliseda, los dos únicos representantes del partido en las Cortes[187]. Ambos dirigentes fueron puestos inmediatamente en libertad, pero pidieron que se les permitiese compartir la suerte de los demás falangistas. Para conseguir la liberación de la mayoría de los detenidos, José Antonio se expresó en términos tan vigorosos y desafiantes para las autoridades que su popularidad entre los impresionables activistas aumentó considerablemente.

José Antonio supo que Ansaldo, que deseaba convertir a la Falange en unas escuadras de activistas al servicio de los monárquicos, estaba conspirando contra él. Se rumoreaba que Ansaldo se proponía hacerle matar en su propio despacho. Cuando José Antonio le preguntó si era cierto, Ansaldo lo reconoció franca y cínicamente. En consecuencia, José Antonio requirió a los demás triunviros para que respaldaran su decisión de expulsar a Ansaldo del Partido. Ledesma, reconociendo que los grupos más peligrosos debían permanecer bajo control, en seguida se mostró de acuerdo. Pero Ruiz de Alda era un viejo amigo de Ansaldo y al principio se opuso a su expulsión; el exaviador sólo accedió cuando José Antonio amenazó con dimitir si no se le daba satisfacción. Ansaldo fue expulsado antes de que finalizara el mes de julio[188]. Sólo unos cuantos disidentes le acompañaron en su exilio a Francia, desde donde siguió conspirando en favor de la monarquía.

La expulsión de Ansaldo determinó la eliminación de los elementos de oposición más peligrosos, pero no debilitó las escuadras de activistas. José Antonio no tuvo dificultades con los nuevos jefes de milicias, todos ellos elementos de probada leal-

tad, y a mediados de 1934 la milicia del partido actuó con eficacia: el número de socialistas y de comunistas muertos aumentó, mientras la Falange mantenía equilibrado el de sus cruces.

La Falange había iniciado su carrera contando con el apoyo y la simpatía de ciertos sectores de la derecha. Sin embargo, ese apoyo fue desvaneciéndose, primero, por el tono literario de la propaganda falangista (lo que las derechas necesitaban era una organización terrorista para combatir a las izquierdas) y luego por la radical actitud en favor de la justicia social adoptada en la segunda mitad de 1934 (cuando las derechas querían un nacionalismo, sin socialismo ni sindicalismo auténticos). José Antonio atacaba el señoritismo negativo con tanto vigor como lo había hecho Ledesma, declarando que el nacionalsindicalismo exigiría grandes sacrificios de las ciases privilegiadas. La mayoría de los «upetistas» perdieron su interés por la Falange durante el año 1934 y su aportación financiera se vio considerablemente reducida.

Ramiro Ledesma afirmaba que la Falange gastó 150 000 pesetas en sus tres primeros meses de existencia. Las JONS habían sobrevivido con menos de 10 000 pesetas desde mayo de 1933 a febrero de 1934, pero después de la fusión, la Falange necesitaba más de 40 000 pesetas al mes[189]. El dinero se administraba con poca eficacia y ya desde los comienzos constituyó una odisea el poder sostener la marcha del partido, cuando cesó el apoyo de los «upetistas», los gastos del partido tuvieron que reducirse drásticamente. Aunque José Antonio tenía unos ingresos independientes, su fortuna persona no bastaba en modo alguno para sostener un partido político. Y los más ardorosos partidarios de Falange eran estudiantes, que carecían de medios de fortuna para contribuir al sostenimiento del partido.

Los dirigentes de Falange tuvieron que recolectar subsidios del más diverso origen. Una de las principales aportaciones, por lo menos durante el primer año, la constituyó la del joven y

rico marqués de la Eliseda, que fue diputado a Cortes[190]. Eliseda era una especie de corporativista clerical muy conservador, pero que se sintió atraído por el verbo de los jóvenes falangistas. Por otra parte, los financieros de Bilbao contribuyeron económicamente de manera intermitente al nacionalsindicalismo[191]. Le dieron poco dinero, pero le ayudaron. Juan March, el mayor y más deshumanizado hombre de negocios de España, también contribuyó con una insignificancia[192].

José Antonio tenía buen cuidado en no perder el contacto personal con los monárquicos ricos que constituían la verdadera fuerza que se hallaba detrás de la extrema derecha; Su partido político, Renovación Española, miraba con desconfianza a la Falange porque los nacionalsindicalistas se negaban a aceptar la monarquía borbónica, pero su líder, Antonio Goicoechea, era un buen amigo de José Antonio y deseaba mantener su colaboración con él. Tanto Goicoechea como el secretario de Renovación, Pedro Sainz Rodríguez, ayudaron a veces a los falangistas a sacar algunas aportaciones a los monárquicos ricos.

Los monárquicos no ignoraban la antipatía personal de José Antonio hacia Alfonso XIII y hasta respecto de la institución monárquica[193]. Sin embargo, estaban interesados en utilizar a la Falange, siempre que pudiesen controlarla. Por su parte, José Antonio advertía a sus camaradas que «es necesario dejarse corromper…, para engañar a los corruptores[194]». En el verano de 1934, José Antonio y Sainz Rodríguez establecieron un acuerdo por escrito, en diez puntos, sobre «El nuevo Estado Español»; en él condenaban el liberalismo, propugnaban por una acción en favor de la «justicia social», suscribían la constitución de una asamblea corporativa y la abolición de los partidos políticos (sin especificar qué partidos) y autorizaban el empleo de métodos violentos.

Sobre la base de este acuerdo, el 20 de agosto se firmó entre José Antonio y Goicoechea un pacto de siete puntos. En él se

establecía que la Falange no atacaría con su propaganda o indirectamente las actividades de Renovación Española o del movimiento monárquico en general. A cambio de ello, Renovación Española trataría de proporcionar ayuda financiera a la Falange, mientras las circunstancias lo permitiesen[195]. La Falange mantuvo su compromiso, pero al cabo de unos meses, Renovación Española se encontró con dificultades económicas y fue necesario interrumpir la ayuda financiera[196].

En agosto de 1934 los dirigentes de Falange crearon una organización sindical, la Central Obrera Nacional-Sindicalista (CONS). Ramiro Ledesma, que hacía tiempo que ansiaba organizar una revolución proletaria, había apremiado a sus compañeros triunviros para hacer algo en este sentido. Sin embargo, el principal motivo de su decisión parecía responder al acuerdo recientemente establecido con Renovación Española para obtener el apoyo económico de ésta; se convino en que si el subsidio rebasaba las 10 000 pesetas mensuales, el 45 por ciento de los fondos se destinaría a «una organización sindicalista antimarxista de trabajadores».

La Central Obrera Nacional-Sindicalista empezó sin ningún miembro, aunque esto carecía de importancia para Ramiro Ledesma, quien siempre se había movido en el mundo de las abstracciones. Mientras José Antonio estaba ocupado con sus intervenciones en las Cortes y sus giras de discursos, Ledesma permanecía en su despacho en la sede de Falange, soñando con grandes empresas y proyectando la creación de las CONS. Los falangistas establecieron en seguida una oficina destinada a sede del sindicato y empezaron a distribuir propaganda impresa. El primitivo sindicato de conductores de taxi de las JONS de Madrid fue considerado como el primer sindicato de las CONS y se proyectó establecer una organización similar para los camareros. Con sus escasas docenas de afiliados, estos pequeños grupos no podían compararse con los grandes sindicatos de

masas izquierdistas. Sin embargo, representaban un principio y pronto fueron creándose nuevos sindicatos en Valladolid y Zaragoza.

Aparentemente, las nacientes CONS tenían cierta semejanza con los Sindicatos Libres creados alrededor de 1920 con el apoyo del gobierno. Para desmentir toda posible comparación, los dirigentes de las CONS divulgaron más tarde unas hojas de propaganda en las que manifestaban su pleno acuerdo con todas las reivindicaciones económicas de la izquierda, explicando que lo único que les diferenciaba era que las CONS se proponían incorporar un sentimiento nacionalista a la revolución proletaria. Los Sindicatos Libres fueron denunciados de una manera explícita por la propaganda de las CONS. Por su parte, los dirigentes de los reducidos sindicatos católicos replicaron con sus propias octavillas en las que calificaban de traidores a la religión y a la patria a los líderes de la Falange[197].

Las CONS tuvieron un rápido y fugaz éxito. Durante el año 1934 el paro obrero había aumentado en toda España y los obreros buscaban desesperadamente cualquier ayuda; el 1.º de septiembre una pequeña multitud de gentes sin empleo empezaron a reunirse en torno a la sede de Falange en Madrid. Los dirigentes de la CONS no tenían la menor idea de lo que podía hacerse con ellos, ya que la organización carecía de todo poder para ejercer la menor presión económica. Al final se decidió que a todos los obreros parados que se presentaran en la sede de las CONS se les facilitarían certificados que les habilitaban para emplearse en trabajos de obras públicas. Así documentados, se envió a un cierto número de obreros a diversas obras municipales en construcción, en busca de trabajo. El primer grupo que llegó a una obra en construcción se enzarzó inmediatamente en una discusión; la mayoría de los obreros empleados en obras públicas pertenecían a la UGT socialista y echaban chispas ante la mera mención de la Falange. Natural-

mente, los certificados eran ilegales y los dirigentes de las CONS se vieron obligados a renunciar a su fútil estratagema, publicando una declaración[198].

Después de este primer incidente, la UGT redobló sus presiones tanto sobre los obreros como cerca de los empresarios para que boicoteasen a las CONS; como ambas clases eran hostiles a la Falange, no resultó difícil aislar a la nueva organización nacionalsindicalista. Incapaz de hacer nada en favor de sus propios miembros, las CONS no produjeron el menor efecto entre la clase trabajadora española, fuertemente organizada.

La situación en las provincias era idéntica. Cuando la Falange lograba organizar un sindicato de obreros de la construcción en una capital de provincia, habitualmente fracasaba ante la presión conjunta de la CNT y la UGT y la negativa de los empresarios a exponerse a nuevos conflictos sindicales al tratar con una organización tan impopular[199]. Las CONS únicamente sirvieron para demostrar que los nacionalsindicalistas contaban realmente con unos pocos sindicatos, por lo menos en teoría[200]. Antes de la guerra civil fueron incapaces de superar su evidente insignificancia.

Durante el verano de 1934 la Falange se encontraba virtualmente inmovilizada, con los monárquicos empujando hacia la derecha, Ledesma tirando hacia la izquierda y los pistoleros exigiendo más acción directa. Aunque generalmente se le consideraba como al jefe del partido, José Antonio no era más que un triunviro con igual autoridad que sus semejantes. En estas condiciones podía permitirse el lujo de manifestar su pesimismo, llegando a reconocer públicamente en una ocasión que era posible que la Falange fracasara como movimiento político[201].

Aunque ni Ledesma ni Ruiz de Alda estaban de acuerdo con José Antonio sobre la táctica a seguir, tampoco se entendían entre sí cuando ambos se oponían a José Antonio. Estas peque-

ñas diferencias de opinión podían desviar a la Falange del camino que José Antonio quería seguir. Una vez conseguido el apoyo de los activistas, le fue fácil eliminar a Ansaldo. La facción monárquica, sola, carecía de fuerza y no podía esperar ninguna ayuda de Ledesma, que era un verdadero nacionalista de izquierda.

Las principales diferencias de opinión surgidas en el verano de 1934 se referían a la estrategia política inmediata. Tanto Ledesma como Ruiz de Alda querían adoptar una política más agresiva. Aunque Ledesma había aceptado el plan de José Antonio de celebrar una serie de siete u ocho pequeños mítines provinciales durante la primavera, se había negado a tomar parte en los mismos[202]. También Ruiz de Alda se impacientaba por la lentitud con que avanzaba el partido y ante su táctica política carente de agresividad; su insatisfacción se hizo evidente hacia el final del verano[203].

Ruiz de Alda se había enfadado mucho cuando José Antonio le obligó a aprobar la expulsión de su compañero aviador Ansaldo. Sabiendo eso, Ledesma sugirió a Ruiz de Alda la posibilidad de desembarazarse de José Antonio, o, por lo menos, de relegarle a un lugar secundario, liberando con ello a la Falange del freno impuesto por su temperamento liberal. La propuesta tentó a Ruiz de Alda, pero sospechando que lo que Ledesma perseguía era simplemente obtener mayor poder para sí, la rechazó[204].

A pesar de la oposición con que tropezaba, el prestigio personal de José Antonio dentro de la Falange siguió creciendo. Los estudiantes hicieron de él un ídolo. Con su probado valor físico, su encanto personal, su vigor y su elocuencia, parecía destinado a ser un caudillo. El silencioso y poco atrayente Ruiz de Alda y el duro y frío Ledesma no tenían la menor posibilidad de competir con él en popularidad. Había superado a sus críticos más inmediatos y para la mayoría de los jóvenes falan-

gistas era el símbolo viviente del partido. Su bufete de abogado se convirtió en el cuartel nacional de la Falange, porque la sede oficial permanecía clausurada por la policía la mayor parte del tiempo. Y mientras Ledesma y Ruiz de Alda se veían obligados de vez en cuando a ocultarse, su inmunidad parlamentaria permitía a José Antonio mantenerse en plena actividad pública.

Durante el verano y a principios del otoño de 1934 surgió en el seno del partido un grupo de promotores de la jefatura única. Alegaban que no podrían superarse las contradicciones internas, ni mantenerse un frente unido, ni imponer una ideología bien definida, a menos que se dotase al movimiento de una autoridad jerárquica indiscutible. Consideraban que un triunvirato, difícilmente manejable aun en las mejores circunstancias, resultaba radicalmente incapaz de controlar un grupo teórico autoritario tan heterogéneo como la Falange. Sin embargo, frente a cada jefe local que preconizaba la jefatura única, surgía otro opuesto a él. Casi todos los que abogaban por un caudillo del movimiento eran partidarios de José Antonio. Ningún otro líder contaba con un número de seguidores dispuestos a proponerlo para la jefatura y sólo José Antonio era capaz de despertar el entusiasmo que necesitaba un jefe para imponerse.

A primeros de octubre entraron a formar parte del gobierno tres ministros de la CEDA, y los socialistas se lanzaron resueltamente a preparar la rebelión. Cada día se esperaba la noticia de la revuelta. Con una España al borde de la revolución, los partidarios de José Antonio afirmaron que el frágil movimiento nacionalsindicalista se resquebrajaría si no se le dotaba inmediatamente de una fuerte dirección[205].

El primer Consejo Nacional de dirigentes nacionales y regionales de la Falange fue convocado en Madrid el 4 de octubre. A los consejeros se les había pedido que presentasen informes sobre una serie de problemas tácticos y doctrinales, pero el punto principal del orden del día lo constituía, la cuestión de la

reorganización del mando del partido[206]. Los fervientes partidarios de la jefatura única suponían que la candidatura de José Antonio encontraría poca oposición.

Al empezar la primera sesión se presentó una moción considerando que era vital para el éxito del movimiento que se procediese inmediatamente a elegir un jefe único. Los partidarios de un estado autoritario no deseaban de ningún modo gozar de los beneficios de un control autoritario en el seno del partido, pero se les sometió a una intensa presión, ante la necesidad de oponer un frente único a la amenaza del golpe izquierdista que se esperaba en el futuro inmediato. La moción estableciendo la jefatura única fue aprobada por un margen apurado: diecisiete contra dieciséis; la Falange antiliberal, antiparlamentaria, antimayoritaria, votó en favor del establecimiento del caudillaje por la más escasa de las mayorías liberales parlamentarias[207].

Una vez creado el puesto de jefe sólo había un candidato capaz de desempeñarlo. Ledesma ya había visto cómo se pasaban al campo de José Antonio varios de sus primitivos colaboradores jonsistas y sabía que no tenía ninguna posibilidad de disputarle su popularidad. En su consecuencia, tomo él mismo la iniciativa de proponer al Consejo que proclamase por unanimidad a José Antonio como «jefe nacional». Así se hizo sin la menor vacilación y, el 4 de octubre de 1934, José Antonio Primo de Rivera se convirtió en jefe nacional de Falange Española de las JONS[208].

Todavía estaba reunido el Consejo Nacional cuando estalló la rebelión de las izquierdas contra la República, el 6 de octubre. Que se estaba preparando alguna especie de rebelión proletaria constituía un secreto a voces y la revuelta del nacionalismo catalán que debía acompañarla también se había previsto. La Falange había expresado su deseo de hacer todo lo posible para contener a los izquierdistas y a los separatistas, pero el gobierno central había rechazado su ofrecimiento[209]. A pesar de

ello, los jefes provinciales de las milicias del partido tenían orden de cooperar plenamente con las autoridades locales y los oficiales del ejército, en caso de producirse una rebelión. Cuando llegó la hora, los falangistas participaron activamente en la represión de la rebelión en Oviedo y Gijón. Cinco de ellos resultaron muertos[210].

Orgulloso del papel desempeñado por la Falange en el aplastamiento de la revuelta, José Antonio previo que en el futuro inmediato iban a producirse una serie de movimientos subversivos similares. Una vez más criticó severamente al gobierno derechista, manifestando que la victoria de octubre se esterilizaría por culpa de la «mediocridad cedo-radical[211]». En las Cortes explicó lo que consideraba el punto crucial del problema:

> La (fuerza de la) revolución… está en que los revolucionarios han tenido un sentido místico, si se quiere satánico, pero un sentido místico de su revolución y frente a este sentido místico de la revolución aún no ha podido oponer la sociedad, no ha podido oponer el gobierno, el sentido místico de un deber permanente y valedero para todas las circunstancias.
>
> … ¿Es que no se hacen revoluciones más que para ganar dos pesetas más o trabajar una hora menos?… Nadie se juega nunca la vida por un bien material… (Se arriesga) cuando se siente uno lleno de un fervor místico por una religión, por una Patria, por una honra o por un sentido nuevo de la sociedad en que se vive. Por eso los mineros de Asturias han sido fuertes y peligrosos[212].

Entre los aspirantes a ser admitidos en la Falange en 1934, la figura más distinguida era José Calvo Sotelo, exministro de Hacienda del general Primo de Rivera y niño mimado de la derecha pudiente. Durante su exilio en París, Calvo Sotelo empezó a conocer las doctrinas del corporativismo conservador a través de Charles Maurras y Léon Daudet[213]. Cuando en 1933 pudo volver a España después de haber obtenido un escaño de diputado a Cortes, trató de sumarse a la Falange, para reunir el dinero de los monárquicos con la teoría sindicalista y el activismo juvenil. Semejante combinación hubiese tranquilizado a la

derecha acerca de la naturaleza de la Falange, y los grandes terratenientes andaluces aguardaban, expectantes, el resultado de sus gestiones.

Sin embargo, tras su designación como jefe nacional, José Antonio hizo saber que en el nacionalsindicalismo no cabían él y Calvo Sotelo[214]. Sentía una profunda antipatía personal hacia Calvo, de quien decía que «era un hombre que sólo entendía de cifras y que no sabía siquiera una poesía[215]». Consideraba asimismo que Calvo fue uno de los que traicionaron los ideales de su padre en aras de los intereses creados. Y para colmo, Calvo Sotelo era la cabeza visible de los monárquicos adinerados a los que José Antonio consideraba representativos del *ancien régime* que había resultado fatal para España; la simple idea de que esos monárquicos ejercieran un control financiero sobre la Falange le hada rechinar los dientes de rabia y desesperación.

A fines de 1934 Calvo Sotelo planeó la creación de un amplio frente derechista nacionalista-corporativista. En Jaén habló de la conveniencia de fusionar la CEDA con Renovación Española y la Falange[216]. José Antonio inmediatamente con una declaración publicada en *ABC* en la que afirmaba categóricamente que la Falange no tenía nada que ver con semejante agrupación.

Después de haber decidido rechazar a Calvo Sotelo y a los monárquicos corporativos, los líderes falangistas se vieron obligados a definir el carácter esencialmente secular y revolucionario de su movimiento. Ramiro Ledesma fue nombrado presidente de la nueva Junta Política, cuya tarea inmediata fue la de preparar una redacción definitiva del programa de la Falange. El proyecto de programa en veintisiete puntos elaborado por la Junta fue en gran parte obra de Ledesma, aunque sugirió una corrección de estilo de José Antonio[217]. Hechos públicos en noviembre de 1934, los veintisiete puntos constituyeron una reafirmación sistemática de la propaganda nacionalsindicalista

de los tres años últimos. Se afirmaba que el Estado debía ser un «instrumento totalitario» al servicio de la nación, a la vez que se exponían todas las demás ideas falangistas sobre Imperio, juventud, exhortación militar, justicia social, reforma económica y educación popular.

El punto 25, que se refería a la Iglesia, levantó una tormenta de discusiones. En la declaración se afirmaba únicamente que no se permitiría la interferencia de la Iglesia en asuntos seculares, al mismo tiempo que se declaraba explícitamente que la Falange era profundamente católica y totalmente respetuosa para con los fines religiosos de la Iglesia. José Antonio ya había explicado con anterioridad todas estas cosas. En el primer número de *FE* escribía:

> La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es, además, históricamente, la española.
>
> [...]
>
> Así, pues, toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico.
>
> Esto no quiere decir que vayan a renacer las persecuciones contra los que no lo sean. Los tiempos de las persecuciones han pasado.
>
> Tampoco quiere decir que el Estado vaya a asumir directamente funciones religiosas que corresponden a la Iglesia.
>
> Ni menos que vaya a tolerar intromisiones o maquinaciones de la Iglesia, con daño posible para la dignidad del Estado o para la integridad nacional.
>
> Quiere decir que el Estado nuevo se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos.
>

> Esto no quiere decir que vayan a renacer las persecuciones contra los que no lo sean. Los tiempos de las persecuciones han pasado.
>
> Tampoco quiere decir que el Estado vaya a asumir directamente funciones religiosas que corresponden a la Iglesia.
>
> Ni menos que vaya a tolerar intromisiones o maquinaciones de la Iglesia, con daño posible para la dignidad del Estado o para la integridad nacional.
>
> Quiere decir que el Estado nuevo se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos.

Las mentes clericales habían considerado siempre a la Falange con recelo ya principios de 1934 Gil Robles había declarado

en las Cortes que «la Falange no es católica[218]». El hecho de que el rico y clerical Francisco Moreno Herrera, marqués de la Eliseda, hubiese permanecido tanto tiempo en el partido sólo podía explicarse por la extrema confusión doctrinal reinante en el movimiento durante la mayor parte de 1933 y 1934. Cuando aparecieron los veintisiete puntos, Eliseda dijo que aquello ya era demasiado para él; si el nacionalsindicalismo no podía ser más clerical estaba dispuesto a marcharse llevándose consigo su dinero. Su conciencia religiosa no se tranquilizó ante el hecho de que varios sacerdotes hubieran desempeñado funciones importantes en las organizaciones de la Falange en Oviedo, Pamplona y otros lugares[219]. Eliseda había creído que apoyaba una unión de la extrema derecha, pero ahora los líderes de la Falange negaban que su movimiento perteneciese a la derecha[220]. José Antonio declaró públicamente que la Falange no era «un movimiento fascista»; los corporativistas reaccionarios estaban empezando a asimilarse al «fascismo» y la comparación con ellos se hacía insoportable para los falangistas. Eliseda, en unas declaraciones publicadas en el *ABC* del 30 de noviembre de 1934, repudió la Falange y volvió a las filas monárquicas. A los falangistas les molestó la ostentación con que rodeó su defección, pero lo único que perdieron con ella fue su cuenta corriente en el banco. José Antonio le replicó agriamente en el propio *ABC* al día siguiente, declarando que la posición de la Falange coincidía con la de los más católicos reyes de España y con la de los doctores de la Iglesia, «entre los cuales no figura, hasta ahora, el marqués de la Eliseda». La mayoría de los falangistas eran creyentes y algunos de ellos pertenecían a organizaciones católicas, pero prácticamente ninguno de ellos siguió la actitud de Eliseda[221].

Enajenándose a Calvo Sotelo y a Eliseda, la Falange quemó sus últimos puentes con la derecha. A finales de 1934 la derecha podía permitirse el ignorar al nacionalsindicalismo, porque

todos sus diversos sectores habían empezado a adoptar alguna forma de corporativismo. El mayor de todos los grupos monárquicos, el nuevo Bloque Nacional de Calvo Sotelo, aspiraba a «la conquista del poder para estructurar un Estado auténtico integrador y corporativo[222]». Incluso la moderada CEDA declaró oficialmente que tenía el propósito de modificar la Constitución republicana para facilitar la creación de una asamblea corporativa escogida por los cabezas de familia y los miembros de grupos profesionales y no elegidos por la fuerza numérica de las masas[223]. Los miembros del movimiento juvenil clerical (Juventudes de Acción Popular) vestían camisas verdes y adoptaron el 50 por ciento del saludo fascista, levantando el brazo, pero sólo en parte. La Falange ya no siguió teniendo el monopolio del fascismo, aunque las JAP de camisas verdes no fueran un grupo muy enérgico. Cualquiera podía elegir en España la marca de fascismo aguado que más le conviniese.

El dilema ante el que se encontraba el partido resultaba sumamente desagradable para Ledesma y otros dirigentes. Aunque la Falange estaba hastiada del gobierno cedoradical, había contribuido a su defensa frente a la izquierda en octubre; despreciada por la mayoría de la derecha, la Falange nunca había intentado hacer un llamamiento plenamente revolucionario a la izquierda. Incapaz de inspirar la menor simpatía de ningún grupo proletario, la Falange había renunciado de antemano a toda posible ayuda por parte de la derecha.

La reacción producida inmediatamente después de la rebelión de octubre reforzó a todos los partidos de derechas; durante los dos meses siguientes a la revolución, la Falange experimentó la primera afluencia importante de huevos miembros, desde noviembre de 1933. El clima político le era favorable, pero la Falange aprovechó muy poco o casi nada esta oportunidad. Ruiz de Alda quería explotar el ambiente perturbado de Asturias, ocupada por una fuerza militar nerviosa e insegura,

como base para un levantamiento contra el vacilante gobierno[224]. También Ledesma apremiaba a José Antonio para que empujara a la Falange a llenar el vacío revolucionario creado por la transitoria derrota de los indecisos rebeldes[225]. Abrigaba la esperanza de que José Antonio utilizara sus antiguos vehículos familiares para comprometer a algunos militares en un golpe.

El jefe de Falange rechazó estas sugestiones, considerándolas como irrealizables y fruto de la exaltación del momento. En noviembre de 1934 la Falange no contaba con más de cinco mil afiliados y carecía de base para conseguir un apoyo popular, intentar cualquier empresa ambiciosa era algo sencillamente irracional y José Antonio no compartía la afición de Ledesma a intelectualizar lo irracional. Además, no sentía la menor simpatía ni confianza hacia el cuerpo de oficiales del Ejército español, que había segado la hierba bajo los pies de su padre en 1930 y que en 1931 hizo caso omiso de su juramento a la Monarquía. Casi ninguno de ellos apoyó la rebelión de Sanjurjo en 1932 y ninguno de ellos parecía interesado en intervenir ante la situación revolucionaria de 1934. Por lo tanto, José Antonio consideraba inútil y peligroso convertirse en un aliado político de los militares[226]. Seguía insistiendo en la necesidad de adoptar una visión de los problemas políticos prudente y organizada, y desaprobaba toda táctica radical.

Esto hubiera dado buenos resultados si el tiempo hubiese trabajado en favor del partido, pero los hechos parecían demostrar lo contrario. Después de la marcha del último monárquico, el partido quedó arruinado. A finales de 1934 la Falange no tenía fondos suficientes ni para pagar la electricidad de su sede nacional. José Antonio, de mala gana, confío a Ruiz de Alda que tal vez fuese necesario hacer algunas concesiones al Bloque Nacional; pero consideraron ambos que la Falange era demasiado pobre para poder negociar dignamente; lo mejor era,

simplemente, resistir a la intemperie[227]. El año 1935 empezó muy sombríamente para Falange. Con reclutamiento en franca regresión y sin perspectivas de nuevas fuentes de ingresos el nacionalsindicalismo parecía carecer de toda posibilidad en España.

Ante tan sombrías perspectivas, Ramiro Ledesma consideró que la Falange había llegado al final de su camino. Influido por la actitud de algunos de sus antiguos colaboradores jonsistas, se dispuso a provocar una abierta escisión en el partido para reconstituir las JONS a partir de los sindicatos falangistas. Se proponía revolucionar el movimiento nacionalsindicalista o abandonarlo totalmente. Trató de animar a Onésimo Redondo, quien se había conformado con un puesto secundario durante el transcurso del año último, para que se uniera a él. Manuel Mateo, un antiguo comunista, que ahora dirigía los sindicatos falangistas, fue a Valencia para convencer a los viejos núcleos jonsistas de que abandonaran la Falange oficial.

Pero Redondo, como la mayoría de los jonsistas originarios, vacilaba. Les parecía que el dividir el partido en esta coyuntura no conducía a nada; si el buque se hundía en el mar profundo, los pequeños botes no podían esperar mejor suerte. Cuando incluso el propio Mateo se echó para atrás, Ledesma se encontró solo, pero ya había ido demasiado lejos para retroceder.

El domingo 16 de enero de 1935 José Antonio convocó una reunión de la Junta Política y expulsó oficialmente a Ramiro Ledesma Ramos del movimiento nacionalsindicalista[228]. Ledesma, creyendo todavía que las CONS le seguirían, trató rápidamente de soliviantar al millar de obreros y empleados más o menos vinculados con los sindicatos falangistas de Madrid.

Al día siguiente, José Antonio se presentó en la sede de la CONS. No llevaba la camisa azul proletaria de la Falange, sino un traje gris de parlamentario, con camisa blanca y corbata. Al-

gunos de los obreros que aguardaban fuera trataron de impedirle la entrada, pero él se abrió camino a través suyo. Luego pronunció un breve e intenso discurso, explicando la situación existente en el partido, los objetivos que había fijado para la revolución nacionalsindicalista y cuál era la clase de disciplina y de comportamiento ético que cabía esperar de cuantos se alistasen para esta lucha. Los ojos llameantes del jefe y su oratoria vibrante resultaron altamente convincentes en aquel reducido recinto. Superó a Ledesma en la cualidad deja que éste carecía mayormente: una personalidad valerosa y sugestiva[229].

Redondo, Ruiz de Alda y todos los demás jefes se apresuraron a reafirmarle su lealtad. La Falange era, a partir de entonces, José Antonio.

Capitulo VII

El Partido de José Antonio

En 1935 José Antonio se encontró convertido en un jefe político. Había eliminado a todos sus oponentes y la Falange era ahora cosa suya. Si en alguna ocasión había aludido a las servidumbres y humillaciones del jefe político[230], también había hablado de las satisfacciones que ofrece el liderazgo público[231]. Aunque nunca hubiese podido ser un *Duce* o un *Führer*, José Antonio era el *Jefe*, y el héroe de sus juventudes[232]. Incluso sus enemigos políticos reconocían su atractivo y su sinceridad[233]. Su única preocupación personal consistía en no poder desprenderse totalmente de la etiqueta de «señorito» vinculada a su pasado y a su apellido[234].

Los estudiantes falangistas de Madrid, que le veían con frecuencia, y cuya adhesión a José Antonio nunca flaqueó, se sentían ligeramente incómodos ante la descripción que hacían de él sus enemigos, presentándole como un señorito andaluz. En una ocasión en que se exhibió un retrato de estilo aristocrático del Jefe en el escaparate de un fotógrafo de moda, decidieron romper la vitrina. Afortunadamente las juventudes socialistas la destrozaron antes[235].

José Antonio se encontraba ahora en condiciones de imponer su estilo liberal y «minoritario» desde la dirección del partido. Poco después de la fundación de la Falange había afirmado:

> El fascismo lo nutre, hasta ahora, la clase media modesta, y los obreros se convencerán después. Las clases acomodadas son las que han de soportar el fascio con su historia y con sus prestigios. Tendrán que recuperar su jerarquía perdida, por medio del sacrificio y del esfuerzo.
>
> Si nosotros triunfamos, tengan la seguridad de que no triunfarán con nosotros los señoritos. Ésos deben encontrar digno empleo para sus dotes, rehabilitando las jerarquías que malgastaron en holganza[236].

Durante el año 1935 José Antonio fue perfilando su teoría de la minoría. En un importante discurso pronunciado en Valladolid en marzo, estableció sagazmente las diferencias entre la Falange y el principio «romántico» nazi del «instinto racial» que conduce a una superdemocracia[237]. Según José Antonio, España necesitaba un Estado fuerte dominado por una minoría revolucionaria, porque era incapaz de crear una *élite* de clase media semejante a las minorías liberales francesas o inglesas[238]. Una minoría militante sería la que guiaría al movimiento revolucionario a lo largo del camino: «Para realizarla (la revolución nacional) no hace faltar congregar masas, sino minorías selectas. No muchos, sino pocos, pero convencidos y ardientes, que así se ha hecho todo en el mundo[239]». La minoría cuidaría de reformar la estructura económica, de elevar el nivel de las clases inferiores y de abolir los privilegios artificiales; eran las voces superiores y no las populares las que tenían que mandar. Es dudoso que José Antonio tuviese temperamento fascista, en el sentido convencional del término. Seguía reuniéndose —aunque en secreto— con sus amigos liberales; tenía uña excesiva inclinación a reconocer el valor humano de la oposición y a franquearse en sus relaciones personales para ajustarse al patrón fascista[240].

Si algunos de sus fanáticos partidarios podían decir que «ni Unamuno ni Ortega —ni, claro es, todos nuestros intelectuales — valen lo que un rapaz rabioso de veinte años, fanatizado por su pasión española[241]», José Antonio se limitaba a afirmar «queremos una España alegre y faldicorta[242]». Los activistas del partido pensaban en organizar «complots» para asesinar a

Prieto y a Largo Caballero, pero José Antonio no lo hubiera permitido nunca. Durante una manifestación rodeó con sus brazos a un joven izquierdista que se metió entre ellos, para protegerle frente a sus propios seguidores falangistas. Nunca permitió que oradores irresponsables, como Giménez Caballero, hablasen en los mítines de Falange, ni permitía que se gritase «abajo esto» o «muera» en las reuniones del partido:

> Los antialgo, sea lo que sea este algo, se me representan imbuidos de reminiscencias del señoritismo español, que se opone irreflexiva, pero activamente a lo que él no comparte. No soy ni antimarxista, siquiera, ni anticomunista, ni anti… nada. Los «anti» están desterrados de mi léxico, como si fueran tapones para las ideas[243].

Ciertos consejeros suyos, como Francisco Bravo, tenían que decirle que fuese más «fascista», que se mostrase más severo y distante[244]. Entre los liberales de Madrid existía la firme convicción de que «José Antonio, cómo le llaman sus íntimos, es un fascista *malgré lui*… Es un parlamentario desconocido por él mismo[245]». Según palabras del corresponsal de la Reuter: «José Antonio, alto, con sus treinta años, su hablar afable y cortés, era una de las personas más agradables de Madrid». «Parecía un personaje irreal en su papel de líder fascista[246]».

Ramiro Ledesma trazó uno de los más agudos análisis del Jefe, en el que se definen una serie de contradicciones aparentemente imposibles de darse en un dirigente político:

> Distingue y caracteriza a Primo de Rivera que opera sobre una serie de contradicciones de tipo irresoluble procedentes de su formación intelectual y de las circunstancias político-sociales de donde él mismo ha surgido. Posee seguridad en los propósitos, y le mueve seguramente un afán sincero por darles caza. El drama o las dificultades nacen cuando se percibe que esos propósitos no son los que a él le corresponden, que es víctima de sus propias contradicciones y que, en virtud de ellas, puede devorar su misma obra y —lo que es peor— la de sus colaboradores. Véasele organizando el fascismo, es decir, una tarea que es hija de la fe en las virtudes del ímpetu, del entusiasmo a veces ciego, del sentido nacional y patriótico más fanático y agresivo, de la angustia profunda por la totalidad social del pueblo. Véasele, repito, con su culto por lo racional y abstracto, con su afición a los estilos escépticos y suaves, con su tendencia a adoptar las formas más tímidas del patriotismo, con su afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso exclu-

sivo de la voluntad, etcétera. Todo eso, con su temperamento cortés y su formación de jurista, le conducirá lógicamente a formas políticas de tipo liberal y parlamentario. Varias circunstancias han impedido, sin embargo, esa ruta. Pues ser hijo de un dictador y vivir adscrito a los medios sociales de la más alta burguesía son cosas de suficiente vigor para influir en él propio destino. En José Antonio obraron en el sentido de obligaría a torcer el suyo, y a buscar una actitud político-social que conciliase sus contradicciones. Buscó esa actitud por vía intelectual, y la encontró en el fascismo. Desde el día de su descubrimiento, está en colisión tenaz consigo mismo, esforzándose por creer que esa actitud suya es verdadera, y profunda. En el fondo, barrunta que es algo llegado a él de modo artificial y pegadizo. Sin raíces. Ello explica sus vacilaciones y cuanto en realidad le ocurre. Esas vacilaciones eran las que a veces le hacían preferir el régimen del triunvirato, refrenando su aspiración a la jefatura única. Sólo al ver en peligro, con motivo de la crisis interna, su posición y preeminencia se determinó a empuñar su jefatura personal. Es curioso y hasta dramático percibir cómo tratándose de un hombre no desprovisto de talentos forcejea con ardor contra sus propios límites. Sólo, en realidad, tras de ese forcejeo puede efectivamente alcanzar algún día la victoria[247].

No hay pruebas de que la Falange tuviese ningún contacto oficial con los partidos nazi y fascista antes de 1936. Por un lado, el movimiento español se sentía algo turbado por la naturaleza de su ideología derivada de aquéllos, y por otro, ni los alemanes ni los italianos tenían motivos para prestarle mucha atención.

Il Popólo d'ltalia había saludado *El Fascio* de Delgado Barreto con un artículo desdeñoso acerca de esas imitaciones baratas y de segunda mano de ideologías extranjeras. Este rebufido no iba firmado, pero Guariglia, representante italiano en Madrid, se temía que lo hubiese escrito el propio Duce[248]. Durante los meses siguientes, Guariglia se esforzó en disipar el antagonismo suscitado por semejantes declaraciones. Poco antes de la fundación de la Falange, le preparó a José Antonio una entrevista de treinta minutos con Mussolini, durante unas breves vacaciones del futuro jefe en Italia[249]. Aunque José Antonio escribió luego un prólogo para la traducción española de *Il Fascismo* de Mussolini y tenía en su despacho un retrato dedicado del *Duce* junto a la fotografía de su padre[250], en realidad no

sentía ninguna admiración por el líder italiano. Decía a sus íntimos que Mussolini no había creado un nuevo sistema jurídico ni realizado una revolución, sino que se había limitado a crear un mito que el movimiento español podía aprovechar en beneficio propio[251].

El único contacto de José Antonio con los nazis, o mejor dicho, con la civilización germánica, tuvo lugar en la primavera de 1934, cuando visitó Berlín, camino de Inglaterra, para pasar unas vacaciones. En aquella ocasión se le concedió importancia mínima como líder fascista extranjero. No trató de obtener, ni nadie le ofreció, una audiencia con Hitler. Fue recibido por unos pocos elementos nazis de segunda fila y basta[252]. A José Antonio no le gustó en Alemania ni la lengua ni la gente ni el partido nazi. Los nazis le parecieron un grupo deprimente, rencoroso y dividido. Cuando regresó a España, la estima que había tenido antes por el nacionalsocialismo se vino abajo[253].

Entonces se dio perfecta cuenta de que la Falange tenía poco que ganar asociándose con otros partidos fascistas, por poderosos y sinceros que fuesen; a los líderes españoles les correspondía desarrollar un movimiento fascista peculiarmente español, para singularizarse a sí mismos ante la opinión pública nacional. La mayoría de los dirigentes del partido tenían el mismo criterio. Una de las principales acusaciones de Ledesma contra José Antonio era la absolutamente injustificada de pretender imitar a los movimientos extranjeros. Redondo, que era el dirigente falangista más estrechamente vinculado al catolicismo tradicional, estaba constantemente preocupado por este problema y Ruiz de Alda se sumó a los líderes jonsistas, repudiando las ideologías extranjeras por considerarlas demasiado autoritarias.

En la gran concentración del partido en Valladolid, José Antonio había insistido en el hecho de que cada nación seguía un camino distinto para realizar sus aspiraciones. Recurriendo a

una imagen para explicar su idea, aludió a ciertas formas de versos de la poesía del siglo XVI, que tuvieron su origen en Italia, pero que se desarrollaron luego mucho más completamente en un estilo auténticamente español. La comparación tal vez sugiriese más de lo que realmente quería significar, pero expresaba bien su pensamiento. Más tarde José Antonio afirmó que «el Fascismo es una actitud universal de retorno a la propia esencia (nacional)», e insistió en que cada nación tenía su propio estilo original de expresión política[254].

La visita a Berlín en 1934 constituyó la primera y la última reunión formal de José Antonio con cualquier grupo político extranjero. Puesto que los movimientos fascistas eran, por definición, nacionalistas, José Antonio declaró que no podía concebirse una «internacional fascista». Cuando al año siguiente se celebró en Montreux, en Suiza, una reunión de organizaciones fascistas se negó a asistir a ella, o a reconocerla públicamente, y no cambió de actitud a pesar de la insistencia de los agentes fascistas italianos[255].

La propaganda falangista dejó de calificar de «fascista» al partido y José Antonio empezó también a dar marcha atrás, para distinguir a la Falange de los restantes movimientos[256]. En las Cortes manifestó que «el fascismo tiene una serie de accidentes externos, intercambiables, que no queremos para nada asumir[257]». El 19 de diciembre de 1934 declaró en el *ABC* que «Falange Española de las JONS no es un movimiento fascista». Todo esto suponía, evidentemente, un cambio total en la terminología.

José Antonio reconocía públicamente que un movimiento de estilo fascista podía limitarse a constituir una manifestación puramente externa[258]. Y explicaba que si a veces la Falange recurría a los emblemas y a ciertos ritos, era únicamente para despertar los sentimientos nacionalistas del país, adormecidos[259]. Los falangistas, aunque defendieron firmemente la po-

lítica italiana desde el comienzo hasta el final de la aventura abisinia, se negaron siempre a aceptar la etiqueta fascista mussoliniana. En realidad, el único punto programático del partido constantemente mantenido fue su ferviente nacionalismo.

A medida que la Falange iba afirmando su independencia, fue acentuando su interés por una amplia reforma económica, a la que calificaba de «revolución». El Jefe reconocía en privado que había poca diferencia entre su visión económica y la de los socialistas moderados como Indalecio Prieto[260]. No obstante, declaraba:

> Cuando hablamos del capitalismo no hablamos de la propiedad. La propiedad privada es lo contrario del capitalismo: la propiedad es la proyección directa del hombre sobre sus cosas; es un atributo elemental humano. El capitalismo ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la del instrumento técnico de dominación[261].

El único punto verdaderamente radical del programa económico de la Falange consistía en su propósito de nacionalizar el crédito, operación que José Antonio creía que podría realizarse en quince días. Creía con ello poder «humanizar las finanzas».

El jefe de la Falange estaba muy enterado de los problemas agrarios y sus opiniones eran comentadas incluso por reconocidos especialistas[262]. José Antonio trataba de recoger información sobre cuestiones agrícolas en todas las provincias españolas. Comprendió que las tierras pobres requerían organizarse en grandes unidades de cultivo, mientras que los suelos fértiles tenían que estar mejor repartidos. Creía que había que proteger las grandes propiedades que constituían unidades naturales de cultivo, en tanto que las parcelas de tierra excesivamente pequeñas tenían que refundirse; en cambio, algunas zonas improductivas deberían ser abandonadas.

En un gran mitin celebrado en Salamanca el 10 de febrero de 1935, y también en la conferencia del Círculo Mercantil de Madrid, el 19 de abril de 1935, insistió en que el nacionalsindicalismo no proponía una socialización de la economía, sino un

cierto socialismo estatal capaz de realizar algunas reformas de vital necesidad. Y repitió que el corporatismo de Mussolini no significaba para España otra cosa que un punto de partida[263].

El contenido nacionalista de la propaganda falangista estaba condicionado, en gran parte, por la reacción contra los estatutos autonomistas catalán y vasco otorgados por la República. El problema regionalista constituía uno de los más importantes que España tenía planteados. Los nacionalistas catalanes, movidos por su hostilidad hacia el Gobierno central, habían tomado parte en la rebelión izquierdista de 1934.

Aunque la Falange condenaba el separatismo, no negaba las diferencias regionales. José Antonio, apartándose de la línea nacionalista, encomió las cualidades singulares de Cataluña, Galicia y las provincias vascongadas. La Falange no se oponía a una limitada autonomía administrativa local, pero condenaba la separación de toda una región de la soberanía nacional.

A diferencia de muchos de sus seguidores, José Antonio no era un fanático nacionalista. Educado en el ambiente anglófilo de la aristocracia liberal, admiraba al mundo anglosajón y particularmente el Imperio británico. Ruiz de Alda hablaba de Gibraltar en todos sus discursos, pero a José Antonio no le preocupaba este tipo de nacionalismo. Sabía que los españoles ya tenían bastante con tratar de organizar su existencia nacional, y en una ocasión manifestó al corresponsal de la agencia Reuter: «Sabe usted, señor Buckley, hay un grupo típico de españoles que habla y habla eternamente. Realmente es muy difícil organizar a nuestra raza para una tarea constructiva[264]».

> … no hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. Y os diré que el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica. A nosotros no nos emociona, ni poco ni mucho, esa patriotería zarzuelera, que se regodea con la mediocridad, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta, la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta rui-

> na, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inconmovible metafísica de España[265].

Según José Antonio, una vez realizada esta ardua labor de desarrollo interno, España tal vez podría tomar el relevo de los Imperios británicos y francés, que él consideraba arrastrados hacia su irreversible decadencia burguesa. No obstante, esto no podría ocurrir más que en un futuro remoto. La construcción del imperio soñado por José Antonio empezaba por la difícil tarea cotidiana en el país[266].

La estructura orgánica de Falange quedó ultimada a finales de 1934. Los miembros del partido se dividían en dos categorías: la «primera línea» y la «segunda línea». La «primera línea» comprendía a los miembros regulares, y activos, que figuraban en las listas oficiales del partido. Los adheridos a la «segunda línea» eran simplemente falangistas auxiliares, «compañeros de viaje», o colaboradores que permanecían en la sombra. Con el tiempo, éstos llegarían a prestar importantes servicios al partido, pero ello no podía preverse en 1935. Los miembros más activos formaban las milicias, que proporcionaban al partido los elementos de choque.

A principios de 1935 la «primera línea» no contaba más que con 5000 hombres. En Madrid había 743 miembros inscritos, cuatrocientos o quinientos en Valladolid y unos doscientos en Sevilla. Existían núcleos importantes en Santander y Burgos, pero el partido apenas contaba con nadie en Cataluña, Galicia y en las provincias vascas. Con todo, había células de Falange en casi todas las capitales de provincias y en algunas zonas rurales tales como Badajoz y Cáceres, que llegaron a contar con quinientos afiliados en cada provincia, aunque esta densidad era poco frecuente. Fuera de las capitales, la principal fuerza de Falange se estableció a lo largo de los ejes Sevilla-Cádiz y Valladolid-Burgos.

La Falange creció en 1935, aunque siguió siendo insignificante en comparación con los principales partidos. En febrero de 1936 la «primera línea» contaba con unos 10 000 miembros, completada con una cifra igual o superior de miembros, del SEU, menores de edad. Cualquiera que fuese el sistema de recuento empleado, la cifra total de seguidores del partido no sería superior a los 25 000[267]. La Falange seguía siendo la más reducida y débil de todas las fuerzas independientes de la política española.

Los enemigos de la Falange hacían mucha propaganda acusándola de ser un partido de señoritos. Los estudiantes constituían, en realidad, el mayor contingente de partidarios de Falange pertenecientes a un solo sector. Sin embargo, una ley promulgada en 1934 prohibía a los estudiantes el pertenecer oficialmente a partidos políticos y la mayoría de los miembros del SEU viéronse así impedidos de figurar en las anémicas listas de afiliados de la Falange[268]. De los miembros activos sólo una exigua minoría procedía de las clases altas. Según las listas oficiales de la JONS de Madrid, en febrero de 1936 los militantes de la capital se distribuían del siguiente modo: obreros y empleados, 431; oficinistas, 315; obreros especializados, 114; profesiones liberales, 106; mujeres[269], 63; estudiantes[270], 38; pequeños comerciantes, 19 y oficiales del ejército y aviadores, 17.

Por debajo de José Antonio el partido estaba dirigido por el Consejo Nacional y por un comité ejecutivo llamado Junta Política. Todos los puestos de mando se nombraban desde arriba, pero generalmente se respetaban las sugestiones de los subordinados. Los dirigentes locales eran simples jefes locales; por encima de ellos estaba los jefes provinciales y por encima de éstos, los jefes territoriales. Cada jefe contaba con un secretario de rango correspondiente. El secretario general del partido, je-

fe ejecutivo adjunto de José Antonio, era un viejo amigo y compañero de carrera suyo, Raimundo Fernández Cuesta.

El partido adolecía de una sorprendente falta de madurez; el sesenta o setenta por ciento de los falangistas no alcanzaban los veintiún años de edad. Esos jóvenes carecían de toda formación, como el propio José Antonio reconocía. En cierta ocasión en que Unamuno advirtió a José Antonio que los falangistas con quienes había hablado no tenían una idea clara de lo que querían, el jefe de la Falange le contestó que tenían «mucho más corazón que cabeza[271]».

No eran unos ideólogos[272]. Todo cuanto sabían de su programa es que era radical, ultranacionalista y que apoyaba las reformas sociales. Sabían que el partido perseguía una especie de nuevo orden económico, porque José Antonio se lo había dicho, pero la mayoría sólo tenían una vaga idea de la naturaleza de este orden. Sus enemigos eran la izquierda, el centro y la derecha; sobre todo odiaban a la izquierda y al separatismo porque menospreciaban el concepto de patria; en su mente, el separatismo era sinónimo de decadencia. El supernacionalismo constituía el principio y el fin de su credo político.

Eran un grupo alegre, deportivo, de elevado espíritu idealista poco aficionados al estudio, emborrachados con la retórica de José Antonio y sedientos de acción directa. Su única ambición era mantener un constante dinamismo nacionalista. Como les decía José Antonio:

> El Paraíso no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido; se está verticalmente, como los ángeles. Pues bien, nosotros, que ya hemos llevado al camino del paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un paraíso difícil, erecto, implacable; un paraíso donde no se descanse nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas[273].

El peor defecto de José Antonio como jefe político era su incapacidad para elegir subordinados eficaces. En torno suyo se formó en Madrid una camarilla servil, compuesta de viejas

amistades personales, poetas fascistas, antiguos pasantes de su bufete y otros aduladores por el estilo. José Antonio era demasiado indulgente en sus relaciones personales para adoptar la actitud fría y objetiva que un jefe político requiere. Le resultaba muy duro tener que pensar mal de amigos y colaboradores y a veces se dejaba llevar en contra de sus propios juicios más certeros.

Los dirigentes madrileños de segunda fila (jefes de prensa, de milicias, del SEU y de la organización de provincias) conservaban celosamente su preeminencia en el seno del partido. Por ejemplo, desconfiaban de Onésimo Redondo porque era el dirigente más destacado de las provincias. Así trataron de convencer a José Antonio de que la resistencia que opuso inicialmente Redondo a romper con Ledesma y la interrupción de la publicación de la prensa local denotaban una falta de lealtad hacia el Jefe. Se lamentaban, además, de que Redondo nunca se hubiese apartado de los senderos trazados por la reacción clerical y su permanente autoridad sobre el grupo de Valladolid no auguraba nada bueno para el partido. Mientras tanto, animaban a dos destacados dirigentes estudiantiles de Valladolid que estaban organizando un «complot» contra Redondo entre los militantes jóvenes.

Durante el verano de 1935 Redondo manifestó a José Antonio que no estaba dispuesto a tolerar semejante situación y que iba a expulsar a los disidentes y a todos los que les secundasen. José Antonio se dio cuenta del peligro que entrañaba el dejar que la autoridad de Redondo se viese minada por la base y desdeñando a la pandilla de Madrid, autorizó a Redondo a obrar como juzgara conveniente. Las relaciones entre Madrid y Valladolid se mantuvieron tirantes durante todo el año 1935[274].

En el transcurso de aquel verano José Antonio se vio obligado a intervenir en asuntos del partido en Málaga y en Santander, donde ambas organizaciones provinciales de Falange ha-

bían caído en manos de grupos locales derechistas. En ambos casos, el jefe destituyó a los dirigentes derechistas y colocó al frente de la organización provincial a falangistas pertenecientes a la clase obrera[275].

En repetidas ocasiones la Falange trató en vano de conseguir el apoyo de la izquierda. El partido había heredado la vieja esperanza jonsista de llegar a un cierto grado de cooperación con la organización de filiación anarquista y antimarxista, la Confederación Nacional del Trabajo. Los afiliados a la CNT se quejaban de que, en ciertos informes, se relacionasen sus actividades con las de la Falange[276]. Sin embargo, algunos *slogans* de la prensa de la CNT podían intercambiarse con los titulares de *Arriba*, el nuevo órgano de la Falange[277].

Pero José Antonio no se mostraba tan interesado en la CNT, controlada por la FAI, como en el grupo más moderado y responsable de los «treintistas», sindicalistas disidentes que se habían separado de la CNT cuando los anarquistas empezaron a apoderarse de ella. Se decía que Ángel Pestaña, el líder «treintista» tenía un buen concepto de José Antonio y éste le devolvió el cumplido. El jefe de la Falange hizo su primer esfuerzo para tratar con Pestaña durante una visita que realizó a Barcelona poco después de la fundación del partido. Pestaña se manifestó muy cauteloso y la entrevista no llegó a celebrarse; ulteriores contactos lleváronse a cabo a través de Ruiz de Alda y del dirigente de la Falange barcelonesa Santa Marina. Pero Pestaña mantenía su desconfianza y no se llegó a ninguna colaboración. Más tarde, a finales de 1935, se realizó un nuevo intento para interesarle, pero él y sus amigos exigieron constituir una candidatura electoral totalmente separada en las próximas elecciones. Sólo pudo llegar a establecerse un principio de acuerdo, en una breve declaración de principios conjunta, sobre la necesidad de un movimiento de la clase trabajadora, en la que se condenaba la violencia anticlerical, pero nada más. Creyendo que

la Falange contaba con más dinero del que realmente tenía, Pestaña quería que aquélla costeara los gastos de una candidatura *treintista* en Cataluña, lo cual era imposible[278].

El gabinete de centro-derecha que gobernaba en España en 1935 trató de combatir a los extremismos de ambos lados y a veces se mostró casi tan duro contra la Falange como contra los partidos de izquierdas. Los periódicos nacionalsindicalistas se veían constantemente censurados y con frecuencia multados; muchas veces eran recogidos inmediatamente. A cada brote más o menos espectacular de violencia los centros provinciales del partido eran clausurados, mientras había que esperar la autorización para celebrar reuniones públicas hasta el último minuto, cuando no les era negada.

Durante 1935 ni un sólo periódico de toda España consideró que la Falange mereciese que se le consagrara el menor espacio entre las noticias o los editoriales[279]. La afirmación de Gil Robles «los señoritos nunca harán nada» reflejaba la actitud general respecto a la Falange[280]. El 20 de agosto de aquel año José Antonio se lamentaba:

> Existe un estrecho entendimiento contra nosotros, que se extiende desde el gobierno hasta la extrema derecha[281].

y en otra ocasión:

> En vano hemos recorrido España desgañitándonos en discursos; en vano hemos editado periódicos; el español, firme en sus primeras conclusiones infalibles, nos negaba, aún a título de limosna, lo que hubiéramos estimado más: un poco de atención[282].

Los portavoces de la Falange estaban furiosos contra los conservadores moderados de la CEDA, que controlaban la mayoría de los votos y de las aportaciones económicas de las clases medias. El movimiento juvenil de la CEDA, la JAP, con sus camisas verdes y carentes de agresividad, era tomado a broma por la Falange. José Antonio afirmó que «éste era el único caso en que lo más decrépito de un partido lo constituía su juventud[283]». *Arriba* publicó una al lado de otra y con los pies cam-

biados una foto de una reunión campestre de la JAP y otra de unos cerdos escarbando basura. José Antonio manifestó que había perdido toda esperanza de que Gil Robles llegase a adquirir la estatura de un dirigente nacional. En octubre de 1935 predijo que el liberal Azaña volvería al poder antes de un año, que es precisamente lo que ocurrió.

Debido a las constantes denuncias, la sede de la Falange tuvo que ser trasladada de domicilio por dos veces durante el año. En las Navidades de 1935 los dirigentes del partido volvieron a encontrarse una vez más ante la imposibilidad de reunir el dinero necesario para pagar el alquiler mensual[284]. Estas situaciones humillantes obligaron a José Antonio a reconocer en privado que el movimiento necesitaría cinco o diez años de labor de organización y de campañas de propaganda, antes de llegar a poder ejercer influencia en el país[285]. Incluso desde el punto de vista más optimista, el futuro de la Falange bajo la República se presentaba como una larga y dura lucha ascendente.

Únicamente la consideración de estas sombrías perspectivas para su partido impulsó a José Antonio, superando su conocida repulsión por ello, a entregarse a una intriga política con los militares. La Falange tenía que encontrar un camino para salir del atolladero en que se encontraba.

Hacia finales de 1933 habíase formado un grupo de conspiradores entre los elementos jóvenes del cuerpo de oficiales del ejército español, denominado Unión Militar Española (UME), cuya única ambición era la de derribar la República. No tenía ningún otro objetivo positivo que la vaga aspiración de restaurar el «orden» y la «autoridad» en España. El primer dirigente de la organización fue el capitán falangista Emilio Rodríguez Tarduchy, antiguo partidario del régimen de Primo de Rivera. Considerado como excesivamente sectario, pronto fue sustituido por un capitán de Estado Mayor llamado Barba Hernández[286]. Durante el año 1934, la UME creó células en muchas

guarniciones, aunque sólo logró atraer a oficiales jóvenes y ambiciosos que se consideraban frustrados y carecían de veteranía. Durante la rebelión de octubre, la UME fue incapaz de influir en los acontecimientos porque ninguna figura importante del ejército le hizo el menor caso. A los tenientes y capitanes de la organización sólo se sumaron algunos oficiales retirados, ansiosos de «hacer política». La mayoría de los oficiales primorriveristas conservadores que abandonaron la Falange en 1934 pasaron a engrosar la UME.

José Antonio había manifestado claramente su hostilidad a toda colaboración con los militares, afirmando que no podía confiarse en los generales[287]. El peligro que supuso para el gobierno el levantamiento de octubre de 1934 le hizo cambiar de actitud. Después de la rebelión tuvo que reconocer que la Falange era demasiado débil para influir por sí sola en los acontecimientos. En noviembre de 1934 preparó una carta a los militares, sin duda apremiado por Ledesma y Ruiz de Alda. En ella ponía de manifiesto la ausencia de sentido nacional de la izquierda y la incapacidad política de la derecha parlamentaria:

> Queráis o no queráis, militares de España, en unos años en que el Ejército guarda las únicas esencias y los únicos usos íntegramente reveladores de una permanencia histórica, al Ejército le va a corresponder, una vez más, la tarea de reemplazar al Estado inexistente.

Insistía en el peligro de un fracaso político de los militares. Éstos podían fallar por una excesiva timidez, que pudiera impedirles el abolir totalmente el estado liberal, o por excesiva ambición, que les llevara a creer que podía gobernarse a la nación mediante una simple dictadura militar. Y repetía que sólo un «estado nacional, integrador y totalitario» podía solucionar con carácter permanente los problemas de España[288].

No se sabe a quién iba dirigido este mensaje. En todo caso, no requería contestación. Por su parte, José Antonio seguía mostrándose sumamente cauto en estos contactos, convencido

de que los militares no iban a proporcionarle ninguna satisfacción política duradera.

Guiado por su convicción de que toda decisión histórica dependía de una minoría audaz, José Antonio trató de urdir un plan para un golpe de la Falange con un reducido grupo de oficiales de confianza, que habían mantenido relación con su padre. A mediados de junio convocó una reunión especial de la Junta Política, en un parador de montaña situado al oeste de Madrid. Allí trazó el plan para concentrar todas las milicias falangistas disponibles en Toledo, donde serían provistas de armas procedentes de un depósito oculto, y un experto oficial se pondría al frente de ellas. De Toledo marcharían hacia Madrid, mientras los falangistas y unos cuantos oficiales retirados realizarían un golpe fulminante sobre los principales centros gubernamentales[289]. Los consejeros políticos manifestaron un relativo entusiasmo por el plan, que fue rápidamente rechazado por considerarlo de imposible realización. La imaginación de José Antonio le había arrastrado demasiado lejos[290]. Los jefes más influyentes del ejército no hubiesen secundado el golpe, porque quien puso el veto a toda posible colaboración fue nada menos que el general Francisco Franco, jefe del Estado Mayor[291].

José Antonio había estado ya en contacto con el capitán Barba Hernández, quien contribuyó a disuadirle del proyecto. Le preguntó al representante de la UME si los oficiales estaban dispuestos a conceder todo el poder político a un gobierno que pudiera establecerse por la acción conjunta de la Falange y la UME. Barba Hernández le respondió con una negativa categórica, alegando que el movimiento nacional sindicalista no contaba con la fuerza y el crédito suficientes para que se le otorgara tal predominio. José Antonio realizó una última tentativa para llegar a un acuerdo en el que se concediese a la Falange la prioridad en la propaganda destinada a la creación de una nueva formación política[292], pero era evidente que ni la Falange ni

la UME estaban en condiciones de intentar seriamente un golpe contra la República.

Capitulo VIII

Las Elecciones de 1936

El segundo Consejo Nacional de Falange Española se reunió en Madrid en noviembre de 1935. Se discutieron en él numerosas cuestiones de táctica y de doctrina, pero el problema fundamental era el del papel del partido en las próximas elecciones que deberían celebrarse en el curso del invierno. Se hablaba mucho de la creación de un Frente Nacional de todas las derechas para combatir al Frente Popular que las izquierdas estaban preparando.

La Falange ¿debía unirse a aquella agrupación de conservadores y de reaccionarios? José Antonio formuló dicha pregunta a cada uno de los consejeros. No podían limitarse a ignorar las elecciones simplemente por el hecho de que el partido se encontrara prácticamente aislado y, como siempre, con sus cajas vacías. Parecía, pues, necesario establecer algún contacto. Nadie podía imaginar que las elecciones iban a ser el preludio de la guerra civil; generalmente se creía que iban a configurar la situación política durante los próximos años.

José Antonio y Ruiz de Alda eran partidarios de una participación en el Frente Nacional, basada en una absoluta igualdad entre todas las organizaciones participantes en él mismo y siempre que éste estuviese encaminado a la salvación de la integridad de la patria, sin ulteriores consecuencias políticas. Los consejeros estaban sumamente divididos entre sí sobre si la Fa-

lange debía o no participar en el Frente. Al final se impuso José Antonio y se decidió la participación sobre las bases previamente establecidas[293].

La derecha tenía muy pocos deseos de incluir a la Falange en sus candidaturas; la Falange carecía de fuerza electoral y su presencia podía asustar a muchos conservadores. Cuando en las Cortes José Antonio condenó la vergonzosa explotación de los trabajadores agrícolas y afirmó que según el actual ritmo de transferencias y amortizaciones, España tardaría ciento sesenta años en realizar su reforma agraria (lo cual muy bien podría haber sido cierto), *ABC* y con él toda la derecha le acusó de «bolchevique[294]».

José Antonio replicó a su vez:

> El bolchevismo es en la raíz una actitud materialista ante el mundo;… llega al bolchevismo quien parte de una interpretación puramente económica de la Historia. De donde el antibolchevismo es, cabalmente, la posición que contempla al mundo bajo el signo de lo espiritual… Los que hoy… sacrificamos comodidades y ventajas para lograr un reajuste del mundo, sin que naufrague lo espiritual, somos la negación del bolchevismo… En cambio, los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgentemente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo, ésos, intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolchevismo de espantoso refinamiento: el bolchevismo de los privilegiados[295].

Durante el otoño, José Antonio se ganó la enemistad de los políticos cedo-radicales con su actitud frente a los escándalos financieros que desprestigiaron al gobierno burgués de España. Se descubrió que ciertos políticos del partido radical (entre los que se incluía el hijo adoptivo de Lerroux) estaban complicados en la explotación en monopolio de un aparato de juego denominado «straperlo», mientras por otra parte una compañía de navegación del África occidental resultó que estaba recibiendo sumas enormes del gobierno en pago de unos servicios de poca importancia prestados en Ifni y otras colonias[296]. José Antonio estaba encantado al ver al gobierno cogido con las manos en la

masa. Se divirtió reuniendo todas las pruebas acusatorias, las expuso en las Cortes y retó a los moderados a que diesen su honrado veredicto sobre la conducta del gobierno. Públicamente pidió a Gil Robles que se desolidarizase de la pandilla de Lerroux, si realmente quería salvar su honor y el de la nación. El embajador norteamericano recogió la escena final de este escándalo en las Cortes del modo siguiente:

> Cerca de las seis de la mañana se efectuó la votación. Lerroux fue absuelto de toda culpa mientras un oscuro secretario suyo era condenado… Pero apenas se anunció el resultado, una voz chillona gritó desde la tribuna diplomática casi desierta:
>
> ¡Viva el Straperlo!
>
> Los diputados lanzaban furiosas miradas sobre José (Antonio) Primo de Rivera, quien, con cara de niño travieso, sonreía maliciosamente a sus mayores. Los diputados, con los semblantes ceñudos y airados, fueron saliendo hacia la calle desierta[297].

Aunque sabía el poco aprecio que aquel partido le profesaba, en diciembre José Antonio inició las negociaciones para llegar a un compromiso electoral con la CEDA. Los primeros contactos parecieron prometedores. Durante el año anterior, el SEU había logrado establecer un acuerdo bastante satisfactorio sobre las elecciones universitarias con la asociación de los estudiantes católicos[298].

Además, en diciembre, los promotores de los Sindicatos Libres realizaron grandes esfuerzos para incorporar a las CONS en un amplio frente de sindicatos de trabajadores antimarxistas[299]. Se habló incluso de que concederían a la Falange veinte puestos en las candidaturas derechistas, aunque esto parecía demasiado bonito para ser verdad. Muchos de los dirigentes provinciales inicialmente designados empezaron a preparar sus candidaturas, aunque no se requirió mucho tiempo para que su optimismo se desvaneciese.

La situación cambió radicalmente cuando José Antonio empezó a tratar las cuestiones prácticas con Gil Robles. Éste le dijo al líder falangistas que no era lógico que la Falange, que se

había declarado antiparlamentaria, exigiese una representación tan importante en una candidatura parlamentaria; en cambio —afirmaba Gil Robles—, un grupo moderado como la CEDA, comprometido a respetar las normas parlamentarias, debía contar con una representación parlamentaria lo más amplia posible[300]. José Antonio, aun reconociendo lo lógico de este razonamiento, replicó que difícilmente aceptarían sus seguidores un sólo puesto en tres o cuatro candidaturas de provincias, sobre todo si el Frente de Derechas persistía en rechazar las condiciones moderadas y libres de todo partidismo que él deseaba establecer. Con gran sentimiento de algunos falangistas, José Antonio renunció a las limitadas concesiones ofrecidas por la derecha[301]. Cederles sólo dos o tres puestos era un insulto a los dirigentes del partido y la aceptación de una representación tan exigua era algo que los militantes de la base nunca hubiesen comprendido. La Falange tendría que ir sola a las elecciones.

Aunque José Antonio consideraba las elecciones como un «baile de máscaras», la Falange había empezado a preparar candidaturas. El 15 de octubre, es decir, antes del Consejo Nacional, había comenzado la distribución de instrucciones y de material para una «campaña de penetración y de propaganda». Se presentaron candidaturas en Madrid y en otras dieciocho provincias donde existía una remota posibilidad de que resultara elegido un candidato falangista. José Antonio se presentó en la capital y en otras seis regiones; entre los restantes candidatos para una o varias provincias figuraban Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda, Raimundo Fernández Cuesta, Rafael Sánchez Mazas, Manuel Hedilla (Jefe provincial de Santander), José Sainz (jefe provincial de Toledo), Sancho Dávila (jefe territorial de Andalucía) y Jesús Muro (jefe territorial del Alto Aragón[302]), El partido tropezaba con grandes dificultades, incluso para conseguir la inscripción de sus candidatos, debido a la obstrucción de los conservadores[303]. En Burgos, José Antonio tuvo

que impedir que los dirigentes locales establecieran una candidatura conjunta con elementos derechistas adinerados[304].

En su propaganda electoral, la Falange preconizaba la reforma agraria, la promoción de la industria local y el pleno empleo. En Santander, José Antonio prometió que si la Falange llegaba al poder, nacionalizaría los servicios del crédito en el plazo de quince días[305]. En otra ocasión se dice que en un momento de exaltación llegó a afirmar que uno de los primeros actos de gobierno de la Falange sería colgar al contrabandista multimillonario Juan March[306].

El aspecto más llamativo de la propaganda falangista era su ridiculización del carácter negativo del Frente Nacional, que «suponía que la unión de varios enanos bastaba para formar un gigante[307]». Las hojas de Falange afirmaban que «los partidos (del Frente Nacional) sólo se agrupaban por temor al enemigo común; no veían que frente a una fe agresiva hay que oponer otra fe combatiente y activa, no un designio inerte de resistencia[308]». «No basta con venir cantando himnos». Y en Cáceres exclamó José Antonio: «Menos "Abajo esto", "Contra lo otro" y más "Arriba España"». Y solía afirmar que el viejo grito de combate español no era «Abajo los moros», sino «¡Santiago y cierra España!»[309].

Las elecciones fueron organizadas por un gobierno de transición presidido por el dirigente moderado Pórtela Valladares. El presidente de la República Alcalá Zamora había elegido personalmente a Pórtela para tratar de organizar una tercera fuerza política durante la campaña electoral; creía que semejante fuerza podría evitar que la República cayera en uno de los extremismos de derecha o de izquierda. Pórtela no tuvo el menor éxito en esta empresa. Era demasiado tarde para superar la polarización que se había producido en la política española[310].

A medida que se aproximaba la fecha de las elecciones, los conservadores se mostraban cada vez más enojados con la Falange. La derecha afirmaba que el único resultado de la obstinación de la Falange en presentar sus propios candidatos sería una disminución de votos de las listas conservadoras que favorecería a las izquierdas. Lo único que estimulaba el interés de la Falange en presentar una candidatura en Madrid era la campaña de prensa que invitaba al partido a retirarse. *ABC* halagaba a los falangistas afirmando que sus militares valían mil veces más que los tímidos jóvenes conservadores, pero les pedía que abandonaran el terreno electoral, puesto que su ideología era antiparlamentaria:

> Falange Española no está en condiciones de aspirar a que los cuatro candidatos que presentan (en Madrid) obtengan el acta. Sin embargo, persistir en la lucha representa un evidente quebranto, no ya del cuerpo de sufragios en favor de las candidaturas de las derechas unidas, sino de la fuerza espiritual con que puede presentarse después de las elecciones ante la opinión Falange Española[311].

A finales de enero una interminable procesión de damas de la sociedad y de personalidades de relieve habían desfilado por el despacho de José Antonio para pedirle que la Falange se retirase de la contienda.

Durante su campaña de reelección en Cádiz, el jefe de la Falange fue acogido fríamente por sus antiguos colegas derechistas. José Antonio hubiese deseado renovar la alianza independiente establecida en 1933, pero esta vez los conservadores no querían saber nada con él. Los caciques locales le acusaron de no haber defendido eficazmente sus intereses en Madrid, porque no había ejercido la influencia necesaria para promover la creación de cierta refinería de azúcar y la aprobación de una nueva legislación sobre alcoholes, que hubiesen favorecido mucho su región. José Antonio no había sido un buen representante suyo. En Andalucía la Falange se encontraba sin fondos y sin esperanzas[312].

Pese a la desesperada presión y a la campaña de desprestigio de las derechas, el partido mantuvo sus candidaturas electorales y su independencia. Los únicos pactos establecidos durante la campaña fueron ciertos acuerdos de carácter local, en virtud de los cuales la Falange secundaría al Ejército con sus milicias si las izquierdas ganaban las elecciones y aquél proclamaba el estado de guerra. En su último gran discurso de la campaña electoral, José Antonio advirtió: «Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario a los eternos destinos de España, la Falange relegará con sus fuerzas las actas de escrutinio al último lugar del menosprecio[313]».

Grandes carteles de propaganda electoral con el semblante pontifical de Gil Robles llenaban las principales ciudades españolas el día 16 de febrero de 1936, cuando se celebraron las elecciones. Pero a pesar de todo el dinero que se gastó el bloque de derechas, las izquierdas obtuvieron una victoria clara, aunque no fuese aplastante numéricamente. Los políticos conservadores, atemorizados, intentaron convencer a Franco y a otros destacados generales para que declarasen la ley marcial, pero Franco se negó a hacerlo[314].

La Falange obtuvo menos de 5000 votos en Madrid y cerca de 4000 en Valladolid, es decir el 1,19 y el 4 por 100, respectivamente, del censo electoral. En su intento de reelección en Cádiz, José Antonio sólo obtuvo 6965 votos. En su totalidad el partido reunió algo más de 40 000 votos[315]. No resultó elegido ni un solo falangista y José Antonio se vio reducido a la condición de simple ciudadano.

La victoria del Frente Popular produjo un verdadero *shock* en todas las fuerzas no izquierdistas, incluso en la Falange. En diciembre José Antonio había predicho un ligero margen favorable al Frente Popular, pero ahora se veía sorprendido por la amplitud de la victoria izquierdista[316]. Desde las páginas de *Arriba* procuró tranquilizar a sus partidarios. Su primera reac-

ción consistió en animar a los militantes declarando, que el partido podía contar con una masa de cien mil seguidores si a los votos obtenidos se añadían el número de simpatizantes de menos de veintiún años. Parecía temer los efectos de otra temporada en la soledad del desierto.

No obstante, para la Falange las perspectivas no eran tan negras. Las predicciones conservadoras sobre el resultado de unas elecciones libres habían fallado por completo, y Manuel Azaña volvió al poder, tal como lo había vaticinado José Antonio. Fracasados los procedimientos moderados, los grupos antiliberales sólo podían pensar en arrancar el control de manos de la izquierda y el centro-izquierda recurriendo a métodos radicales.

La reacción general entre los militantes falangistas era de euforia. Durante dos años y medio el movimiento nacional sindicalista se había visto frenado por la fuerte mano de la derecha dominante. Se le habían negado a la Falange apoyos y dinero porque habían prevalecido los métodos de la CEDA. Ahora que la política de moderación, de compromiso y parlamentarismo de Gil Robles y de Herrera se había desacreditado las derechas no tenían la menor posibilidad inmediata en las Cortes[317]. Los jóvenes falangistas más peleones creían que su hora había llegado. Como escribió el jefe local de Sevilla.

> Después de las elecciones de febrero tenía una fe absoluta en el triunfo de la Falange, porque dábamos por fracasados y eliminadas a las derechas, que eran nuestro más difícil enemigo. Su fracaso constituía para nosotros un avance fabuloso y la herencia de la mayor parte de sus mejores juventudes. Por si ello fuera poco, teníamos una seguridad absoluta del fracaso del Frente Popular, por su desorganización interna y por su postura antinacional, en contra, abiertamente, del sentido de una gran masa de españoles. Nuestra tarea consistía simplemente en ampliar nuestra base obrera[318].

Algunos izquierdistas se lamentaban de que los jóvenes falangistas, que no habían logrado la elección de uno solo de los suyos, se comportaban como si realmente hubiesen ganado.

Por su parte, José Antonio no se mostraba tan confiado como sus jóvenes seguidores. Tenía momentos de esperanza y de optimismo, pero sabía que la derrota de la derecha ortodoxa no contribuiría a mejorar el futuro de la Falange. Las elecciones no habían cambiado la estructura básica de su partido; en todo caso, habían contribuido a subrayar su aislamiento y su falta de apoyos. Además, ahora comprendía mejor y temía aún más el creciente abismo que separaba la izquierda de la derecha. Sabía que la derecha, momentáneamente batida, haría un gran esfuerzo para recuperar sus posiciones. Y si los métodos moderados de Gil Robles eran abandonados en favor del extremismo de Calvo Sotelo, no estaba nada claro que la Falange saliera ganando con el cambio. Los falangistas siempre habían proclamado la ineficacia de la táctica parlamentaria y predicado la revolución nacionalsindicalista. Pero como no existía necesariamente una relación entre ambas ideas, la derecha podía aceptar la primera de ellas sin admitir la segunda. Ya desde la fundación misma del partido, la derecha se había esforzado en captar a los falangistas como tropas de choque de la reacción; ante la nueva situación política española, esta tentación no hacía sino aumentar.

En 1936 José Antonio creía que, atrincherados en sus posiciones, los conservadores podían resultar más peligrosos aún para la falange que la izquierda promarxista. Indicó a los editorialistas del Arriba que concentraran su fuego sobre las derechas desacreditadas y tratasen bien a los líderes liberales del Frente Popular. José Antonio quería que sus partidarios no olvidaran quiénes eran los verdaderos responsables de la peligrosa situación porque España atravesaba. Sugería que debía concedérsele a Azaña una última oportunidad para llevar a cabo la revolución nacional de carácter liberal. Cuatro meses antes había escrito lo siguiente:

> Será inútil buscar precedentes de una torpeza mayor que la lucida por las derechas españolas… Azaña está a la vista… Azaña volverá a tener en sus manos la ocasión cesárea de realizar, aún contra los gritos de la masa, el destino revolucionario que le habrá elegido dos veces[319].

Al día siguiente al de las elecciones, Arriba declaraba que «España ya no puede eludir el cumplimiento de su revolución nacional». José Antonio afirmó que, por lo menos, el sufragio universal había logrado unas cuantas cosas deseables; había repudiado el bienio negro conservador, puesto freno al separatismo vasco y estimulado a los elementos «menos frenéticos» de la izquierda. Y reiteraba algunas de las afirmaciones más valientes de sus discursos electorales:

> En lo más profundo de nuestro ser alienta cierta simpatía por mucha gente de izquierda, que han llegado al odio por idéntico camino que nos ha llevado a nosotros al amor: la crítica de esta triste, mediocre, miserable y melancólica España[320].
>
> […]
>
> Esto de ahora es peligroso, pero está tenso y vivo: puede acabar en catástrofe, pero puede acabar en acierto[321].

El 21 de febrero, en una circular dirigida a todos los jefes territoriales provinciales de España, José Antonio les comunicaba las siguientes instrucciones:

> Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo gobierno, ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas…
>
> Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado, alianzas de fuerzas «de orden» y demás cosas de análoga naturaleza[322].

A todos los nuevos afiliados se les exigiría un determinado período de prueba antes de ocupar ningún puesto de mando en el partido. Ahora más que nunca no debía permitirse que cualquiera pudiera abrirse fácilmente camino dentro de la Falange.

José Antonio seguía manteniendo su desconfianza hacia los militares conspiradores y no fue invitado a las primeras conversaciones preparatorias que algunos oficiales celebraron en Madrid. También deseaba evitar el verse envuelto en una re-

vuelta dirigida por la UME o por generales intrigantes. Aun cuando se mantenía en contacto con esos grupos, procuraba conservar las manos libres para cualquier maniobra de otro tipo[323].

El objetivo fundamental de la Falange después de las elecciones era el mismo que Ramiro Ledesma en 1931: nacionalizar las aspiraciones revolucionarias de la izquierda española. José Antonio insistió en que los líderes falangistas debían esforzarse en atraerse a los disidentes de la CNT y del partido socialista[324]. En los meses siguientes se logró atraer a alguno de los sectores más inquietos de la CNT andaluza, pero José Antonio tenía un plan mucho más ambicioso.

De todos los dirigentes de la izquierda española, por quien sentía mayor admiración era por Indalecio Prieto. José Antonio le respetaba por su capacidad política, sus conocimientos económicos, su moderación, su resistencia a dejarse arrastrar por el radicalismo antinacional de los socialistas de izquierda y su gran generosidad personal. Siempre se había lamentado de no poder atraer a hombres como Prieto a la Falange. Reconocía plenamente la importancia de poder contar con un líder de origen obrero, al frente de una revolución nacionalista. Así pues, José Antonio se decidió a realizar un nuevo esfuerzo para llegar a un entendimiento con Prieto.

A través de amigos mutuos, el jefe de la Falange estableció contacto con Juan Negrín, miembro del sector «prietista» del partido socialista y le manifestó su interés en unir la Falange con los elementos socialistas moderados y de mentalidad nacional. José Antonio llegó a sugerir la posibilidad de que Prieto asumiera la jefatura de una Falange Socialista, en la que él mismo aceptaría un puesto secundario. Una organización de este tipo podría aspirar a atraerse a los «treintistas» y a todos los elementos antimarxistas y no-internacionalistas de la CNT.

Pero Prieto rechazó toda negociación; ya antes había adoptado una actitud opuesta a cualquier trato con la Falange. Además, después de la victoria del Frente Popular, el sector radical de Largo Caballero hacia la posición del propio Prieto en el partido resultase muy insegura y careciese, por tanto, de la menor posibilidad de maniobra. Las proposiciones de José Antonio fueron, pues, rechazadas[325].

El fracaso de este plan demostró la imposibilidad de realizar una apertura de la Falange hacia la izquierda. Dada la distribución de las fuerzas en la política española, era natural que la débil e insignificante Falange se deslizase peligrosamente hacia la derecha. Ello dependía también del vigor de la derecha en su contraataque.

Durante las semanas que siguieron a las elecciones, la Falange creció considerablemente. Los «japistas» más inquietos y descontentos se pasaron al nacionalsindicalismo. Los jóvenes derechistas, ávidos de acción, se sentían atraídos por el grupo más dinámico y famoso de todos los que no formaban el Frente Popular. Aunque no se conocen las cifras, es probable que el número de afiliados a Falange doblase en pocos meses.

Durante marzo y abril se produjo el inevitable viraje de la Falange hacia la derecha. A medida que crecían sus efectivos, los conservadores volvieron a aportarle su ayuda económica. La polarización de las fuerzas políticas en dos bandos se tradujo en un incremento de las peleas callejeras y de los actos de violencia. La Falange tenía que constituir la avanzadilla de combate de las fuerzas no-izquierdistas; al fin y al cabo, para esto la pagaban los conservadores.

Poco después de las elecciones, Pórtela Valladares citó a José Antonio a su despacho oficial de la Puerta del Sol. El jefe del gobierno, ya dimisionario, informó al jefe de la Falange de que la izquierda estaba comportándose con bastante corrección y

que, por lo tanto, los falangistas serían considerados como responsables de cualquier violencia que ocurriese en el país. José Antonio le contestó que lo que realmente necesitaba eran armas para proteger a los falangistas contra los izquierdistas[326].

El jefe estaba muy desalentado ante la progresiva deteriorización de la vida política y económica de España. En un ambiente tan turbulento, resultaba imposible realizar cualquier labor constructiva aun en el caso de que se presentase la oportunidad para ello. Las juventudes socialistas estaban a punto de unirse con las juventudes comunistas, y las milicias izquierdistas estaban convencidas de que había llegado su hora. Consideraban a la Falange como el arma más peligrosa de las fuerzas de la reacción y no estaban dispuestas a permitir que se robusteciera.

No se manifestaba ningún derecho serio decrecimiento de la violencia callejera que venía constituyendo una verdadera plaga en la radical división política española desde el invierno de 1934. La ronda infernal empezó a girar más rápidamente y el número de muertos de la Falange sobrepasó los veinte, y luego los treinta, con las correspondientes pérdidas por parte de las izquierdas. El partido adoptó la táctica de contratar a pistoleros asalariados, por lo menos en Madrid, para proteger a sus dirigentes y llevar a cabo sus *raids* de represalias[327]. Tanto las milicias de Falange como sus rivales izquierdistas adquirieron pronto el carácter de bandas armadas. El 1 de marzo de 1936, para reforzar los efectivos del partido, José Antonio ordenó que todos los miembros del SEU se incorporasen en la milicia de Falange[328].

Sin embargo, José Antonio no deseaba contribuir de un modo irresponsable a aumentar el desorden reinante en España. En el plazo de tres semanas fueron asesinados por los izquierdistas cuatro falangistas, y a pesar de ello todavía el jefe nacional se resistió a autorizar represalias directas. Cuando mataron

a un quinto falangista el jefe local de Sevilla tomó la iniciativa de una serie de atentados contra destacadas personalidades izquierdistas[329].

Ante este estado de cosas, el nuevo jefe del gobierno, que apreciaba a José Antonio, temió que se cometieran nuevos atentados contra la vida del líder de la Falange y le envió a decir por un amigo común que los comunistas y los socialistas se proponían eliminarle. El Jefe replicó con arrogancia que no era su vida sino la de Azaña la que corría peligro, porque si le ocurría algo a él los activistas de la Falange se vengarían en la persona del jefe del gobierno[330].

Quince días más tarde empeoró la situación escapando a todo control. Los activistas del SEU decidieron realizar un golpe audaz contra la izquierda. El 11 de marzo un grupo armado trató de asesinar al eminente catedrático de Derecho socialista Jiménez de Asúa. Erraron el blanco, pero mataron a sus guardaespaldas[331].

Mientras aumentaba de día en día la oleada de violencias, el débil gobierno liberal quiso tomar las riendas de la situación disolviendo la Falange, considerada como una de las principales causas del desorden. El 14 de marzo de 1936 Falange Española de las JONS fue declarada fuera de la ley. Todos los miembros de su Junta Política que pudieron ser localizados en Madrid fueron detenidos y encerrados en la Cárcel Modelo[332]. Sólo uno o dos de ellos consiguieron escapar.

Capitulo IX

La Falange en Pleno Holocausto

Después de la victoria del Frente Popular muchos oficiales del Ejército empezaron a considerar seriamente la posibilidad de recurrir a la fuerza, pero les resultaba muy difícil ponerse de acuerdo. La mayoría de los miembros del cuerpo de oficiales eran liberales moderados y de origen pequeño-burgués, a quienes no atraían ni la ideología fascista ni la nostalgia reaccionaria de la monarquía. La UME sólo constituía una exigua minoría y la mayor parte de los generales desconfiaban unos de otros. Durante los meses de marzo y abril se tramaron algunos complots ineficaces, limitados a algunas guarniciones locales que no contaban con amplios apoyos. En abril fueron descubiertos en Madrid dos pequeños grupos, siendo detenidos varios oficiales.

El núcleo principal de la conspiración se formó en la guarnición de Pamplona. Su jefe era el general Emilio Mola, que fue el último director de Seguridad de la Monarquía y posteriormente el comandante militar de Marruecos. A finales de abril Mola entró en contacto con la célula de la UME existente entre las fuerzas bajo su mando. La célula se puso a las órdenes de Mola y empezó a establecer contactos en las guarniciones vecinas del norte y del este. La necesidad de crear una especie de red central de la conspiración se hizo cada vez más evidente, ya que, aunque la UME deseaba actuar bajo las órdenes de Mola, el jefe honorario de todos los conspiradores era el general Sanjurjo,

jefe de la rebelión abortada en 1932. El 30 de mayo, Sanjurjo, que vivía en su exilio portugués, aceptó la situación *defacto,* reconociendo a Mola como jefe efectivo de la conspiración.

Hasta entonces, sólo los oficiales jóvenes habían manifestado gran interés en la conspiración. Durante el mes de junio Mola consagró todos sus esfuerzos a consolidar sus bases atrayéndose a más generales. Esto no era fácil, ya que la mayoría de ellos se encontraban satisfechos de su situación y no deseaban rebelarse contra su gobierno. La mayor parte de la oficialidad permanecía indecisa y sólo reaccionaba a medida que iba aumentando el desorden civil, inicialmente Mola fijó la fecha de la rebelión militar para el día 20 de junio, pero tuvo que aplazarla por no disponer de apoyos suficientes.

Los conspiradores estaban decididos a establecer un directorio militar que obligase a la República a adoptar una actitud más conservadora. No pretendían destruir la forma de gobierno republicana, ni siquiera consideraban necesario establecer ningún sistema corporativo. Por otro lado, estaban dispuestos a no mezclarse con políticos y no confiaron a ninguno de ellos el secreto de la conspiración[333].

En vista de la indecisión de los militares, Mola empezó a pensar en los medios para aplastar a las masas trabajadoras de Madrid. En semejantes circunstancias, el apoyo de los elementos civiles resultaba muy valioso. Las únicas milicias no izquierdistas disponibles eran las de la Falange y de la Comunión Tradicionalista. El 29 de mayo iniciáronse las negociaciones con José Antonio, y a primeros de junio se establecieron contactos con el jefe carlista Manuel Fal Conde. Las cosas iban tan mal para Mola que éste, el 1 de julio, estuvo a punto de renunciar a su empresa. Sin embargo, otros oficiales le ofrecieron su apoyo, mientras que la Falange decidió finalmente sumarse a la conspiración.

Entre los revoltosos no existía el menor vínculo político común. El prudente y muy influyente general Franco se mantuvo en una actitud dudosa hasta el último día, mientras los carlistas, por su parte, permanecieron al margen de la conspiración hasta el 12 de julio. Pese a la adhesión de estos últimos, la mayoría de los dirigentes de la conspiración, como Mola, Goded, Cabanellas y Queipo de Llano, sentían una verdadera antipatía hacia la institución monárquica. Incluso el propio Franco manifestó que las tropas marroquíes únicamente actuarían bajo la bandera de la República[334]. Esta persistente confusión se puso de manifiesto al iniciarse la rebelión.

Los acontecimientos de febrero y marzo de 1936 determinaron el fin de la efímera existencia del partido de José Antonio, pero, a la vez, marcaron el comienzo de un nuevo proceso, bañado en sangre y lleno de frustraciones, que debía conducir a una Falange, ampliada y reorganizada, convertida en el partido del Estado español.

Después del 14 de marzo la situación de la Falange se hizo imposible. Con José Antonio y los principales encarcelados, la organización del partido desmantelada y la mayoría de sus miembros en la clandestinidad, todas las posibilidades políticas del movimiento se esfumaron. Sólo les quedaba una clara alternativa: o abandonar por completo la lucha o intentar, solos o en colaboración con otros, un golpe directo contra el régimen republicano. Evidentemente, sólo la segunda solución parecía aceptable. Después del 14 de marzo se hizo inevitable que la Falange, sola o con algunos aliados, se lanzara al ataque contra el gobierno.

La Cárcel Modelo de Madrid, la nueva «prisión modélica» en la que se encontraban presos José Antonio y los directivos nacionales era realmente una institución ejemplar. Los directores, personas cultas, progresivas y humanas, concedían toda clase de privilegios a los internados, incluyendo amplias facili-

dades para recibir visitas. No les fue difícil a los falangistas reconstituir su línea de mando mediante un sistema de enlaces que establecían la conexión entre José Antonio y la red ejecutiva clandestina que todavía se hallaba en libertad. En Madrid se constituyó un centro del partido, dirigido conjuntamente por el secretario permanente de la organización, Mariano García, y cualquiera de los otros dirigentes nacionales que se encontrasen libres en aquel momento. Raimundo Fernández Cuesta, secretario general del partido, ejerció durante algún tiempo tales funciones, pero, al final, José Antonio tuvo que delegar gran parte de su autoridad en su hermano menor Fernando. Fernando Primo de Rivera demostró ser un hábil ejecutor, aunque no se había incorporado al partido hasta la crisis que siguió a las elecciones.

Puesto que la Falange no podía funcionar legalmente, José Antonio dispuso que las diversas secciones del partido se reorganizaran en células secretas de tres miembros, para dar mayor eficacia a la acción clandestina de la Falange[335]. José Antonio nunca había desarrollado abiertamente la idea de que un grupo pequeño, decidido y eficaz de revolucionarios pudiera adueñarse del poder mediante un golpe audaz, si las cosas empeoraban hasta el punto de hacerlo necesario. Desde la prisión ordenó a los jefes locales que preparasen a sus grupos para un golpe de Estado de la Falange, contando únicamente con sus propias fuerzas y sin aliarse con ningún otro grupo. Durante los dos meses siguientes se hicieron diversos planes para el golpe de Estado, pero ninguno de ellos ofrecía garantías de éxito[336].

Estas secretas maquinaciones se desarrollaban sobre un fondo de creciente violencia. Cuando llegó el buen tiempo estallaron las luchas callejeras con una intensidad que no se había conocido en España desde el apogeo del terrorismo político barcelonés, en 1923. Los extremistas habían aventado sus últimos escrúpulos. Las escuadras de activistas habían preparado listas

negras de los principales enemigos de la Falange[337]. El juez municipal que condenó a un joven falangista por su participación en el atentado contra Jiménez de Asúa cayó, a las 48 horas, bajo una ráfaga de balas disparadas por los pistoleros del partido[338]. En una acción de «represalias», los terroristas de Falange raptaron al presidente de la Casa del Pueblo socialista de Carrión de los Condes; el infortunado dirigente izquierdista fue colgado en un lugar apartado, junto con uno de sus subordinados. Unos cuarenta falangistas, varios elementos conservadores y más de cincuenta liberales o izquierdistas fueron asesinados en un período de tres meses[339]. El órgano comunista *Mundo Obrero* exigió la «completa eliminación» de la Falange, publicando ilustraciones del «señorito sangriento José Antonio Primo de Rivera[340]».

Desde la cárcel, Ruiz de Alda publicó en el órgano clandestino de la Falange *No importa* (del que aparecieron tres números entre mayo y junio) un artículo titulado «Justificación de la violencia», en el que afirmaba que España se encontraba en plena guerra civil, que era ya demasiado tarde para volverse atrás y que ningún obstáculo debía cruzarse en el camino. Recibió centenares de telegramas de felicitación, que le dirigieron a la Modelo entusiastas derechistas sedientos de venganza contra los izquierdistas[341].

Los españoles adinerados financiaban el terrorismo falangista, e incluso incitaban a las milicias a realizar una labor más eficaz[342]. La derecha, que había mantenido a distancia a la Falange durante el período electoral, cuando se acercó la hora del escrutinio se decidió a pedir la protección de sus milicias. Mientras la República tenía a sus guardias de Asalto, los falangistas eran considerados como las tropas de choque de la reacción. El número de sus activistas aumentaba progresivamente, a medida que los miembros de la JAP ingresaban en el SEU y pasaban automáticamente a engrosar las milicias falangistas.

El líder de la JAP Ramón Serrano Súñer colaboraba con José Antonio y hasta permitió que algunos de sus jóvenes camisas verdes se pasaran a la Falange. Gil Robles formulaba públicamente una distinción entre «buenos» y «malos» terroristas:

> Entre éstos hay dos clases de personas: los que se van por caminos de violencia, creyendo honradamente que de esta manera se resuelven problemas nacionales y los que se van porque ahora el partido no puede repartir cargos ni prebendas. Los primeros, absolutamente respetables, pueden constituir unos magníficos auxiliares, el día de mañana en que, desengañados, tornen a la casa común[343].

Con ello significaba Gil Robles que los conservadores estarían más tranquilos si cesaba la violencia, pero mientras ésta continuase, respaldarían a los pistoleros antiizquierdistas y condenarían a los terroristas que se opusieran a ellos.

A aquellas alturas José Antonio había perdido toda esperanza de contener el desbordamiento de la violencia. El 16 de abril fue muerto un primo suyo al disparar un grupo de pistoleros contra los falangistas que escoltaban al féretro de un guardia civil asesinado en Madrid por los izquierdistas[344]. Estos hechos le convencieron de la necesidad de dejar que la revolución siguiese libremente su curso hacia el inevitable desenlace. En el clandestino *No importa* aprobó públicamente los sucesos de Carrión de los Condes. Sin embargo, puso su veto al plan preparado para asesinar a Largo Caballero; esto ya le parecía una provocación demasiado grave.

Los días 6 y 14 de mayo, el nuevo jefe del gobierno, Casares Quiroga, declaró en las Cortes que la Falange ilegal era el principal enemigo del gobierno. Explicó que también se había empezado a detener a gentes no vinculadas oficialmente al partido porque la policía había encontrado listas en las que figuraban los ultrarreaccionarios que ayudaban en secreto al movimiento[345].

A primeros de junio la Falange sufrió una nueva baja, que hacía aproximadamente el número setenta de los afiliados

muertos en luchas callejeras desde la fundación del partido[346]. El incremento de la violencia se hizo tan rápido y confuso que resultaba difícil seguir su desarrollo[347]. Algunas regiones estaban al borde del caos social más absoluto. Los anarquistas y los socialistas extremistas exigían la realización inmediata de la revolución económica que preconizaban. Largo Caballero tenía la esperanza de recoger la herencia del Frente Popular y no deseaba seguir permaneciendo al margen por más tiempo. Se hallaban en curso varias huelgas simultáneas mientras los periódicos publicaban la relación de aquéllas de más larga duración. Para muchos observadores España estaba llegando al borde de su ruina.

Se prepararon diversos planes para facilitar la evasión de José Antonio de la cárcel, pero ninguno de ellos llegó a madurar[348]. Como recurso legal para lograr su libertad se incluyó su nombre en la candidatura conservadora para la repetición de las elecciones en la provincia de Cuenca, donde habían sido anuladas por irregularidades[349]. Esta solución había sido preparada por los amigos derechistas de José Antonio, principalmente su íntimo Ramón Serrano Súñer, líder de la JAP, y el monárquico Goicoechea[350].

La lista de Cuenca estaba integrada en su mayoría por dirigentes conservadores locales. Sin embargo, otra figura de primera magnitud, aparte de José Antonio, apareció en la candidatura: el general Francisco Franco. En la noche siguiente a las elecciones de febrero, Franco dudó en atender la solicitud de Gil Robles de ir a una intervención militar; pocos días después, las izquierdas victoriosas le relevaron de su cargo de jefe del Estado Mayor, relegándole al puesto secundario de comandante militar de Tenerife, en las islas Canarias. Franco tenía sus dudas no sólo sobre la decisión, sino también sobre la capacidad de los militares para llevar a cabo un verdadero golpe de Estado y se había negado a vincularse estrechamente a ninguna de

las numerosas conspiraciones de guarnición preparadas por la UME y por otros generales. Ahora deseaba reforzar su posición, ocupando un puesto en la vida política civil, para esperar el curso de los acontecimientos.

José Antonio no permitió que su nombre apareciese en una candidatura en la que figuraban Franco y otros derechistas. De ningún modo deseaba que se le identificase con la camarilla de generales. Por su parte, Gil Robles apoyaba a ambos, considerando que de este modo podría establecerse un saludable equilibrio de fuerzas, muy necesario para los peligrosos tiempos que se avecinaban. José Antonio envió a su hermano Miguel a visitar a Gil Robles en su despacho, amenazándole con publicar una circular de la Falange en la que se le atacaría violentamente si no obligaba a Franco a retirarse[351]. Por otra parte, existía una rotunda oposición de las izquierdas contra el nombre de Franco. Ante esta situación, las derechas tuvieron que batirse en retirada. Serrano Súñer, que era cuñado de Franco, voló a Tenerife para aconsejar a éste que retirase su candidatura[352]. Franco, ante una oposición tan amplia, cedió y se retiró de la contienda.

El ministro de Justicia recomendó a las autoridades locales que velasen por el estricto desarrollo de la repetición de las elecciones, en las cuales no debían permitir que figurase ningún nombre nuevo; sin embargo, el de José Antonio siguió inscrito en la candidatura conservadora[353], obteniendo una buena votación en la elección, aunque no se conocen los resultados exactos. Pero las izquierdas estaban decididas a impedir su triunfo. En diversos colegios electorales no se computaron sus votos, con el pretexto de que su nombre no había figurado en las primeras elecciones. José Antonio se encontró a la cola de la lista derechista, en vez de figurar a la cabeza de la misma, como le hubiera correspondido si hubiesen sido contados todos sus votos[354]. Serrano Súñer denunció ante las Cortes estos hechos,

presentando una complicada relación de resultados totales en diversos distritos, para demostrar que José Antonio merecía el puesto de diputado, pero fue en vano[355].

Durante el mes de mayo las preferencias de la opinión conservadora de Madrid tuvieron ocasión de expresarse a través de una encuesta realizada entre sus lectores por el periódico clerical Ya. En cuanto a su elección para la presidencia de la República, el nombre de José Antonio obtuvo un ligero margen de ventaja respecto a los de los demás favoritos, Calvo Sotelo, Gil Robles y el general Sanjurjo[356]. La orientación de la derecha española hacia el «fascismo» estaba decidida. En algunas provincias las señoritas de la buena sociedad llevaban ostensiblemente insignias de Falange en sus vestidos[357].

Entretanto, el gobierno fue apretando los grilletes que aprisionaban al jefe de la Falange. Durante abril y mayo José Antonio fue juzgado, acusado de cuatro delitos, tres de los cuales no eran más que pretextos legales para prolongar su detención. De dos de ellos resultaron cargos por los que fue condenado a unos cuatro meses de cárcel[358]. El cuarto juicio, celebrado el 28 de mayo, se basó en la acusación de tenencia ilícita de armas, porque más de seis semanas después de su detención, en el curso de un registro en su domicilio, fueron halladas dos pistolas cargadas. José Antonio defendióse a sí mismo con apasionada indignación, alegando que las armas habían sido colocadas allí deliberadamente por la policía y que el proceso constituía una verdadera maquinación contra él (lo cual era, por lo menos en la intención, cierto). A pesar de ello, fue condenado, prolongándose su encarcelamiento. José Antonio montó en cólera; lanzó un tintero contra el oficial del tribunal y luego, quitándose la toga, la arrojó al suelo y la pisoteó, manifestando que si aquello era todo lo que la Justicia era capaz de hacer, no la necesitaba para nada[359].

Como José Antonio era el principal preso del gobierno, los oficiales de prisiones empezaron a inquietarse ante la posibilidad de su huida. El 5 de junio se presentó un pelotón de guardias para trasladarle a la prisión provincial de Alicante. Los restantes presos falangistas de la Modelo armaron un formidable escándalo cuando se llevaron al jefe. José Antonio exclamó a gritos que lo iban a ejecutar, pero llegó a Alicante sin el menor incidente[360]. Algunos de los dirigentes falangistas de menor importancia fueron puestos en libertad, pero los principales permanecieron encarcelados. Ruiz de Alda permaneció con otros varios en la Modelo, mientras los demás fueron enviados, como su jefe, a cárceles provinciales, para tenerlos bien seguros.

La posibilidad del traslado de José Antonio fuera de Madrid había sido prevista. Se habían establecido los planes necesarios para evitar toda posible interrupción en la cadena jerárquica del mando clandestino que semejante situación pudiera provocar, y así el jefe pudo seguir manteniéndose al corriente de los acontecimientos desde su lejana celda de la costa del sudeste.

La situación de la Falange se hacía cada vez más desesperada. Cada día se producían nuevas detenciones. Con seis meses más de persecución por parte del Gobierno, el partido quedaría completamente deshecho. Evidentemente, la Falange tenía que conseguir alguna ayuda, y lo antes posible.

> En estos días se registra un cambio esencial de orientación en la línea política de José Antonio y de la Falange. Hasta entonces una desconfianza innata en la posibilidad de un golpe militar y una profunda aversión hacia lo que pudiera ser su consecuencia, habían regido como directrices fundamentales de sus pensamientos y actividades[361].

Ante la nueva situación se hizo un gran esfuerzo «para galvanizar los entusiasmos de descontentos, tímidos y ambiciosos, capaces por sus cargos (entre los militares) de pesar fuertemente en una rebelión armada[362]». Esta acción empezó por un va-

go proselitismo entre los oficiales, sin pretender llegar a ningún acuerdo concreto.

A medida que iban siendo detenidos más dirigentes se hacía más difícil mantener la línea de mando de la Falange y no a causa de una manifiesta insubordinación, sino debido a la confusión y al aislamiento existente en una organización obligada a permanecer en la clandestinidad. La falta de cohesión derivada de esta situación amenazaba con arrastrar al partido a torpes complicidades con los diversos y mal concebidos complots que preparaban algunos oficiales del Ejército junto con elementos reaccionarios. Numerosos falangistas se perdieron en el dédalo de intrigas que se estaban tramando en toda España. Por ejemplo, en Álava, el jefe provincial, Ramón Castaños, había empezado a conspirar por su cuenta con los carlistas y con otros elementos de extrema derecha. Durante una visita al monasterio de Nanclares de Oca para pedir dinero, Castaños manifestó que el 1.º de abril los conspiradores llevaban recaudadas 120 000 pesetas en la provincia de Álava para comprar armas. Fue detenido por las autoridades después de dos meses de conspirar[363].

José Antonio seguía tratando de evitar toda confusión o compromiso con las organizaciones de derechas. Su preocupación fundamental consistía en atraerse a colaboradores de buena fe para la rebelión, evitando al propio tiempo toda complicidad con los otros grupos políticos. Los jefes falangistas temían que los monárquicos quisieran pisarles el terreno. José Calvo Sotelo, en un importante discurso en las Cortes, manifestó que estaba dispuesto a aceptar el calificativo de «fascista», si otros persistían en atribuírselo a su pensamiento político. Aunque los falangistas solían rechazar dicho calificativo cuando los izquierdistas se lo aplicaban a ellos, reaccionaron indignados ante el hecho de que Calvo Sotelo pretendía apropiárselo y protestaron afirmando que se trataba de una nueva maniobra de

las derechas para utilizar a la Falange, aprovechándose de su ímpetu «en vísperas de la victoria». Por Madrid circularon octavillas acusando a Calvo Sotelo de imitador[364].

Mientras tanto, José Antonio había logrado establecer contacto con los jefes carlistas que se encontraban en Francia. Manuel Fal Conde, jefe nacional de las milicias carlistas —los Requetés—, estaba interesado en conseguir la colaboración de la Falange en un golpe de Estado que los carlistas estaban preparando. Puesto que ambos grupos preconizaban un tipo de gobierno rigurosamente antiparlamentario y que ninguno de ellos se había comprometido con los conservadores ortodoxos, parecía posible que ambos llegaran a un acuerdo. Al parecer, Fal Conde ofreció a José Antonio una representación paritaria en el primer directorio político que se constituyese después del golpe de Estado triunfante.

José Antonio había llegado a la conclusión de que los carlistas eran los únicos colaboradores posibles que existían en la derecha. Su historial era limpio y eran gentes, que mantendrían su palabra. No estaban entregados a ningún doble juego, sino exclusivamente a la tarea de arrancar de cuajo el Estado liberal. José Antonio no quería establecer lazos demasiado estrechos con los carlistas, pero el futuro se presentaba tan negro que cualquier colaboración honesta era bien recibida. José Antonio se comprometió, pues, a ofrecer el apoyo de la Falange a cualquier intento de rebelión carlista, con tal de que se le advirtiera con tiempo suficiente[365]. Pero todo esto no era más que buenas intenciones. En realidad los carlistas eran tan débiles como la Falange y resultaba más que dudoso que, juntos o separados, pudieran llevar a cabo con éxito una rebelión sin contar con el apoyo del Ejército.

José Antonio empezaba a conocer los detalles de la conspiración del Ejército; la Falange había venido moviéndose a ciegas, desorientada ante las diversas situaciones políticas existentes

en las distintas localidades. La evidencia de que la conspiración militar empezaba a fraguarse, lejos de animarle le intranquilizó, sugiriéndole amargas reflexiones ante las perspectivas que se le presentaban a la Falange.

Durante tres años la Falange había venido predicando la necesidad de derribar la República y de establecer un sistema político autoritario. Y ahora que fuerzas poderosas habían empezado a conspirar contra la República, existía la posibilidad de que por lo menos la parte negativa de su programa pudiera realizarse, pero no por la Falange. La rebelión victoriosa del Ejército, o de las derechas, o de ambos a la vez, determinaría con toda seguridad el establecimiento de un tipo de sistema autoritario, pero no supondría la realización de la revolución nacionalsindicalista. Las milicias falangistas estaban mal armadas y preparadas únicamente para luchas callejeras esporádicas[366]. No estaba, por tanto, en condiciones de disputarle la supremacía al Ejército si éste se proponía realmente ir a la rebelión.

Cuando la conspiración militar se hizo realidad concreta, la Falange sólo podía sumarse a ella si no quería exponerse a ser aplastada por una derecha militante o por una izquierda victoriosa. José Antonio, secundado por Ruiz de Alda, se resistía a aceptar esta amarga verdad, mientras otros dirigentes del partido deseaban vivamente sumarse a la conspiración militar[367].

El jefe nacional estableció su primer contacto oficial con el general Mola el 29 de mayo. El agente de enlace fue Rafael Garcerán, antiguo pasante del bufete de José Antonio y a quien éste utilizaba como mensajero. Durante las semanas siguientes se cruzaron una serie de mensajes entre el jefe de la Falange encarcelado y el principal dirigente de la conspiración militar. José Antonio «hizo a Mola confidencias sobre personas y funcionamiento orgánico del partido[368]». Como había hecho antes con la UME, trató de imponer ciertas condiciones políticas a los militares, que éstos rechazaron. No era fácil llegar a un

acuerdo. Hubo algunos conatos locales de insurrección militar en Valencia y en otros lugares, pero sin haberse llegado a un entendimiento con la Falange.

Los dirigentes falangistas mostrábanse pesimistas y desconfiados ante la actitud del Ejército. Pese a que el 30 de mayo se cursaron las instrucciones preliminares relativas a las condiciones en que las milicias de la Falange debían participar en la rebelión, el responsable de la organización del partido en Madrid, Fernando Primo de Rivera, se mostraba bastante escéptico. Refiriéndose a la actitud de Fernando, el jefe provincial de Burgos escribía:

> Él no creía que los militares se levantaran. No tenía ninguna fe en ello; únicamente cuando le aseguré que Burgos, etc., él me dijo: «Bien, eso será por Burgos, Álava y Logroño y algún otro sitio más, pero, en general, con los militares no hay nada que hacer. En Madrid la cosa está perdida[369]».

José Antonio escribió a uno de sus enlaces del Norte de España: «Si todo continúa del modo como se está preparando hasta ahora, vamos a tener un régimen del cual España estará aburrida a los seis meses[370]». En el último número del periódico clandestino No importa (20 de junio) publicó un editorial titulado «Cuidado con la derecha. Aviso a los madrugadores: la Falange no es conservadora». José Antonio invitaba a los militantes del partido a mostrarse prudentes respecto a los viejos conservadores, que tratarían de recuperar el poder empujando a los militares a dar un golpe de Estado reaccionario y contando con la Falange como tropas de choque. El 24 de julio, una circular dirigida a los mandos locales afirmaba:

> Ha llegado a conocimiento del jefe nacional la pluralidad de maquinaciones en favor de más o menos confusos movimientos subversivos que están desarrollándose en diversas provincias de España.
>
> … Algunos (jefes locales) llevados de un exceso de celo o de una peligrosa ingenuidad, se han precipitado a dibujar planos de actuación local y a comprometer la participación de los camaradas en determinados planes políticos.
>
> … Los proyectos políticos de los militares… no suelen estar adornados por el acierto. Esos proyectos arrancan casi siempre de un error inicial: el de

creer que los males de España responden a simples desarreglos de orden interior y desembocan en la entrega del poder a los antes aludidos, charlatanes faltos de toda conciencia histórica, de toda auténtica formación y de todo brío para la irrupción de la Patria en las grandes rutas de su destino.

La participación de la Falange en uno de estos proyectos prematuros y candorosos constituiría una gran responsabilidad y arrastraría su total desaparición, aun en el caso de triunfo. Por este motivo: porque casi todos los que cuentan con la Falange para tal género de empresas, la consideran… como un elemento auxiliar de choque, como una especie de fuerza de asalto, de milicia juvenil, destinada el día de mañana a desfilar ante los fantasmones encaramados en el Poder.

Consideren todos los camaradas hasta qué punto es ofensivo para la Falange el que se la proponga tomar parte como comparsa en un movimiento que no va a conducir a la implantación del Estado nacionalsindicalista[371].

Los jefes provinciales debían comunicar directamente al jefe nacional, en el plazo de cinco días, si se habían comprometido o no en semejantes combinaciones.

Cuatro días después, José Antonio, en una carta dirigida a un antiguo amigo, el político liberal Miguel Maura, le reveló sus temores. Algunas semanas antes, Maura había propuesto la «dictadura nacional liberal» como único medio de evitar la lucha a muerte entre las derechas y las izquierdas. Nadie le prestó la menor atención[372]. El jefe de la Falange le contestó:

Pero ya verás cómo la terrible incultura, o mejor aún, la pereza mental de nuestro pueblo (en todas sus capas) acaba por darnos o un ensayo de bolchevismo cruel y sucio o una representación flatulenta de patriotería alicorta a cargo de algún figurón de la derecha. ¡Que Dios nos libre de lo uno y de lo otro[373]!

La única esperanza de la Falange consistía en ganarles por la mano a los militares. El 29 de junio José Antonio dirigió una nueva circular a los jefes del partido con instrucciones para la participación de la Falange en una rebelión militar:

1. Cada jefe territorial o provincial se entenderá exclusivamente con el jefe superior del movimiento militar en el territorio o provincia, y no con ninguna otra persona.
2. La Falange conservará sus unidades propias, con sus mandos naturales y sus distintivos.

3. Si se considera necesario, sólo un tercio —pero no más— de los militantes falangistas podrá ser puesto a disposición de los jefes militares.
4. El jefe militar local deberá prometer al de la Falange que no serán entregados a persona alguna los mandos civiles hasta por lo menos tres días después de triunfante el movimiento y que durante este plazo conservarán el poder civil las autoridades militares.
5. De no ser renovadas por orden expresa, las presentes instrucciones quedarán sin efecto el día 10 del próximo julio, a las doce del día[374].

José Antonio pidió a Mola que fijara rápida y definitivamente otra fecha para la revuelta si quería contar con la participación de la Falange. Mola escurría el bulto; sus rebeldes necesitarían alguna ayuda auxiliar para tomar Madrid en un rápido golpe, pero sabía lo tenue que era la red de su pequeña conspiración y, por otra parte, no tenía ninguna fe en el valor militar de la Falange. Resultaba, sin embargo, evidente que la conspiración era parcialmente conocida por las autoridades, y por tanto había que actuar rápidamente. Mola modificó la fecha del golpe militar, estableciéndola del 9 al 10 de julio. Desgraciadamente para los conspiradores, el jefe provincial de la Falange de Toledo, José Sainz, fue detenido el 6 de julio, llevando encima las instrucciones para el levantamiento. Ello obligó a Mola a cambiar una vez más la fecha, aunque la situación se hacía cada vez más crítica.

El 9 de julio José Antonio prolongó la validez de sus instrucciones hasta la medianoche del 20 de julio. Seguía en negociaciones con Mola, pero éste no quería hacer concesiones concretas. Mola estaba decidido a que la rebelión fuese controlada por el Ejército, sin ningún compromiso político. No consta que la Falange llegara nunca a recibir garantías políticas; la mayoría de los líderes supervivientes atestiguan que no las hubo. La única condición que obtuvo José Antonio —y en la que también el Ejército insistía, por su parte— fue la de que el poder no seria entregado inmediatamente a los políticos conservadores. Esto significaba que éstos no podrían dominar a la Falange y vice-

versa; el Ejército se encontraría así en condiciones de controlar a ambos.

Lo único que José Antonio esperaba sacar de todo ello era la posibilidad de que, en la confusión que seguiría al golpe, la Falange pudiera abrirse paso hacia los puestos de mando. Como consecuencia de su propia participación en el movimiento y del creciente prestigio que había venido adquiriendo entre las derechas durante las últimas semanas, la Falange podía hallarse en una posición mucho más favorable frente a los partidos conservadores. José Antonio estaba convencido de la incapacidad política de los generales, pero contaba con que éstos, sin darse cuenta, acabarían proporcionándole la oportunidad tan ansiada por su «minoría audaz» de revolucionarios. José Antonio no esperaba que su partido llegara al poder al cabo de unas semanas o de unos meses, pero confiaba en que el rápido y victorioso golpe militar contra el gobierno de la República permitiría robustecer considerablemente los cuadros del nacionalsindicalismo[375].

En aquellos días el partido estaba a la merced de los acontecimientos. Cada día producíanse decenas y centenares de nuevas detenciones de falangistas en Madrid y provincias. La línea de mando estaba prácticamente rota. El 10 de julio, Fernández Cuesta, que llevaba la secretaría clandestina de la Falange en Madrid, dio órdenes urgentes a todos los jefes provinciales de que enviasen a la capital, cuanto antes, a una persona de absoluta lealtad; sólo pudo establecer contacto con una provincia[376].

La tensión crecía por momentos. En Valencia, tanto la guarnición militar como la Falange local estaban en vilo. Los falangistas prendieron fuego a la mecha en la noche del 11 de julio irrumpiendo en la emisora de radio para anunciar que «dentro de unos días saldrá a la calle el movimiento nacionalsindicalista». Ello dio lugar a que se produjera una noche de disturbios y

de incendios provocados por las izquierdas en la tercera ciudad española[377]. Mola vacilaba antes de establecer una nueva fecha para la rebelión. Hasta el último minuto no se tenía ninguna seguridad de que los jefes del Ejército no se echarían para atrás, dejando abandonada a la Falange. Los dirigentes del partido sentíanse angustiados ante esta eventualidad.

En Madrid, los odios y violencias aumentaban de hora en hora. La guardia de Asalto republicana asumía la responsabilidad del mantenimiento del orden. El 12 de julio, el teniente José Castillo, que era un oficial izquierdista que había matado a uno o dos falangistas en choques callejeros, fue asesinado por unos pistoleros de la UME. Sus compañeros decidieron por su cuenta vengar su muerte. La noche siguiente, un grupo de guardias de Asalto se dirigió al domicilio de José Calvo Sotelo. Después de la derrota electoral de Gil Robles, Calvo Sotelo se había convertido en el principal portavoz de las derechas. Había declarado reiteradamente su irreductible oposición a la forma de gobierno republicana y había aceptado públicamente los retos que le habían lanzado las izquierdas. Aquella noche no fueron sólo amenazas. Calvo Sotelo fue introducido en una camioneta de la guardia de Asalto y asesinado, abandonándose su cadáver en un cementerio de las afueras de Madrid.

Esto hizo estallar el polvorín. Toda la derecha empezó a proferir gritos de venganza. Los ricos abandonaban la capital como si se hubiese declarado la peste en ella; durante varios días una riada de lujosos coches se dirigió hacia las fronteras de Francia y de Portugal.

José Antonio ya no pudo aguardar más. El 14 de julio envió a Garcerán a Pamplona con un último mensaje para Mola: si los conspiradores no estaban dispuestos a pasar a la acción en el plazo de setenta y dos horas, él iniciaría la rebelión en Alicante con la Falange. E insistió en que muchos miembros de la UME estaban impacientes por unirse a la Falange[378]. Evidentemente,

lanzarse a la rebelión con las milicias de Alicante hubiera sido algo suicida, pero este *bluff* era el último recurso de José Antonio para obligar a Mola a decidirse.

Mola conservaba su escepticismo acerca de la fuerza de la Falange. Puesto que el contingente de milicias falangistas más próximo era el de Burgos, Mola preguntó a su jefe provincial, José Andino, cuántos hombres podía proporcionarle dispuestos para la acción. Andino le contestó que podía contar con unos seis mil hombres en el plazo de cuatro horas, lo cual constituía una notable exageración[379].

Para Mola, el único rayo de luz consistía en el apoyo que le habían prometido los carlistas, apoyo que únicamente había logrado obtener en los últimos tres días. Los carlistas le ofrecieron diez mil hombres entrenados para secundarle en la marcha hacia Madrid. Todavía no podía confiarse en muchos de los oficiales relacionados con la conspiración, pero cualquier nuevo aplazamiento hubiese resultado fatal. La rebelión en Marruecos fue prevista para el 18 de julio, mientras el resto del Ejército debería unirse a la misma en el plazo de 48 horas. Elena Medina, una muchacha de la buena sociedad que actuaba como uno de los enlaces de Mola, corrió a comunicarle a Fernández Cuesta las últimas instrucciones, que llevaba escondidas en una hebilla de su vestido[380].

La decisión del general llegó a conocimiento de José Antonio en Alicante, en la mañana del día 16 de julio[381].

Capitulo X

La Falange al Iniciarse la Guerra Civil

La rebelión empezó prematuramente en Marruecos, aproximadamente a las dos de la tarde del día 17 de julio. Los dos generales con mando superior en África se negaron a secundarla, siendo arrestados y después ejecutados. En el plazo de veinticuatro horas toda el África española, donde se encontraban las únicas unidades del mal organizado Ejército, cayeron en manos de los rebeldes[382].

Cuando al fin se produjo el golpe, el gobierno estaba tan acostumbrado a las falsas alarmas que no podía creer la verdad[383]. A última hora de la tarde del día 18, las guarniciones militares de toda España declararon el estado de guerra; hasta la noche no empezó a darse cuenta el gobierno de Madrid de que se encontraba frente a una seria rebelión. Entonces trató de concentrar en la capital a varias unidades de la Guardia Civil, de dudosa lealtad, para impedirles que se unieran a los rebeldes. Los dirigentes sindicales habían solicitado armas para que los trabajadores pudieran defender la República[384]. Pero esta petición fue firmemente rechazada por el gobierno liberal.

En la madrugada del domingo 19 de julio, Mola lanzó su proclama anunciando la rebelión. Al cabo de pocas horas, las principales ciudades de Castilla la Vieja y Aragón se encontraban en manos de los rebeldes. En Valladolid y en Zaragoza las

escuadras falangistas ayudaron a las tropas a reducir la resistencia de las milicias obreras organizadas. Sevilla, Cádiz, Córdoba y Granada habían sido ya dominadas o estaban a punto de serlo.

La primera reacción de la República consistió en disolver el antiguo gabinete, confiándose la constitución del nuevo gobierno al moderado Diego Martínez Barrio. Éste le ofreció a Mola por teléfono varios puestos en su gobierno para él y otros varios generales, pero los rebeldes, dispuestos a hacerse con el poder, no quisieron aceptar ningún compromiso[385].

Los gobernantes republicanos, al verse enfrentados en una lucha a muerte con los mandos militares, empezaron a darse cuenta del desastre que les amenazaba. A regañadientes, se decidieron a armar a los obreros de algunas grandes ciudades. En Madrid, el proletariado se levantó en masa y, aunque mal armado, tomó por asalto los cuarteles semifortificados de la Montaña, donde se habían reunido unos dos mil soldados[386]. En Barcelona, después de dos días de duros combates, los anarquistas y los guardias de Asalto aplastaron totalmente la rebelión[387]. El lunes 20 de julio la situación era muy confusa en toda España. Las guarniciones de Galicia habían empezado a sumarse a los rebeldes, pero no se sabía nada de lo que ocurría en Levante. El gobernador militar de Valencia tardó mucho tiempo en decidirse, y cuando lo hizo era ya demasiado tarde y tuvo que rendirse a las fuerzas republicanas.

El Ejército había previsto la posibilidad de que la rebelión no triunfase en Madrid, pero no que pudiera ocurrir lo mismo en más de la mitad del territorio nacional[388]. Además, la sublevación de la Armada fracasó casi por completo[389]. Los barcos del gobierno bloquearon el Estrecho, impidiendo el traslado del Ejército de Marruecos a la península; sólo pudo pasar a Algeciras un barco con legionarios del Tercio antes de que se estableciera el bloqueo.

Cuando las líneas del frente empezaron a estabilizarse, los rebeldes contaban con un máximo de 40 000 hombres en la península, y acaso menos. La República tal vez no tuviera más de cinco o diez mil soldados y guardias de Asalto leales, así como varias decenas de millares de hombres mal armados de las milicias obreras. La Guardia Civil en su mayoría se pasó al Ejército.

De acuerdo con el plan previsto, el Ejército del Norte de Mola, secundado por falangistas y carlistas, inició un rápido avance hacia Madrid. Esperaban conquistar la capital antes de que la situación escapara por completo a su control, aunque sólo podían contar para ello con efectivos equivalentes a una división. Algunas unidades aisladas trataron de ocupar los puertos montañosos que dominaban el paso hacia Madrid, pero se encontraron con las milicias republicanas enviadas allí con idéntico objetivo. Se entabló una dura lucha por el control de aquellos pasos vitales. Cuando el comandante rebelde García Escámez preparaba el asalto final para desalojar a las fuerzas gubernamentales, recibió el siguiente mensaje de su jefe el general Mola: «Imposible enviarle municiones. Tengo 26 000 cartuchos para todo el ejército del Norte[390]».

La pura verdad era que la mayor parte del Ejército de la península estaba demasiado mal equipada, incluso para enfrentarse con una policía fuerte. Mola estaba desesperado. Según su propio secretario, estaba preparándose para retirar sus fuerzas a un último reducto en el norte cuando recibió un mensaje del general Franco que cambió radicalmente la situación[391].

Hasta ese momento la rebelión había sido sostenida casi exclusivamente por los oficiales del Ejército español. No habían tomado en consideración ni las proposiciones de la Falange, ni las exigencias de los carlistas, ni la posible actitud de las potencias extranjeras. No hay ninguna prueba de que lo mismo el gobierno alemán que el italiano estuviesen al corriente del golpe que se preparaba, ni mucho menos de que lo hubiera provoca-

do. El único contacto previo con algún extranjero fue el establecido a través de un cierto Johannes Bérnhardt, dirigente del partido nazi en Marruecos, quien había organizado un núcleo bastante numeroso entre la colonia alemana y estaba en relación con los representantes de la Falange local. La compañía comercial alemana en la que trabajaba Bérnhardt había ofrecido créditos financieros y facilidades de transporte aéreo al Ejército de Marruecos, pero la oferta fue rechazada de plano por los militares españoles.

Según lo previsto, el general Franco se había trasladado en avión desde Tenerife a Melilla el 18 de julio. De acuerdo con el plan establecido tenía que asumir el mando del Ejército marroquí y trasladarlo a la península. Pero los rebeldes habían perdido el control del Estrecho y Franco se encontraba bloqueado en Marruecos. Ante la perspectiva de un colapso total de los esfuerzos rebeldes, el general cambió inmediatamente de planes. Envió a Berlín en avión a Bernhardt, con un coronel de su estado mayor y el Ortsgruppenleiter nazi local para pedir ayuda en suministros y medios de transporte con la máxima urgencia[392]. Por su parte, Mola había enviado a Berlín a uno de sus colaboradores civiles, el marqués de Portago —más tarde de Valdeiglesias— para pedir municiones. Como es lógico, las autoridades alemanas se encontraron bastante desconcertadas ante esta falta de conexión entre los dirigentes rebeldes[393].

Al propio tiempo se hicieron urgentes llamamientos a Mussolini, pidiéndole ayuda aérea. El acuerdo establecido en 1934 entre el Duce y los conspiradores monárquicos no afectaba directamente al Ejército español[394]. La rebelión militar cogió a los italianos por sorpresa. Como el asunto de Etiopía no había terminado muy brillantemente para ellos, el primer impulso del gobierno italiano fue el de evitar un nuevo conflicto en el Mediterráneo occidental. No obstante, Mussolini no podía resistirse por mucho tiempo a la ocasión de participar en una

«Cruzada» contra el bolchevismo. Su yerno cedió a la tercera y más apremiante petición de Franco[395]. Antes del final de julio se envió a Marruecos un cierto número de bombarderos[396].

Los alemanes decidieron apoyar a Franco por considerarle como el jefe del Ejército que había establecido los contactos más importantes y que contaba con las tropas más eficaces. Además, una o dos personas influyentes, que apoyaban al general, habían estado defendiendo la causa rebelde en Berlín[397]. Antes del primero de agosto se enviaron a Marruecos unos cuantos aviones de transporte y varios días después se trasladó allí una escuadrilla completa. El personal de tierra llegó a Cádiz el 6 de agosto[398].

La llegada de estos primeros aviones de transporte permitió a Franco ir trasladando poco a poco sus tropas a Andalucía y enviar pequeñas cantidades de municiones a Mola; éste fue el motivo de su jubiloso mensaje al jefe del Ejército del Norte. Por último, el 5 de agosto, dos o tres bombarderos italianos ayudaron a los buques nacionalistas a romper el bloque gubernamental para que cruzara el Estrecho el primer convoy militar rebelde[399].

Esta intervención decisiva de los alemanes y los italianos convirtió la rebelión del Ejército en una guerra civil. Sin su contribución las fuerzas republicanas hubiesen logrado muy posiblemente el control de la situación en pocas semanas[400]. Con su ayuda los rebeldes estaban en condiciones de concentrar el material necesario para el avance sobre Madrid. Las masas obreras de la capital resistieron valerosamente y en los primeros días de noviembre el asalto fue contenido a las puertas de la capital[401]. Los sucesivos intentos para conquistar Madrid fracasaron, culminando con la derrota del ejército auxiliar italiano en Guadalajara en marzo de 1937[402].

Los rebeldes habían renunciado a toda esperanza de una rápida victoria y se dedicaban a montar un aparato militar y de gobierno capaz de conquistar la mayor parte del territorio español a lo largo de una lucha dura y prolongada.

La crítica situación militar de las primeras semanas del conflicto no dejó a los falangistas mucho tiempo libre para la política. En casi todas las regiones de España participaron en la rebelión, aunque por falta de coordinación no ayudaron muy eficazmente a los militares. Algunas unidades de las milicias falangistas o de los requetés carlistas ocupaban largas zonas de frente todavía mal delimitadas, mientras los jefes del Ejército hacían desesperados esfuerzos para aumentar sus efectivos humanos.

La situación política era muy confusa, lo mismo en el heteróclito campo rebelde que en el de la República a punto de derrumbarse. Los jefes militares carecían de objetivos claros: hablaban en términos bastante vagos de salvar a la República, de restablecer el orden y de efectuar reformas. Los primeros discursos de Mola en el Norte y de Franco en África no aludían para nada al propósito de derribar la forma de gobierno republicana; sólo hablaban de reforzar la disciplina y de combatir a la izquierda. En toda España las guarniciones se habían sublevado al grito de ¡Viva la República!

El problema fundamental de España era de carácter social y económico. Sobre este punto los generales rebeldes exponían con mucha elocuencia opiniones contradictorias. Se declaraban partidarios de grandes reformas, pero en el terreno social la única medida concreta que preconizaba la primera proclama del Ejército era la abolición de la reforma agraria de la República[403].

Gonzalo Queipo de Llano, el más ruidoso de todos los generales, había conquistado Sevilla, en un brillante y audaz golpe,

el 18 por la noche. Desde su nuevo feudo sevillano declaró que tal vez se necesitaría una dictadura militar de 25 años para establecer el orden y la disciplina en el infortunado pueblo español.

Durante las dos o tres primeras semanas de lucha no se apreciaban en toda su magnitud las verdaderas dimensiones del conflicto. Para atender los problemas más inmediatos se creó en Burgos, el 24 de julio, una Junta de Defensa Nacional, compuesta por varios generales y coroneles, secundados por algunos civiles. Su jefe nominal era el general masón y de barbas blancas Cabanellas, jefe de la Séptima División. Los generales hubieran preferido nombrar a personalidades civiles para algunos de los cargos más importantes, pero no estaban seguros de la lealtad de muchas figuras públicas, y, por otro lado, temían que la promoción de individuos desconocidos pudiera aislarles todavía más de las masas[404].

La Falange no tenía relación oficial con la Junta; no era más que una fuerza civil autónoma que aportaba su contribución al esfuerzo de los rebeldes. Como la rebelión había fracasado por completo en Levante, José Antonio, prisionero y aislado tras las líneas republicanas, no tenía la menor esperanza de poder escapar. No sólo el jefe nacional, sino prácticamente todos los principales dirigentes de la Falange desaparecieron poco antes o inmediatamente después de estallar la sublevación. Ruiz de Alda y Fernández Cuesta estaban tan bien guardados como José Antonio. Onésimo Redondo, que durante cinco años había venido lanzando constantes llamamientos a la acción violenta, murió instantáneamente de los disparos hechos desde una camioneta llena de milicianos socialistas que se cruzó con su coche en la carretera de Valladolid a Madrid. La Falange se encontró por lo tanto absolutamente desprovista de mandos y de representación oficial.

Al principio resultaba imposible coordinar las actividades del partido. Ante la escasez de medios y las dificultades y riesgos que ofrecía el traslado de una región a otra se fue imponiendo una especie de autonomía regional.

Sin embargo, a medida que fueron definiéndose los bandos de la guerra civil, el partido empezó a adquirir una mayor importancia. La derecha ortodoxa no había creado una mística adecuada para el mantenimiento de una guerra civil, ni ofrecía ninguna ideología nueva que sirviese para justificar el conflicto. Desprestigiados por sus anteriores fracasos y su impotencia actual, los antiguos partidos políticos dejaron prácticamente de existir. Únicamente los requetés y los falangistas estaba en condiciones de responder al llamamiento para la acción directa. Afortunadamente para la Falange, la influencia política de la Comunión Tradicionalista era bastante limitada. Sólo los elementos más clericales y reaccionarios se incorporaron a los carlistas, mientras el grueso de la clase media prefirió a la Falange[405]. El partido parecía ofrecer una nueva dinámica política a cuantos estaban deseosos de incorporarse al combate ideológico contra las izquierdas. Sus efectivos aumentaron en proporciones enormes y pronto rebasaron los límites de todo posible control[406]. En pocos meses los antiguos cuadros se encontraron casi totalmente sumergidos por la gran afluencia de nuevos miembros. Como la primera oleada emocional barrió por completo a la derecha, todo el mundo se apresuró a ponerse camisas azules. Incluso algunas instituciones financieras ofrecieron su apoyo a la Falange con la esperanza de que su contribución no sería olvidada el día del triunfo[407].

Mientras continuaba la avalancha, las exigencias de la lucha en el frente eran tales que los jefes del partido no disponían del tiempo necesario para dedicarse a su organización. Surgía así el evidente peligro de que el partido se convirtiera en una masa amorfa y sin dirección, manipulada por elementos exteriores o

desbordados por dentro por una corriente de elementos exconservadores, pertenecientes a la clase media. Los nuevos miembros carecían de la más elemental formación doctrinal: la mayoría de ellos sabían únicamente que la Falange quería algo «nuevo» y «social[408]». Ni siquiera existía una línea nacional de mandos. Como afirmaba un falangista:

> Al principio no nos preocupábamos por el problema de la Jefatura Nacional porque nos angustiaba el montaje de kilómetros y kilómetros de frente de guerra, que era la cuestión inmediata de vida o muerte. Es decir, nos entregamos a la guerra sin preocuparnos de ninguna otra cosa[409].

Los líderes falangistas «no tenían una idea clara» de los objetivos políticos a trazar en una situación tan turbulenta[410]. Procuraban, simplemente, reclutar el mayor número posible de miembros para disponer de apoyo suficiente en cualquier situación que pudiera producirse.

A finales de agosto, los bastiones falangistas en territorio rebelde eran Valladolid, Burgos, Badajoz y Sevilla. Los dos principales dirigentes del norte eran Manuel Hedilla, en Burgos, y el hermano de Onésimo, Andrés Redondo, en Valladolid. El nuevo jefe territorial de Castilla la Vieja, Andrés Redondo era un banquero que, a pesar de no ser un auténtico falangista, aprovechó la confusión reinante en los últimos meses para imponerse. Hedilla había sido jefe provincial de Santander y luego inspector de la Falange para el norte de España, en la primavera de 1936. Su misión consistió en viajar por el norte y el centro del país reorganizando los grupos locales y tratando de mantener la cohesión interna del partido durante los difíciles meses que precedieron a la guerra civil. Ello le permitió darse a conocer entre los jefes locales. Hedilla pertenecía a una vieja familia de hidalgos venida a menos y en su juventud había trabajado de mecánico naval. Sin poseer la personalidad de José Antonio era un hombre serio, laborioso y tenaz. Gracias a su energía y firmeza de carácter se había ganado la adhesión de muchos falangistas del norte de España.

En Andalucía el control del partido quedó momentáneamente en manos del jefe provincial de Sevilla, Joaquín Miranda. Cuando se restableció el contacto con el norte invitó a un cierto número de dirigentes de Falange a una reunión, que se celebró en Sevilla el 29 de agosto[411]. Hedilla no fue invitado a la misma. En cambio, acudieron a ella la mayoría de los dirigentes falangistas del sur, así como Andrés Redondo y el exjefe provincial de milicias de Madrid, Agustín Aznar, quien había asumido el mando de todas las milicias falangistas que estaban desempeñando un importante papel en el campo militar rebelde.

La mayoría de los dirigentes asistentes se mostraron partidarios de convocar inmediatamente una reunión de los miembros supervivientes del Consejo Nacional para reforzar los eslabones de la cadena de mandos y establecer una dirección oficial. Estas medidas eran necesarias para que el partido pudiera establecer y desarrollar los contactos con el Ejército, reducir los puntos de fricción y dar una solución uniforme a los problemas que se presentaban en las diversas provincias. También otras cuestiones —como las relativas a la propaganda, la lucha política contra los caciques locales, el futuro de las CONS y los servicios de policía de la Falange— reclamaban urgente solución.

La debilidad del partido había residido siempre en sus mandos secundarios. La competencia técnica de la mayoría de los jefes locales era muy limitada y no poseían una visión de conjunto de los problemas que planteaba la guerra. Carecían de cultura y de personalidad y muchos de ellos no estaban en condiciones de dirigir a los amorfos grupos que tenían bajo sus órdenes. Por otra parte, los jefes provinciales del norte se mostraban recelosos respecto a Andrés Redondo, cuya ambición, así como los contactos establecidos con los dirigentes del sur, les hacían sospechar justamente que trataba de apoderarse de la dirección del partido. Y no era éste el único motivo de resenti-

miento existente en el seno del mismo; los elementos supervivientes de la Falange de Madrid aceptaban de mala gana la transferencia de la primacía en el partido a favor de los líderes provinciales.

La figura más importante de esta facción madrileña era Aznar, quien, como jefe de las milicias, era el único mando de rango nacional del partido que quedaba. Aunque fue el más combativo de todos los jefes falangistas (había dirigido casi todas las luchas callejeras de Madrid) y a pesar de las profundas diferencias de personalidad y de carácter que le separaban de su jefe, era el más leal seguidor de José Antonio. Con algún otro superviviente de la Falange madrileña, como Rafael Garcerán, trató de impedir la designación de una nueva jefatura permanente del partido.

Cuando se reunieron en Valladolid, el 2 de septiembre, los consejeros nacionales presentes decidieron que lo más sencillo era confiar la dirección del partido a una Junta de Mando provisional, compuesta por siete miembros. Hedilla fue nombrado jefe de la Junta de Mando; nadie temía su ambición y era apreciado por su valor personal y su honradez. La camarilla de Aznar y los dirigentes del sur consideraban a Hedilla como un buen secretario ejecutivo, pero suponían que su falta de preparación intelectual no le permitiría desempeñar efectivamente la jefatura del partido. Por lo tanto, la designación de Hedilla fue aprobada unánimemente[412].

La creación de la Junta de Mando fue una solución bastante poco satisfactoria, ya que inmovilizaba a la dirección del partido, impidiéndole desarrollar planes de largo alcance o entregarse a una labor de reorganización. Como mera solución transitoria la Junta carecía de autoridad para establecer cualquier acuerdo con los militares o con las otras esferas de influencia, si se presentaba la oportunidad para ello. Además, la figura gris de Hedilla impresionaba desfavorablemente a los visitantes o

personalidades que tomaban contacto con la Falange por vez primera. Un periodista italiano lo describía así:

> Su aspecto no ofrece los rasgos indiscutibles de un líder, ni nada indica que pudiera ser mañana el estadista que España necesita. Más bien diría que es un excelente lugarteniente, un enérgico y celoso cumplidor de órdenes; en realidad es el hombre que conviene en estos momentos en que todo el poder está en manos de los militares… La falta de un verdadero jefe constituye el gran «hándicap» del falangismo[413].

Durante los primeros meses, las decisiones de la Junta de Mando se tomaban por mayoría de votos y los asuntos se resolvían del mejor modo posible. Hedilla estableció su cuartel general en Salamanca, donde el gobierno militar se había instalado el 1 de octubre. Vivía con su familia modestamente y sin ostentación alguna, trabajando eficazmente para estructurar del mejor modo posible aquella organización tan incoherente. Buen conocedor de la doctrina de la Falange, no pensaba apartarse ni un ápice del programa trazado por aquélla. Al mismo tiempo comprendió las apremiantes necesidades militares de la hora y puso al servicio del Ejército todos los efectivos de que la Falange podía disponer.

La mayoría de los elementos honestos y patriotas del partido acataron la jefatura de Hedilla. El jefe territorial de Andalucía, Sancho Dávila, que todavía se encontraba en poder de los republicanos cuando se celebró la primera reunión del Consejo Nacional, el 2 de septiembre, logró escapar de la Legación de Cuba en Madrid. En la segunda reunión del Consejo, celebrada a las pocas semanas, se unió al grupo de Aznar que había ratificado la creación de la Junta de Mando. Otros dirigentes falangistas que huyeron más tarde de la zona republicana también aprobaron su creación[414].

Desde el comienzo de la guerra las facilidades y medios para la propaganda se desarrollaron enormemente. Aparecieron diarios del partido en Pamplona, Valladolid, Sevilla, Zaragoza y Oviedo, a los que pronto se unieron los de Santander, Bilbao,

Málaga y otras ciudades. Hasta la primavera de 1937 y aún posteriormente, la propaganda tuvo a menudo un tono demagógico:

> ¡Brazos abiertos al obrero y al campesino!
> ¡Qué sólo haya una nobleza: la del trabajo!…
> ¡Que sean extirpados los holgazanes[415]!

La retórica del partido iba dirigida, en gran parte, a las clases proletarias y estaba llena de clamorosas promesas de justicia social. Onésimo Redondo, en el único discurso que pronunció entre la fecha de su liberación y el día de su muerte, declaró a través de los micrófonos de Radio Valladolid:

> (La Falange) lleva impregnada su doctrina y relleno su programa de la preocupación más profunda y extensa: la de redimir al proletariado… Devolvamos a los obreros este patrimonio espiritual que perdieron, conquistando para ellos, ante todo, la satisfacción y la seguridad del vivir diario: el pan.
>
> Serán traidores a la Patria los capitalistas, los ricos, que asistidos hoy de una euforia fácil… se ocupen como hasta aquí, con incorregible egoísmo, de su solo interés, sin volver la cabeza a los lados ni atrás para contemplar la estela de hambre, de escasez y de dolor que les sigue y les cerca[416].

La demagogia de la Falange no era una demagogia materialista, llena de promesas concretas; era una demagogia fascista, que lo mismo predicaba unidad y sacrificio que justicia social y reformas económicas. En una interviú para los corresponsales de la prensa italiana celebrada el 11 de marzo de 1937 Hedilla puso de relieve el carácter militante de su programa. Declaró que el objetivo de la Falange era, por un lado, captarse a las masas rojas eliminando a sus dirigentes, por otro encuadrar a los militantes falangistas que combatían en los frentes en una Milicia Nacional que perduraría después de la guerra y crearía una España militarmente fuerte[417]…

La prensa del partido dedicaba un espacio considerable a informaciones favorables a los nazis, los fascistas italianos y los demás movimientos fascistas. Surgían incluso brotes esporádicos de antisemitismo, actitud completamente estúpida porque en España no había judíos que combatir, pero algunos oscuros

ideólogos falangistas desempolvaron piadosamente los «protocolos de los Sabios de Sión[418]».

No obstante, los propagandistas de la Falange tuvieron buen cuidado en no incurrir en un racismo o un excesivo culto al Estado, para evitar toda identificación con los demás partidos fascistas nacionalistas. Sin negar ciertas influencias del fascismo italiano[419], los falangistas preferían equiparar su ideología a la política nacionalista de los Reyes Católicos en la España del siglo XV. Su propaganda se diferenciaba radicalmente de la mayoría de los grupos fascistas europeos por la importancia que concedía al catolicismo y a la defensa de la Cristiandad. Esta temática religiosa fue incrementándose a media que avanzaba la guerra, mitigando el tono guerrero de las declaraciones del partido. Hedilla manifestó en una interviú a los periódicos, en octubre de 1936:

> El sentido pagano de culto a la Patria y subordinado a la raza, a la fuerza, etc., que se advierte en algunos movimientos extranjeros de tipo análogo, se sustituye en el nuestro por una fuerte dosis de espiritualismo muy de acuerdo con nuestra tradición[420].

Si las jerarquías de la Iglesia calificaban la lucha de santa cruzada, los falangistas quisieron superarlas declarando que todas las instituciones españolas debían estar imbuidas de un sentido específicamente católico[421]. Fermín Yzurdiaga, sacerdote que dirigía el diario *Arriba España* de Pamplona, se convirtió en uno de los propagandistas más activos del partido y llegó a ocupar, en abril de 1937, el puesto de jefe de Prensa y Propaganda. El mensaje de Navidad de 1936, leído por Hedilla ante los micrófonos de Radio Salamanca, llegó hasta el punto de exponer una interpretación muy retorcida del amor fraternal, afirmando entre otras cosas:

> Su doctrina (la de la Falange) es inmortal. Es la expresión de la Justicia Divina en el siglo…
>
> Y me dirijo a los falangistas que se cuidan de las investigaciones políticas y policiacas de las ciudades, y sobre todo de los pueblos. Vuestra misión ha de ser obra de depuración contra los jefes, cabecillas y asesinos. Pero impedir

> con toda energía que nadie sacie odios personales y que nadie castigue o humille a quien por hambre o desesperación haya votado a las izquierdas. Todos sabemos que en muchos pueblos había —y acaso hay— derechistas que eran peores que los rojos… (Vuestra misión es la de sembrar amor[422]).

En la España rebelde las publicaciones falangistas estaban sometidas, como todas las demás, a la censura. Apenas podía encontrarse una sola edición de periódicos de Falange sin señales visibles de precipitadas supresiones. A los censores militares no les preocupaba tanto la demagogia abstracta como la pretensión de atribuirse públicamente cierta autoridad o de señalar objetivos concretos del Estado en cuestiones políticas o sociales.

A pesar de ello se produjeron en el campo rebelde algunos motivos de fricción debido al tono estridente de ciertas afirmaciones revolucionarias de la Falange[423]. Cuando en agosto de 1936 Gil Robles hizo una breve aparición en Burgos para conferenciar con otros dirigentes derechistas, fue prácticamente expulsado por la Falange local. Otros elementos «cedistas» empezaron a temer por sus vidas. Un exsecretario particular de Gil Robles fue muerto en Galicia a consecuencia de una discusión política. En la provincia de Cádiz, el líder agrario Giménez Fernández tuvo que esconderse de los pistoleros falangistas[424]. Los carlistas y otros elementos conservadores llamaban a los falangistas «nuestros rojos» y «Failangistas».

Estos antagonismos dentro del partido aumentaron con la llegada de nuevos elementos liberales e izquierdistas, muchos de los cuales, sorprendidos en zona rebelde, se afiliaron a la Falange para librarse del voraz acoso de los derechistas. Después de la caída de Málaga en poder de los nacionalistas (10 de febrero de 1937), en 24 horas se afiliaron a Falange un millar de personas, muchas de las cuales eran izquierdistas[425]. En Logroño y Navarra, para burlar a los carlistas, los liberales se incorporaron en masa a la Falange. En Andalucía y Extremadura, los organizadores de Falange iban detrás de las avanzadillas milita-

res que ocupaban los barrios obreros, enrolando a los izquierdistas para incorporarlos a las milicias. Después de su derrota de 1937, muchos mineros comunistas de Asturias ingresaron en el partido, aunque sólo fuera nominalmente[426].

Los izquierdistas que se pasaron a la Falange no siempre se libraron de las persecuciones. En Andalucía, a veces, se revisaban los antecedentes de los nuevos afiliados y los que estaban considerados como izquierdistas moderados eran enviados a las unidades de milicias que luchaban en el frente, pero los que se habían destacado por su actuación política anterior eran fusilados[427].

En general, la Falange acogió bien a los antiguos izquierdistas y liberales que a ella acudían, aunque a veces fuera necesario —como ocurrió en Salamanca— suspender temporalmente las admisiones debido al excesivo número de solicitudes de aquella procedencia[428]. En carteles y anuncios podía leerse: «Nada nos importa el pasado… En nuestras filas caben como camaradas todos los que sientan nuestras consignas y el deseo de redimir a la Patria[429]». Seis meses después de terminada la guerra fueron tantas las personas detenidas en el curso de la represión llevada a cabo por los tribunales militares que se habían afiliado a la Falange, que fue necesario promulgar una ley especial (9 de septiembre de 1939) en la que se estipulaba que debía preguntarse a todo detenido si era miembro del partido. En caso afirmativo debería darse cuenta a las autoridades de Falange del expediente en curso[430].

El problema de dotar de un mando efectivo a los rebeldes únicamente podía resolverse mediante el nombramiento de un jefe militar supremo. Cabanellas no era más que un figurón y la Junta de Burgos se había creado con carácter transitorio. Cabanellas había sido nombrado para satisfacer a los elementos más moderados, pero las derechas no tenían ninguna confianza en él debido a su pasado masónico[431]. En septiembre de 1936 se

produjeron una serie de intrigas para nombrar a un nuevo jefe supremo militar, en cuyo proceso intervinieron únicamente oficiales superiores, sin la menor participación civil[432]. Una vez decidida la sustitución de la Junta de Defensa por un comandante en jefe, era evidente que el que resultara vencedor en esta pugna personal asumiría también el cargo de supremo líder político.

Los dos únicos candidatos eran Mola y Franco. Mola había sido el organizador de la rebelión; Franco sólo se había aprovechado de ella. Sin embargo, muy pocos estaban enterados del singular papel jugado por Franco en la conspiración. Antes de las elecciones de febrero había desempeñado funciones superiores a las de Mola y su prestigio como general era muy grande, aunque Mola gozaba de idéntica consideración en los medios militares. Franco tenía fama de ser un político astuto. Además, casualmente se encontraba al frente del Cuerpo de Ejército de Marruecos, en el que residía la verdadera fuerza militar de los rebeldes.

El oficial más influyente de todos los jóvenes mandos de África era el coronel Juan Yagüe, que había organizado la rebelión en Marruecos. Yagüe se había afiliado a la Falange antes de la guerra civil, aunque sus simpatías estaban divididas entre el partido y el Ejército[433]. Yagüe y Mola se odiaban, mientras que Yagüe y Franco eran viejos camaradas del Tercio[434]. Yagüe no sólo ayudó a los partidarios de Franco, sino que realizó una intensa y eficaz labor de propaganda entre sus compañeros en favor del jefe de los Ejércitos del Sur.

En aquella época resultaba ya evidente que la ayuda exterior tendría un peso decisivo en la guerra. Casi todo el apoyo germano-italiano fue para Franco, ya que eran sus tropas las que daban el asalto a Madrid. Mola reconoció que Franco tenía más crédito en el exterior y que era mejor diplomático que él[435]. Decidió, por lo tanto, no oponerse a la candidatura de Franco

para jefe de las fuerzas armadas, mientras la situación tuviera un carácter puramente militar y por un período limitado a la duración del conflicto.

Además de Yagüe, los principales sostenedores de Franco eran su propio hermano Nicolás, el veterano general Orgaz (un conspirador con quince años de experiencia), el general Millán Astray (el fundador del Tercio, que estaba medio loco) y el general Kindelán (jefe de la aviación rebelde). Kindelán ha relatado que la decisión de nombrar a Franco Generalísimo de los Ejércitos se tomó en la reunión de la Junta de Defensa celebrada el 21 de septiembre[436]. La única oposición procedió de Cabanellas, que no deseaba un mando único, pero los demás oficiales estaban decididos a prescindir de los servicios del anciano general. En vista de que Mola no se oponía, Franco fue designado, por votación, jefe militar supremo.

Sin embargo, la Junta de Burgos no anunció inmediatamente el nombramiento de Franco y los que le habían apoyado estaban muy preocupados. Prepararon un proyecto de decreto que Kindelán leyó en la siguiente reunión de la Junta, el 28 de septiembre. En él figuraba una cláusula nombrando a Franco Jefe del Estado además de Generalísimo de las Fuerzas Armadas. Esta vez Mola protestó, pero la candidatura de Franco había sido aceptada y no podía volverse atrás. Ningún otro grupo demostró tanta decisión como los partidarios de Franco y, por otra parte, la existencia de un mando centralizado constituía una necesidad vital. El decreto, aprobado por la Junta, fue proclamado oficialmente tres días después, el 1.º de octubre.

Una vez elevado al poder, Franco empezó a tomar rápidamente las medidas necesarias para asegurarse su permanencia en él. En un país totalmente entregado a la guerra, la figura del bajito general gallego aparecía como gigantesca sobre un fondo de oscura mediocridad.

La Falange no había manifestado ninguna preferencia respecto el nombramiento de comandante en jefe. Franco tenía uno o dos admiradores entre los mandos del partido, principalmente Andrés Redondo, el banquero, que había cesado temporalmente de efectuar préstamos hipotecarios a los campesinos locales para colocarse en el puesto de su hermano y elevarse luego al rango de jefe territorial[437].

No obstante, entre los amigos y colaboradores personales de José Antonio supervivientes había empezado a formarse un grupo de «legitimistas», que consideraban que los recientes acontecimientos eran peligrosos para el futuro político del partido. El 2 de octubre, al día siguiente del nombramiento de Franco como jefe supremo, *FE* de Sevilla, que era el principal periódico falangista de España, dedicó una página entera a comentarios y artículos favorables al Generalísimo. Agustín Aznar y Sancho Dávila, jefes de las Falanges de Madrid y de Andalucía, respectivamente, se pusieron furiosos. Reprendieron con acritud a Patricio Canales, director de *FE*, por haber dedicado tanto espacio a un hombre al que consideraban como el principal enemigo de la Falange[438].

Capitulo XI

José Antonio en Alicante

José Antonio llevaba seis semanas encarcelado en Alicante cuando se produjo el alzamiento militar. La víspera de la rebelión redactó un último manifiesto dirigido a la nación[439]. En él no se decía una sola palabra acerca del nacionalsindicalismo o sobre las juventudes revolucionarias, sino que constituía un llamamiento a los patriotas españoles en favor de la rebelión[440]. Después de ello, su autor no podía hacer otra cosa que esperar los acontecimientos.

Los conspiradores confiaban en que podrían liberar a José Antonio en los primeros momentos y enviarle inmediatamente a Madrid en avión[441]. Sin embargo, la rebelión fracasó estrepitosamente en todo el Levante, a pesar de que se trataba de una de las regiones donde Mola confiaba obtener un éxito completo. Algunos de los jefes militares de la región manifestaron una absoluta falta de decisión. En Valencia, cuando al fin decidieron sumarse ala rebelión, fueron aplastados por las milicias obreras. Como consecuencia de ello, la mayoría de las débiles guarniciones establecidas en los alrededores de Alicante quedaron aisladas e inmovilizadas. Los oficiales, que se habían comprometido a sacar a la calle las tropas acuarteladas en Alicante, perdieron los nervios y no cumplieron el plan previsto. Ante el lamentable fracaso de los militares, los núcleos de milicias falangistas que se encontraban más próximas a José Antonio intentaron, por sus propios medios y con la ayuda de algunos

monárquicos locales, rescatar a su jefe. Pero la operación, mal preparada, fue descubierta, y los guardias de Asalto impidieron que aquéllos pudieran siquiera aproximarse a la prisión[442].

José Antonio, aislado del mundo exterior, carecía de información. A partir del 16 de agosto se le prohibieron las visitas. Aunque las noticias que recibía eran muy incompletas, José Antonio percibía las grandes líneas del conflicto que se iba perfilando aquel verano. Dábase cuenta de que nada bueno podía salir de una guerra civil exterminadora, que iba a desviar el curso de los acontecimientos durante los próximos años. Le angustiaba pensar que la Falange iba a consumir sus energías en una lucha de exterminio entre derechas e izquierdas, cuyas trágicas consecuencias constituirían exactamente la negación del espíritu de unidad nacional que él había predicado. Si ganaban las izquierdas, quedaría destruida toda posibilidad de restablecer los históricos fundamentos religiosos del catolicismo en España. Si ganaban las derechas, traerían consigo la más negra reacción, apoyada únicamente en la fuerza, y asfixiarían las energías vitales de la nación.

Confirmando sus justas previsiones, la Falange iba a encontrarse aprisionada entre dos losas: la de «los de arriba» y la de «los de abajo».

Entre los papeles de José Antonio se conserva el borrador de unas interesantes notas redactadas en agosto de 1936, en las que decía:

> Situación: No tengo datos de quién lleva la mejor parte. Por lo tanto, pura síntesis moral.
>
> A): Si gana el Gob. 1.º. —fusilamientos; 2.º—. predominio de los partidos obreros (de clase, de guerra); 3.º. —consolidación de las castas de españoles (funcionarios cesantes, republicanización, etc.).
>
> *Se dirá*: el Gob. no tiene la culpa. Los que se han sublevado son los otros.
>
> No: una rebelión (sobre todo tan extensa) no se produce sin un profundo motivo.
>
> ¿Reaccionarismo social?
>
> ¿Nostalgia monárquica?

No: este alzamiento es, sobre todo, de clase media. Hasta geográficamente, las regiones en que ha arraigado más (Castilla, León, Aragón) son regiones de tono pequeño burgués.

El motivo determinante ha sido la insufrible política de Casares Quiroga.

No se puede aumentar indefinidamente la presión de una caldera. La cosa tenía que estallar. Y estalló. Pero ahora:

B): ¿Qué va a ocurrir si ganan los sublevados?

Un grupo de generales de honrada intención, pero de desoladora mediocridad política. Puros tópicos elementales (orden, pacificación de espíritus…).

Detrás: 1) el viejo carlismo intransigente, cerril, antipático;

2) las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas;

3) el capitalismo agrario y financiero, es decir: la clausura en muchos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna. La falta de todo sentido nacional de largo alcance.

Y, a la vuelta de unos años, como reacción, otra vez la revolución negativa.

Salida única:

La deposición de las hostilidades, y el arranque de una época de reconstrucción política y económica nacional, sin persecuciones, sin ánimo de represalias, que haga de España un país tranquilo, libre y atareado.

Mi ofrecimiento:

1. Amnistía general.
2. Reposición de los funcionarios declarados cesantes a partir del 18 de julio.
3. Disolución y desarme de todas las milicias…
4. Alzamiento del estado de alarma y previsión. (Si, por razones de orden público, no se considera esto posible, modificación de la ley de O. P. en el sentido: 1) de que la prisión gubernativa no pueda durar más de quince días, ni ser impuesta más de dos veces cada seis meses; 2) que las clausuras de centros políticos se sujeten a las mismas normas; 3) que las multas gubernativas se hayan de imponer por resolución fundada y, no siendo impuestas en aplicación de preceptos fiscales, no se hagan efectivas sino después de agotados los recursos legales; 4) revisión de las incautaciones realizadas durante el periodo anormal, en orden a acomodarlas a los preceptos vigentes antes del 18 de julio.
5. Declaración de inamovilidad de todos los funcionarios públicos, salvo lo que dispusieran los reglamentos orgánicos de los distintos cuerpos vigentes el 18 de julio.
6. Supresión de toda intervención política en la administración de justicia. Ésta dependerá del Tribunal Supremo, constituido tal como está, y se regirá por las leyes vigentes antes del 16 de febrero último.

7. Implantación inmediata de la ley de Reforma Agraria.
8. Autorización de la enseñanza religiosa, sometida a la Inspección Técnica del Estado.
9. Formación de un gobierno presidido por don Diego Martínez Barrio, del que formen parte los señores Álvarez (don Melquíades), Pórtela, Sánchez Román, Ventosa, Maura (don Miguel), Ortega y Gasset y Marañón.
10. Redacción de un programa de política nacional reconstructiva y pacificadora.
11. Clausura de las Cortes durante seis meses y autorización al Gobierno para legislar dentro de las líneas del programa aprobado.

Posteriormente redactó José Antonio la lista de los ministros de un posible Gobierno de «pacificación nacional» en el que figuraban los siguientes nombres:

Presidente, Martínez Barrio; Estado, Sánchez Román (uno de los más eminentes juristas españoles); Justicia, Melquíades Álvarez (liberal, conservador al estilo del siglo XIX); Guerra, el presidente; Marina, Miguel Maura; Gobernación, Pórtela Valladares; Agricultura, Ruiz Funes (persona especialmente calificada en la materia); Hacienda, Ventosa (financiero catalán); Instrucción Pública, Ortega y Gasset; Obras Públicas, Prieto; Industria y Comercio, Viñuales (destacado economista); Sanidad, Marañón (eminente médico liberal, escritor, historiador[443]).

Algunos días después, Martín Echevarría, subsecretario de Agricultura, pasó por Alicante y José Antonio solicitó autorización para entrevistarse con él. Según el testimonie ulterior de Echevarría, el líder falangista le dijo:

> Estoy viendo que España se está haciendo pedazos y estoy viendo que el triunfo no contratado por alguien que me inspire confianza puede ser la vuelta a aquellas guerras carlistas, el retroceso en lo que se lleva hecho en el orden social, politice y económico, la entrada en un período de obscuridad y torpeza[444].

Pidió que se le autorizase a volar a Burgos para actuar de mediador cerca de los nacionalistas, dejando como rehenes a sus familiares en Alicante. Echevarría, no sin cierto escepticis-

mo, transmitió la proposición al Gobierno central, el cual la rechazó[445].

Una vez restablecido el mando de la Falange, a primeros de septiembre, se realizaron serios intentos para lograr la libertad del jefe. El primer plan, basado en una complicada intriga política forjada en Alicante, fracasó por completo[446]. En este proyecto, el Consulado alemán en Alicante desempeñaba un papel primordial. El cónsul Von Knobloch era un ferviente nazi. Manifestó a sus superiores que:

> La liberación de José Antonio era vital para el fascismo español, el cual podía realizar una revolución nacionalsocialista popular ahora, mientras durase la guerra, ya que de otro modo, después de la victoria, los elementos reaccionarios…, impedirían que Franco llevara a cabo su programa[447].

Von Knobloch apenas conocía a José Antonio, pero se daba cuenta de que el jefe de la Falange era el único que podía enfrentarse a los elementos clerical-monárquico-militares de la España rebelde con alguna posibilidad de éxito. En su consecuencia, pedía a la Wilhelmstrasse que le autorizase a ejercer una presión diplomática sobre el gobernador civil de la provincia. Sin embargo, la oficina de Asuntos Exteriores no deseaba verse envuelta en el destino personal de José Antonio Primo de Rivera; incluso el propio partido nazi se negó a apoyar a la Falange en este asunto[448].

La petición de Knobloch fue rechazada secamente.

Ante el fracaso de esta maniobra, los jefes falangistas concibieron un plan más directo para tratar de conseguir la liberación de su jefe: propusieron que un comando diese un golpe de mano en Alicante. Todos los principales dirigentes falangistas apoyaron este proyecto, a pesar de que la vuelta de José Antonio iba a producir bastante alarma entre muchos fanfarrones y oportunistas, ya que:

> Entre algunos mandos de la Falange se tenía mucho miedo a José Antonio, porque sabían que desaprobaría su conducta y quedarían fulminantemente destituidos[449].

Pero nadie se opuso al intento de rescatar al jefe. Hasta el propio Franco dio su apoyo al mismo, aunque con cierta cautela:

> Para Franco la cuestión era muy delicada, dada la poca confianza política que la Falange tenía en él. Si se hace cargo de la operación y fracasa, cae la responsabilidad sobre sus espaldas. Si no hace nada, se le culpa de omisión… Dejó la iniciativa a la Falange y ayudó en la medida en que pudo[450].

Se estableció un campo de entrenamiento en las afueras de Sevilla, pero también este plan se desbarató, ante las dificultades técnicas y debido a la incapacidad de los mandos falangistas[451]. Por lo tanto, se hizo preciso recurrir a una nueva intriga política.

A primeros de octubre Hedilla pidió a Franco los fondos necesarios para organizar un viaje del escritor falangista Eugenio Montes a Francia. Una vez obtenido el dinero, Montes trató de ponerse en contacto con importantes personalidades españolas y francesas, en Francia, para conseguir que interviniesen en favor de José Antonio. Estas gestiones duraron seis semanas y en ellas estuvieron implicadas personas tan dispares como José Ortega y Gasset, el ministro francés Yvon Delbos y la esposa del embajador de Rumanía en España. La principal figura del bando republicano con la que se estableció contacto fue Indalecio Prieto. Pero una vez más fue imposible conseguir ningún resultado. Parecía como si la suerte del jefe estuviese echada[452].

La última persona del mundo exterior que visitó a José Antonio fue Jay Alien, un periodista norteamericano que se entrevistó con él a finales de octubre. Era evidente que el jefe de la Falange estaba muy mal informado acerca de los acontecimientos. Le pidió noticias a Alien, diciéndole que no podía saber con certeza lo que estaba ocurriendo en el resto de España; el periodista eludió la cuestión preguntándole qué diría si supiese que las fuerzas de Franco no representaban otra cosa que la vieja España conservadora, aferrada egoístamente a sus privilegios tradicionales. José Antonio le replicó que no creía que ello

pudiera ser cierto, pero que, si lo fuese, era algo distinto de aquello por lo que la Falange había luchado siempre. Alien le contó las sangrientas fechorías (tanto verdaderas como falsas) cometidas por los pelotones de ejecución falangistas en los últimos meses. José Antonio dijo que creía y quería creer que todo esto no era verdad, pero precisó que sus jóvenes camaradas se encontraban sin jefe y que habían sido víctimas de las mayores provocaciones. Al recordarle el periodista que él mismo había introducido la expresión de la «dialéctica de las pistolas» en su discurso fundacional, José Antonio le replicó que las izquierdas habían sido las primeras en predicar la violencia. Manifestó que si el movimiento dirigido por Franco era verdaderamente reaccionario, él le retiraría el apoyo de la Falange y dentro de poco acabaría yendo otra vez a la cárcel. José Antonio parecía confiar en que pronto iba a ser puesto en libertad. Pero a Alien le dio la impresión de que su actitud respondía a una perfecta comedia[453]. Comedia que pronto se convertiría en tragedia, porque el drama personal de José Antonio se deslizaba rápidamente hacia su desenlace. A medida que la guerra civil se iba endureciendo y las posiciones se hacían más irreductibles, aumentaron las presiones para que se juzgase al cabecilla de la Falange. Los grupos más extremistas exigían que se «liquidase» simplemente a José Antonio, mientras varios periódicos de la zona republicana iniciaron una campaña exigiendo que se le sometiera rápidamente a un proceso. Al fin, las autoridades locales se decidieron a tomar la iniciativa de hacer comparecer a José Antonio ante un tribunal. El gobernador civil de Alicante, Jesús Monzón, era comunista y estaba deseoso de desembarazarse del líder de la Falange. Prieto escribió a este respecto:

> Al enterarse de que agentes míos se acercaron a don Miguel Primo de Rivera… para buscar testimonios de José Antonio desfavorables a la subversión militar (Monzón) ordenó una investigación policíaca sobre dichas gestiones para ver si le era posible —según públicamente confesó— tener un arma política contra mí[454].

José Antonio fue acusado de haber colaborado en los preparativos de la rebelión contra la República. Con él fueron juzgados su hermano y su cuñada. La vista del juicio se celebró el 13 de noviembre de 1936 ante un Tribunal Popular de los recientemente establecidos por la República. En su defensa, José Antonio leyó varios editoriales de *Arriba* escritos por él, en los que atacaba violentamente a las derechas y procuraba diferenciar a la Falange de aquéllas. Recalcó el hecho de que los elementos militares de Alicante y sus alrededores no habían efectuado el menor intento para liberarle y que los periódicos de la zona rebelde habían publicado listas con los nombres de los ministros del futuro gobierno «nacionalista» sin que en ellas figurase el suyo. José Antonio se declaró inocente:

> Por el hecho, sencillísimo, de estar allí en la cárcel, hecho que ha sido buscado directamente por las fuerzas de derechas que están en la calle. Han querido aprovechar el brío y la energía combatiente de los muchachos de Falange Española, impidiendo mi control sobre ellos[455].

Se refirió asimismo a las cartas y ofertas de mediación que dirigió a Echevarría y a Martínez Barrio.

Nada de ello impresionó al Tribunal, ya que el veredicto estaba establecido de antemano. El único relato de la última sesión del juicio fue escrito por un periodista local:

> Ajeno el hervidero de tanta gente heterogénea amontonada en la sala, José A. Primo de Rivera lee, durante un paréntesis de descanso del Tribunal, la copia de las conclusiones definitivas del fiscal. No parpadea. Lee como si se tratara en aquellos pliegos de una cosa banal que no le afectara. Ni el más ligero rictus; ni una mueca; ni el menor gesto alteran su rostro sereno. Lee, lee con avidez, con atención concentrada sin que el zumbido incesante del local le distraiga un instante.
>
> […]
>
> Primo de Rivera oye la cantilena como quien oye llover: no parece que todo aquello, todo aquello tan espeluznante, rece con él. Mientras lee el fiscal, él lee, escribe, ordena papeles… Todo sin la menor afectación, sin nerviosismo.
>
> Margarita Larios está pendiente de la lectura y de los ojos de su esposo, Miguel, que atiende, perplejo, a la lectura que debe parecerle eterna.

José Antonio sólo levanta la cabeza de sus papeles, cuando, retirada la acusación contra los oficiales de Prisiones, los ve partir libremente entre el clamor aprobatorio del público.

Pero sólo dura un leve momento esa actitud con la que no expresa sorpresa, sino, quizás, vaga esperanza.

Inmediatamente comienza a leer reposada, tranquilamente sus propias conclusiones definitivas que el público escucha con intensa atención.

[…]

Margot se lleva su breve pañolito a los ojos, que se llenan de lágrimas.

Miguel escucha, pero no mira al fiscal: sus ojos están pendientes del rostro de su hermano, en el que escruta ávidamente un gesto alentador o un rasgo de derrumbamiento. Pero José Antonio sigue siendo una esfinge que sólo se anima cuando le toca el turno de hablar en su defensa y en la de los otros dos procesados.

Su informe es rectilíneo y claro. Gesto, voz y palabra se funden en una obra maestra de oratoria forense que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés.

[…]

Al fin, la sentencia.

Una sentencia ecléctica en la que el Jurado ha clasificado la responsabilidad según la jerarquía de los procesados.

Y aquí quebró la serenidad de José Antonio Primo de Rivera ante la vista de su hermano Miguel y de su cuñada.

Sus nervios se rompieron.

La escena surgida la supondrá el que leyere.

Su emoción, su patetismo alcanzaron a todos[456].

José Antonio fue sentenciado a morir ante el pelotón de ejecución. Miguel Primo de Rivera fue condenado a treinta años de cárcel y Margarita, su mujer, a tres años. La causa, aunque basada en pruebas bastante circunstanciales, había quedado clara: en tales casos, el castigo habitual para la conspiración contra el Estado es la pena de muerte. Se recurrió en apelación a la autoridad suprema del Gobierno y el propio Consejo de Ministros se reunió para estudiar el recurso. Entre los miembros del Gobierno no había unanimidad y algunos se oponían firmemente a la ejecución del jefe de la Falange. Pero como ocurría a menudo bajo la República española, las autoridades perdieron demasiado tiempo en sus deliberaciones. Según Lar-

go Caballero, jefe del Gobierno, todavía no se había llegado a una decisión final cuando se recibió la noticia de que el gobernador de Alicante ya había hecho cumplir la sentencia[457].

El 18 de noviembre, José Antonio redactó su testamento. En él consignaba con tristeza las muestras de comprensión y de simpatía que habían manifestado algunos miembros del Tribunal cuando expuso los ideales de la Falange; lamentaba una vez más el vacío político en medio del cual su partido se había visto obligado a ir a la lucha. Y llegaba a preguntarse hasta qué punto su insistencia en recurrir a ciertas formas fascistas había contribuido a provocar la trágica situación en la que España se encontraba[458].

No obstante, José Antonio se abstuvo de emitir reproche alguno sobre las actividades de la Falange o el curso de la guerra. Retiró las acusaciones de traición que había formulado durante su defensa ante el Tribunal, considerándolas como simples recursos tácticos de abogado defensor. Carecía de elementos de juicio suficientes para condenar los errores y fallos de sus compañeros, o lo que tal vez pudiera considerarse como una traición por parte de sus aliados militares. El desenlace de la guerra todavía parecía incierto y sabía que sus posibilidades personales estaban agotadas. Después de redactar su breve testamento personal consideró que no tenía nada más que decir. Lejos de juzgarse a sí mismo prefirió confiar esta tarea a la posteridad.

El último día que le quedaba de vida, José Antonio redactó una docena de breves notas dirigidas a sus más íntimos amigos y colaboradores[459]. También se despidió de los miembros de su familia que se encontraban en Alicante[460]. La ejecución se efectuó al amanecer del día 20 de noviembre. José Antonio fue colocado junto con otros cuatro presos políticos, condenados también a muerte. Sus últimas palabras fueron de consuelo pa-

ra los hombres que iban a morir con él. No hubo en su actitud la menor jactancia romántica; sólo una lacónica dignidad[461].

La guerra civil resultó muy cruel para la familia Primo de Rivera. Además de José Antonio y de su hermano Fernando, asesinado el 22 de agosto en la matanza de la cárcel de Madrid, un tío y cinco primos suyos perecieron en la conflagración de aquellos años[462].

Capitulo XII

Las Milicias de la Falange

Durante la mayor parte de la guerra civil la Falange se consagró casi por entero a la formación de unidades de voluntarios destinados a cumplir servicios militares o paramilitares. Una de las preocupaciones fundamentales de los jefes del partido consistió, precisamente, en dotar de organización y encuadramiento adecuados a aquellas milicias. La mayoría de los jefes falangistas carecían de preparación militar y a menudo los militantes del partido eran enviados al frente bajo el mando de oficiales voluntarios «aficionados». Los dirigentes se dieron cuenta en seguida de que, si no preparaban a algunos de sus hombres para asumir el mando en los frentes, toda su empresa corría el riesgo de malograrse.

En algunas regiones, como por ejemplo en Aragón, los jefes locales se habían limitado a poner al frente de las milicias a oficiales profesionales. Ello resultaba absolutamente necesario en algunas zonas cercanas al frente. Pero había que destinar una gran cantidad de fuerzas auxiliares a aquellos sectores que el Ejército regular se veía incapaz de guarnecer. El 7 de septiembre de 1936, es decir, a las seis semanas de haberse iniciado la rebelión, el Ejército informaba de que sólo en la Quinta Bandera de Aragón había cuatro mil voluntarios[463], Todos estos hombres quedaban fuera del control directo de los mandos del partido, lo cual no podía considerarse como satisfactorio si la

Falange quería mantener una cierta cohesión política a lo largo de la guerra.

En el acuerdo provisional establecido entre José Antonio y Mola se había convenido que sólo la tercera parte de las fuerzas de Falange de cada sector determinado estaría bajo las órdenes del Ejército regular. Sin embargo, el jefe nacional de milicias Luis Aguilar había muerto en Madrid, en los comienzos de la guerra, y a su sucesor provisional, Agustín Aznar, no le preocupaban demasiado los problemas técnicos y de organización de las milicias. Aznar se dedicaba, sobre todo, a cometer actos de violencia personal para vengarse de sus amigos, a forjar planes para el rescate de José Antonio y a fortalecer la posición de sus propios amigos en el seno del partido.

Cuando el gobierno militar empezó a hablar de su propósito de crear academias de «alféreces provisionales», los dirigentes falangistas comprendieron que tenían que tomar alguna determinación si no querían que sus milicias se viesen absorbidas por el Ejército regular. Mientras en el cuartel general militar de Salamanca reinaba un ambiente antifalangista, en el frente un buen número de oficiales jóvenes simpatizaban con la Falange. Si los jefes del partido se decidían a actuar de común acuerdo, todavía podrían organizar una milicia totalmente independiente. El Ejército necesitaba a todos los hombres en el frente y no podía distraer a sus tropas para someter a la obediencia a la Junta de Mando falangista.

De todos los mandos militares rebeldes, el único que mostraba simpatías por la Falange era el coronel Yagüe (que pronto sería ascendido a general). En compañía de algunos jefes de milicias de Valladolid (Girón, Vicén, Castelló) efectuó varios viajes a Salamanca para tratar de convencer a la Junta de Mando de la necesidad de crear un cuerpo de oficiales del partido[464]. Sin embargo, Hedilla consideró que semejante proyecto de formar oficiales falangistas era irrealizable, limitándose a proponer

que se ejerciera un control político sobre las milicias, asignando a cada unidad una especie de comisario político.

En estas conversaciones, se perdió mucho tiempo, pero, al final, la Junta de Mando acabó reconociendo que había que hacer algo. El partido decidió crear dos «escuelas militares», una en Pedro Lien, cerca de Salamanca, y otra próxima a Sevilla. En esta última, la Falange reunió a los mejores instructores que pudo reclutar en sus propias filas; los de la escuela de Pedro Lien fueron proporcionados a la Falange por la Embajada de Alemania en Salamanca[465]. La Junta confiaba en que más tarde podría llegar a formar también sus propios equipos de ingenieros, químicos, médicos, etc[466].

El experimento de estas escuelas militares de la Falange fracasó. Los mejores alumnos se sentían más atraídos por el prestigio y las ventajas materiales que les ofrecían los cursos de oficiales del Ejército. Muchos milicianos habían contraído matrimonio y necesitaban los sueldos superiores que sólo el Ejército podía proporcionarles. Los militantes recién ingresados en el partido carecían de formación política y no siempre comprendían los conflictos ideológicos que enfrentaban a los falangistas con los monárquicos y los conservadores, mientras que en el frente, el espíritu de camaradería existente entre los oficiales hacía que las diferencias de opinión pasaran a un segundo plano. La mayoría de los jóvenes falangistas de Burgos, Zaragoza, Valladolid y Granada no querían saber nada de aquellas escuelas. La de Sevilla no llegó a funcionar ni siquiera durante un curso completo, y sus propios directores propusieron que se abandonase el intento. Sugerían, en cambio, que se atribuyese a la Falange un cupo determinado en los cursos organizados para la formación de los «alféreces provisionales» del Ejército[467].

El problema quedó parcialmente resulto al decidir el Cuartel General de Franco, por un decreto del 22 de diciembre de 1936, la unificación de las unidades de milicias. En adelante,

todas las fuerzas auxiliares quedaban asimiladas a las tropas regulares y sometidas a la disciplina militar. Su mando sería confiado a oficiales del Ejército[468].

Esta medida quedó en gran parte reducida a letra muerta. Transcurrió un mes sin que se designase al nuevo mando militar de las milicias y éstas siguieron gozando de su independencia[469]. El Cuartel General tenía demasiados problemas que resolver para preocuparse constantemente por las milicias. La escuela de Pedro Lien siguió funcionando como antes, a pesar de que un decreto del 28 de enero de 1937 dispuso que, en adelante, los oficiales alumnos de las milicias fuesen sometidos a la misma preparación que los «alféreces provisionales[470]».

El desorden reinante en las unidades de la Falange era indescriptible. A falta de una organización general, los mandos locales actuaban por su cuenta, reclutando y equipando «centurias» en el ámbito provincial o regional. Los mandos falangistas de Salamanca no tenían la menor idea del número de unidades existentes, ni de cómo estaban distribuidos o de la importancia de sus efectivos. Ello era, en gran parte, culpa de los hombres que constituían el mando nacional. Absorbidos por los pequeños detalles burocráticos y por mezquinas intrigas partidistas, eran incapaces de controlar la situación política y de desarrollar cualquier labor constructiva. Aznar mostraba su total ineptitud. Carecía de espíritu de organización y de talento para tener una visión de conjunto de los problemas que la guerra planteaba. No le interesaban las cuestiones de la dirección de la lucha, que eran, precisamente, las que le incumbían en virtud de su cargo técnico de jefe de Milicias.

En la primavera de 1937 el partido atravesó por una profunda crisis interna. Ante la gravedad de la situación, hasta el propio Aznar comprendió la necesidad de actuar[471]. Pero como era incapaz de tomar la menor iniciativa, fue preciso llamar del frente a algunos de los jefes mejor considerados, como Vicén y

Castelló. Se les confió el encargo de llevar a cabo una reorganización de las milicias, tarea que emprendieron en el mes de marzo. Pero antes de que transcurriera el tiempo necesario para llevarla a término, la posición política de la Falange viose seriamente comprometida. La oficialidad de la escuela de Pedro Lien fue arrestada y su dirección asumida por oficiales del Ejército[472]. No puede afirmarse que, en conjunto, las milicias de Falange hubieran constituido una fuerza muy eficaz para la lucha. A menudo «eran tomados casi a broma, tanto por las unidades del Ejército como por los rojos[473]». Más tarde se alistaron en las milicias elementos turbios o de dudosa moralidad que querían eludir la rigurosa disciplina militar. No hay que olvidar, además, que los militares procuraban seleccionar para el Ejército a los mejores elementos, dejando que fueran a nutrir las «Banderas» de la Falange los rechazados por él. En la provincia de Burgos, según los datos de la Falange local, hasta el 19 de abril de 1937 habían ingresado en las milicias 9120 voluntarios. Cuatrocientos noventa de ellos murieron en los combates, y del resto, el Ejército reclutó por sí a 4252 —seleccionados entre los más breves—, dejando que entre los otros 4378, los menos capaces, se encargasen de proporcionar a las milicias su triste reputación de fuerzas de segunda clase.

Sin embargo, algunas unidades de Falange se distinguieron en diversos frentes, aunque después de la guerra cada sector de las fuerzas nacionales haya querido reivindicar para sí todas las glorias del combate. Ciertamente que, considerados individualmente, los Requetés se mostraron más valerosos y combativos, pero también los falangistas fueron empleados en caso necesario como fuerzas de choque. Al principio de la guerra, cuando los rebeldes se encontraban con grandes dificultades para guarnecer los frentes, se formaron en Aragón y Andalucía brigadas móviles, con unidades mixtas integradas por milicianos seleccionados y legionarios[474]. Varias de estas unidades fueron ani-

quiladas durante la marcha sobre Madrid[475]. La Falange de Aragón desempeñó un importante papel en el frente ocupado por ella. En especial, merece citarse la resistencia de una sección de la 25.ª Bandera en Alcubierre, el 9 de abril de 1937[476]. En agosto del mismo año, la 2.ª Bandera se distinguió en los sangrientos combates del sitio de Codo[477]. Otras Banderas lucharon bravamente en Teruel y Huesca[478]. Algunos jefes de milicias se hicieron célebres durante los primeros tiempos de la guerra, como el extremeño Fernando Zamacoa, a quien se le concedió la más elevada condecoración militar española[479], y los castellanos Girón y Fernández Silvestre[480].

Debido a la gran desorganización existente en el partido se desconoce la cifra exacta del total de voluntarios aportados por la Falange. A finales de 1936 el partido declaró que tenía cincuenta mil milicianos en los frentes y otros treinta mil en la retaguardia[481]. Pero si se invierten las cifras se tendrá una idea más próxima a la realidad, ya que las milicias desempeñaban habitualmente funciones paramilitares no directamente relacionadas con los servicios de primera línea. Según el testimonio de observadores del partido conservador británico, la Falange predominaba de un modo casi absoluto en la retaguardia[482]. En abril de 1937 el general Monasterio, nuevo jefe de Milicias, estimó que éstas se componían de 126 000 falangistas, 22 000 requetés y 5000 hombres pertenecientes a otros grupos[483].

Los primeros contingentes de voluntarios procedían de los núcleos falangistas de Valladolid, Burgos, Zaragoza y Sevilla, así como de otras bases más alejadas, como Canarias y Marruecos[484]. Sin embargo, pronto empezó a admitirse a toda clase de reclutas, sin preocuparse de su origen. Se presionó a los «exrojos» para que se «redimiesen» incorporándose a las unidades que marchaban al frente. En las provincias de León y de Zamora se divulgó una circular en la que se afirmaba que el alistarse

como voluntario constituía una mejor prueba de lealtad que todas las profesiones de fe ideológica[485]. El porcentaje de antiguos izquierdistas era, por lo menos, tan elevado en las milicias como en las filas del propio Ejército. En Asturias, donde la situación era muy grave y las milicias tuvieron que intervenir en duros combates, el veinte por ciento de los efectivos de las centurias lo componían auténticos falangistas, el sesenta por ciento eran antiguos elementos conservadores o indiferentes y el veinte por ciento restantes «exrojos[486]».

Algunos dirigentes falangistas se dedicaron generosamente a reclutar voluntarios incluso para otras unidades distintas de las milicias. El Batallón Gallego, que desempeñó un importante papel en Asturias, se reclutó gracias a la colaboración de la Falange con el Ejército[487]. Además, la Falange proporcionó voluntarios para las unidades españolas destinadas a ser integradas en los contingentes fascistas italianos que combatieron en la guerra. En Extremadura, algunos antiguos miembros de las juventudes comunistas fueron reclutados y destinados a secundar a los italianos en su avance sobre Málaga[488].

Todos estos esfuerzos no resultaron vanos. Aunque poco a poco tuvieron que ir desprendiéndose de sus mejores elementos y pasando bajo el control del Ejército, las milicias de la Falange no llegaron nunca a perder totalmente su personalidad propia. Sus mejores unidades lograron que los jefes y oficiales destinados a mandarlas simpatizaran con el nacionalsindicalismo. Un considerable número de «alféreces provisionales», que contribuyeron decisivamente a la victoria del bando nacionalista, empezaron sirviendo como voluntarios en las unidades de Falange. Sean cuales fueren las cifras reales, es evidente que de las decenas de miles de hombres que pasaron por las filas de las milicias, un gran número de ellos experimentó cierta simpatía por las ideas nacionalsindicalistas[489]. En estos futuros «excombatientes» tenía puestas el partido sus únicas esperanzas de im-

poner su predominio político al día siguiente de la victoria militar.

Capitulo XIII

Intrigas Políticas en Salamanca

Después del fracaso de la ofensiva sobre Madrid, en noviembre de 1936, la guerra civil adquirió su verdadera significación. Los dos bandos comprendieron que para alcanzar la victoria se imponía una auténtica movilización, tanto militar como política. Pero el cuartel general de Franco, absorbido por las preocupaciones militares, no estaba en condiciones de poner orden en la confusión política reinante. El gobierno nacionalista carecía de orientación ideológica. Aunque, a diferencia de lo que acontecía en la zona republicana, los conflictos entre intereses políticos opuestos no podían interferirse en los asuntos militares, no por ello dejaban de crear serios problemas. A medida que la guerra se prolongaba, se hizo evidente que, tanto para atraerse a la población civil como para dotar al gobierno de un instrumento político adecuado, resultaba indispensable contar con una determinada doctrina política. El desprestigio de la derecha conservadora había creado un vacío político.

La oficialidad del Ejército se mostraba, en su mayoría, hostil a toda fuerza política. Su punto de vista podía resumirse en las declaraciones que hizo, a finales de 1936, el coronel Castejón, quien mandaba las avanzadas del Ejército del Sur. Preguntado sobre si era falangista o requeté, contestó:

> Franquista. Eso sólo y ya es bastante… No estoy al tanto, ni quiero estarlo, de los designios políticos… de las alturas. Eso no obstante, mi opinión perso-

nal es la de que al Ejército le está reservado por mucho tiempo en el porvenir español el papel delicado y preeminente de ser el árbitro justo, equilibrado, sereno, imperativo de la cosa pública[490].

Sin embargo, muchos oficiales eran partidarios de ciertas reformas de carácter nacionalista y se oponían a un simple restablecimiento del viejo orden conservador.

Durante los primeros meses del «caudillaje» de Franco, su principal consejero político fue su hermano Nicolás. Éste concibió un proyecto para la creación de un Partido Franquista, formado por todos los partidarios del Generalísimo y que contribuyese al sostén político del esfuerzo de guerra de los rebeldes. Esta idea parecía inspirada, en gran parte, en la antigua Unión Patriótica de Primo de Rivera. Pero ello suponía nada menos que la consolidación de todas las fuerzas caducas del viejo conservadurismo reaccionario o una especie de resurrección de la mayoría derechista de la CEDA. En realidad, la idea parecía seducir a algunos tránsfugas de la CEDA[491], como José Ibáñez Martín, Moreno Torres, el conde de Mayalde, el periodista Joaquín Arrarás y el famoso cura Ignacio Menéndez-Reigada, quien al poco tiempo sería nombrado capellán y confesor del Generalísimo y que predicaba la guerra civil como una santa cruzada del catolicismo[492].

El principal obstáculo para este proyecto estribaba en que en el ambiente de idealismo y de violencia de un conflicto ideológico los grupos patrióticos conservadores resultaban anacrónicos. Nicolás Franco tuvo que renunciar a la idea de reconstituir simplemente un nuevo frente conservador. Evidentemente, don Nicolás hubiese deseado que la Falange, que se había convertido en una fuerza muy numerosa, figurase en aquel conglomerado, pero los dirigentes del partido no podían tomar en serio semejante idea. No querían tratos con el hermano del Generalísimo, al que consideraban —no sin razón— como a un capitalista corrompido y masón[493].

Ante el descrédito de la derecha clásica, los únicos movimientos políticos que apoyaban a los rebeldes y que estaban en condiciones de enfrentarse doctrinalmente con la República eran la Comunión Tradicionalista y la Falange. La línea ideológica de la Falange se había truncado definitivamente con los trágicos acontecimientos de 1936. La falta de una jefatura efectiva y la afluencia de antiguos elementos conservadores habían acabado de minar la relativa unidad que todavía conservaba el partido en 1935, cuando apenas era conocido. En virtud del decreto promulgado a mediados de diciembre disponiendo la unificación de todas las milicias, los militantes de la Falange se encontraban sometidos a la disciplina militar, lo cual limitaba considerablemente la independencia política del partido.

Para acabar de complicar la situación, a comienzos de 1937 una serie de tendencias rivales empezaron a disputarse la dirección del partido. Los motivos de tales rivalidades eran varios. José Antonio había sido fusilado en Alicante, y aunque muchos no quisieran dar este hecho por cierto, la realidad era que la Falange se encontraba sin jefe. Las exigencias de la guerra y el repentino engrasamiento de los efectivos falangistas acabaron de desbordar a los escasos elementos dirigentes que quedaban. Las comunicaciones se hacían sumamente difíciles y el poder real estaba totalmente en manos del Ejército. Hedilla era incapaz de controlar toda la organización del partido. No podía contar con la colaboración de algunos dirigentes falangistas, sobre todo los capitostes de Salamanca y el grupo de Andalucía. El embajador alemán Von Faupel reflejaba una opinión bastante corriente en Salamanca al afirmar que:

> Hedilla, que era un hombre de absoluta honradez, no estaba a la altura de las exigencias impuestas a un jefe de la Falange. Estaba rodeado de jóvenes ambiciosos que ejercían una influencia sobre él, en lugar de obedecerle y dejarle dirigir[494].

A principios de 1937 los dirigentes falangistas aparecían divididos en tres tendencias. La primera y la más importante la

constituía el grupo formado en torno a Hedilla, quien demostró mayor decisión de la que se suponían sus compañeros. Sin embargo, cuando se decidió a restablecer la disciplina en el partido, la oposición aumentó. Sus partidarios poseían un ímpetu revolucionario y una vigorosa conciencia social. Contaban con el apoyo de la mayoría de los jefes provinciales, por lo menos los de la zona septentrional de, la España rebelde. Prácticamente estaban a su lado todos los intelectuales, con el famoso sacerdote propagandista de Pamplona, Fermín Yzurdiaga, a la cabeza.

Sin embargo, Hedilla estaba comprometido por su estrecha vinculación con una serie de intelectuales y periodistas recién ingresados en la Falange y más o menos influidos por el nazismo. Aunque el propio Hedilla no tenía la menor simpatía por los nazis, sus partidarios sentían menos entusiasmo por otros partidos y esperaban que los alemanes les proporcionarían si no una orientación ideológica por lo menos la ayuda material y la capacitación técnica que necesitaban.

La segunda tendencia la componían los «legitimistas» de la Falange, es decir, los seguidores de José Antonio en un sentido estricto y formalista. Éstos se oponían al menor cambio en la organización, el mando o el estilo de la Falange que no estuviese justificado de modo explícito en los discursos del Jefe. Se oponían por principio a Hedilla, sin ofrecer nada a cambio. Criticaban todas sus iniciativas y le negaban el derecho a imponer su autoridad en el partido, por considerarle únicamente como un miembro de la Junta de Mando, con iguales derechos que los demás.

Agustín Aznar era el principal representante de esta tendencia en Salamanca. Su más inmediato colaborador era otro superviviente de la Falange de Madrid, Rafael Garcerán, antiguo pasante del despacho de José Antonio, quien no había cesado de intrigar contra la jefatura de Hedilla. A finales de 1936 Gar-

cerán logró hacerse nombrar jefe territorial de Salamanca, y luego, desembarazándose de sus rivales, llegó a secretario de la Junta de Mando. En enero de 1937 Tito Menéndez, uno de los más firmes partidarios de Garcerán, fue nombrado jefe de Propaganda, a las órdenes del jefe nacional de Prensa y Propaganda, Vicente Cadenas. La mayoría de los dirigentes de la Falange andaluza (entre los que figuraban algunos parientes de José Antonio, como su primo Sancho Dávila) estaba más o menos vinculados al grupo de Aznar y Garcerán. En caso de producirse la escisión, era de suponer que la mayor parte de los enemigos de Hedilla se sumarían a este grupo.

En diciembre de 1936, después de una dura lucha por el mando de la Falange de Valladolid, Andrés Redondo fue destituido de la jefatura. En Castilla la Vieja el partido tendía a ser dominado por los jefes de milicias que estaban en el frente, como Luis González Vicén y José Antonio Girón. Después de dos años de lucha encarnizada, estos dos activistas de la primera hora habían acabado triunfando sobre los hermanos Redondo[495]. Girón, que al principio había mantenido buenas relaciones con Hedilla (quien le había nombrado «inspector territorial» de Castilla), pronto empezó a compartir la decepción de Vicén ante la nueva orientación política de la dirección del partido. Probablemente desconfiaban del grupo de intelectuales germanófilos que rodeaban a Hedilla y dudaban de la capacidad de éste, temiendo que la Falange pudiera perder en Salamanca su independencia política. En todo caso, los nuevos jefes de Valladolid parecían dispuestos a apoyar la actitud de oposición de Aznar y del grupo de Andalucía.

Por último, la tercera facción en el seno de la Falange estaba formada por los recién llegados, oportunistas, antiguos conservadores, clericales, monárquicos y los tecnócratas seudofascistas, partidarios de un corporativismo conservador. Su único

programa consistía en apoderarse del partido para darle una nueva forma más conservadora.

La existencia de estas tres facciones dividía profundamente a la Falange, en el preciso momento en que iba a definirse la futura estructura política de la España nacionalista. Los observadores más lúcidos dábanse cuenta de que aquella incertidumbre política que reinaba en la retaguardia no podía durar indefinidamente. Con la Falange y la Comunión Tradicionalista se enfrentaban dos concepciones opuestas del gobierno autoritario; como no había sitio para ambas en el reducido marco de la España nacionalista había que encontrar una fórmula de compromiso o de eliminación de uno de los dos adversarios. Y si los dirigentes políticos no eran capaces de hallarla, el Ejército estaba decidido a imponerla.

Los falangistas se habían mostrado siempre hostiles a todo compromiso con los grupos derechistas; preferían que, una vez disueltos, se sumaran a ellos. A su vez, los carlistas eran la gente más intransigente del mundo en cuestión de principios. Después de haberse enfrentado victoriosamente con toda la España moderna, manteniendo a toda costa su anacrónica organización, no estaban dispuestos a transigir con un movimiento sin arraigo histórico que defendía un fascismo ultramoderno…

A pesar de ello, exteriormente cada partido consideraba al otro como un valeroso campeón del nacionalismo español. Y algunos individuos aislados iban más lejos todavía. Los carlistas más clarividentes, que habían arrastrado a la Comunión Tradicionalista a la rebelión, comprendían que había que llegar a algún compromiso. Ya el 19 de diciembre de 1936 Román Oyarzun escribía en *El Pensamiento Navarro*, bajo el título de «Una idea: requeté y fascio»:

> A mí no me gustan, entre otras cosas, del fascismo, ni su bandera, cuyos colores son iguales que los de la FAI, ni el uniforme que se confunde con el de los milicianos rojos (lo que incluso puede dar lugar a incidencias peligrosas en el campo de batalla), ni eso de llamarse «camaradas», palabra que sue-

na mal (por haberla prostituido los marxistas, esos marxistas que han cazado a tiros en nuestras ciudades a tantos valerosos y nobles falangistas), ni otras cosas, acaso de más enjundia. Pero eso no obsta para que crea que hay muchos puntos de coincidencia, para que juzgue conveniente estrechar los vínculos de unión, limar las asperezas, redondear las aristas… en lugar de ahondar más y más las divisiones, enconar más y más los roces y las heridas.

[…]

Ambas fuerzas tienen sus raíces en el pueblo, ambas nutren sus filas de la masa; en ninguna de ellas tienen estado de privilegio ni puestos de mando los altos intereses plutocráticos… Ambas fuerzas son creyentes y confiesan a Dios. Entre ellos no existe incompatibilidad alguna fundamental.

[…]

Lector…: Aunque seas enemigo de la idea, piensa que el afán es noble y patriótico.

No tardó en llegar la respuesta del sector más clerical de la Falange. El 6 de enero de 1937, en un suplemento de su periódico dedicado al año nuevo, Fermín Yzurdiaga declaraba:

En cuanto a la tendencia a la formación de una fuerza única, es innegable. Creemos que esto se producirá al asimilar F. E. —cuyo volumen y fuerza de expansión es superior a cualquier otro— aquellos puntos del Tradicionalismo que sean compatibles con las necesidades del momento.

Lo cual no resultaba demasiado tranquilizador para los carlistas.

Sin embargo, semejantes sentimientos eran ampliamente compartidos por todos los elementos conservadores, clericales, monárquicos y antiguos miembros de *Acción Española*, así como por los oportunistas de toda laya que se habían emboscado en la Falange. Para atraerse a los falangistas «joseantonianos» hostiles a Hedilla trataron a deslumbrarles con, la vaga posibilidad de una entente entre el falangismo y el carlismo. Entre los más ardientes partidarios de esta nueva fórmula figuraban numerosos profesionales que se habían infiltrado en los servicios técnicos del partido, como José Luis Escario, Pedro González Bueno y Pedro Gamero del Castillo[496].

Escario y Bueno eran ingenieros. Gamero era un joven que había sido presidente de los estudiantes católicos de la Universidad de Sevilla. Ingresó en la Falange sevillana al empezar la guerra y colaboró en los aspectos técnicos de la organización

del partido en Andalucía[497]. Al cabo de varios meses fue trasladado a los servicios técnicos de Salamanca.

El objetivo primordial de estos tecnócratas era hacer de la Falange el «partido único» de un Estado corporativo, conservador y autoritario. Teóricamente, los «joseantonianos» tenían un objetivo distinto, pero faltos de perspicacia, no se daban cuenta de la verdadera situación ni de su probable desenlace. Decepcionados ante su incapacidad para manejar a Hedilla a guisa y resentidos al considerar que habían sido relegados a un lugar secundario en el partido, estaban dispuestos a imponer un cambio general en la organización. En enero de 1937 Sancho Dávila hizo sondear al conde de Rodezno, considerado como uno de los jefes carlistas más pragmáticos y realistas[498]. Los resultados de su gestión no fueron descorazonadores. Los tecnócratas partidarios del corporativismo y algunos de los «legitimistas» decidieron entonces sumar sus fuerzas. Se propusieron aprovechar una reunión de los mandos carlistas que iba a celebrarse en Lisboa para discutir la posibilidad de una fusión de ambos movimientos. Todos estos planes se hicieron sin consultar para nada al mando oficial de la Falange.

Dávila, Gamero y Escario se trasladaron a Lisboa, y el 8 de febrero sometieron a los carlistas el texto del discurso con el cual los dirigentes falangistas anunciarían la fusión. Según dicho texto, se trataba, evidentemente, de una simple absorción de la Comunión Tradicionalista por la Falange, aunque en una frase del discurso se afirmaba que el partido estaría dispuesto a aceptar «la instauración —no restauración— en el futuro, en el momento oportuno en que el interés de la Patria lo exigiese» (de una monarquía tradicionalista). La proposición quedaba redactada en términos sumamente imprecisos.

Los carlistas replicaron proponiendo a su vez una lista de «puntos esenciales para la unión». El segundo de dichos puntos precisaba que no podía tratarse en modo alguno de una absor-

ción de un grupo por otro; la fusión debía hacerse sobre la base de una absoluta igualdad. El tercer punto preveía el establecimiento de un triunvirato que asumiría la dirección del partido y precisaba que el único objetivo inmediato debía ser el de ganar la guerra, cuyo desenlace se veía aún cierto. Después de la victoria se proclamaría una monarquía católica y tradicionalista con el regente carlista don Javier. Se establecería un Estado corporativo y un sistema de sindicatos nacionales y se aboliría todo vestigio del viejo sistema liberal de los partidos políticos.

La segunda nota de los que se habían designado a sí mismos como «representantes» de la Falange precisaba que la Comunión debía integrarse en ella sin vacilación, puesto que:

> la Falange declara su intención, siempre implícita en su programa y en su conducta, de instaurar y mantener en el futuro las instituciones y los valores políticos de la Tradición Española en cuanto son garantías de la continuidad del Nuevo Estado y base de su Imperio.

El 17 de febrero los falangistas sometieron a los carlistas un plan concreto de «bases para la unión» con los carlistas. Sus cláusulas principales eran que «la Comunión Tradicionalista ingresa en Falange Española de las JONS», que «Falange declara su intención de instaurar en momento oportuno la Nueva Monarquía…» que la Falange asumiría la custodia del príncipe que fuese designado para reinar y que el Regente delegaría todos sus poderes en el mando de la Falange, si bien éste debería consultarle sobre la designación del futuro rey.

Estas condiciones eran absolutamente inaceptables para los carlistas. Fal Conde formuló a su vez una «última proposición» resumida en los puntos siguientes: unión y no incorporación de uno de los grupos a otro, debiendo darse un nuevo nombre a la formación resultante; declaración explícita del principio monárquico; reconocimiento de la primacía de los principios tradicionalistas; regencia asumida por don Javier, como jefe supremo del nuevo movimiento; el mando efectivo sería delegado en un jefe explícitamente designado en el pacto de fusión, y si

no, en los jefes de las lecciones de Política, Cultura y Milicia y, finalmente, disolución del partido unificado tan pronto como se hubiera instaurado definitivamente la Monarquía.

El acuerdo resultó imposible, en vista de que ninguno de los interlocutores estaba dispuesto a ceder. Del 23 al 27 de febrero se celebraron las últimas conversaciones. En ellas se llegó a evocar la posibilidad de establecer una regencia presidida por el general Franco, pero la idea no prosperó. El único punto de acuerdo a que se pudo llegar consistió en una declaración común, de carácter privado, por la que ambos partidos se comprometían a no colaborar con ningún otro grupo político y afirmaban que se opondrían a cualquier intento de toma del poder por un tercer partido. Las negociaciones se terminaron con una carta del conde de Rodezno, que respondía evidentemente al deseo de dejar abierta la puerta para futuros acuerdos de carácter práctico[499].

Las reacciones de los miembros de la Junta de Mandos al enterarse de que Dávila y sus amigos iban camino de Lisboa, fueron diversas. Algunos llegaron a proponer que se les prestara un automóvil y se apoyara su iniciativa, mientras que otros exigían su expulsión del partido y algunos hasta su fusilamiento[500]. El propio Hedilla se enteró del viaje demasiado tarde para tratar de impedirlo. La pasividad de que dio pruebas a lo largo de todo este asunto acabó de desprestigiarle, sobre todo ante los observadores políticos del Cuartel General militar[501].

A partir de este momento, Hedilla empezó a manifestar una gran susceptibilidad frente a cualquier intento de colaborar con los carlistas sin su conocimiento. El 26 de febrero castigó al jefe provincial de Burgos prohibiéndole que vistiese el uniforme del partido durante todo un día por haber permitido que sus milicias alternasen con los requetés en turnos de guardia ante la Virgen del Pilar de Zaragoza[502].

En el mes de marzo, en toda España ocupada por los rebeldes, no se hablaba de otra cosa que de la unificación de los partidos, multiplicándose las intrigas encaminadas a ello. Algunos grupos políticos se disolvieron para sumarse de manera tácita o explícita al nuevo orden corporativo preconizado por los «tecnócratas» clericales y conservadores. El 8 de marzo Renovación Española anunció su propia disolución, reclamando oficialmente la unificación de todos los partidos. En un gran mitin celebrado en Salamanca, Antonio Goicoechea declaró:

> ¿Es que algunas agrupaciones se preocupan de los humildes y de los necesitados y llevan este ideal como bandera de propaganda? Sí. Pues yo digo que la solidaridad de la guerra ha aumentado el poder de sacrificio de los poderes en favor de las clases humildes, y que éste es un postulado de todas las organizaciones políticas…
>
> Un solo partido, o mejor, un frente patriótico como el que ahora existe entre nosotros y yo digo que realizaremos todos los sacrificios posibles para que eso se consiga… Una estructura totalitaria… en un sistema puramente orgánico, en el que todos tengan un papel que cumplir[503].

Los abusos de poder cometidos por algunos jefes falangistas como José Moreno, José Muro, Arcadio Carrasco y Agustín Aznar desprestigiaban al partido entre los no falangistas. El que los «jefazos» requisaran lujosos automóviles y fueran siempre con una escolta de cinco o seis milicianos armados con fusiles-ametralladores producía una desagradable impresión. No ocurría lo mismo en todas partes, pero los abusos e insolencias de la mayoría de los jefes no contribuían a robustecer la autoridad moral del partido. La multitud de fanfarrones que atemorizaban la zona rebelde hacía olvidar a la gente el valor y la modestia de algunos de los principales jefes del partido.

Si para la mayoría de la población civil la Falange era un partido con un programa social avanzado, se tenía una vaga idea del contenido de dicho programa, que gran número de falangistas ignoraba asimismo. En 1937 la mayoría de los miembros del partido carecían de toda formación ideológica. Sólo otro José Antonio hubiera sido capaz de mantener cierto control so-

bre una masa tan amorfa. Para la Junta de Mando, dividida por las luchas internas del partido, era una tarea muy superior a sus fuerzas.

Los agentes al servicio del Cuartel General y de los grupos conservadores estaban tratando de montar una nueva combinación política. Para apoderarse más fácilmente del partido procuraban fomentar las tensiones internas entre sus dirigentes. Si Manuel Hedilla había conseguido librarse de la tutela de los «legitimistas» que al principio habían intentado servirse de él, la influencia que ejercían sobre él los intelectuales y escritores que le rodeaban resultaba no menos nefasta. Algunos de ellos se esforzaban en convencer al jefe de la Falange de las posibilidades que se le ofrecían, con la esperanza de hacerle creer que había llegado el momento de asumir el papel de sucesor de José Antonio. Se ha llegado a insinuar que algunos de aquellos agentes dobles le incitaban a afirmar su autoridad para provocar una escisión irreparable en la jefatura de la Falange.

En la primavera de 1937 la dirección política del partido se hallaba sumida en la incertidumbre y la confusión más absolutas. Para impedir que la Falange se hundiera bajo el peso de sus propios errores, era preciso que se restableciese la jefatura única, asumida por un hombre dotado de una indiscutible autoridad moral y material. Ante la necesidad imperiosa de designar a un jefe supremo, la pugna entre las tres facciones del partido para imponer su propio candidato se hizo más viva que nunca.

Los fanáticos seguidores de José Antonio, según su peculiar razonamiento, consideraban ilegal la designación de un nuevo jefe nacional mientras no se tuviese constancia oficial de la muerte del primero. Su único plan para dotar al partido de mando efectivo consistía en presionar para que se realizase el canje de Raimundo Fernández Cuesta, que se encontraba prisionero en la zona republicana. Puesto que antes de la guerra había ejercido el cargo de secretario general del partido, Fer-

nández Cuesta era el sucesor legítimo de José Antonio. El hecho de que careciera de las dotes de mando necesarias para desempeñar la jefatura no parecía preocupar a los que apoyaban su candidatura.

Los intelectuales que rodeaban a Manuel Hedilla y los jefes provinciales del Norte, apoyaban la candidatura del presidente de la Junta de Mando. En el fondo creían que el hecho de nombrar a Hedilla jefe nacional reforzaría su autoridad en el partido para restablecer la disciplina y permitir tratar con el Cuartel General de poder a poder.

Algunos jefes de las milicias, especialmente los de Valladolid, preconizaban la candidatura de un militar enérgico como el «general de la Falange» Yagüe[504].

En cuanto a los falangistas de nuevo cuño, oportunistas o conservadores, querían rehacer totalmente el partido poniendo al frente del mismo a un hombre que, a ser posible, fuese ajeno a la organización. Hasta algunos viejos falangistas eran partidarios de esta renovación. Uno de los más importantes era Joaquín Miranda, jefe provincial de Sevilla, quien después de haber sido extraoficialmente jefe territorial de Andalucía desde la primavera de 1936 se había visto relegado a su primitivo puesto al regreso de Sancho Dávila. Por resentimiento personal contra la dirección oficial del partido se alió con los que conspiraban para derribarla. Miranda estaba apoyado por Giménez Caballero, el estrafalario escritor que había predicado el nacional sindicalismo en ciertos sectores de la intelectualidad española. El hecho de que cuando pretendió volver a ingresar en el partido después de haberlo abandonado, el propio José Antonio hubiese rechazado su solicitud de readmisión, alentaba su espíritu de venganza.

La verdadera dificultad con que tropezaban las distintas facciones en pugna era la de llegar a ponerse de acuerdo sobre un

candidato. Casi todos coincidían en la necesidad de recurrir a un general, pero ¿cuál de ellos? Lo lógico era que eligieran al propio Generalísimo, aunque algunos militares prefiriesen a Mola.

Franco sentía la apremiante necesidad de un lugarteniente político que, le ayudara a constituir el gobierno civil en el que había de apoyarse la dictadura militar. La dirección de las operaciones militares le absorbía totalmente, y su hermano Nicolás había tenido muy poco éxito en su papel de consejero político. Había fracasado en su intento de crear un «partido franquista» y no había logrado establecer buenas relaciones con la Falange ni con los carlistas.

La llegada a Salamanca durante el mes de marzo de su cuñado Ramón Serrano Súñer —después de un largo viaje desde su salida, en octubre, de la Embajada de Holanda en Madrid— permitió al Generalísimo cubrir el puesto vacante con el hombre que justamente necesitaba[505]. Antes de caer temporalmente en manos de los republicanos, Ramón Serrano Súñer había prestado una eficaz colaboración política a Franco, sirviendo de principal enlace civil para su contacto con la España peninsular durante la agitada primavera de 1936. Para facilitarle más las cosas, las relaciones en el seno de la familia Franco se habían deteriorado por diferencias existentes entre las mujeres de Francisco y Nicolás[506], mientras que siendo hermanas la mujer de Franco y la de Serrano, fácilmente podía preverse la nueva forma que adoptaría la relación de fuerzas en la familia[507].

Además de ambicioso, Serrano era, sin duda, el político más sagaz que apareció por Salamanca durante toda la guerra. Su paso por la jefatura de la JAP le había permitido entrar en contacto con vastos sectores de la derecha. Tenía también amistades en el grupo de Acción Española, y entre los miembros de la Comunión Tradicionalista, y su antigua amistad con José Antonio le confería cierto prestigio ante los falangistas[508]. Franco

fue confiándole cada vez más la dirección de los asuntos políticos.

Serrano era un hombre apasionado, que se dejaba llevar por sus impulsos. Tenía escasos amigos. La ejecución de dos hermanos suyos en la España republicana le había trastornado. Y como también él estuvo a punto de correr la misma suerte, al principio se consideraba virtualmente hipotecado, como si hubiese contraído una inmensa deuda para con los muertos. Aunque esta obsesión piadosa no duró mucho, imprimió una orientación determinada a sus primeras actividades. Juzgaba con inmenso desprecio a la «tribu» de pequeños oportunistas que rodeaban a Franco en Salamanca, entre los que figuraban, entre otros, don Nicolás y el encargado de Asuntos Exteriores, Sangróniz. Tenía algo más de respeto por los miembros de Renovación Española, el grupo de Rodezno y la propia CEDA, a la que había pertenecido, aunque consideraba que en el siglo veinte todas sus ideas estaban superadas. Contrariamente a algunos militares —y, en particular, Mola— que trataban de establecer un gobierno militar con carácter permanente, Serrano creía que una solución al fin y al cabo provisional, no podría durar.

En todo caso, Serrano era tal vez la única persona del Cuartel General rebelde que sabía lo que quería: establecer sobre bases jurídicas un nuevo Estado, esencialmente autoritario, capaz de impedir el retorno a los excesos democráticos que habían costado la vida a sus hermanos. Pero al mismo tiempo el nuevo Régimen no debía parecerse en nada a la ineficaz monarquía del pasado. Sólo un fuerte sistema corporativo, organizado sobre sólidas bases conservadoras sería capaz de superar las tensiones sociales y de restablecer la unidad nacional[509]. Ramón Serrano había sido amigo íntimo de José Antonio desde los tiempos de estudiantes, pero había resistido obstinadamente las insistentes proposiciones de este último para ingresar en las fi-

las de la Falange. Los nacional sindicalistas le habían parecido siempre gentes demagógicas y superficiales, y el partido carecía, a su juicio, de una sólida base. Pero teniendo en cuenta la situación existente en Salamanca, se convenció de que no había otra solución que la Falange, porque era el único partido corporativista moderno que contaba con un cierto sustento popular, ya que su competidor, el carlismo:

> Adolecía de una cierta inactualidad política; en cambio, en el pensamiento de la Falange estaba incluida buena parte de su doctrina y ésta tenía, por otra parte, el contenido social, revolucionario que debía permitir a la España nacional absorber ideológicamente a la España roja, lo que era nuestra gran ambición y nuestro gran deber[510].

En aquella época la Falange contaba «incluso con masas procedentes de la República y del sindicalismo… Sus mandos eran antiguos jefes provinciales, por lo general poco conocidos, escuadristas demasiado jóvenes y, en muchos casos, improvisados[511]». Había, pues, que reorganizar la Falange sobre bases firmes, de carácter conservador, que le permitieran convertirse en el partido único estatal de la Empana nacionalista. Así podría realizarse el ideal del «verdadero» José Antonio, que para Serrano era el José Antonio nacionalista y líder del partido y no el José Antonio aspirante a revolucionario.

Para llevar a cabo esta reorganización, Serrano se puso en contacto con gentes de filiación política diversa. Los más utilizables para su empresa parecían ser los intelectuales de *Acción Española* y los elementos de mentalidad conservadora que habían puesto de manifiesto su capacidad de iniciativa al frente de los Servicios Técnicos del partido. Serrano se entrevistó con el joven Gamero, con González Bueno y con Alfonso García Valdecasas[512]. Este último había vuelto a ingresar en la Falange y era uno de los más decididos partidarios de la reorganización del partido[513].

La unificación política era reclamada insistentemente no sólo por el Ejército, sino también por las potencias del Eje. Los

militares estaban hartos de los partidos políticos y los más decididos exigían, lisa y llanamente, su supresión. Era evidente que el Ejército, que había desencadenado la guerra civil y que controlaba sólidamente la mitad del territorio, realizaría, sin duda, sus propósitos. Por su parte, los alemanes no disimulaban sus preferencias: el general Faupel exponía tanto a los falangistas como al gobierno rebelde la necesidad inmediata de un fuerte partido único estatal[514]. Aun sin llegar a ejercer ninguna presión directa, dada la importancia de la ayuda proporcionada por Alemania, era evidente que semejantes «insinuaciones» tenían que producir su efecto. Los italianos eran también favorables a aquella solución, aunque su embajador se mostrase más discreto y menos preciso en sus consejos[515].

Desde el principio los rebeldes habían proclamado sus deseos de reconstrucción y de reforma. Franco había declarado ante el mundo que, aunque los nacionalistas preconizaban una dictadura militar, ésta debería ser ratificada por un plebiscito popular. Y que los sindicatos serían tolerados mientras no predicasen la lucha de clases. Ahora prometía llevar a cabo:

> Todas aquellas reformas que permita la capacidad económica de la nación. No nos oponemos a nada que la economía del país pueda soportar.
>
> De nada sirve dar tierras pobres a los campesinos pobres. No basta la tierra, sino que hace falta dinero para cultivarla. Los próximos veinticinco años verán la parcelación de los grandes dominios en pequeñas propiedades agrícolas y la creación de una burguesía agraria[516].

A medida que se prolongaba la guerra, los militares intensificaban este tipo de propaganda. Queipo de Llano declaraba a la prensa extranjera:

> Sabemos que el problema de la lucha de clases únicamente puede resolverse suprimiendo las enormes diferencias existentes entre las clases. Sabemos también que los ricos deberán contribuir a una distribución más justa de la riqueza, por medio de fuertes impuestos[517].

Mola se declaraba públicamente partidario de un «corporativismo representativo[518]».

Tales declaraciones parecerían compatibles con una especie de nacionalsindicalismo pasado por agua y algunos de los jefes provinciales de Falange de mayor perspicacia política empezaban a considerarlo inevitable. Dada la crisis de autoridad existente en el partido y ante el completo monopolio del poder ejercido por los militares, creían que la única salida posible era la unificación de todos los grupos políticos existentes bajo el mando del único jefe capaz de inspirar confianza a la opinión pública, es decir, Franco. Ésta era la solución preconizada por Andrés Redondo desde el otoño de 1936, antes de ser depuesto del mando de la Falange de Valladolid. Otros dirigentes compartían aquel punto de vista, aunque aparentemente se mantenían fieles a la Junta de Mando.

Un falangista, teniente de ingenieros de guarnición en Mallorca, Ladislao López Bassa, tomó por su cuenta una iniciativa independiente orientada en el mismo sentido. Abogando por la idea de una gran Falange que agrupará a todos los partidos nacionalistas bajo el mando de Franco, visitó a varios grupos de Falange en distintos puntos de España[519]. Las gestiones eran apoyadas por otros disidentes, pomo Miranda y Giménez Caballero.

Entretanto, los partidarios de Hedilla le incitaban a que tomara una decisión antes de que fuese demasiado tarde. Decidió, pues, reunirse en secreto con algunos dirigentes carlistas eh un pueblecito de la provincia de Álava. Se daban cuenta todos de la amenaza que pesaba sobre ellos: la fusión impuesta por el Cuartel General. No llegaron a superar las diferencias que todavía les separaban, pero acordaron que ninguno de los presentes aceptaría ningún puesto en un partido creado *manu militari*[520].

Al mismo tiempo y de acuerdo con Serrano, López Bassa se instaló en Salamanca y se dedicó a tratar de convencer a Hedilla de la necesidad de la unificación de todos los partidos bajo la

dirección de Franco. Le insinuaba que, aunque el Generalísimo fuera nominalmente el jefe del partido unificado, él, Hedilla, sería nombrado, indiscutiblemente, secretario general, con plenos poderes para realizar el programa nacional sindicalista. E insinuaba que se respetarían la independencia y la organización interna de la Falange. Aunque Hedilla nunca había establecido contacto alguno con el Cuartel General, López Bassa se presentaba como su representante oficial, y el jefe falangista quedó medio convencido por su argumentación. Hedilla había sido invitado repetidas veces por el general Faupel, quien le animaba a ponerse en relación con Franco para crear una Falange unificada[521]. El líder falangista, que hasta entonces había dado a entender claramente que desconfiaba del Generalísimo, empezó a hablar con entusiasmo de Franco[522].

Mientras por un lado los que rodeaban a Franco mantenían estos contactos, por otro trataban de aumentar la confusión y la discordia en el seno del partido, para impedir que pudiera constituirse entre los más veteranos un núcleo de resistencia intransigente. Por ejemplo, no había el menor interés en facilitar el canje del Secretario General de la Falange, Raimundo Fernández Cuesta, que se encontraba en zona republicana, porque consideraban que con su presencia podría contribuir a reforzar la unión del partido. Cuando Hedilla le habló a Serrano en aquel sentido, éste le hizo una escena, diciéndole que el canje le parecía moralmente injustificable cuando tantas personas de igual o superior rango que aquél se encontraban detenidas en la zona republicana[523].

La oposición a Hedilla en el seno del partido aumentaba vertiginosamente. Temerosos de que pretendiera convertirse en jefe nacional con el apoyo del Ejército, los «legitimistas» decidieron desplazarle del puesto que ocupaba. Querían apoderarse de todos los resortes del mando del partido antes de que pudiera designarse a ningún otro jefe único. Su propósito exclusivo

parecía ser el de mantener al partido en la especie de limbo en el que se encontraba, pero bajo su propio mando.

Cuando Hedilla manifestó su propósito de convocar al Consejo Nacional, los disidentes se le adelantaron aprovechando una reunión de todos los mandos de la Falange, que se celebró, por sorpresa, el 16 de abril. Dávila, Aznar y Garcerán se dirigieron inmediatamente después de la reunión al despacho de Hedilla para darle lectura de una serie de cargos contra él, entre los que figuraban los siguientes:

> Reserva para con la Junta Oficial, a la que nunca ha dado cuenta afondo de sus gestiones, conversaciones y orientaciones políticas, de las que, en cambio, estaban enteradas personas ajenas a los mandos de la Falange…
>
> … sometiéndose dócil a la Junta extraoficial, en contraste con su hosquedad y enemiga a la Junta legítima. A la primera pertenecen hombres peligrosos y advenedizos.
>
> Propaganda desmedida e impropia de su persona para ponerse a una altura superior a la que le corresponde, orientando su actuación a crearse partidarios personales y reclamando para esta tarea colaboradores ociosos encargados de fabricarle artículos y discursos de todo género.
>
> Traición final a la Junta de Mando; para verse libre del control de la Junta de Mando […] ha decidido convocar un Consejo Nacional sin dar cuenta a la Junta.
>
> … De este Consejo se han excluido a nombres de prestigiosos camaradas, por suponerles adversarios de la política del Jefe, y pretendiendo, en cambio, convocar a otros que supone amigos suyos […] y, por tanto, capaces de designarle jefe del Movimiento. Entre estos últimos hombres habrían de incluirse algunos encarnizados enemigos de José Antonio y contumaces traidores en la actualidad para con nuestra organización, la cual desfigura constantemente, hasta el punto de haberse tomado el acuerdo en una reunión de la Junta de Mando, celebrada en marzo de este año, de prohibirle hablar en público, sin conocimiento expreso de la propia Junta.
>
> Ineptitud manifiesta del camarada acusado por su analfabetismo, que le obliga a caer en manos de los sicarios más insolventes y de los hombres más peligrosos para el Movimiento, de quienes se siente prisionero[524].

Llegaban incluso a acusar a Hedilla de conspirar con Mola para establecer un nuevo gobierno de la España nacionalista[525]. La mayoría de estas acusaciones carecían de fundamento, y las únicas que tenían alguna base, habían sido exageradas por el odio de sus enemigos.

Según los estatutos del partido, si el jefe nacional tenía que ausentarse del territorio español durante cierto tiempo, asumiría la dirección del partido un triunvirato hasta su regreso. Basándose en esta norma, grotescamente deformada, los rebeldes, que contaban con cinco de los siete votos de la Junta de Mando, decidieron lisa y llanamente la destitución de Hedilla y su sustitución por un triunvirato integrado por ellos mismos. Los triunviros autodesignados eran Sancho Dávila, Agustín Aznar y José Moreno (antiguo jefe provincial de Navarra, que debía su ascenso al propio Hedilla). El intrigante y oportunista Rafael Garcerán fue nombrado secretario del triunvirato, el cual anunció la convocatoria de un Consejo Nacional extraordinario que debía reunirse a los quince días, reservándose diez puestos vacantes destinados a los dirigentes falangistas que se suponía detenidos en la zona republicana.

Para reforzar su posición, los nuevos triunviros se apresuraron a convocar a todos sus partidarios de las provincias más cercanas. Pero no todos estos «partidarios» mostraban gran entusiasmo ante los sucesos ocurridos. Cuando Dionisio Ridruejo, jefe local de Valladolid, fue convocado a Salamanca y se enteró de que los rebeldes habían querido anticiparse a la «traición» de Hedilla, protestó, afirmando que toda aquella maquinación constituía un tremendo error. Consideraba que en aquellos momentos tan peligrosos había que mantener por encima de todo la unidad del partido, y si algunos viejos falangistas, como López Bassa y Miranda, estaban en tratos con el Cuartel General, había que unirse en torno a Hedilla para conseguir que la negociación se realizase en las mejores condiciones posibles.

Cuando se hubo recobrado del golpe, Hedilla pareció dispuesto a tratar de reforzar su posición, animado para ello de sus seguidores, los cuales habían logrado impedir la difusión a través de la Radio Nacional de una proclama redactada por el

triunvirato. En la noche del 16 de abril, a las doce o trece horas de la rebelión, José María Goya, uno de los jóvenes jefes de milicias, consejero nacional del SEU, solicitó autorización para tratar de arreglar las cosas. Goya, aunque partidario de Hedilla, era amigo personal de Dávila, a quien había conocido durante el tiempo en que los dos estuvieron refugiados en la Embajada de Cuba en Madrid. Expuso a Hedilla su propósito de ir a ver a Dávila para intentar convencerle de que cambiara de actitud y se aviniese a negociar. Hedilla le dio su consentimiento, pero le recomendó que no obrara a la ligera. Goya se dirigió a casa de Dávila, acompañado de otro miembro de las milicias, Daniel López Puertas, y de tres camaradas más.

Cuando el grupo llegó a la pensión donde se alojaba Dávila, Goya se adelantó para hablar con éste a solas. Apenas iniciada la discusión, degeneró en una pelea; nunca ha podido saberse quién disparó primero. En el segundo piso de la casa sonó una serie de disparos. Cuando cesó el fuego, López Puertas y sus tres compañeros se habían adueñado de la situación, desarmando a Dávila y a los de su escolta, pero Goya y uno de los que acompañaban a Dávila yacían muertos. Atraídos por los disparos acudieron los guardias civiles que detuvieron a todos los presentes[526].

Este trágico incidente vino a favorecer a Serrano Súñer y a sus colaboradores. El Cuartel General condenó enérgicamente estos desórdenes en la retaguardia, que acabaron de desacreditar ante el Ejército a la Falange. El incidente parecía demostrar, además, que los dirigentes falangistas no llegarían nunca a ponerse de acuerdo y que no podía contarse con ellos para llegar a la necesaria unificación.

Al día siguiente, Hedilla convocó con toda urgencia una reunión del Consejo Nacional para el domingo 18 de abril. Fueron avisados todos los Consejeros Nacionales disponibles, nombrados en 1935 y 1936, así como otros cuya condición de «conse-

jero» resultaba bastante imprecisa[527]. La circular de dos páginas que contenía la convocatoria declaraba que el objeto de la reunión consistía en aclarar algunas cuestiones relativas a nombramientos, disolver la Junta de Mando y elegir un nuevo jefe nacional. Se estipulaba que éste sólo ejercería interinamente sus funciones hasta el regreso de José Antonio (cuya muerte se obstinaban en poner en duda muchos falangistas), y si Fernández Cuesta llegaba a la España rebelde, se convocaría de nuevo al Consejo para decidir la cuestión de la legitimidad de la sucesión[528].

El Consejo Nacional se reunió el 18 por la mañana, en un ambiente tenso, al cual el cadáver de Goya añadía una nota macabra. Entre los presentes no reinaba el menor espíritu de camaradería[529]. Las seis cuestiones que se trataron en primer lugar se referían a una serié de puntos de detalle sobre el personal y la burocracia del partido; sólo después de una larga y áspera discusión sobre el futuro jefe y sus atribuciones, así como sobre la manera de limitar sus posibles extralimitaciones, se pasó a discutir el fondo de la cuestión[530].

Cuando Hedilla hubo expuesto las acusaciones de los disidentes contra él, José Muro declaró que era preferible olvidar las disensiones internas y pensar en la solemnidad de las circunstancias. Se refería a la presencia del cadáver de Goya, que todavía hacía más irreal la atmósfera de aquella reunión. Hedilla tomó nuevamente la palabra para anunciar que acababan de informarle en el Cuartel General de que el Generalísimo pensaba asumir el mando de la Falange, tal vez aquella misma noche. Esta noticia, aunque no resultara inesperada para nadie, hizo que los ánimos se serenasen. Francisco Bravo propuso que se confiase a Hedilla la misión de ir a tratar con Franco de las condiciones para la unificación y la reorganización de los partidos.

Con ello el Consejo llegó al punto decisivo del orden del día: la elección del nuevo jefe nacional. La votación dio el siguiente resultado: 8 votos en blanco, un voto para Miguel Merino, Martín Ruiz Arenado, Jesús Muro y José Sainz y 10 votos a Manuel Hedilla[531]. Así pues, de los veintidós asistentes, sólo diez votaron en favor de Hedilla. Era evidente que no había otro jefe posible que él, pero algunos consejeros consideraban una locura desafiar al Cuartel General eligiendo su propio jefe en unos momentos en que estaba en juego la existencia misma del partido[532].

La misma noche el nuevo jefe de la Falange se fue a visitar al Generalísimo. Según Hedilla, Franco le felicitó por su elección, pero se negó a discutir ninguna cuestión de fondo. Más tarde, aquella misma noche, el general dirigió una breve alocución a la multitud que se había congregado frente a su residencia, y Hedilla apareció unos instantes junto a él en el balcón. Esto provocó una pequeña manifestación de los simpatizantes falangistas, que gritaron «Hedilla-Franco» varias veces[533]. El incidente despertó grandes recelos en el Cuartel General.

Al día siguiente, es decir, el 19 de abril, Hedilla reunió nuevamente al Consejo Nacional. El partido estaba ya prácticamente entre las manos de Franco, pero sus dirigentes continuaban entregándose al mismo juego polémico de la víspera. Designaron a tres delegados encargados de realizar una investigación sobre la reciente rebelión interna, y después eligieron una nueva Junta Política, compuesta por cuatro miembros. Incapaces, aparentemente, de adivinar las verdaderas intenciones del Generalísimo, los consejeros se dedicaban a interpretar según el gusto de cada cual las palabras que aquél había pronunciado la noche anterior. También acordaron pedir clemencia para todos los detenidos con motivo de la muerte de Goya. Finalmente, esforzándose para ponerse a la altura que las circunstancias exigían, los miembros del postrer Consejo Nacional indepen-

diente de la Falange Española tomaron el acuerdo de que ningún consejero podría llevar una escolta compuesta de más de dos milicianos. La vieja Falange se extinguía sin proferir la más leve queja.

Aquella misma noche el Cuartel General decidió darle el golpe de gracia. Se había encargado a Serrano que preparase un decreto unificando la Falange y la Comunión Tradicionalista. Según afirmaba Serrano, el texto publicado el 19 de abril a medianoche había sido sometido a la aprobación de Mola y de Queipo. En adelante, falangistas y tradicionalistas quedaban fusionados en el partido único oficial del nuevo Estado Español[534].

La nueva formación política se llamaría «Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista», complicado nombre que refleja fielmente el carácter heteróclito de su composición[535]. En el decreto que le dio nacimiento se expresaba la orientación del nuevo partido:

> El Movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente esto: un movimiento, más que un programa, y como tal está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora, a medida que la realidad lo aconseje. No es cosa rígida ni estática, sino flexible. Y que —como movimiento— ha tenido por tanto diferentes etapas.
>
> … nosotros, abandonando aquella preocupación doctrinaria, oponemos una democracia efectiva, llevando al pueblo lo que le interesa de verdad: verse y sentirse gobernado, en una aspiración de justicia integral, tanto en orden a los factores morales cuanto a los económico-sociales[536]…

A las cuarenta y ocho horas afluían al despacho del Caudillo mensajes de adhesión a su política de falangistas de todas partes; ninguno pensaba rebelarse contra ella. La debilidad política del partido nunca había aparecido tan crudamente expuesta. La floja propaganda efectuada en torno a Hedilla no podía compararse con la aplastante glorificación de Franco realizada por los servicios de prensa gubernamentales. En el momento de la unificación, Manuel Hedilla fue completamente olvidado.

En Salamanca, sus partidarios se vieron totalmente rebasados por los acontecimientos. Habían cometido el error de creer en la posibilidad de negociar y que los mandos recién nombrados serían mantenidos en sus puestos. Pero no hubo tal negociación, ni la menor intención de respetar a las nuevas jerarquías del partido.

Franco se proclamó a sí mismo jefe nacional y, por el momento, no se nombró secretario general. Hedilla fue nombrado presidente de la nueva Junta Política de FET que iba a constituirse. Es decir, se creía que se consolaría con un puesto preeminente en un consejo puramente honorífico integrado por unos cuantos carlistas oportunistas y dóciles, escogidos por el Generalísimo y su cuñado[537]. Las funciones ejecutivas serían confiadas a una Secretaría Política dirigida por López Bassa[538].

Hedilla se negó a prestarse a semejante combinación. Durante tres días los del Cuartel General estuvieron alternando los halagos con las amenazas, pero se mantuvo inflexible[539]. Los representantes de las potencias del Eje intentaron suavizar las cosas, sugiriendo que Hedilla hiciera un viaje de carácter profesional a cualquiera de los dos países, pero esta solución no fue del agrado del Cuartel General. El 25 de abril Hedilla fue detenido. Para desembarazarse del incómodo falangista, el directorio político responsable de la unificación de los partidos urdió, al parecer, la acusación de que Hedilla había organizado una conspiración contra el Caudillo. Esto bastó para hacerle comparecer ante un juez militar y mantenerle incomunicado.

Entre otras cosas, se acusaba a Hedilla de haber enviado una serie de telegramas a todos los jefes provinciales pidiéndoles que se concentraran todos en Salamanca para presionar al gobierno. No existen pruebas de que se hubieran cursado tales telegramas. José Sainz declaró más tarde que en Salamanca se supo que, en vista de las erróneas interpretaciones a que dio lugar el decreto de unificación, falangistas y requetés se disputaban el

mando o se negaban a obedecer a los jefes del partido rival. Los únicos telegramas que se mandaron entonces decían:

«Ante posibles interpretaciones erróneas Decreto Unificación no cumplirán otras órdenes que las recibidas por conducto jerárquico superior[540]».

Se ignora si el Generalísimo daba o no crédito a las acusaciones contra Hedilla. En todo caso, este último sostiene que se le prometió la libertad si aceptaba la presidencia de la nueva Junta Política. Como se obstinaba en rechazar tal ofrecimiento, fue declarado culpable del delito de rebelión por un consejo de guerra y condenado a dos penas de muerte. Dos jefes falangistas que permanecían en libertad movilizaron a todas las influencias posibles en favor de su desdichado jefe. Se recurrió al general Yagüe para que intercediese en nombre de los militares y el embajador de Alemania hizo una gestión personal cerca de Franco[541]. Éste se mostró inexorable, pero al final, Serrano decidió intervenir en favor del acusado. Probablemente sabía desde el principio que Hedilla no tenía nada que ver con ningún «complot», pero tampoco quería hacer nada para impedir la eliminación de un falangista considerado como el más intransigente de todos. Sin embargo, pidió a Franco que conmutase la doble sentencia de muerte por la reclusión perpetua, con lo cual tal vez se lograse que los restantes jefes falangistas se mostraran más flexibles. Hedilla fue conducido a Canarias, donde quedó nuevamente incomunicado.

Otros muchos falangistas fueron arrastrados por el torbellino y encarcelados, pero no hubo ninguna ejecución capital. El jefe provincial de Zamora, Ricardo Nieto, fue condenado a veinte años y un día por «intransigente» y por complicidad en el «complot» de Hedilla (aunque no había votado en favor de éste durante la famosa reunión, y se apresuró a expresar su apoyo a Franco). Al parecer, en aquellos días de extrema confusión, un joven falangista de Zamora había comunicado al Cuar-

tel General que su jefe provincial estaba tratando de impedir la aplicación del decreto de unificación[542]. Nieto había sido puesto ya en la «lista negra» por haber declarado públicamente en una ocasión que, una vez terminada la guerra, las milicias falangistas se encargarían de dar una orientación totalmente nueva al país.

Como medida de precaución, casi todos los dirigentes falangistas importantes fueron detenidos durante algunos días por la Guardia Civil o la Policía Militar. La mayoría de ellos fueron puestos en libertad rápidamente, pero a los más conocidos por la intransigencia en sus convicciones se les aconsejó ir al frente y que permanecieran en él hasta el final de la guerra.

En cuanto a los disidentes del conflicto interno de la Falange —encarcelados a raíz de la muerte de Goya—, un consejo de guerra especialmente designado por el gobierno proclamó su «absoluta inocencia». Incluso se elogiaron el «espíritu patriótico» y las «virtudes cívicas» de que dieron prueba por su amor a la Patria. Dávila, que era amigo de Serrano Súñer, fue puesto en libertad y enviado a Sevilla. Garcerán, tuvo menos suerte: acusado de haber mantenido contactos secretos con Indalecio Prieto —lo cual, dada su afición a la intriga y el interés de Prieto a pescar en las aguas turbias de la Falange, podía tener ciertos visos de verosimilitud—, tuvo que aguardar cierto tiempo antes de ser puesto en libertad y eliminado definitivamente de la vida política.

Pilar Primo de Rivera, que era prima de la novia de Aznar, intercedió en favor de éste. Aznar fue liberado pronto, pero no se le juzgó digno de confianza, aunque más tarde se le confiara un puesto honorario en la Junta Política[543]. El único falangista que rompió claramente con el régimen militar fue Vicente Cadenas, jefe nacional de Prensa y Propaganda. Encontrándose casualmente en San Sebastián, cerca de la frontera francesa, cuando estalló la tormenta desencadenada por el Cuartel Gene-

ral, antes de correr la misma suerte que Hedilla, Nieto y otros, prefirió cruzar los Pirineos, pasando el resto de la guerra civil en Italia[544].

Todos los falangistas que fueron condenados con ocasión de estos hechos, después de permanecer dos o tres años encarcelados, fueron puestos en libertad. Manuel Hedilla fue el que sufrió más, hasta el punto de que en cuatro años su peso bajó a unos cuarenta kilos[545]. Su mujer, obsesionada por la injusticia de que había sido víctima su marido, se volvió loca y murió en un asilo. Pero. Hedilla logró sobrevivir a todas sus desgracias. Después de cuatro años de incomunicación y destierro, el gobierno acabó cediendo, y a mediados del año 1941 fue trasladado a Mallorca, donde pudo instalarse más confortablemente[546].

La noticia de unificación fue acogida con verdadera satisfacción en el campo nacionalista. Aparte del grupito que pululaba por el Gran Hotel de Salamanca, en aquellos meses la gente sentía una gran indiferencia por la política. Todo el mundo creía que con la unificación de los dos grupos civiles más activos se resolverían todos los problemas políticos y se reforzaría la cohesión de la España nacionalista, para poder dedicarse a ganar la guerra. Sólo algunos políticos profesionales se permitieron protestar, aunque esto ya se daba por descontado.

En los frentes, la unificación fue acogida por las milicias falangistas casi con indiferencia. La estructura formal del partido ya no significaba nada para aquellos hombres carentes de toda formación ideológica y a quienes las preocupaciones «políticas» de la retaguardia les parecían puras quimeras. En 1937 los ejércitos republicanos empezaban a dar muestras de eficacia y las milicias debían consagrarse por entero a las cuestiones militares.

Para cualquier observador atento de la situación política, la unificación de los partidos era algo previsible. Dado el control ejercido por los militares sobre el Gobierno nacionalista, podía darse por segura. La herencia de los *caudillos* militares que invadieron la política española durante el siglo XIX y el ambiente militar creado por la guerra hicieron inevitable la promoción de Franco a la jefatura del movimiento unificado.

Algunos falangistas habían previsto este desenlace y lo aceptaron como cosa natural y lógica. Además, la proclamación se sobrepuso en ellos a cualquier otro sentimiento. Además, la proclamación oficial del programa de la Falange por Franco parecía indicar que la continuidad del partido quedaba asegurada. Muchos falangistas se aferraban todavía a la idea de que, al terminar la guerra, el ímpetu de las milicias permitiría dar una nueva orientación política a la nación. Dada la confusión reinante y la tensión exigida por la guerra, no podía esperarse que su reflexión fuese más allá de estos modestos límites.

Capitulo XIV

LA Falange, Partido Único (1937-1939).

El decreto de unificación no aportaba muchas precisiones respecto a la estructura del nuevo partido. Franco y sus colaboradores civiles del gobierno no querían precipitar las cosas; considerándose satisfechos con la sumaria solución dada en abril a los problemas políticos internos siguieron concediendo prioridad a las cuestiones militares. El proceso de reestructuración del partido se presentaba muy complejo y nadie parecía tener prisa por acometerlo. Además, al principio no había mucho dinero[547]. Esta falta de orientación sobre las tareas del nuevo partido la demuestra la primera misión oficial que el gobernador general de Salamanca confió a la FET: organizar cursillos de socorros sanitarios[548].

Poco a poco la Secretaría política empezó a reunir a los mandos del partido; el 11 de mayo se llevó a cabo la incorporación al mismo de las unidades auxiliares locales. Con las nuevas disposiciones el número de adhesiones al partido siguió en aumento, aunque la mayoría de los nuevos militantes eran unos oportunistas, que sólo permanecerían en las filas de la Falange mientras durasen las hostilidades. Como lo reconoció el propio Serrano Súñer, «… un número muy grande de miembros del Partido nunca pasaron de ser afiliados nominales. Eran, en realidad, portadores de su personal significación y representantes de corrientes de opinión libre más o menos cautelosa»[549].

En unas declaraciones al diario *ABC*, el 19 de julio, Franco afirmaba una vez más que su objetivo era la implantación de un «Estado totalitario». Al propio tiempo añadía que la FET contribuiría a reunir a todos los españoles dentro de aquel Estado:

> Existe, además, en España una gran masa neutra, sin encuadrar, de los que no han querido afiliarse jamás a ningún partido. Esa masa, que puede sentirse tímida para unirse a los vencedores, hallará en la Falange Española Tradicionalista y de las JONS el cauce adecuado para fundirse en la España nacional[550].

Evidentemente, no podía contarse con los antiguos dirigentes de la Falange supervivientes para que contribuyeran a dar vida al nuevo partido. Si la mayoría de los que fueron detenidos no permanecieron mucho tiempo en la cárcel, de esa libertad a colaborar con entusiasmo en la nueva FET mediaba un abismo. En casa de Pilar Primo de Rivera, en Salamanca, se reunió un reducido comité de representantes de la vieja Falange para decidir quiénes deberían colaborar con el nuevo partido y bajo qué condiciones. Las opiniones decisivas fueron las de Agustín Aznar, José Antonio Girón (que representaba a las milicias) y Fernando González Vélez, jefe provincial de León, nombre serio e inteligente[551].

El representante de Franco en las negociaciones emprendidas fue Ramón Serrano Súñer[552]. El comité de falangistas designó por su parte al jefe provincial de Valladolid, Dionisio Ridruejo. Hombre honesto e inteligente, aunque muy apasionado, Ridruejo tenía entonces veinticuatro años. Sus cualidades personales hicieron que fuese admitido en el reducidísimo círculo de los íntimos de Serrano y los dos hombres se hicieron buenos amigos.

Entre el comité falangista y el Cuartel General se llegó pronto a un compromiso sumamente vago: los falangistas se comprometían a acatar la nueva jerarquía establecida en el mando, a cambio de lo cual después de la guerra se emprendería sinceramente la implantación del programa nacional sindicalista.

Entre tanto, debía empezarse inmediatamente la estructuración del nuevo partido estatal.

Algunos falangistas no dejaron de manifestar, en privado, sus reservas ante este acuerdo. Otros, como el delegado del Consejo Nacional y jefe provincial de Sevilla, Martin Ruiz Arenado, estaban totalmente convencidos de la buena fe de Franco. De todos modos, no cabía otra solución y siempre sería mejor que se encargasen los falangistas de la organización de la FET a que ésta fuese confiada a un grupo de carlistas, de conservadores u oportunistas. Individualmente o por pequeños grupos, decidieron constituir un fuerte núcleo de «camisas viejas» en el seno de la nueva organización, para garantizar la continuidad del partido y, a ser posible, para recobrar algún día la jefatura del mismo. González Vicén ocupó el puesto que había dejado vacante Hedilla en la Junta Política[553]. y desde su presidencia procuró aplicar la táctica de infiltración acordada.

Los primeros estatutos del nuevo partido, que no se publicaron hasta el 4 de agosto de 1937, respetaban, en gran parte, la anterior estructura de la antigua Falange. Se crearon doce servicios especiales, correspondientes a las distintas actividades de los departamentos ministeriales. Se ha dicho que Serrano, al crear este nuevo encuadramiento, lo hizo con el propósito de compensar la falta de preparación de los dirigentes falangistas[554]. En efecto, la mayor parte de los servicios especiales estaban duplicados sobre los distintos ministerios, con lo cual la administración falangista podría adquirir experiencia sin tener que asumir responsabilidades ejecutivas. Así, más tarde, los cuadros de la FET podrían encargarse de administrar un Estado de partido único. Este propósito se manifestó más claramente aún con la ley de 30 de octubre de 1937 que establecía que, para ocupar cualquier cargo en la administración local o provincial, se requería la aprobación de los jefes de Falange y de la Guardia Civil de la localidad; esta autorización sería nece-

saria mientras no se llegara al establecimiento del «nuevo Estado totalitario[555]».

A finales de 1937 aparecieron unas octavillas, firmadas por una «Falange Española Auténtica», en las que se denunciaba el apoderamiento de la Falange por el Ejército. Los viejos falangistas, que ahora ocupaban puestos de responsabilidad en la FET, no les dieron mucha importancia. Las hojas habían sido impresas en el extranjero, probablemente en Francia. Los rumores las atribuían a Vicente Cadenas, exjefe de Prensa y Propaganda de Falange que había huido de España después de la unificación[556]. También se creyó —no sin cierta lógica— que las octavillas habían sido distribuidas por agentes del ministro republicano Indalecio Prieto, con el fin de provocar disensiones en el seno de la FET[557]. De todos modos, las hojas desaparecieron a los pocos meses, sin haber producido los efectos previstos por sus autores.

Fermín Yzurdiaga, el estrambótico cura de Pamplona que había fundado el primer diario falangista, fue nombrado jefe de Prensa y Propaganda de la FET. Aunque había apoyado a Hedilla antes de la unificación, se adaptó rápidamente a la nueva situación. Durante los últimos meses de 1937 su diario Arriba España ostentaba en la primera página la divisa «Por Dios y el César». Nombrado para su nuevo cargo en mayo, Yzurdiaga designó jefe de Propaganda a Dionisio Ridruejo y jefe de Prensa a un veterano carlista, Eladio Esparza.

Durante el año 1937 la propaganda falangista tropezó con la censura militar y a veces llegó a ser suprimida por los servicios de Información del Gobierno, Yzurdiaga carecía de sentido de la realidad, por lo que su actuación apenas tuvo resonancia alguna. En un discurso pronunciado en Vigo el 28 de noviembre de 1937 Yzurdiaga, replicando a los murmuradores que afirmaban que la Falange ya no era un partido revolucionario, reconoció que les faltaba razón, pero añadió que había que tener

mucha prudencia cuando se emprendía el camino de la revolución[558].

La prensa falangista abrumaba de elogios al Ejército[559]. Seguía condenando como antes el liberalismo en todas sus formas y publicando artículos laudatorios sobre la Alemania nazi y la Italia fascista. En algunos momentos de excepcional beligerancia, los periódicos falangistas denunciaban ciertos aspectos «franciscanos» del catolicismo o declaraban que el Papa no era infalible en cuestiones políticas[560]. También publicaban ocasionalmente diatribas contra los judíos, prácticamente inexistentes en España[561].

Sólo de vez en cuando sacaba la caja de los truenos nacionalsindicalistas. Tal fue el caso de la mordiente crítica formulada por Gonzalo Torrente Ballester contra un folleto que había hecho circular una entidad privada denominada Junta Directiva Provisional de las Fuerzas Económicas. En él se denunciaban los peligros de la economía dirigida y se defendía un relativo *laissez-faire*. Torrente Ballester, uno de los intelectuales del nuevo partido, afirmaba, por el contrario, que sólo un amplio control y una fuerte intervención del Estado podían garantizar el desarrollo justo y equilibrado de la economía nacional[562].

El gobierno militar utilizaba estas afirmaciones de los escritores falangistas como advertencia indirecta a los medios industriales y financieros españoles en el sentido de que no debían considerarse como los beneficios exclusivos del nuevo régimen. Con ello quedaba implícito que los que no se plegaran dócilmente al Caudillo serían echados como pasto a las fauces nacionalsindicalistas… De hecho, en sus discursos Franco procuraba mostrarse partidario de ciertas reformas sociales, hablando de «banqueros deshumanizados» y de la necesidad de proteger a las clases laboriosas[563].

> Estamos haciendo también una profunda revolución en el sentido social, que se inspira en las enseñanzas de la Iglesia católica. Habrá menos ricos, pe-

ro también habrá menos pobres. El nuevo Estado español será una verdadera democracia en la cual todos los ciudadanos participarán en el gobierno por medio de su actividad profesional y de su función específica[564].

Entretanto, había que pensar en dotar a la FET de un jefe, pero ni Serrano ni la nueva dirección política veían la manera de resolver el problema que ello planteaba. Ninguno de los «camisas viejas» que quedaban poseía la capacidad o el prestigio necesarios para dirigir el partido ni le merecía confianza a Franco. El Generalísimo hubiera preferido que el propio Serrano asumiera la dirección de la FET. Pero éste —para quien el ingenio español había encontrado el mote de «el cuñadísimo»— era hombre prudente y prefería obrar con suma cautela. Consciente de su impopularidad entre los falangistas veteranos, sabía que cualquier acrecentamiento de su poder contribuiría a aumentar el resentimiento contra él.

La Vieja Guardia seguía insistiendo para que se intentara canjear a Raimundo Fernández Cuesta, secretario general del anterior partido. Antes de la unificación, Serrano se había opuesto a ello por temor a que pudiera contribuir a reforzar la oposición de los «camisas viejas» al proceso de reestructuración en curso. Pero habiendo cambiado las circunstancias, la presencia de Fernández Cuesta, lejos de resultar peligrosa, podía ofrecer ciertas ventajas políticas[565]. Serrano conocía bien a Fernández Cuesta y sabía que carecía de la energía necesaria para ser un elemento peligroso para la nueva situación. Además, los dieciocho meses pasados en las cárceles republicanas constituirían la mejor garantía de su lealtad hacia el gobierno rebelde.

Se iniciaron los tanteos para el canje de Fernández Cuesta, quien se había evadido de la cárcel en dos ocasiones y había sido capturado cada vez. La propuesta fue acogida favorablemente por Indalecio Prieto, en quien habían producido tan fuerte impresión los papeles hallados en la celda de José Anto-

nio. Prieto había hecho distribuir copias del testamento de José Antonio en la España de Franco, con el propósito de despertar el espíritu revolucionario de la Vieja Guardia falangista y provocar una escisión en las filas enemigas. Así, pues, creía que la vuelta de Fernández Cuesta tal vez contribuiría a impulsar a los «camisas viejas» a pasar a la acción[566].

El exsecretario general llegó a la zona rebelde en octubre de 1937, apareciendo por vez primera en público en Sevilla, el 19 de octubre, en un acto conmemorativo de la fundación de la Falange. Después de haber dado las gracias a Franco por su liberación de la zona republicana, declaró que el objetivo de la FET era establecer la economía española sobre una base sindical, aunque compatible con la subsistencia de capital y de la iniciativa privada. Luego añadió algunas banalidades sobre la necesidad de controlar la Bolsa y las operaciones financieras y esto fue todo[567]. El Caudillo consideró que un hombre así no podía crearle problemas como secretario del partido y el 2 de diciembre de 1937 le confió dicho puesto. La Vieja Guardia se limitó a darse por satisfecha al ver que no le imponían como jefe a cualquier exconservador. En unas declaraciones con ocasión del Año Nuevo, Fernández Cuesta les dirigió la siguiente advertencia:

> A la vieja guardia […] sinceridad y afecto me obligan a decirle que ha de tener un espíritu comprensivo, sin encastillarse en exclusivismos, no adoptas aires de repelente superioridad, acogiendo con amor y camaradería a todo el que de buena fe venga a la Falange Española Tradicionalista[568].

Fernández Cuesta era hombre inteligente y tolerante, pero carecía de espíritu de iniciativa y de capacidad organizadora. Además, su condición de «camisa vieja» hacía que Franco no confiara demasiado en él. El único que gozaba de la absoluta confianza de Franco era Serrano Súñer, quien continuaba teniendo en sus manos las riendas del partido. El antiguo abogado actuaba en todo de modo distinto a los demás colaboradores del Estado. Siempre vestido con un impecable traje negro, pa-

recía el único personaje importante de Salamanca que no se consideraba obligado a llevar uniforme.

Franco y Serrano desplegaron una extraordinaria habilidad para mantener el equilibrio entre los elementos dispares integrados en la FET. El partido se encontraba irremediablemente escindido, que era precisamente lo que deseaba el dictador. Entre la revolución nacionalsindicalista y la reacción clerical, nadie sabía a ciencia cierta cuál era la posición personal del Caudillo. El embajador alemán escribía:

> (Franco) ha conseguido hábilmente y con la ayuda de su cuñado [...] no crearse enemigos entre los partidos representados en el nuevo partido único, antes independientes, rivales, pero al propio tiempo mantener una estricta neutralidad entre ellos, para que ninguno pueda hacerse demasiado fuerte [...] Esto explica que, según la filiación política de cada cual, en España se oyen tan contradictorias opiniones como éstas: «Franco es un juguete de la Falange», «está totalmente vendido a la reacción», «es un monárquico convencido» o «está bajo la absoluta influencia de la Iglesia[569]».

Sin embargo, pronto debía concentrarse sobre Serrano el descontento suscitado por la nueva orientación política establecida en 1937. Pero sus primeros y más encarnizados enemigos no fueron los falangistas, sino los monárquicos, quienes comprendieron que con la unificación promovida por él se iban a crear las bases de un régimen corporativo, autoritario, y no de la monarquía. Al ver desvanecerse sus proyectos de restauración emprendieron una intensa campaña de difamación contra el genio maléfico de Franco, el «cuñadísimo».

En unas declaraciones al *ABC* el 19 de julio, Franco había expuesto la que sería su invariable actitud respecto de los monárquicos:

> Si el momento de la Restauración llegara, la nueva Monarquía tendría que ser, desde luego, muy distinta de la que cayó el 14 de abril de 1931; distinta o diferente en el contenido, y, aunque nos duela a muchos, pero hay que atenerse a la realidad, hasta en la persona que la encarne [...] tendría que venir con el carácter de pacificador y no debe contarse en el número de los vencedores[570].

Es decir, que la restauración debería aplazarse indefinidamente. No había motivo alguno para ocultar el hecho de que una vez terminada la guerra el país necesitaría un cierto período de dictadura militar. Franco terminaba sus declaraciones con un canto a los grandes sacrificios soportados por la aristocracia y a su comportamiento en la guerra, como dándoles a entender que deberían contentarse con estos laureles y algunas ventajas materiales, pero que no esperaran nada más.

Serrano, por su parte, manifestaba a cuantos por aquellos días le visitaban que «su labor se orientaba principalmente hacia estas tres finalidades: ayudar a establecer efectivamente la jefatura política de Franco, salvar y realizar el pensamiento político de José Antonio y contribuir a encuadrar el Movimiento nacional en un régimen jurídico, esto es, a instituir el Estado de Derecho[571]». No tardó en forjarse un «historial falangista» a la medida de Serrano. Se exageró su amistad personal con José Antonio, montándose en torno a ello una campaña preparatoria para ulteriores fines[572]. Cuando Franco constituyó su primer gobierno regular, el 30 de enero de 1938, su cuñado fue nombrado ministro del Interior y jefe nacional de Prensa y Propaganda de FET. Serrano asumió la entera dirección de la política interior nacionalista.

Al hacerse pública la composición del nuevo gobierno las «camisas viejas» pusieron el grito en el cielo ante el nombramiento del general Gómez Jordana como ministro de Asuntos Exteriores. Jordana era monárquico y tenía fama de anglófilo, es decir, que era capaz de perdonar lo que los falangistas llamaban el «crimen de Gibraltar» y de trabajar en favor de la restauración borbónica. Además no tenía la menor simpatía por los gobiernos fascistas, tan admirados por algunos falangistas.

La vieja guardia obtuvo pronto su compensación por esta «afrenta». Siendo Serrano jefe nominal de Prensa y Propaganda del partido a la vez que ministro del Interior, la Falange se

encontraba con todo el control de la propaganda del Estado en sus manos. Éste constituyó el primero de los «compromisos» de Franco: a cambio de aceptar un gobierno de coalición con los conservadores y los monárquicos, los falangistas controlarían la retórica oficial del gobierno[573]. Dos jóvenes protegidos de Serrano, ambos falangistas, Antonio Tovar y Dionisio Ridruejo, fueron nombrados, respectivamente, jefe de propaganda y director de radiodifusión del Estado.

Ridruejo, que sólo contaba veinticinco años, se dedicó a montar un aparato de propaganda «totalitario», y los elementos más revolucionarios de la Falange ejercieron un control casi absoluto sobre la información. El joven Dionisio fue calificado de «Goebbels español», comparación a todas luces excesiva, basada únicamente en la escasa estatura física de ambos. Ridruejo era el menor orador del partido después de José Antonio, y se esforzó en mantener el «estilo poético» del jefe desaparecido[574].

En la primera mitad del año 1938 se hizo evidente que la menor crisis militar provocaría un recrudecimiento de la tensión política[575]. A medida que se prolongaba la guerra, cuyo desenlace aparecía todavía incierto, se acentuaba el malestar político. El general falangista Juan Yagüe empezaba a estar cansado de la guerra y de los manejos políticos del Cuartel General. Le repugnaban la crueldad sistemática y las represalias premeditadas a que daba lugar la guerra civil.

La «España nueva» no iba a surgir del pequeño mundo de intrigas de Salamanca. En un discurso pronunciado con motivo del primer aniversario de la unificación, dando suelta a su desencanto, atacó públicamente a los colaboradores más inmediatos de Franco[576]. Según afirmaba el embajador alemán Von Stohrer:

> Se consideró, sobre todo, que ciertos pasajes de su discurso, en los que rendía tributo al valor de los adversarios rojos españoles y defendía a los

presos políticos —tanto «rojos» como «azules», es decir, a los falangistas detenidos por su exceso de celo político— y atacaba vigorosamente las irregularidades en la administración de la justicia, habían rebasado los límites de su autoridad y constituían un acto de indisciplina, por lo cual fue privado del mando que ostentaba, por lo menos temporalmente[577].

El mismo día en que Yagüe pronunciaba estas palabras, Franco, en un discurso en Zaragoza denunciaba violentamente a los murmuradores y disidentes:

> Se multiplicaron los esfuerzos para infiltrarse en los cuadros de nuestras organizaciones; se intentó sembrar la rivalidad y la división en nuestras filas; se dieron órdenes secretas para producir en ellas laxitud y cansancio. Se intentó minar el prestigio de nuestras más altas jerarquías, explotando pequeñas miserias y ambiciones.
>
> Son los que quieren llevar alarma al capital con el fantasma de unas reformas demagógicas…
>
> Por eso sus enemigos seculares (de España) no han de cejar en su intento de destruir la unidad, como lo hicieron aún después del derecho de unificación, especulando unas veces con el nombre glorioso de José Antonio, fundador y mártir de la Falange Española[578]…

Según el embajador alemán, el cuarenta por ciento de la población civil del territorio ocupado por los rebeldes era considerado como políticamente hostil, y sólo permanecía sometido por la política de terror y de represalias del gobierno. Ante el mar de sangre provocado por la salvaje política de represión aplicada para garantizar la «seguridad interior» de la zona nacionalista, más de un ministro de Franco experimentó una verdadera crisis de conciencia. Aunque se ignora la cifra exacta, es evidente que el número de víctimas del «terror blanco» durante la guerra civil se cuenta por millares. Para evitar las matanzas indiscriminadas de los primeros tiempos, cuando el general Martínez Anido fue nombrado ministro de Orden Público en el gobierno de 1938 estableció un simulacro de tribunales militares, pero el ritmo de las ejecuciones no disminuyó. Los falangistas y los conservadores expresaron conjuntamente su aprensión ante el porvenir de un régimen basado en tan sangrientos principios[579].

Martínez Anido se había ganado la fama de asesino legalizado, como organizador de las matanzas de anarcosindicalistas durante la gran represión de los años 1921 y 1922 en Barcelona. Pero aquello eran juegos de niños comparado con lo que ocurrió en 1936. Muchos «camisas viejas» odiaban a Martínez Anido, a quien consideraban un viejo carnicero reaccionario; a pesar de sus muchos errores, los falangistas nunca habían pensado en establecer los cimientos de su Estado nacionalsindicalista sobre la base del asesinato colectivo[580]. En junio de 1938 algunos dirigentes de la «vieja guardia» propusieron a Serrano Súñer que influyera para que se les confiase el Ministerio de Orden Público, limitando así las atribuciones de Martínez Anido, para quien se podría crear un Ministerio de Sanidad[581]. La propuesta fue desechada; las protestas ante la brutal represión no eran lo suficientemente intensas para ser tenidas en consideración por los círculos más influyentes del gobierno. Cuando a los pocos meses murió repentinamente Martínez Anido, su Ministerio fue absorbido por el del Interior, pero Serrano no cambió para nada la política de su antecesor. Tenía demasiado fresca en su memoria la muerte de sus dos hermanos en la zona republicana; los asesinatos continuaron como antes y como continuarían hasta mucho tiempo después de que la guerra civil hubiese terminado oficialmente.

La constitución del nuevo Consejo Nacional no quedó completada hasta el 19 de octubre de 1937[582]. De sus cincuenta miembros, unos veinte podían ser considerados más o menos como falangistas; había ocho carlistas, cinco generales, y el resto era un revoltijo de monárquicos conservadores y de oportunistas. Esta mescolanza heterogénea reflejaba la confusión de fuerzas políticas sobre la que se asentaba el régimen de Franco. La diversidad de grupos políticos discordantes ofrecía la mejor garantía de que no podría surgir de ellos ninguna iniciativa original o imprevista. Quedaba así esbozada la táctica favorita del

régimen de enfrentar a unas fuerzas contra otras. El primer Consejo Nacional se reunió raras veces y su papel fue absolutamente anodino[583].

Lo mismo podría decirse de la primera Junta Política del partido. Según Serrano:

> Su labor fue más bien insignificante. Sirvió, sobre todo, para que el partido y el tetado no perdiesen oficialmente el contacto. En algunos casos (no se olvide que tanto el partido oficial como el Movimiento nacional en conjunto eran un conglomerado de fuerzas) fueron tirantes y aún agitados. La vida política del régimen residió principalmente en los ministerios[584].

Ahora bien, con una sola excepción, los ministerios estaban en manos de no falangistas.

Acaso el único acto importante intentado por el Consejo Nacional y la Junta Política, conjuntamente, consistió en una serie de reuniones celebradas en junio de 1938, con vistas a reorganizar la estructura del partido. Todos los que estaban verdaderamente interesados en la marcha del partido comprendían que si no se reforzaba su posición dentro de la estructura del Estado no tendría la menor posibilidad de influir en el futuro del país. Pedro Gamero del Castillo, Dionisio Ridruejo y el carlista Juan José Pradera se encargaron de elaborar un proyecto de reorganización de la FET. Gamero y Pradera no se hacían ninguna ilusión, porque sabían que el menor intento de reforma sería mal visto por el gobierno. Pero Ridruejo, que era uno de los últimos falangistas sinceros, todavía tenía la esperanza de que la Falange se convirtiese en un verdadero partido estatal totalitario. Asustados ante lo audaz de su propuesta, sus dos colaboradores le dejaron solo, sugiriéndole que presentase el proyecto como cosa suya y Ridruejo fue tan ingenuo que siguió su consejo. El plan que sometió a deliberación del Consejo Nacional tendía a hacer autónoma la milicia de la Falange y a aumentar el poder del partido a expensas del Estado.

La oposición de los elementos derechistas y dejos generales fue dirigida por el ministro de Educación, Pedro Sainz Rodrí-

guez. Ridruejo ya había provocado las iras de Sainz Rodríguez en una reunión de la Junta Política al protestar contra las excesivas concesiones que se había hecho a la Iglesia en materia de enseñanza. Sainz Rodríguez afirmó que los cambios radicales propuestos por Ridruejo dejaban traslucir una desconfianza absoluta respecto del gobierno. El Generalísimo, que presidía la reunión, fue más allá, y, visiblemente irritado, declaró que constituían una falta de confianza hacia su propia persona como Caudillo. Ridruejo se defendió afirmando que se había limitado a cumplir el encargo que el partido le había confiado, y que, puesto que Franco era el jefe nacional del partido, reforzar la autoridad del partido significaba robustecer la autoridad del Caudillo, salvo que éste no se considerase realmente como jefe del partido, lo cual era ya otra cuestión. Naturalmente, la proposición fue desechada, pero Ridruejo se libró de una sanción[585].

Este incidente no tuvo otra consecuencia que la de aumentar el recelo de Franco hacia los «camisas viejas». Había recibido informes (totalmente falsos) de que Agustín Aznar y Fernando González Vélez, ambos consejeros nacionales, preparaban un complot contra él, y la intervención de Ridruejo no hizo más que aumentar sus sospechas acerca de la conspiración[586]. Aznar y González Vélez fueron detenidos, y el 23 y 25 de junio se anunció su destitución de los cargos oficiales que ocupaban[587]. No tardaron en ser puestos en libertad, pero fueron confinados a provincias lejanas hasta el final de la guerra[588]. El plan de González Vélez de colaborar con la FET y tratar de influir sobre el gobierno desde dentro del sistema tropezó con un obstáculo insuperable: el carácter autoritario, receloso y vengativo del dictador[589].

Fernández Cuesta no se esforzó mucho en salvar a sus camaradas. Bien es verdad que podía hacer poca cosa, pero ni siquiera hizo el menor intento en favor de Aznar y González Vélez.

Esto acabó de hacerle perder el escaso prestigio con que contaba entre los «camisas viejas». Lo cierto es que en esta cuestión, como en casi todas las demás, el secretario general se encontraba entre la espada y la pared. Su única salida hubiera consistido en rebelarse abiertamente contra Franco, cosa imposible en tiempo de guerra: los falangistas se consideraban, por encima de todo, patriotas.

A principios del año 1938 los gobernantes de la España rebelde empezaron a sentir alguna preocupación por los problemas sociales. Los italianos parecían estar particularmente interesados en que el gobierno elaborase una especie de Carta de Trabajo que diese una apariencia de reformismo a la dictadura de Franco. La cuestión fue discutida y aprobada en un Consejo de Ministros, encomendándose la redacción de sendos anteproyectos, por un lado, a Pedro González Bueno y su grupito de «tecnócratas» conservadores, y por otro, a dos jóvenes universitarios, especializados en cuestiones económicas, Joaquín Garrigues y Francisco Javier Conde, con quienes debía colaborar Ridruejo. El proyecto de estos últimos resultaba bastante radical: toda la economía nacional debía quedar bajo el control de un sistema sindical basado en un concepto de la propiedad esencialmente anticapitalista. El proyecto de Garrigues-Conde, defendido en Consejo de ministros por Fernández Cuesta, fue inmediatamente desechado[590]. El proyecto de González Bueno, mucho más conservador y basado en un paternalismo capitalista, fue adoptado, confiándose al Consejo Nacional la misión de darle forma definitiva.

La discusión del proyecto dio lugar a una animada controversia que opuso a las diversas facciones en el seno del Consejo Nacional. Los carlistas y los representantes de los grupos financieros proponían enmiendas encaminadas a dar un carácter aún más conservador al texto, mientras que los falangistas «de izquierdas» querían que fuese más revolucionario[591]. Serrano

Súñer, que presidía el Consejo, mantenía una estricta neutralidad. González Bueno, que había sido nombrado ministro de Organización Sindical en enero de 1938, amenazó con dimitir si los consejeros insistían en introducir profundas modificaciones en su proyecto. Serrano trató de salvar la situación afirmando que no había que obrar precipitadamente y con escasos conocimientos sobre la materia; en su consecuencia sugería que se redactase una simple declaración de principios fijando la actitud de la «nueva España» frente a las cuestiones sociales.

El consejo de Serrano resultó decisivo Se acordó proceder a la redacción conjunta, párrafo por párrafo, de un tercer proyecto. Ridruejo y Eduardo Aunós formularon la mayor parte de las sugestiones. Queipo de Llano pidió que se introdujese la frase «la tierra es del que la trabaja», pero los conservadores se opusieron a su propuesta. Al final todo quedó reducido a una sarta de banalidades, a la que se dio el título de «Fuero del Trabajo[592]». Se limitaba a afirmar que «el capital era un instrumento al servicio de la producción» y que serían protegidos los derechos de los trabajadores, garantizándose el empleo y unas ventajas no especificadas, todo ello bajo la supervisión general del gobierno[593].

Por el mismo decreto de 30 de enero de 1938 estableciendo el primer gobierno de Franco, se había creado el Ministerio de Organización y Acción Sindical. Este nuevo ministerio comprendía cinco servicios nacionales: Sindicatos, Jurisdicción del Trabajo y Vivienda, Seguridad Social, Emigración y Estadística[594]. El 31 de abril un nuevo decreto precisó la estructura burocrática de la Organización sindical en su nivel superior. Se estableció un consejo coordinador de los Sindicatos y un Control Nacional Sindicalista en cada provincia[595]. El 13 de mayo se creó la Magistratura del Trabajo, con competencia para dirimir los conflictos laborales[596]. Naturalmente, todo el sistema estaba controlado desde las alturas del régimen.

Raimundo Fernández Cuesta establecía la siguiente distinción entre el Sindicalismo español y el Estado corporativo italiano:

> Pero el Sindicato vertical tampoco es una copia de la Corporación. En aquellos países en que los gobernantes se han encontrado al subir al poder, como en Italia ha sucedido, con un sindicalismo clasista que nos podían desmontar, se han visto precisados, como mal menor, a convertirlo en sindicalismo de Estado y a crear después órganos súpersindicales, de enlace, primeramente, y de autodisciplina en defensa del interés totalitario de la producción, más tarde. Yesos órganos son las Corporaciones. La Corporación, pues, tenía el pie forzado de los sindicatos de clase. El Sindicato vertical, en cambio, es punto de partida y de llegada. No supone la existencia previa de otros sindicatos. No tiene interferencias de capas horizontales. No son órganos del Estado, sino instrumento al servicio de su política económica y utilitaria[597].

El estado falangista, afirmaba, no será un Estado sindicalista:

> Cuando hablamos de «Estado Nacional Sindicalista», nos referimos a un aspecto del Estado: el económico. Es decir, que para disciplinar la Economía el Estado utiliza el instrumento de los Sindicatos, pero ello no significa que el Estado se base exclusivamente en los Sindicatos ni que la soberanía nacional vaya a residir en los Sindicatos[598].

Pedro González Bueno fracasó estrepitosamente como ministro de Organización Sindical. Aunque era ingeniero, se mostró incapaz de ejercer sus funciones. Daba órdenes absurdas y contradictorias y sin relación alguna con los verdaderos problemas. Los jefes de los Sindicatos provinciales le llamaban el ministro de la «Desorganización Sindical». Los «camisas viejas» exigían de González Bueno mucho más de lo que éste podía ofrecerles. Incluso antes de la creación del ministerio de Fernández Cuesta había tenido que advertir a todos los jefes sindicales y de la prensa falangista que «se abstendrán en absoluto de publicar escrito alguno que pretenda interpretar el contenido del citado punto» (el relativo a los sindicatos que figuraban en el Programa de la Falange[599]). Algunos delegados provinciales de Sindicatos, como el de Burgos, José Andino, prefirieron dimitir[600].

Teóricamente, González Bueno tenía que establecer el andamiaje de los Sindicatos de la España rebelde, que se suponía

que abarcarían a todos los trabajadores, encuadrados por ramas de producción. La realidad era muy distinta de la teoría, y la pretendida organización sindical resultó bastante rudimentaria. Se creó la simple estructura exterior, pero permaneció vacía de contenido durante toda la guerra. Tanto en el ministerio central como en las provincias reinaba la mayor confusión. Se carecía de normas orientadoras o de una teoría bien elaborada de la organización sindical. En medio de este caos, González Bueno era incapaz de realizar nada positivo y, finalmente, fue destituido en 1939.

La propiedad y la producción agrícolas quedaban fuera del control de los Sindicatos; dependían del Ministerio de Industria y Comercio, que estaba en manos de los representantes del capital financiero, los cuales aplicaron a este sector la política que consideraron más prudente. Con anterioridad a la creación del Ministerio de Organización Sindical, el de Industria y Comercio había tomado la iniciativa de crear sindicatos o cooperativas agrícolas en algunas zonas[601]. El 23 de agosto de 1937, para controlar el precio de los cereales, se creó el Servicio Nacional del Trigo, que durante muchos años desempeñó un importante papel en la economía del país[602]. Una Ley especial del 16 de julio de 1938 creó las Comisiones Reguladoras de la Producción, encargadas de controlar y de reglamentar las actividades comerciales; cada sector estaría representado en ellas a través de subcomisiones designadas por los propios interesados[603]. Durante los primeros años del régimen, estas comisiones, de carácter político y administrativo, ejercieron una función primordial, como órganos de intervención del Estado en toda clase de negocios. En 1937 y 1938 se crearon otros organismos de control; en cambio, ciertos decretos del Ministerio de Industria sobre la sindicalización de la producción tuvieron que ser derogados ante la imposibilidad de llevarlos a la práctica[604].

Todas estas comisiones pseudosindicales no tenían, en realidad, nada que ver con los sindicatos obreros falangistas ni con el propio partido. Por el contrario, todavía ponían de relieve la insignificancia de este último[605]. Después de haberse convertido en partido único, la Falange seguía careciendo de influencia para intervenir directamente en la economía, pero se le concedieron poderes para proceder a ciertas confiscaciones de bienes y a percibir algunas contribuciones por su propia cuenta. Las clases poderosas no querían someterse a semejantes arbitrariedades y oponían fuerte resistencia al ejercicio de un privilegio que consideraban abusivo. Durante toda la guerra se impusieron una serie de multas a propietarios de empresas industriales o agrícolas que se negaban a «cooperar[606]». Revolviéndose contra los enemigos del interior, la prensa falangista denunciaba la resistencia pasiva de la «tercera España», es decir, la derecha clásica y los grupos financieros coaligados, como siempre, con los políticos conservadores, cuya existencia se consideraba como un peligro amenazador en el frente interior[607]. A su vez, la prensa del partido tuvo que soportar, en más de una ocasión, la acción de la censura militar[608]. Y cuando los conservadores trataban de «locos» a los falangistas, éstos replicaban:

> Fuimos unos locos en labios espúreos antes del Alzamiento y durante él; por eso morimos en las calles y luchamos en las trincheras, mientras tú dudabas; pero escucha, materialista de toda laya: nuestra locura sagrada de levantar España hacia Dios no ha terminado. Fuimos y somos locos, pero no dejaremos de serlo mientras no se realice en todos los terrenos la Justicia Social que reclama esta Revolución[609].

Si había en la «nueva España» algo en lo que los falangistas eran maestros indiscutibles, era en el terreno de la retórica[610].

Los «camisas viejas» necesitaron por lo menos un año para convencerse de la muerte de su jefe. Corrían los rumores más diversos sobre su situación; en febrero de 1937 el propio Fran-

co quiso hacer creer al embajador de Italia que José Antonio todavía vivía[611].

Sólo al cabo de dos años de su muerte, empezó a conmemorarse ésta oficialmente. Por un decreto del 16 de noviembre de 1938, se proclamó la fecha del 20 de noviembre, día de luto nacional. En los muros de todas las iglesias de la España rebelde se fijaron placas conmemorativas, en las que estaban inscritos los nombres de José Antonio y de todos los muertos de la localidad, caídos en las filas nacionalistas. Se crearon dos cátedras de ciencia política en las Universidades de Madrid y de Barcelona, que llevarían el nombre de José Antonio, pero serían provistas personalmente por Franco. A través de la prensa y la propaganda, el nombre de José Antonio fue empleado para patrocinar toda clase de empresas. Se propuso dar el nombre del Fundador a escuelas de comercio y a unidades militares, sin la menor discriminación. Se dispuso que en todos los centros de enseñanza se dedicaría una lección a evocar su vida y su obra[612].

La idealización de la figura de José Antonio constituyó una excelente escapatoria para la camarilla de Salamanca, que el propio Generalísimo trató de aprovechar en su favor. En un mensaje radiado el 18 de julio de 1938, Franco reveló que en octubre de 1934 José Antonio le había ofrecido la jefatura de la Falange, lo cual sólo en parte era cierto[613]. El 20 de noviembre Franco pronunció a través de la Radio Nacional un discurso dedicado especialmente a la memoria del «Ausente», como llamaban los «camisas viejas» a José Antonio Primo de Rivera[614]. Éste se convirtió en el símbolo oficial y en el santo patrono de la nueva dictadura. La culminación de este proceso se produjo al final de la guerra: los restos de José Antonio fueron exhumados del cementerio de Alicante. A lo largo de más de cuatrocientos kilómetros, las milicias de Falange, con antorchas, escoltaron el féretro de su Jefe hasta el monasterio del Escorial,

donde fue solemnemente enterrado al pie del altar mayor y no lejos de los sepulcros de los reyes de España[615].

José Antonio pasó a ser el héroe, el mártir, el poeta, el ideal trascendente, el perfecto símbolo, en una palabra, todo aquello que no eran los dirigentes de la «España nueva».

Pese a las altisonantes declaraciones de los propagandistas del Gobierno, la fusión política decretada en abril de 1937 no se tradujo en ningún cambio efectivo de los sentimientos de los dos protagonistas de la unificación. Una orden del 30 de abril de 1937 dispuso que en todos los comités de unificación de cada provincia, los dos grupos estarían representados equitativamente, pero no produjo el efecto deseado[616]. Falangistas y requetés prefirieron conservar sus propios locales separados hasta que la Orden del 8 de junio declaró obligatorio en las poblaciones de menos de 10 000 habitantes que ocuparan el mismo local o cuartel[617]. Se proyectó la unificación de las secciones juveniles de ambas organizaciones, pero no llegó a realizarse[618]. Algunos veteranos carlistas, para exteriorizar su oposición y protesta, se negaron a aceptar los carnets de miembros de FET.

No obstante, en el frente los requetés reaccionaron igual que los falangistas. La política de la retaguardia, con sus intrigas y luchas, les parecía carecer de sentido mientras que en el frente la unidad resultaba no sólo útil, sino necesaria. La rivalidad entre los partidos quedaba en un segundo plano, ante las exigencias de la guerra[619].

De todos modos, resultaba imposible llegar a establecer un verdadero compromiso entre el programa monárquico-regionalista de los tradicionalistas y el totalitarismo de partido único de los falangistas. En la retaguardia, el antagonismo latente se manifestaba a la menor ocasión. A un periodista francés que le preguntaba qué haría la Falange si se llegaba a restaurar efecti-

vamente la monarquía, un dirigente falangista contestó: «Habría sencillamente otra revolución, y esta vez le juro que yo no estaré en el mismo bando[620]». En un desfile militar que debía celebrarse en Burgos el 12 de octubre de 1937 (en el que se conmemora anualmente la «Fiesta de la Raza») el jefe carlista José María Zaldívar amenazó con retirar a sus requetés si no se les permitía desfilar separadamente. Al final, los requetés no se retiraron, pero el acto resultó deslucido por la violenta discusión a que dio lugar. Zaldívar fue expulsado de la FET y otros jefes carlistas se vieron privados de sus derechos de pertenencia al partido durante dos años[621]. Franco trató de atraerse a los tradicionalistas más recalcitrantes nombrando a Fal Conde miembro del Consejo Nacional el 20 de noviembre de 1937. Este nombramiento dio lugar a un largo intercambio de correspondencia, durante el cual Fal Conde rechazó respetuosamente el nombramiento, manifestando su oposición a:

> … la idea del partido, como medio de unión nacional, base del Estado e inspiración del gobierno, la cual entiendo contraria a nuestra doctrina tradicionalista, a nuestros antecedentes y a nuestro mismo temperamento racial[622].

Cuando Fernández Cuesta fue nombrado secretario general del partido en diciembre de 1937, prosiguió la correspondencia iniciada[623], que se interrumpió cuando finalmente se decidió anular el nombramiento de Fal Conde el 6 de marzo de 1938[624].

Inicialmente se atribuyeron a los carlistas ocho jefaturas provinciales del partido, de las dieciséis provincias con que contaba entonces la España nacionalista. Según el acuerdo original, los cargos directivos se repartirían alternativamente entre ambos grupos, de modo que si a uno le correspondía la jefatura, el otro asumiría la secretaria y viceversa. Sin embargo, a partir del nombramiento de Fernández Cuesta como secretario general de FET, la libertad de acción de los carlistas se vio cada vez más restringida por el mando nacional. Después de la crea-

ción del Ministerio de Organización Sindical, en enero de 1938, los carlistas acabaron de perder la escasa influencia que pudieran tener en la esfera sindical.

Por último, al ser nombrado Serrano Súñer ministro del Interior y jefe de Prensa y Propaganda de FET, la labor propagandística de los tradicionalistas quedó prácticamente suprimida[625]. Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar, que dirigían la propaganda del Estado y del partido en 1938 y 1939, estaban decididos a no permitir que en la «España nueva» pudiera expresarse otra ideología que la nacionalsindicalista[626].

La única satisfacción política que obtuvieron los carlistas se la ofreció la legislación religiosa de 1938. En el gobierno constituido en enero de aquel año Franco nombró ministro de Justicia al conde de Rodezno, quien a su vez escogió a Arellano como subsecretario. Máxima ambición de ambos era la de revisar la legislación religiosa española, para borrar todo rastro de laicismo, restablecer los derechos de la Iglesia en materia de educación y proclamar el catolicismo como religión de Estado, prohibiendo expresamente toda actividad proselitista de cualquier otra Iglesia cristiana[627]. Puede decirse que gracias a la eficaz colaboración de Pedro Sainz Rodríguez en el Ministerio de Educación, lograron todo lo que se proponían. Vencida la oposición falangista, a los dos meses los jesuitas volvieron a instalarse en España. Ésta fue la única victoria importante de los carlistas bajo el régimen de Franco, pero la Iglesia de Estado iba a tener un papel predominante en todos los asuntos civiles y políticos.

Este triunfo del clericalismo produjo un profundo resentimiento entre los veteranos falangistas. Paradójicamente, algunos sectores del antiguo partido resultaron ser los últimos bastiones de un cierto anticlericalismo. En Sevilla, en el otoño de 1938 se produjo un choque entre unos jóvenes manifestantes falangistas y una procesión religiosa, lo cual provocó un gran

escándalo que el gobierno intentó acallar por todos los medios[628].

En el frente propiamente civil, los carlistas no tenían nada que oponer al Auxilio Social de la Falange, creado durante el primer año de guerra. El servicio auxiliar civil de los carlistas, llamado Frentes y Hospitales, funcionaba, en realidad, como una rama de la FET[629]. Esta organización, dirigida por carlistas, continuó prestando eficaces servicios, pero como su labor estaba estrechamente relacionada con la acción en los frentes, acabada la guerra no resultó ya necesaria y los carlistas se encontraron prácticamente sin nada. Los falangistas quedaron dueños absolutos de los servicios sociales de FET, aunque esto ya no tuviera trascendencia política alguna, porque en 1939 los carlistas abandonaron en masa las filas de la FET. No es que se sintieran decepcionados ante la degeneración del partido en manos de una camarilla todopoderosa, porque los tradicionalistas no se habían hecho ninguna ilusión respecto a la Falange de Franco; en realidad, terminada la guerra, decidieron sencillamente regresar a las montañas, de donde habían salido en el verano de 1936.

Durante los cinco años siguientes, algunos de los jefes carlistas más fieles al ideal tradicionalista fueron arrestados o exilados. Fal Conde regresó a España al terminar la guerra, pero tuvo que permanecer bajo arresto domiciliario en Sevilla, en 1939, y tres años después fue confinado en Palma de Mallorca[630]. Los tradicionalistas, más aislados e impotentes que nunca, decidieron replegarse y esperar en la sombra sobrevivir al franquismo como habían sobrevivido a la monarquía constitucional y a la república.

La influencia que durante la guerra ejercieron Alemania e Italia sobre la Falange fue más bien secundaria. Ambas potencias se abstuvieron de intervenir directamente en los asuntos interiores de la España rebelde por temor a enfrentarse mutua-

mente si desarrollaban una política demasiado agresiva. Parece incluso que al principio los italianos tuvieron la sospecha de que los alemanes les empujaban a intervenir, para poder denunciar luego mejor sus ambiciones «imperialistas» en España. El conde Ciano advirtió a Roberto Cantalupo, primer embajador del Duce en España, que procurase evitar todo compromiso[631].

Los alemanes se mostraron no menos reservados. El 5 de diciembre de 1936 el ministro de Asuntos Exteriores, Von Neurath, declaró que Alemania tenía unos objetivos «de carácter predominantemente comercial[632]». Dos meses antes, el principal consejero político de la Wilhelmstrasse, Ernst von Weizsácker, había manifestado a los representantes alemanes en España que no estaban autorizados a ejercer la menor presión para tratar de favorecer una revolución del tipo nacionalsocialista en aquel país. Los alemanes jamás se apartaron de esta línea[633]. Así, el embajador alemán en Roma, Hassel advertía:

> Cualquiera que conozca España y a los españoles tiene que considerar con cierto escepticismo y hasta con preocupación para el futuro de las relaciones germano-españolas (e incluso para la cooperación germano-italiana) cualquier intento de implantar un nacional socialismo a la alemana, con personal y métodos alemanes. El fascismo italiano, más formalista políticamente, tendría mayores posibilidades de éxito; tropezaría, sin embargo, con dos obstáculos: la evidente aversión de los españoles hacia los italianos y su hostilidad a toda intrusión extranjera en sus asuntos, pero eso ya sería cuestión a resolver por los propios italianos[634].

Pero los italianos no manifestaban el menor deseo de enfrentarse con este problema. La política española ni les interesaba ni parecían comprenderla y sentía un gran escepticismo ante el porvenir del fascismo ibérico[635].

La única intervención «política» extranjera que se produjo en Salamanca ocurrió en la primavera de 1937. En los meses inmediatamente anteriores a la unificación, Faupel temía que la dictadura militar pretendiera desembarazarse del partido fascista antes de que se hubiese construido. En enero escribía:

> El gobierno cree que adoptando una parte del programa de la Falange podrá llevar a cabo algunas reformas sociales prescindiendo de la Falange. Esto tal vez sea posible. Lo que resulta imposible sin la cooperación de la Falange es convertir a los trabajadores españoles —y especialmente a los de la zona roja todavía por conquistar— a la idea nacionalsindicalista e incorporarlos al nuevo Estado. Por esta razón resulta indispensable la colaboración entre el gobierno y la Falange[636].

Ya se vio como Faupel instaba a Hedilla y al propio Generalísimo a que activasen la unificación para crear un partido estatal revolucionario. Sin embargo, esta «intervención» no rebasó nunca el límite de unas conversaciones celebradas por iniciativa personal del embajador alemán. Faupel reconocía que en la España rebelde el poder residía en el Ejército y que por lo tanto sería imposible sostener el partido si éste se enfrentaba con aquél:

> Si la Falange llega a oponerse al propósito de Franco de unificar a los partidos políticos, estamos de acuerdo con los italianos en que, a pesar de nuestras simpatías por la Falange y sus ideas, deberíamos apoyar a Franco, quien, al fin y al cabo, pretende basar su política interior en el programa de la Falange. Las reformas sociales más urgentes y necesarias sólo pueden realizarse con Franco y no contra él[637].

Faupel no estaba nada satisfecho de los resultados del *diktat* de abril y desconfiaba de los «reaccionarios» de Salamanca. Ya se ha dicho que intercedió ante el Caudillo en favor de Hedilla, aunque no consiguió que su gobierno le autorizase a formular una protesta oficial. Por su parte, Franco y Serrano detestaban al embajador alemán por su afición a prodigar consejos gratuitos, aunque al principio Faupel pareció creer en la sinceridad del «cuñadísimo[638]». Cuando trató de imponer el jefe de Prensa y Propaganda de FET, Fermín Yzurdiaga, un plan para crear un Instituto de Información y Propaganda que llevaría el nombre de Carlos V, la irritación de Franco aumentó[639]. Finalmente, Faupel fue retirado por su gobierno en octubre de 1937. Su sucesor, el Dr. Eberhard von Stoher, era más del gusto de los dirigentes rebeldes. El nuevo embajador hizo hincapié en que

Alemania deseaba evitar «toda interferencia en los asuntos interiores españoles[640]».

> Hasta ahora nos hemos limitado a manifestar nuestra simpatía por el sector de la Falange llamado «Falange originaria» o «Falange revolucionaria» o por los «camisas viejas», a los que consideramos como más cercanos a nosotros en el plano ideológico, y cuyos objetivos constituyen, a nuestro juicio, la mejor garantía para España del establecimiento de un estado nacional fuerte, lo cual puede resultar de utilidad para nosotros. Por lo tanto, hemos puesto a disposición de la Falange nuestra experiencia, hemos expuesto a algunos de sus representantes cómo funciona nuestro partido, sus instituciones sociales, etc., y aclarado sus preguntas. Con ello les hemos facilitado su tarea, aunque, naturalmente, sin llegar hasta el extremo de poder garantizar la victoria de este sector[641].

Evidentemente, los falangistas sentían una gran simpatía hacia los partidos únicos italiano y alemán. La Falange estaba muy influida por la propaganda nazi y fascista y organizaba «veladas» de amistad hispano-germana. Algunos de los dirigentes del Auxilio Social del partido fueron enviados a Alemania para estudiar la organización del *Winterhilfe*[642]. Pero los alemanes no pasaron de estos límites.

> A petición suya, la Falange recibe de la oficina de prensa alemana gran cantidad de materiales sobre la situación en Alemania y la organización del NSDAP. Pero se evita la propaganda inoportuna a toda «intervención en los asuntos internos» de España. El único reproche que se haya podido hacer a nuestra conducta dada de los primeros tiempos de la FET en la época del «complot» de Hedilla[643].

En Berlín, la Falange no despertó ninguna ambición ni el menor interés. Dionisio Ridruejo afirma que en los viajes que hizo a Alemania en 1937 y en 1940 jamás oyó hablar de su partido. Y en la primavera de 1938 Weizsácker escribió que no merecía la pena tratar a la Falange como fuerza con entidad propia[644].

Después de la unificación, la mayor parte de las relaciones del partido con el exterior pasaron a depender de Serrano Súñer. Su conservadurismo católico le inclinaba más hacia el partido fascista italiano que hacia los nazis, pero los italianos no querían mezclarse en los asuntos internos españoles. Mussolini

no se decidió a comprometerse seriamente en España hasta que se produjo la estrepitosa derrota del cuerpo expedicionario italiano en Guadalajara, en marzo de 1937. En aquella época, el Duce estaba tan mal informado sobre los asuntos españoles por los diversos grupos que se dedicaban a intrigar unos contra otros, que envió a Roberto Farinacci en misión oficial a Salamanca; según el agregado militar de Farinacci la principal tarea de éste era la de reunir la mayor información posible sobre la verdadera situación[645].

Uno de los objetivos secundarios de su misión era la de sondear cómo acogerían las autoridades españolas la candidatura de un príncipe italiano al trono de España, dando por supuesto que en tal caso la Falange desempeñaría el mismo papel que el Partido Fascista en Italia[646]. Sin embargo, sin haberse puesto de acuerdo, tanto Franco como Hedilla coincidieron en rechazar el proyecto, del cual nunca más se volvió a hablar.

Después de la unificación, el Sr. Danzi, representante del Partido Fascista en Salamanca, entregó al Caudillo una copia de los estatutos de su partido para que sirvieran de modelo para la FET. Tal como había previsto el embajador alemán, nadie hizo el menor caso de aquellos estatutos[647]. Los italianos parecieron entonces desinteresarse totalmente de la FET, dejándola en manos de sus nuevos amos.

Cuando en el verano de 1938 Dionisio Ridruejo acompañó a Serrano Súñer en un viaje oficial a Roma, Ciano le preguntó quiénes eran, a su juicio, los hombres más importantes del partido español, en el presente o para el futuro. «Serrano Súñer o Fernández Cuesta», contestó Ridruejo. Ciano le dijo entonces que los excedistas de la FET que había visto la recordaban a los viejos conservadores del antiguo Partido Popolare y que con semejantes elementos no creían que pudiera formarse un verdadero partido fascista.

Un mes más tarde, después de visitar España, Ciano cambió de opinión:

> La principal fuerza del país reside ahora en la Falange. Es un partido que está empezando a formarse y a actuar (cuando, en realidad, se hallaba ya en plena decadencia), pero que ha logrado atraerse a la juventud, a los elementos más dinámicos y especialmente a las mujeres (se refería, sin duda, a los servicios especiales de Auxilio Social y la Sección Femenina[648]).

Pero esta actitud de Ciano más favorable al partido español sólo se produjo tiempo después de que Franco y Serrano Súñer se habían adueñado de la Falange. El principio de la no-intervención en los asuntos españoles estaba ya sólidamente establecido y, en lo sucesivo, la Falange sólo se inspiraría en el fascismo italiano en la medida en que Franco lo desease. Durante los meses cruciales en que en Salamanca se decidió el destino político de España, ni los alemanes ni los italianos hicieron ningún verdadero esfuerzo por intervenir. La desconfianza de los italianos, la reserva de los alemanes y las vacilaciones comunes a las dos naciones les impidieron levantar castillos políticos en España… Francisco Franco, el único hombre que hizo frente Hitler, quedaba en libertad para montar a su guisa su pequeño tinglado político.

CAPITULO XV

LA «NUEVA ESPAÑA» DEL CAUDILLO

Don Francisco Franco se convirtió en el gran enigma de la España del siglo XX. Nadie ha sabido cultivar mejor que él el arte de ofrecer una imagen política de sí mismo perfectamente indefinible. Las supuestas «intenciones política» de Franco han dado lugar a las mayores confusiones y contradicciones, acaso porque, en realidad, carece de ellas. La izquierda le acusa de haber entregado el poder a las fuerzas reaccionarias, aunque nunca haya parecido dispuesto a compartir el poder con nadie. Los monárquicos le reprochan el que retrase continuamente la restauración, y sin embargo no ha dejado de favorecerles hasta el extremo de ayudar económicamente al candidato preferido de los monárquicos. Los conservadores odian su «falangismo», a pesar de que nunca ha dado demasiada importancia al partido.

En su juventud, Franco ganó fama de valiente en los tercios de la Legión, en Marruecos. A los veinticuatro años recibió una herida grave que estuvo a punto de costarle la vida. Pero, cuanto terminó su carrera en primera línea, el joven oficial gallego no tardó en comprender que el principal requisito para la carrera militar era la cautela. Franco se reveló pronto como un político nato, cuya única preocupación era el ascenso profesional. Comprendió también que el futuro del Ejército estaba ligado al sentimiento nacionalista y a los partidos conservadores

del orden tradicional, aunque no mostraba la menor predilección por ninguna política determinada. Cuando era joven no manifestaba gran simpatía por la Iglesia, y su hermano Ramón, el célebre aviador, tenía contactos con elementos revolucionarios. En 1932, Franco no quiso mezclarse ni de lejos en el complot del general Sanjurjo, condenado de antemano al fracaso[649].

Debido a sus buenas relaciones con algunos miembros de la CEDA, en 1935 Gil Robles le nombró jefe del Estado Mayor. Este nombramiento no modificó en nada la austeridad de su vida ni su actitud política. En dos ocasiones, en octubre de 1934 y en febrero de 1936, Franco se negó a levantarse contra el gobierno legítimo. Conociendo la fuerza y la decisión de las izquierdas, permaneció largo tiempo vacilante, calculando las posibilidades de éxito de la conspiración de Mola y la UME. Sólo se sumó a ella pocos días antes de estallar la guerra civil y aún con la condición de poder conservar bajo su mando a las tropas más selectas del Ejército. Una vez unida su suerte a la de los otros militares rebeldes, lo natural era que procurase conseguir el mando supremo. El único programa de los generales era el autoritarismo y éste no podía imponerse en España si no era bajo una «jefatura única».

Ya hemos dicho que el Generalísimo carecía de una orientación ideológica precisa. En todos sus discursos se limitaba a insistir en unos vagos conceptos de grandeza y de unidad de la nación española. A esto se resumía su idea de patriotismo, lo cual tenía muy poco que ver con la realidad política diaria. La única norma del Generalísimo era la de aprovechar todo lo utilizable. No tenía favoritos; todo aquél que tuviese un pasado político seguro y que quisiera colaborar resultaba aceptable para él.

Si admitió a la Falange como partido único estatal era porque le pareció lo mejor para un régimen militar autoritario y

antiizquierdista, en plena época fascista. Franco concibió a la FET como el partido del Estado, pero nunca quiso que su régimen se convirtiese en un Estado al servicio del partido. Lejos de controlar al Estado, la Falange no era para él otra cosa que un instrumento para mantener la cohesión nacional. Cuando sus pretensiones políticas amenazaban con alterar el equilibrio interno del sistema establecido por el Caudillo, éste se apresuraba a poner al partido otra vez en su sitio.

La prolongación de la «línea» falangista a lo largo del tiempo consistía esencialmente en una retórica vacua, destinada a disimular la indigencia intelectual de los conservadores y de los generales. Al mismo tiempo ejercía un atractivo emocional sobre una juventud idealista a la que había que apartar del camino seguido por sus mayores. Además, la exaltación nacionalista contribuía a distraer la atención de las graves dificultades económicas. El Caudillo sabía que no podía contar plenamente con un partido cuya inmadurez y constantes frustraciones le habían hecho perder todo apoyo popular. Pero le servía admirablemente para tener a raya a los monárquicos, a los obispos y a los burgueses. Franco no aspiraba a otra cosa que a mantenerse en el poder. Pronto adquirió una notable habilidad para manejar, corromper y desacreditar a cada una de las heterogéneas fuerzas componentes del «Glorioso Movimiento Nacional».

Resultaba prácticamente inevitable que el nacionalsindicalismo acabase convirtiéndose en la versión española del Estado corporativo, como único medio de volver al cauce nacional al proletariado, después de las grandes convulsiones sociales de los años treinta. Sin embargo, el sistema sindical que se estableció fue cuidadosamente limado y adaptado a los requisitos de los grupos capitalistas. Éstos gozaban de grandes privilegios, no porque Franco protegiese especialmente a los banqueros, sino porque necesitaba el apoyo de las clases burguesas como

base de un régimen de «orden». De modo parecido, la Iglesia consiguió casi todo lo que quiso, porque sólo la Iglesia podía estimular y canalizar el apoyo al nuevo régimen de amplios sectores de campesinos acomodados y de la clase media.

Así se montó el complicado engranaje del nuevo Estado, cuyo mecanismo de funcionamiento únicamente conocía el Caudillo. Como un monarca de derecho divino, Franco sólo era responsable ante Dios. El artículo XI de los Estatutos del partido afirmaba:

> Como autor de la era histórica donde España adquiere las posibilidades de realizar su destino y con él los anhelos del Movimiento, el Jefe asume en su entera plenitud la más absoluta autoridad.
>
> El Jefe responde ante Dios y ante la Historia.

Prácticamente, durante la guerra civil, toda persona de alguna importancia se afilió al partido en un momento u otro. Es decir, todo aquél que quería ocupar un puesto en la «España nueva» tenía que incorporarse a la «Cruzada». Todos los oficiales del Ejército y todos los altos funcionarios del gobierno fueron considerados, *ipso facto*, miembros de la FET. Además, por una ley del 1 de octubre de 1938, todos los que hubiesen sido encarcelados por motivos políticos en la zona republicana, automáticamente pasaban a tener la condición de militantes de FET[650]. En lugar de ser un movimiento político selecto y dinámico, la Falange se convirtió en una amplia asociación nacional honorífica.

Al final de la guerra la estructura interna de la FET estaba perfectamente delineada. Bastaban veinte afiliados para construir una sección local, y en los buenos tiempos del falangismo había secciones locales en casi todos los pueblos de España. El jefe y el secretario locales eran nombrados por el jefe provincial, el cual, a su vez, era nombrado directamente por el jefe nacional, Franco. Franco nombraba asimismo el Consejo Nacional, el cual designaba a la mitad de los miembros de la Junta Po-

lítica, mientras la otra mitad era nombrada directamente por el Jefe Nacional. Así pues, todos los resortes del mando estaban en sus manos[651].

El partido del Caudillo sirvió al nuevo régimen del Caudillo de varias maneras: ante todo, proporcionándole el molde ideológico y el instrumento burocrático para encuadrar al proletariado español en los nuevos sindicatos nacionales; el resultado de esta operación no guardaba la menor fidelidad al espíritu de la Falange originaria, pero nada de lo que se hacía en la «nueva España» podía considerarse fiel al pensamiento «joseantoniano». El sistema sindical iniciado en 1939 quedó prácticamente coronado en 1944. Los sindicatos así organizados constituían un fraude completo, pero por lo menos funcionaba. Según el artículo VII de los Estatutos de FET, el partido debía asumir la dirección y la administración de los Sindicatos.

El SEU, o Sindicato estudiantil de la Falange, fue reconstituido el 21 de noviembre de 1937. Dos años más tarde se le concedió el monopolio de la representación de los estudiantes y en 1944 se declaró obligatoria la afiliación al mismo de todos los estudiantes de universidades y escuelas especiales[652]. Así quedó establecida una organización estudiantil controlada por el Estado, con una estructura autoritaria similar a la del partido único. El SEU constituyó asimismo —y esto es lo más importante— un instrumento para adoctrinar a los espíritus más sensibles de la nación y también los más propensos a rebelarse algún día contra el régimen.

Apartada de los altos cargos del gobierno, la FET se dedicó a cubrir todos los puestos de rango local o provincial. La identificación entre el partido y la administración del Estado fue, en este nivel, casi absoluta, ya que, desde 1941, los cargos de gobernador civil y de jefe provincial quedaron reunidos en una misma persona. Todos los puestos secundarios de la administración local fueron ofrecidos como recompensa política a la

Falange. Así se mataban dos pájaros de un tiro: el Caudillo resolvía el problema de nutrir los cuadros de la administración y los falangistas obtenían unos cargos que satisfacían sus ambiciones personales, compensándoles de su escasa influencia política. Al dejar que los falangistas acaparasen todos los cargos burocráticos, aunque fuese a través de procedimientos arbitrarios y a menudo ilegales, Franco en realidad lo que hacía era vincularlos más a su persona, ya que no podían rebelarse contra él sino a riesgo de perder su pan.

La Falange, a través de su Sección Femenina, se hizo con el control de todos los servicios sociales. Creada por amigos de la familia Primo de Rivera, la Sección Femenina fue dirigida desde su nacimiento por la hermana menor de José Antonio, Pilar. En 1936 estaba organizada en 34 provincias y contaba con unas dos mil afiliadas en Madrid y otras tantas en provincias[653]. La organización creció de una manera asombrosa durante la guerra y en 1939 contaba con 580 000 afiliadas[654]. Estas muchachas participaron activamente en la guerra, desempeñando funciones que iban desde las labores sanitarias o culturales hasta el lavado a mano de los uniformes de los combatientes. Hacia el final de la guerra se estableció una especie de servicio obligatorio para todas las mujeres españolas solteras y útiles que no estuvieran empleadas en algún otro servicio[655].

A finales de 1939 la Sección Femenina fue reorganizada, dotándosela de una estructura permanente similar a la del partido[656]. Pilar Primo de Rivera fue nombrada Delegada Nacional, asignándose a la Organización funciones diversas como la educación física, la formación de jóvenes trabajadoras o servicios de sanidad, prestándose una atención especial a las actividades culturales, especialmente en las zonas rurales. Se crearon servicios culturales ambulantes y se ampliaron los servicios sociales, afirmándose que en 1940 habían sido creados 1189 centros de juventudes femeninas[657]. En principio todas las mujeres solte-

ras tenían que cumplir seis meses obligatorios en el Servicio Social de la organización.

Aunque su labor fuera poco espectacular y desproporcionada con relación a las inmensas necesidades de España en esta materia, puede afirmarse que la acción de la Sección Femenina resultó mucho más beneficiosa para el país que toda la actuación del resto del partido. La S. F. tiene en su haber una serie de modestas realizaciones de las que algunas muchachas humildes, sobre todo en los pueblos, podían sentirse orgullosas, lo cual contribuía, en cierto modo, a reforzar la solidaridad de aquel sector con el régimen del Caudillo. La S. F. ofrecía el único ejemplo concreto de un esfuerzo por realizar la justicia social en un régimen cuya propaganda no cesaba de repetir el lema: «por la patria, el pan y la justicia».

La FET proporcionó asimismo los instrumentos ideológicos del nuevo régimen. Los famosos Veintiséis Puntos ofrecían un programa ideal para un nacionalismo autoritario[658]. La propaganda falangista denunciaba incansablemente, en tono mordaz y burlón, la «decadencia» de las democracias occidentales. Se censuraba la «traición» de los liberales españoles de los siglos XVIII y XIX para exaltar las virtudes de la Monarquía absoluta del siglo XVI. Se condenaban el liberalismo y el relativismo, la duda y la incertidumbre filosófica; únicamente la fe ciega y el principio de autoridad eran las normas de vida aceptables. Los españoles debían estar persuadidos de que el Caudillo iba a crear el mejor de los mundos.

Estos principios histórico-políticos coincidían con los dogmáticos y reaccionarios de la Iglesia española, que siempre había defendido, en lo religioso, los principios autoritarios y jerárquicos que predicaban los falangistas. Ambas fuerzas se complementaban.

Franco se sirvió de la Falange para demostrar que sólo con una férrea disciplina política en torno suyo podrían realizarse los ideales de justicia social

> y progreso económico. Y, lo que era más importante aún en 1939, que sólo bajo esta estricta disciplina podría recobrar España el lugar que le correspondía en el plano internacional. La «nueva España» sería autoritaria, justa, poderosa y dinámica. En realidad no pasó de ser lo primero…

El final de la guerra tenía que producir los naturales cambios en las personas y en la organización, tanto del partido como del gobierno. Algunos militantes falangistas todavía se hacían la ilusión de que había llegado su hora. Una vez terminado el enorme esfuerzo exigido por las operaciones militares, podría dedicar el tiempo y las energías necesarias a la reorganización política y económica del país. Contando con la amplia base popular de los combatientes falangistas iban a emprender la realización de la verdadera revolución nacionalsindicalista.

Sin embargo, nada parecía indicar que la mayoría de los excombatientes del partido tuvieran los mismos propósitos. En aquella primavera de 1939 lo único que sentían verdaderamente era un gran cansancio. La guerra civil había durado demasiado tiempo, consumiendo todas sus energías. Los veteranos sólo ansiaban una cosa: volver a sus casas en paz. Incluso los miembros de las milicias de Falange, con sus nebulosas ideas sobre la revolución nacionalsindicalista, carecían de energías para dedicarse a las reformas políticas. Aparte el odio hacia los republicanos, que con su resistencia habían prolongado la guerra civil cerca de tres años, todo lo demás les dejaba indiferentes; nadie tenía el menor interés en reanudar las luchas políticas en el seno del victorioso bando nacionalista.

Además, la crítica situación internacional —agravada por el desencadenamiento de la guerra mundial por Alemania— no resultaba la más adecuada para lanzarse a nuevas disputas domésticas. España se encontraba tan debilitada que había que consagrar todas las energías disponibles al levantamiento del país. Durante 1939 numerosos falangistas del tiempo de la guerra abandonaron el partido con un suspiro de alivio. Por pri-

mera vez desde su fundación, el número de adheridos al partido disminuía en vez de aumentar[659].

Una vez instalado oficialmente en Madrid, el dictador se dedicó, sobre todo, a consolidar su poder. Ramón Serrano Súñer había superado las pequeñas intrigas de la guerra, de la que había salido reforzado. Como principal arquitecto del nuevo régimen gozaba de la confianza del Caudillo y era, indiscutiblemente, el segundo personaje del Estado español. Franco y Serrano deseaban mutuamente que el otro se hiciera cargo de la Falange, cansados de tener que soportar la presencia de Fernández Cuesta al frente de la misma. Por otra parte, algunos «camisas viejas» permanecían hostiles a Serrano y preferían a Fernández Cuesta, a pesar de sus defectos. Serrano no quiso herir los sentimientos de los veteranos imponiéndoles su propia jefatura. Entonces se recurrió a otra combinación.

El 9 de agosto de 1939, a los cuatro meses del fin de la guerra, se produjo el cambio de gobierno que desde hacía tiempo se esperaba y que significó una nueva disminución de la influencia falangista. Serrano conservó la cartera de Interior y asumió la presidencia de la Junta Política, que estaba vacante. Fernández Cuesta fue enviado a Río de Janeiro como embajador de Franco y no quedó ningún falangista auténtico en el gobierno.

El general Muñoz Grandes, que tenía fama de «general falangista», fue nombrado ministro secretario general del partido. Como militar, Franco tenía más confianza en él que en Fernández Cuesta. Muñoz Grandes asumió el mando de las milicias. Pedro Gamero del Castillo, uno de los favoritos de Serrano Súñer, que era gobernador civil y jefe provincial de Sevilla, fue nombrado ministro sin cartera y vicesecretario general de FET[660].

La reaparición de un cierto número de antiguos dirigentes de la Falange, que habían pasado la guerra en las cárceles republicanas, vino a reforzar todavía más el control de la dictadura sobre el partido. Los treinta meses de reclusión les habían quitado las ganas de poner en tela de juicio la legitimidad de la jefatura de Franco o de la nueva organización que éste había impuesto en FET; después de la dura experiencia sufrida, la «nueva España» les parecía, por contraste, un paraíso de felicidad. Los falangistas liberados, Rafael Sánchez Mazas, Miguel Primo de Rivera, José María Alfaro, Manuel Valdés y otros muchos se convirtieron en los más ardientes partidarios del nuevo régimen. En el interior del partido apoyaron a Serrano Súñer, considerado como el verdadero organizador de la nueva FET, contra Fernández Cuesta, quien había intentado mantener —sin gran convicción— la línea originaria frente a las desviaciones de los nuevos oportunistas. Su condición de «camisas viejas» les daba una aureola en el partido que acabó redundando en beneficio de Franco[661]. Con ocasión del cambio de gobierno, todos ellos pasaron a ocupar cargos más o menos importantes: Sánchez Mazas fue nombrado ministro sin cartera; Alfaro, subsecretario de Prensa y Propaganda y miembro de la Junta Política; Valdés, subsecretario de Trabajo; Miguel Primo de Rivera fue nombrado jefe provincial de Madrid y miembro de la Junta Política.

Con este reajuste político Franco pretendía realizar una síntesis cívico-militar capaz de dotar de estabilidad al nuevo Estado. El número uno era Franco, un general. El número dos era un civil, Serrano. Muñoz Grandes, secretario general de FET, era un militar, pero su subordinado inmediato, el vicesecretario, era civil, y así sucesivamente en la escala jerárquica. El Caudillo procuraba contentar a los vencedores de la «nueva España» manteniendo un hábil equilibrio de fuerzas.

La vieja guardia de la Falange, aunque disponía de algunos puestos en el Consejo Nacional, fue prácticamente eliminada de los cargos de responsabilidad. De los nueve miembros de la Junta Política, sólo Ridruejo era un auténtico «vieja guardia». Los ocho puestos restantes se distribuían así: dos monárquicos (José María de Areilza y el conde de Mayalde), dos falangistas recién liberados (José María Alfaro y Miguel Primo de Rivera), dos renegados del carlismo (Esteban Bilbao y José María Oriol) y dos oportunistas que nunca habían manifestado ideas políticas definidas (Demetrio Carceller y Blas Pérez González).

El mando militar estaba decidido a impedir la creación de unas milicias semejantes a los «camisas negras» fascistas o a las SA nazis. La Falange no debía poseer una milicia fuerte e independiente. Por haberlo propuesto en cierta ocasión al Consejo Nacional, Ridruejo estuvo a punto de ser expulsado del partido. Poco antes del fin de las hostilidades, en una de sus poco frecuentes conferencias de prensa, Franco declaró: «No necesitamos sostener un Ejército permanente muy grande…, nos basta con un Ejército permanente corto. Eso sí; la eficacia de ese Ejército ha de ser tan alta y tan fuerte que ninguna otra organización militar la supere. España tiene que organizarse como nación en armas[662]». Todo el mundo tenía que someterse a una preparación militar o premilitar.

En realidad el Ejército permanente resultó ser más numeroso de lo que aquellas declaraciones hacían prever. Ésta era ya una vieja costumbre española, ya que la nación había tenido que soportar siempre un Ejército muy superior a sus verdaderas necesidades. La tensión provocada por la segunda guerra mundial, unida a la necesidad de mantener sometida a una mitad de la población española, justificaban más que nunca la existencia de un fuerte Ejército. Se mantuvo el servicio militar obligatorio y se confió a los oficiales del Ejército el entrenamiento militar de la juventud.

Terminada la guerra civil, las milicias fueron prácticamente disueltas. Todos los veteranos de las milicias fueron agrupados en la organización de «excombatientes», bajo el mando de José Antonio Girón, el más popular de los jefes de las milicias falangistas. La organización de «excombatientes» se convirtió pronto en una inofensiva agrupación de veteranos, que se concentraban en las grandes solemnidades.

Por decreto del 2 de julio de 1940 las milicias fueron reconstituidas oficialmente, organizándose en tres secciones: una de instrucción premilitar, otra para los jóvenes que habían cumplido su servicio militar y una tercera para los que se encontraban fuera de la edad militar. La organización estaba totalmente controlada por oficiales del Ejército, que ocupaban todos los puestos importantes, y sus miembros estaban sujetos a la disciplina militar[663]. Las milicias eran independientes de la organización regular del partido.

Algunos «camisas viejas» habían expresado sus temores de que el partido fuese absorbido por los cuatro victoriosos del Ejército, una vez terminada la guerra. Para evitarlo, habían preconizado incluso la restauración de la monarquía, para oponerla como poder moderador a la influencia del Ejército. Pero esto era desconocer la verdadera naturaleza de la política de Franco: «divide y vencerás». Y no estaba éste dispuesto a permitir que ni el Ejército ni nadie pudiera atribuirse una victoria a costa de una fuerza rival.

Al final de la guerra el sindicato falangista de estudiantes, el SEU, todavía gozaba de cierta autonomía y su revista *Haz* se publicaba sin estar sometida al control de los servicios de prensa de la FET. La mayor parte de los elementos dirigentes del SEU o habían muerto o estuvieron movilizados en los frentes. Durante los tres años de la guerra surgieron nuevas promociones de jóvenes —la mayoría de ellos en edad militar— que se encargaron de organizar la propaganda y las actividades del

sindicato. El más destacado de ellos era Enrique Sotomayor, de diez y nueve años, quien dirigió la revista *Haz* durante los años 1938 y 1939. Sotomayor y sus amigos tenían ambiciosos planes para reformar el SEU, y pensaban crear un amplio Frente de Juventudes para difundir los ideales del SEU entre los jóvenes españoles y fomentar un espíritu nacionalsindicalista católico en las nuevas generaciones.

Los jefes oficiales del SEU se mostraban opuestos a este proyecto. Para ellos, la guerra había terminado en 1939, estableciéndose un nuevo orden que juzgaban satisfactorio, y, cómodamente instalados en sus puestos burocráticos, no tenían el menor deseo de ver surgir una nueva fuerza activa y militante entre las juventudes.

No obstante, Sotomayor y sus amigos elaboraron su proyecto, que sometieron a Serrano Súñer. Ante la consternación general de los dirigentes oficiales del SEU, Serrano aprobó el proyecto y a su vez lo transmitió a Franco. Éste acogió favorablemente el plan y el 16 de agosto de 1939 recibió en Burgos a Sotomayor y a otros dos «jóvenes turcos» del SEU[664]. Sotomayor contó luego que Franco les afirmó, con lágrimas en los ojos, que todas sus esperanzas estaban puestas en la juventud de la nación. El Caudillo se mostró favorable a la creación del Frente de Juventudes y al nombramiento de Sotomayor para el puesto de jefe nacional del SEU, que entonces se encontraba vacante.

Estas noticias alarmantes corrieron como la pólvora y los mandos del SEU pasaron al contraataque. Muñoz Grandes, secretario general de FET, creía como ellos que sería una imprudencia confiar la dirección del Sindicato Universitario a unos jóvenes idealistas y vehementes. Entre todos trataron de convencer a Serrano y a Franco. Éste tenía evidentemente una segunda intención: el proyecto de creación del Frente de Juventudes le parecía excelente medio para reforzar el apoyo popular del régimen, pero tampoco deseaba alterar el equilibrio buro-

crático del partido con la creación de una nueva fuerza que pudiera tener efectos disolventes. Por lo tanto accedió a nombrar jefe nacional del SEU a José María Guitarte, que era inspector nacional de las Organizaciones Juveniles[665], pero con la condición de nombrar a Sotomayor secretario general del SEU, para que pudiera dedicarse a organizar el nuevo Frente de Juventudes, Guitarte, aunque era un «camisa vieja», había sido liberado recientemente de las cárceles republicanas y por lo tanto era uno de los falangistas profranquistas «seguros».

El 19 de agosto de 1939, tres días después de la entrevista de Franco con Sotomayor, se publicaron los nombramientos[666]. Los amigos de Sotomayor intentaron persuadirle de que no debía aceptar un puesto en el que se encontraría con las manos atadas, pero Sotomayor consideró que tal vez no volvería a presentársele una oportunidad como ésta para desarrollar su plan y, a pesar de los obstáculos, decidió aceptar.

Poco después empezó Sotomayor a pronunciar una serie de discursos para despertar el entusiasmo de la juventud en favor del Frente. Éste debía estar compuesto por doce secciones, que no estarían destinadas a servir de freno a la juventud, sino a estimularla y formarla según el patrón nacionalsindicalista. Su concepción política se basaba en el habitual pesimismo de la Falange respecto a la decadencia del liberalismo contemporáneo, con una fuerte dosis de spenglerianismo. Si cada época histórica de la civilización había acabado con una invasión de los bárbaros, la Falange debía organizar las nuevas huestes disciplinadas de bárbaros nacionalsindicalistas para destruir el viejo orden liberal desde dentro, antes de que otras fuerzas (el comunismo) lo hiciesen desde fuera… Para cumplir su misión el movimiento juvenil tenía que ser áspero y violento, «católicamente bárbaro, moralmente bárbaro[667]». Pero sería una barbarie nacional, histórica y religiosa que salvaría al país del paganismo y de la barbarie materialista del otro bando. Si fuese

necesario, los jóvenes serían arrancados a sus familias para recibir la formación adecuada. Sin embargo, los ideólogos del Frente de Juventudes tenían buen cuidado de introducir fuertes dosis de catolicismo en su programa, afirmando que se trataba de volver al estilo del «cristianismo primitivo». Lo de primitivos era, en realidad, el calificativo que mejor les definía.

Sotomayor repetía constantemente en sus discursos que gracias a la juventud, y a su espíritu revolucionario nacionalista, se había ganado la guerra. Si los jóvenes no se unían en un frente común, potente y sólido, la victoria no habría servido para nada y reaparecerían las divisiones y los grupos políticos de antaño.

> Yo sé que a espíritus excesivamente cautos todo esto de una fuerte vanguardia de juventudes les ha de parecer peligroso y desorbitado.
>
> [...]
>
> A los mismos que les interesaba la prolongación de nuestra guerra, por los mismos motivos centuplicados hoy les es preciso una España hambrienta, rencorosa e inerme. Los mismos que durante siglos nos han venido acorralando y venciendo, los que fueron contando moneda a moneda mientras que nosotros perdíamos hombre a hombre, nos esperan hoy en la encrucijada de nuestro desaliento para ir vertiendo la negación corrosiva de siempre.
>
> Vuelven otra vez las consignas negativas. Esto no. Esto no. Pero, de una vez, definitivamente: ¿Qué traen ellas? ¿Qué representa y pretende hoy la reacción española?
>
> [...]
>
> Quizás nada nos dé ánimo tan inmediato como esta saña de los que se oponen a nosotros.
>
> [...]
>
> ¡Nosotros sentimos la alegría inmensa de ser odiados por ellos!
>
> Que piensen, los que alegremente se suman al coro de los murmuradores, en la terrible responsabilidad que les alcanza.
>
> [...]
>
> No hay más que un camino abierto: la revolución.
>
> [...]
>
> Que se incorporen todas las juventudes españolas. ¡Que se una todo el ímpetu de la Revolución en un frente apretado de juventudes! ¡Ahora o nunca[668]!

Sotomayor poseía una elocuencia estimulante y persuasiva. Pero su acción se vio frenada por la burocracia del partido. Al cabo de tres meses dimitió, sin haber logrado ningún resultado positivo[669]. La idea de constituir un Frente de Juventudes quedó en el aire, aunque los dirigentes del partido sabían que por el momento no se haría nada. Finalmente, al cabo de un año, el 6 de diciembre de 1940, fue creada una organización que, si llevaba aquel mismo nombre, no tenía nada que ver con el proyecto concebido por Sotomayor y sus amigos. Naturalmente, esta versión dulcificada del Frente de Juventudes era la que mejor convenía a la estructura militar-clerical-conservadora-nacionalsindicalista del Estado de Franco.

A medida que transcurría el año 1939, los ingenuos que habían creído en la posibilidad de realizar reformas revolucionarias fundamentales vieron desvanecerse sus ilusiones. Cierto que se hacía una gran ostentación de símbolos y de consignas del fascismo hispánico y no se podía hablar de restauración monárquica o de la vuelta al poder de las fuerzas de la reacción, pero, en realidad, las instituciones fundamentales del país estaban en manos de un grupo reducido de hombres escogidos entre los más leales a Franco.

Cuando algunos líderes falangistas reclamaban la aplicación del programa de reformas sociales, una política de vastas nacionalizaciones, de control del crédito y de extensión de la influencia de la Falange en todos los sectores de la vida nacional, se les replicaba que el país se encontraba sumamente debilitado y que la situación no permitía la adopción de medidas demasiado radicales, que podrían despertar la hostilidad y el antagonismo de una parte de las derechas, gracias a cuyo apoyo se había podido ganar la guerra. Se afirmaba también que España era una nación demasiado pobre para poder realizar un programa de socialización económica y que había que concentrar todos los esfuerzos en reforzar la posición de España ante el conflicto

internacional que estaba empezando a producir sus devastadores efectos en toda Europa.

Muchos falangistas veteranos se consideraban burlados y traicionados. Después de haber perdido la mayoría de sus jefes y a los mejores hombres de sus filas en la lucha contra las fuerzas liberales e izquierdistas, se les había privado del fruto de la victoria. Su actitud quedaba reflejada en la respuesta de un diplomático alemán a la pregunta: «¿Cómo encuentra Vd. a la nueva España?». «Cuando la haya encontrado se lo diré», contestó[670]. Una nueva oligarquía político-financiera, que recordaba mucho a la del viejo orden, empezaba a surgir de las ruinas de la España devastada. El imponente edificio exterior de la Falange no estaba destinado a ser el «instrumento totalitario» al servicio de «la nación», sino del régimen.

La Falange se encontraba cortada horizontalmente del Consejo de Ministros y no tenía ningún contacto directo con los distintos órganos rectores de la política española. Mientras los oportunistas y los derechistas conservadores controlaban todos los puestos de mando, la Falange tenía que contentarse con formar parte de la burocracia gigantesca, que llenaba todos los escalones del corrompido sistema de Franco. En principio, todos los cargos del Estado debían ser desempeñados por miembros de FET, pero ningún falangista que no fuera a la vez un franquista notorio ocupaba puestos de verdadera influencia. El único departamento que quedó bajo el control de la Falange fue la Organización Sindicalista, que, hasta 1940, no pasó de ser una simple creación sobre el papel.

La guerra civil había diezmado las filas de los «camisas viejas». Se calcula que un 60 por 100 de veteranos falangistas murieron durante el conflicto, lo cual reducía aún más las posibilidades de organizar la oposición contra Franco.

El único sector del partido que todavía conservaba algún fervor militante era el de los excombatientes, que, a pesar del cansancio y de la indiferencia política que les había producido la larga guerra, no se resignaban a que los frutos de la victoria fueran a parar en manos de un puñado de militares y de reaccionarios. Pero, al final, se impuso el deseo de paz y tranquilidad y de mantener a toda costa la unidad entre los vencedores. A pesar de ello, algunos mandos locales de la Organización de «excombatientes» no estaban dispuestos a dormirse sobre los laureles. Aún quedaban algunos falangistas que creían que la «nueva España» debía ser regida de hecho, y no sólo de palabra, por el partido nacionalsindicalista.

Estos pequeños grupos de insatisfechos se pusieron en contacto y, a finales de 1939, organizaron en Madrid una «junta política» clandestina. Su presidente era el coronel Emilio Rodríguez Tarduchy, veterano de la Falange y de la UME y partidario del nacionalismo más extremista[671]. El secretario era Patricio Canales, «camisa vieja» de Sevilla, que ocupaba un cargo en los servicios de Prensa y Propaganda. Entre los miembros de la «junta» —que se reunía esporádicamente— figuraban, en representación de las regiones españolas: Ricardo Sanz (Asturias), Daniel Buhigas (Galicia), Ventura López Coterilla (Santander), Luis de Caralt (Cataluña), José Pérez de Cabo (Levante), Gregorio Ortega (Canarias) y Antonio Cazañas (Marruecos[672]).

La «junta» estableció contacto con el general Juan Yagüe, que seguía siendo el «general de la Falange». Desde 1936, Yagüe no había dejado de maniobrar políticamente y de intrigar. Apenas reintegrado a su puesto de mando, seis meses después del ruidoso incidente de abril de 1938, volvió a entregarse a su pasión favorita. Sin llegar jamás a la deslealtad abierta, quería abrirse paso en la escena política del país. Era un hombre honesto y sinceramente adicto al programa de la Falange. Siempre se mostró hostil a la creación de la FET oficial, en parte porque

la consideraba como un obstáculo a su ambición y en parte porque con ella se desvanecía toda posibilidad de llevar a cabo una auténtica revolución nacionalista en España.

Durante el año 1940 la junta clandestina trató de ampliar su base de apoyo[673]. Lógicamente, su aliado natural debía ser el general Yagüe, quien contaba con una red propia de seguidores y de enlaces con elementos militares. Pero Yagüe comunicó al grupo falangista que si bien estaba dispuesto a echarles una mano en caso de necesidad, por el momento no era partidario de que las dos organizaciones clandestinas se fusionasen. Colaboraba con Yagüe José Antonio Girón, que dirigía la organización de excombatientes. La influencia de Girón se limitaba a las centurias de excombatientes falangistas de Castilla, que, de todos modos, constituían un núcleo muy importante. Canales quiso entrevistarse en Valladolid con Luis González Vicén y con Anselmo de la Iglesia, que eran los dirigentes locales del partido, pero De la Iglesia estaba ausente de la ciudad y Vicén se negó abiertamente a participar en la conspiración. El propio Girón afirmó que únicamente estaba dispuesto a seguir a Yagüe. Por lo tanto, los conspiradores no podían contar con Girón ni con el núcleo decisivo de Castilla.

Los conspiradores buscaron en vano otros apoyos. La mayor parte de los combatientes veteranos querían que les dejasen en paz e incluso la vieja guardia falangista no se mostraba unánime en su oposición a Franco. Si los conspiradores querían salir victoriosos en su golpe contra el Caudillo, tenían que recurrir a la ayuda extranjera.

En el curso de 1940, varios miembros de la junta clandestina entablaron conversaciones con el representante del partido nazi en Madrid, Thomson, comunicándole que algunos elementos falangistas estaban interesados en conseguir la ayuda alemana para implantar un régimen verdaderamente nacionalsindicalista en España. Thomson consultó a sus superiores de Ber-

lín, quienes le manifestaron que la situación española era un avispero del que no se sabía lo que iba a salir. Las condiciones que imponían a una hipotética ayuda alemana eran totalmente inaceptables para los conspiradores españoles. A pesar de ello, las negociaciones se prolongaron hasta febrero de 1941. Los alemanes persistían en imponer unas condiciones que hubiesen convertido a España en una colonia de la Alemania nazi. Los falangistas rechazaron tales pretensiones, pero tuvieron además la desagradable sorpresa de enterarse de que varios españoles se habían ofrecido a los nazis para hacer el papel de «*quislings*» en el caso de que se estableciera en España el «*nuevo Orden*».

Entretanto, uno de los ayudantes de Yagüe le denunció a Franco. Éste llamó a Yagüe a su despacho y le afeó su proceder. Yagüe, confundido, reconoció sus faltas y se echó a llorar. Pero Franco, recurriendo a su táctica preferida, en lugar de castigarle, le ofreció un ascenso. Con ello destruía la independencia política de Yagüe, lo desprestigiaba ante sus seguidores y lo inutilizaba para la conspiración.

La junta secreta —cuyos componentes eran Tarduchy, Canales, Caralt, Sanz y López Corterilla—, comprendiendo que el Gobierno estaba al corriente de sus actividades, se reunió en Madrid en marzo de 1941. Durante los meses anteriores habían tramado un plan para asesinar a Serrano Súñer, a quien consideraban responsable de todas las desdichas de la Falange. Pero luego decidieron renunciar a su proyecto, pensando que, de todos modos, Serrano sería sustituido por otro elemento aún más hostil y menos diplomático que él.

En realidad, el principal obstáculo lo constituía el propio Franco. No había la menor posibilidad de organizar una oposición interna o de presentar una alternativa a su poder absoluto. Había, pues, que derribarle de un golpe o decidirse a aceptar su jefatura. La confusa situación interior y la amenaza de una in-

tervención extranjera acababan de complicar la situación. Los conspiradores no veían cómo podrían controlar la caótica situación que se produciría a la muerte de Franco. Sometida a votación la cuestión de si había que asesinarle o no, hubo cuatro votos negativos y una abstención.

Por su parte, los excombatientes, de provincias que inicialmente apoyaban la conspiración, se mostraban cada vez más reticentes y desanimados. La mayoría decidieron renunciar a la intriga y disolver sus reducidos grupos. En marzo de 1941 sus jefes comunicaron a los miembros de la junta que la conspiración no tenía la menor posibilidad de triunfar, conclusión a la que había llegado la propia junta, que se disolvió[674]. El complot fue descubierto por las autoridades, pero como los propios «conjurados» habían renunciado voluntariamente a sus proyectos, el Gobierno no tomó la cosa en serio y la mayor parte de los conspiradores no fueron ni siquiera inquietados[675].

Uno de ellos fue ejecutado al año siguiente, pero por un hecho que no tenía relación directa con la conspiración. José Pérez de Cabo, autor del primer libro publicado en España sobre el nacionalsindicalismo y jefe de complot en la región de Levante, era el administrador de Auxilio Social de Valencia[676]. Uno de los dirigentes del partido le denunció, acusándole de haber vendido en el «mercado negro» unas partidas de trigo de los almacenes de Auxilio Social, circunstancia que aprovecharon los elementos antifalangistas del Ejército para tomarlo como «chivo expiatorio» del «estraperlo». Su única justificación moral era la de que con aquel dinero pensaba contribuir a financiar la conspiración, pero no se podía alegar esta excusa porque todavía le hubiese perjudicado más. Los esfuerzos de algunos dirigentes falangistas para obtener su gracia en los últimos momentos resultaron inútiles. El general carlista Várela, ministro del Ejército, quería hacer recaer sobre la Falange la responsabilidad del «mercado negro», que en aquellos años de

carestía, había sustituido prácticamente las operaciones comerciales regulares, determinando una serie de rigurosas medidas de control[677]. El desdichado Pérez de Cabo pagó las culpas de todos.

El fracaso de los conspiradores se debió en gran parte a la campaña emprendida en 1939-1941 por el vicesecretario general del partido, Pedro Gamero del Castillo, para atraerse los excombatientes. Les ofreció a éstos una serie de cargos en organismos del Estado y se dispuso que en todas las oposiciones y concursos se reservase el 20 por 100 de los puestos a los excombatientes. Estas ventajas, unidas a la escasa formación política, el cansancio general y los deseos de reemprender una vida normal, acabaron con los ímpetus revolucionarios de los veteranos de la guerra. Entre las amenazas de la situación internacional y la profunda miseria en que se encontraba sumido el país, la gran masa de afiliados al partido adoptó una actitud pasiva, contemplando indiferentes cómo el nacionalsindicalismo se convertía poco a poco en la simple fachada del régimen.

La Organización Sindical llevaba una existencia lánguida hasta que el 9 de septiembre de 1939 fue cubierto el puesto de Delegado Nacional de Sindicatos, hasta entonces vacante. El nuevo jefe de los sindicatos era Gerardo Salvador Merino, «camisa vieja» de Madrid que en 1935 se había trasladado a Galicia. En 1937, después de haber pasado varios meses en el frente de Asturias, Merino fue nombrado por Hedilla jefe provincial de La Coruña, puesto en el cual pronto alcanzó fama de campeón del nacionalsindicalismo y de defensor del proletariado. En cierta ocasión organizó una gran concentración de trabajadores en la plaza de toros de La Coruña; ante las protestas de algunos sectores de la clase media, Salvador Merino replicó que si era preciso autorizaría a los trabajadores para «destruir los cuadros de la burguesía[678]». Esta actitud le costó a Merino el perder su primer cargo oficial al cabo de Un año, pero le pro-

porcionó un gran prestigio político. Siguió prestando servicios en el frente durante el último año de la guerra y entretanto aprendió las virtudes de la discreción.

Merino reconocía sinceramente que era un hombre ambicioso. Al terminar la guerra procuró que le dieran un puesto importante. Su historial sindicalista le fue entonces de gran utilidad. El Gobierno buscaba precisamente a un hombre capaz de dirigir con talento y eficacia la Organización Sindical. Merino era inteligente y había aprendido a ser prudente. Los «políticos», como Serrano y Gamero, le consideraron apto para el cargo y al propio tiempo bastante seguro. Pero si hay pocos hombres dispuestos a quemarse dos veces los dedos en la misma llama, Salvador Merino era justamente uno de ésos.

Empezó actuando con suma prudencia. En 1939 la Organización Sindical apenas existía. Carecía de bases ideológicas y Merino y sus colaboradores trataron de crear un sistema de nueva planta, del más puro estilo nacionalsindicalista, equidistante entre el sindicalismo «marxista» y los sindicatos católicos o los «libres». Merino consideraba que ciertos aspectos esenciales de la vida nacional eran intocables: los privilegios de la Iglesia, la unidad de la nación, etc. Pero, aparte de esto, todo lo relativo a la política y la economía tenían que ser transformado. Merino quería dar plena satisfacción a las reivindicaciones de los trabajadores y hacer de los Sindicatos la institución civil más poderosa de España. La falta de preparación de los falangistas para resolver los problemas técnicos que plantea la organización de un sistema sindical constituyó un grave obstáculo para los planes de Merino. Se rodeó de un equipo de colaboradores a los que tuvo que formar personalmente para que constituyeran los cuadros de la futura estructura sindical. Escogió a hombres activos, algunos de los cuales no eran falangistas, sino que procedían de distintos campos políticos. Juntos pusieron manos a la obra.

Para no despertar los recelos de los conservadores, Merino tuvo que hacer constantes equilibrios. Se negó a identificarse claramente con cualquiera de las facciones en que estaba dividida la Falange y se mantuvo al margen de las intrigas políticas. Procuró sobre todo disimular el verdadero alcance de sus ambiciosos planes.

Contrariamente a muchos españoles, Merino sentía gran simpatía por los nazis, cuyos objetivos revolucionarios le seducían[679]. Al propio tiempo, se consideraba más próximo a los generales falangistas, como Yagüe y Muñoz Grandes, que a los «políticos» del partido. Aunque procuró mantenerse en buenas relaciones con todo el mundo, la caída de Muñoz Grandes a principios de 1940 constituyó para él un serio golpe que estuvo a punto de echar abajo todos sus planes.

Para establecer los cimientos del sindicalismo lo primero que había que hacer era crear unos vastos sindicatos nacionales por ramas de industria, encuadrando profesionalmente a todos los trabajadores. Con ello se completaban las apariencias externas de los sindicatos, sin comprometerse en realizaciones de mayor trascendencia social. Así, por ejemplo, todos los trabajadores de la industria textil, reunidos, constituían una sola entidad económica, lo que facilitaba su manejo. Éste era el tipo de sindicalismo grato a las derechas: organizado y dirigido desde arriba, sin ninguna presión reivindicativa desde la base.

El 26 de enero de 1940 se promulgó la Ley de Unidad Sindical. La intervención del Gobierno en los intereses económicos privados, impuesta por la legislación de 1938, quedaba suprimida; en lo sucesivo toda representación económica sería asumida por los sindicatos verticales de obreros y patronos, organizados por ramas de producción. El 3 de mayo se anunció que los sindicatos se harían cargo de las funciones de control de precios y de intervención económica asignadas anteriormente a las Comisiones Reguladoras creadas en 1938[680]. Entretanto,

Salvador Merino informó al Caudillo de la necesidad de reforzar las delegaciones provinciales de sindicatos, que pasarían a constituir el fundamento básico de todo el sistema sindical. Deseaba también desarrollar un vasto plan de obras sociales, que despertaran el interés de los trabajadores y los atrajeran al régimen. Merino empezaba a ir demasiado aprisa y pronto cometió una serie de errores tácticos.

El 31 de marzo de 1940, primer aniversario del fin de la guerra civil, organizó un gigantesco desfile de millares de trabajadores en el Paseo de la Castellana de Madrid[681]. Ello provocó una viva reacción en los medios militares. El general José Enrique Várela —ministro del Ejército, carlista, reaccionario y uno de los jefes militares más hostiles a la presencia de elementos de origen humilde y trabajador en las filas del cuerpo de oficiales— juró acabar con Salvador Merino.

El jefe de los Sindicatos proyectaba realizar otras demostraciones semejantes, al propio tiempo que intentaba mejorar la situación económica de los trabajadores. Su objetivo era poner nuevamente en pie a las masas trabajadoras españolas, pero esta vez dirigidas por el nacionalsindicalismo. Sabía que si llegaba a establecer un sistema sindical auténticamente representativo podría verse desbordado por los acontecimientos, aunque afirma que entonces estaba dispuesto a correr este riesgo con la esperanza de poder utilizar la fuerza de los sindicatos para ejercer una presión sobre los restantes sectores del Gobierno. Pero, para ello, le era ya imposible seguir ocultando sus intenciones y los grupos de intereses hostiles estaban cada vez más alarmados, mientras los diversos departamentos ministeriales hacían todo lo posible por torpedear sus proyectos.

Serrano, que al principio adoptó una actitud interesada y expectante, empezó a inquietarse ante el creciente poder de Merino. Pensó que había que desembarazarse cuanto antes del líder sindical, ofreciéndole un ascenso, y le propuso que abando-

nara la dirección de los Sindicatos para convertirse en ministro de Trabajo. Comprendiendo que el nombramiento de ministro supondría la pérdida de influencia directa sobre los sindicatos, Merino rechazó la propuesta. Serrano le preguntó qué puesto aceptaría, a lo que Merino respondió que sólo abandonaría la dirección de los Sindicatos a cambio de la Secretaría General del partido, junto con el Ministerio del Interior, donde residía el verdadero poder político del Estado. Serrano Súñer le replicó que tenía excesiva ambición, lo cual era cierto[682].

A principios de 1941 Merino era considerado como el principal líder de la oposición en el seno del Gobierno. Sin embargo, trataba de mantenerse a equilibrada distancia de los distintos grupos rivales en que estaba escindida la Falange. Merino tenía la ingenua esperanza de que, llegado el momento, Franco le sostendría frente a los reaccionarios que pedían su cabeza. Calculaba que si podía mantenerse todavía al frente de los sindicatos durante uno o dos años más, habría adquirido una posición tan fuerte que sólo podría ser derribado a costa de una grave crisis en el sistema. Pero le fallaron los cálculos, porque sus enemigos no estaban dispuestos a concederle tan largo plazo.

La oposición a Salvador Merino procedía de tres sectores distintos: los militares derechistas, dirigidos por Várela; los políticos reaccionarios, dirigidos por Esteban Bilbao (carlista renegado, miembro de la Junta Política, dispuesto siempre a darle la razón a Franco[683]) y el poderoso grupo de intereses industriales y financieros representado por Demetrio Carceller, que también formaba parte de la Junta Política[684].

Merino sobrevivió a la crisis política de mayo de 1941[685]. Pero sólo duró unas pocas semanas más, el tiempo justo que necesitaba Franco para reparar los desperfectos ocasionados en su edificio. Los elementos derechistas insistían en que Merino se volvía cada día más peligroso. Y aprovecharon la primera

ocasión para derribarle. El 7 de julio de 1941 Merino se casó en Madrid y abandonó la capital por un breve viaje de boda. Durante su ausencia fue acusado de haber pertenecido a la masonería, acusación gravísima en una época en que centenares de masones, a los que se consideraba como los peores enemigos de la «nueva España», habían sido ejecutados. A su regreso a Madrid, Merino fue destituido de su cargo y desterrado a las Islas Baleares[686]. Así terminó la carrera política de Gerardo Salvador Merino. Al parecer, salvo el secretario general del partido, nadie se atrevió a defender a un hombre que, al fin y al cabo, había aportado una valiosa contribución al Movimiento. Su destitución fue recibida con alivio por todos aquéllos a quienes incomodaba su presencia, y significó, al propio tiempo, el fin del último intento de crear un sindicalismo independiente en la España de Franco.

El único competidor de Merino en pretender asumir la representación de la clase trabajadora era José Antonio Girón, nombrado ministro del Trabajo dos meses antes de la destitución del dirigente sindical. Por motivos personales, los dos falangistas se tenían una antipatía mutua, y parece que Girón contribuyó a la caída de su rival, a quien reemplazó como representante nominal de los trabajadores españoles, aunque no fuese nombrado jefe de los Sindicatos. En lo sucesivo, al frente de éstos se nombró a funcionarios del partido, blandos y sin personalidad, incapaces de movilizar a las masas trabajadoras españolas. Las actividades sindicales pasaron bajo el estricto control del Estado, sin que nadie se atreviera a protestar. El Ejército y la Banca eran demasiado poderosos.

El 9 de septiembre de 1939 el Gobierno creó el Instituto de Estudios Políticos. Concebido como el «*brain trust*» de la FET, estaba destinado a la formación de los cuadros del partido y al estudio de toda clase de cuestiones ideológicas y políticas. Sus secciones principales eran: Constitución y Administración del

Estado, Economía Nacional, Política Internacional y Cuestiones Sociales y Cooperativas. Su director pasaba automáticamente a ser miembro de la Junta Política[687].

Su primer director fue Alfonso García Valdecasas, el más insignificante de los tres «fundadores» de la Falange[688]. Valdecasas había renunciado temporalmente a sus convicciones monárquicas de los últimos tiempos de la República. Lo esencial de su pensamiento político quedó reflejado en su discurso del teatro de la Comedia en 1933, en el que afirmó que España repudiaba tanto el materialismo capitalista de los Estados Unidos como el materialismo comunista de la Unión Soviética.

Si el Instituto hubiese desempeñado realmente la función que parecía haberle sido asignada, podía haberse convertido en una organización importante. Pero, al igual que todos los demás organismos del partido, llevó una vida lánguida, sin llegar a su pleno desarrollo. Franco había manifestado con suficiente claridad que no deseaba que la Falange fuese el meollo ideológico de un Estado de partido único. El Instituto no debía ser otra cosa que un elemento decorativo más en la barroca fachada del Régimen, cosa que cumplió a las mil maravillas.

Diez años más tarde, bajo su tercer director —un socialista converso llamado Francisco Javier Conde—, el Instituto se convirtió en un centro donde se cultivaba un cierto «liberalismo» encubierto bajo apariencias fascistas, en el que se combatía al clericalismo reaccionario y se llegó incluso a invitar a algunos socialistas extranjeros. Conde era un hombre prudente e ingenioso; había empezado por elaborar la primera justificación ideológica del singular «caudillaje» de Franco, tratando de aplicar los sofismas sociológicos de Max Weber y del poder carismático a Franco, cuando, en realidad, este poder no tenía otro fundamento que la fuerza. A pesar de ello, la posición de Conde se hizo insostenible y tuvo que dimitir, después de lo

cual el Instituto volvió a convertirse en una especie de limbo político.

A partir de 1938, y en los años posteriores, surgió toda una literatura política destinada a justificar a *posteriori* el régimen franquista. Su manifestación más espectacular consistió en la publicación en 1938 del libro de José Pemartín *¿Qué es lo nuevo?*, en el que se trataba de demostrar, a través de trescientas páginas de texto, acompañado de gráficos, que iba a instaurarse en España un Estado sindicalista corporativo modelo. Pemartín afirmaba que el fascismo español sería una traducción según fórmulas modernas del tradicionalismo[689]. Por su parte, la izquierda falangista no cesaba de proclamar que «el fascismo no era otra cosa que la nacionalización de la doctrina de Marx[690]». Pero los capitalistas españoles, confiando en la «prudencia» del Caudillo, no tomaban un serio estas declaraciones.

El principal teórico de los primeros arios del régimen de Franco fue el profesor Juan Beneyto Pérez. En sus obras *El Partido* (1939) y *Genio y figura del Movimiento* (1940) expuso las ideas más depuradas sobre la doctrina del «caudillaje».

> La concepción del Caudillo es una síntesis de la razón y de la necesidad ideal. No es sólo fuerza, sino espíritu; constituye una nueva técnica y es la encarnación del alma y hasta de la fisonomía nacionales. Como técnica es consecuencia natural y necesidad orgánica de un régimen unitario, jerárquico y total. Como encarnación es la exaltación de una mística. Viene a ser un concepto nuevo por el que un hombre se constituye en rector de la comunidad y personifica su espíritu, concepto que proviene directamente de la Revolución. Tiene una contextura típica y plenamente revolucionaria, como la idea que la nutre.
>
> En los regímenes totalitarios el Partido aparece exaltado en esa precisa función de seleccionar al jefe. [En la práctica resultó ser todo lo contrario].
>
> … Como minoría ha de recoger cuanto haya de sano y robusto en la vida política. Por eso la misma unificación tiene una tarea selectiva, pues busca la homogeneidad incluso en la solvencia de los elementos.
>
> … El Partido consigue así ser depositario de una fuerza que se renueva continuamente y sabe orientar en un sentido revolucionario cada nueva generación. Gracias al concepto de la Revolución permanente, y merced al ins-

trumento del Partido, desaparecen las luchas y todas las energías se concentran en la tarea de las afirmaciones nacionales[691].

Beneyto no vacilaba en proclamar el carácter totalitario del régimen de Franco y su similitud con los demás sistemas fascistas[692], pero más tarde (en estrecha relación con las vicisitudes de la segunda guerra mundial) apareció una tendencia contraria. A principios de 1942, García Valdecasas escribía:

> En los puntos originarios de Falange se define al Estado como «instrumento totalitario al servicio de la integridad de la Patria». Es, pues, expreso —deliberadamente— que es la nuestra una concepción instrumental del Estado. Todo instrumento se caracteriza por ser un medio de algo, para una obra a la que con él se sirve.
>
> Ningún instrumento se justifica por sí. Vale en cuanto cumple el fin a que está destinado. No es, por tanto, el Estado, para nosotros, fin en sí mismo, ni en sí puede encontrar su justificación.
>
> … no debe el Estado perseguir fines ni acometer tareas que no estén justificadas en función de la integridad de la Patria; de lo contrario, su fuerza se dispersa y malgasta en cometidos impropios; a más de que, al quererlos realizar, se agrava aquel morboso proceso de burocratización a que hemos hecho referencia.
>
> … Para justificarse positivamente, el Estado habrá de actuar como instrumento para la consecución de ulteriores valores morales.
>
> … el pensamiento genuino español se niega a reconocer en el Estado el supremo valor. Éste es el sentido de la actitud polémica de todo el pensamiento clásico español contra la razón de Estado enunciada por Maquiavelo[693].

Incluso se empezó a hablar con relativa benevolencia del liberalismo, procurando distinguir al falangismo de las demás ideologías antiliberales. Así, en 1943, Javier Martínez de Bedoya citaba estas palabras de Ramiro Ledesma:

> Se está operando una transmutación mundial. Signos de ella son el bolchevismo, el fascismo italiano, el racismo socialista alemán y los otros estilos y modos que hemos descrito en las páginas anteriores. Son erupciones, iniciaciones, impregnadas ya de lo que ha de venir, pero cosas nada definitivas, permanentes y conclusas. Y desde luego, tanto el bolchevismo como el fascismo y el racismo, fenómenos nacionales y restringidos, sin envergadura ni profundidad mundial.
>
> Quizá la voz de España, la presencia de España, cuando se efectúe y logre de un modo pleno, dé a la realidad transmutadora su sentido más perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia Universal[694].

Esta preocupación por reconsiderar y dar nueva expresión a la doctrina de la Falange alcanzó su culminación en el libro de José Luis de Arrese *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio* (1941). Arrese, que ocupaba entonces el cargo de secretario general del partido, afirmaba que José Antonio había insistido siempre en el concepto de España como «un destino en lo universal» enraizado en la historia española y en la verdad teológica (sic). «No buscamos, por lo tanto, un Estado totalitario», afirmaba[695]. Esto no era precisamente lo que afirmaban los ideólogos del partido unos años antes, pero a partir de 1943, semejante postura era la que mejor convenía a los intereses del régimen[696].

El Caudillo no necesitaba una rigurosa doctrina ideológica del Estado; le bastaba con una teoría general de los principios autoritarios. Su fórmula ideal era un sindicalismo conservador, unido a un control directo del Estado en materia económica, vinculado espiritualmente al catolicismo y siempre dispuesto a toda clase de compromisos tácticos. Y, naturalmente, todo ello respaldado por el Ejército.

CAPITULO XVI

LA POLÍTICA DEL RÉGIMEN DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Por desgracia para los que pretendían manejar el gobierno de España en 1939, Muñoz Grandes no servía para secretario general del partido. Tal vez debido a su formación militar, Muñoz Grandes carecía de la ductilidad necesaria para dirigir hábilmente un movimiento tan heterogéneo como la FET. Más que un sindicalista, era un nacionalista puro y desde el principio se encontró incómodo con su nuevo cargo. Hombre íntegro y austero, Muñoz Grandes no poseía gran talento como realizador y pronto empezaron a surgir protestas por todas partes ante su gestión. La dirección efectiva del partido seguía estando en manos de Serrano, lo cual contribuía a aumentar la impresión de inutilidad que daba Muñoz Grandes. Su presencia al frente del partido provocaba constantes disputas y dificultades; a finales de 1939 resultó evidente que semejante situación no podía continuar.

El cese de Muñoz Grandes fue publicado el 15 de marzo de 1940[697]. No se le nombró sucesor y el partido quedó bajo la dirección nominal del vicesecretario general, Pedro Gamero del Castillo[698]. Éste era, en realidad, un monárquico católico, que esperaba convertir el complejo y heterogéneo aglomerado de la nueva Falange en un movimiento político fuerte, capaz de sostener eficazmente al nuevo Estado nacionalista y de orientar su

futura evolución. Con este propósito había contribuido a la unificación de los partidos en 1937 y desde entonces había apoyado constantemente a Serrano Súñer. Para la reorganización administrativa que proyectaba necesitaba poder contar con los «camisas viejas», cuya presencia consideraba indispensable para la unión efectiva del partido. Después de 1939, los que quedaban de la Falange primitiva estaban tan decaídos y desconcertados que, en su inmensa mayoría, no tenían el menor deseo de oponerse a la dirección oficial del nuevo partido, a pesar de la hostilidad que muchos de ellos sentían hacia Gamero. A su vez, el vicesecretario general tenía escasa simpatía por los veteranos de la Falange de procedencia «jonsista», a pesar de que había desempeñado un papel importante en la organización de los nuevos Sindicatos, habiendo contribuido a la redacción de la Ley de Unidad Sindical.

La tarea de Gamero no resultó más sencilla que la de Muñoz Grandes, ya que el verdadero poder político continuaba detentándolo Serrano Súñer, desde el Ministerio de la Gobernación. Dirigir un partido compuesto de elementos dispares, sin poder tomar medidas verdaderamente revolucionarias y teniendo que soportar las constantes presiones de los distintos grupos del régimen, constituía una penosa labor. Como afirmaba Gamero en una ocasión:

> … Se formulan a diario nuestros mejores camaradas y tanta gente de España (una pregunta básica). La pregunta sobre el momento presente de la Falange; la pregunta sobre la proporción entre los problemas actuales de España y las posibilidades del partido. Porque la verdad es que la Falange ni rige todavía un Estado propio —que no está aún construido— ni combate ya a un Estado enemigo, que quedó derrumbado.
>
> … A la Falange le ha tocado prestar en estos tiempos un peligroso servicio de eclipse parcial. Tiene que actuar en las circunstancias más difíciles, disminuida por un grave sustraendo de heterogeneidad política que, a veces, reduce a cero el resultado visible[699].

Aun estando al frente del partido, Gamero siguió manteniendo estrecho contacto con los monárquicos. Al mismo tiem-

po fue uno de los pocos miembros del Gobierno español que en 1940 preconizaba una política favorable a los Estados Unidos, con la secreta esperanza de que los capitales privados norteamericanos pudieran interesarse en la reconstrucción de España. Después de llevar más de un año en el cargo de jefe virtual de la Falange, convencido de la imposibilidad de realizar ninguna labor útil en la política interior del país, presentó su dimisión en la primavera de 1941.

El partido continuó su marcha renqueante. La Falange, tanto la oficial como la «no integrada», seguía dividida en múltiples grupitos: había los círculos de elementos «situados» dentro del Régimen en Madrid, los dirigentes provinciales rutinarios y sin ambiciones, los «excombatientes» condenados a la inactividad (algunos de los cuales conspiraban, mientras otros vegetaban), las juntas clandestinas y grupos de resistencia de Ezquer y de otros, y la Organización Sindical, poderosa en potencia, dirigida por Salvador Merino.

A principios de 1941, los supervivientes de la vieja guardia que seguían dentro de la Falange oficial empezaron a estar hartos del dominio de Serrano Súñer. La tortuosa política instaurada por éste cuatro años antes, mantenida constantemente gracias al compromiso, la corrupción y el alejamiento sistemático de los mejores elementos había corroído el partido hasta la médula, reduciéndolo a un gigantesco aparato propagandístico, a una frondosa burocracia y a unos cuantos estudiantes sin madurez política.

En Madrid, los dirigentes de la Vieja Guardia continuaban reuniéndose en torno de Pilar Primo de Rivera, la eterna jefa de la Sección Femenina. A comienzos de 1941 decidieron presentar un ultimátum a Serrano Súñer, colocándole ante la disyuntiva de tomar directamente el mando efectivo de la FET, reorganizando el partido y restableciendo su influencia sobre el Es-

tado, o bien de renunciar a la ficción pseudofalangista y entregarse plenamente a los grupos conservadores y reaccionarios.

Como de costumbre, Serrano reaccionó con suma circunspección. Comprendía que las cosas de la FET no marchaban como él había previsto. En vez de ser el gran partido nacionalista y conservador, fuerte y bien organizado sobre unas sólidas bases ideológicas, cuatro años de malabarismos políticos la habían convertido en una masa amorfa, ni carne ni pescado. Pero en aquellos momentos Serrano tenía otras preocupaciones. Su ambición ilimitada le empujaba hacia otros horizontes. Cuando los alemanes ocuparon Francia, los asuntos exteriores pasaron a ocupar un lugar predominante sobre la política interior, y Serrano pensaba dedicar toda su atención a aquéllos.

El 16 de octubre de 1940 Serrano Súñer se había hecho cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Este nuevo cargo absorbía la mayor parte de su tiempo y aumentaba sus preocupaciones políticas. Los monárquicos seguían viendo en él el principal obstáculo a la restauración y el hombre fuerte de la dictadura. A ello venía a unirse ahora un nuevo motivo de hostilidad: Serrano se proponía llevar a cabo una política germanófila, en oposición a la actitud anglófila de sus antecesores monárquicos: Jordana y Beigbeder. Por debajo de las apariencias superficiales, la neutralidad española suscitaba las más vivas controversias. Después de la caída de Francia, Serrano creyó que los aliados habían perdido la guerra en el continente. Convencido de que había llegado la hora del triunfo del Eje, estaba dispuesto a firmar un acuerdo con Alemania. Por su parte, la alta burguesía española en general y particularmente los núcleos monárquicos eran anglófilos. Aunque no conviene exagerar la amplitud y la intensidad de tales sentimientos, el hecho es que contribuían a aumentar el malestar interno.

Puesto que se consideraba que había sonado en Europa la hora del fascismo, parecía aconsejable acentuar el carácter fas-

cista del Gobierno español. Serrano pensó que tal vez fuera oportuno aceptar la primera solución de la alternativa que le proponían los de la Vieja Guardia: asumir el mando directo de la FET y conferir a ésta un papel decisivo en el Estado. Esta fórmula le permitiría crear un verdadero partido estatal del cual sería el jefe único. Sin embargo, cabía preguntarse hasta qué punto el Caudillo querría o podría consentir que su cuñado adquiriese un poder tan desmedido. Además, asumiendo la responsabilidad formal de adoptar una actitud claramente favorable el Eje, quien comprometía su posición política era Serrano y no Franco. En la cumbre del poder, Serrano se encontraba en una delicada situación que no le permitía retirarse ni continuar como hasta entonces.

El descontento latente de la Falange acabó estallando en mayo de 1941. La crisis se precipitó el 5 de mayo, ante el nombramiento del coronel Valentín Galarza para sustituir a Serrano como ministro de la Gobernación. Galarza, uno de los antiguos dirigentes de la UME, era un intrigante que se había dedicado últimamente a deshacer lo poco que quedaba de las milicias falangistas. Este militar arribista, muy imbuido del espíritu de cuerpo, sentía una profunda aversión hacia la Falange. Su nombramiento provocó tal descontento entre los «camisas viejas» que en pocos días dimitieron diez jefes provinciales de las FET, entre los cuales se contaba el de Madrid, Miguel Primo de Rivera.

La reacción contra Galarza fue aumentando durante los días siguientes al de su nombramiento y alcanzó su punto culminante con la publicación en Arriba de un artículo sin firma titulado «El hombre y el currinche». Aunque no se le citaba, fácilmente se comprendía que el currinche aludido no podía ser otro que Galarza. Los militares pidieron la cabeza del falangista autor del artículo insultante (que se atribuía a Dionisio Ridrue-

jo), pero Antonio Tovar, como jefe de prensa de la Falange, tuvo la elegancia de asumir la responsabilidad de su publicación.

Para aplacar a los militares, Franco destituyó a Tovar y a Ridruejo, a pesar de ser los jóvenes protegidos de Serrano[700]. Éste protestó de que ni siquiera hubiese sido consultado para estas destituciones[701], que consideraba como una manifestación de la peligrosa tendencia a poner las riendas del poder en manos de un grupito de militares políticos, en detrimento del complejo sistema falangista-conservador-cívico-militar que había conseguido montar a costa de tantos esfuerzos.

Firmemente convencido de que había que hacer algo para restablecer el equilibrio, Serrano quería a toda costa apaciguar a los falangistas, y se ha dicho que tomó la cosa tan a pecho que incluso llegó a presentar su dimisión al Caudillo.

Éste, sin embargo, había tomado sus precauciones para resolver la crisis. Si había considerado necesario respaldar a los militares en la cuestión del nombramiento de Galarza, no estaba dispuesto a permitir que el Ejército se impusiera a la Falange. Decidió, por lo tanto, nombrar secretario general de FET a José Luis de Arrese, que había sido jefe provincial de Málaga.

Arrese era un arquitecto «camisa vieja» y emparentado por su matrimonio con la familia materna de José Antonio. Aunque había sido detenido durante la «purga» de 1937, luego se ganó la confianza del Gobierno distinguiéndose en Málaga como promotor de un plan de viviendas económicas para trabajadores[702]. Al principio, Arrese se había mostrado sinceramente opuesto a la política de compromiso y de división de Franco. Éste conoció a Arrese durante una recepción oficial, en el curso de uno de sus viajes, y quedó favorablemente impresionado por la sinceridad y modestia de Arrese y trató de atraer al jefe provincial de Málaga a su causa. Enemigo personal de Galarza, Arrese era uno de los jefes provinciales que habían dimitido

por su incompatibilidad con el nuevo ministro de la Gobernación.

Después de presentar su dimisión de jefe provincial de Málaga, Arrese salió para Madrid, donde recibió la sorprendente noticia de su nombramiento de secretario general. Sus deseos de servir lealmente al Movimiento le impulsaban a aceptar el cargo, pero, no obstante, hizo observar al Caudillo que el nombramiento de un miembro de la vieja guardia como secretario general no era suficiente para borrar la afrenta que el reciente nombramiento de Galarza suponía para la Falange. Franco estaba dispuesto a ampliar la base de su gabinete si con ello lograba evitar una especie de revuelta falangista dentro del régimen. Serrano Súñer, Miguel Primo de Rivera y otros dirigentes falangistas se reunieron en casa de Arrese para estudiar un posible reajuste del gobierno. Sus propuestas fueron aceptadas y el 19 de mayo de 1941 entraron en el gobierno otros dos falangistas: José Antonio Girón, delegado de los excombatientes, fue nombrado ministro del Trabajo, y Miguel Primo de Rivera, ministro de Agricultura. Aún dentro de la España de Franco, esta última designación resultaba francamente ridícula. Por otra parte, los Servicios de Prensa y Propaganda fueron transferidos del Ministerio de la Gobernación a la Vicesecretaría de Educación Popular de FET, recientemente creada. Girón y Miguel Primo de Rivera cogieron al vuelo la ocasión de ocupar una cartera ministerial, efectuándose los cambios con toda rapidez[703].

Serrano no podía dejar de felicitarse por el resultado de la combinación, que venía a restablecer el tan deseado equilibrio, pero, al mismo tiempo, la nueva situación reducía su propia influencia en el seno de la Falange. La dirección del partido pasaba a ser un juguete en manos de Franco y no parecía existir la menor posibilidad de que, aun tomando un cariz netamente conservador, la Falange pudiera llegar a convertirse en la fuer-

za institucional por cuya creación tanto había luchado Serrano. La última palanca que le quedaba a éste era su cargo de presidente de la Junta Política de FET y se dispuso aprovecharla al máximo.

Arrese era el primer interesado en que se definiesen con precisión las atribuciones de las jerarquías del partido. La falta de confianza que siempre tuvo Franco en los anteriores secretarios de la Falange había permitido a Serrano ejercer un poder casi ilimitado. Para establecer la adecuada coordinación en la dirección del partido, Arrese le propuso a Serrano que sugiriese una serie de propuestas para aclarar sus respectivas funciones. Arrese creyó comprender que Serrano estaba de acuerdo en que el secretario general asumiera la plena responsabilidad de todos los nombramientos y de la dirección interna de la FET, reservándose al presidente de la Junta Política las cuestiones de política general y de orientación ideológica del partido. En su consecuencia, Arrese aprobó las propuestas presentadas a Franco, quien inmediatamente las recogió en una ley. Cuál no sería la sorpresa de Arrese al ver que el texto sometido por Serrano confería al presidente de la Junta Política tal poder de intervención en toda la política del partido que la autoridad e independencia del secretario general quedaban prácticamente reducidas a la nada. Arrese se precipitó a informar a Franco de que había sido engañado.

El sorprendido resultó entonces Franco, pues estaba convencido de que Arrese había aprobado las propuestas de Serrano. El Caudillo se encontraba ante un dilema. Si la actitud independiente de su cuñado durante la crisis de mayo no había dejado de inquietarle, ahora empezaba a tener serias dudas sobre su rectitud y su lealtad. La posición de Serrano se hacía cada vez más difícil de sostener, debido al creciente número de enemigos que se había creado, dentro y fuera del partido. En cambio, Franco tenía confianza en Arrese, que le parecía honesto y

sincero. Por lo tanto, consideró que lo mejor era anular los efectos de las medidas propuestas por Serrano. Como no podía derogar una ley que acababa de promulgar, autorizó a Arrese a efectuar una serie de nombramientos que, teóricamente, eran de la competencia de Serrano[704].

Los acontecimientos de 1941 y la ascensión de Arrese mermaron sensiblemente el prestigio de Serrano. La estrella del «cuñadísimo» iba hacia su ocaso. Todavía siguió como ministro de Asuntos Exteriores durante un año, pero en 1941 acabó de perder toda influencia en el seno de la FET. En realidad, nunca había sido tan independiente y poderoso como muchos se imaginaban; Franco se había limitado a utilizarlo como disolvente de los ímpetus fascistas y revolucionarios nacidos al calor de la guerra civil. Ninguno de los objetivos que Serrano perseguía con la implantación de un corporativismo católico o neofascismo se realizó y al final acabó siguiendo el destino habitualmente reservado a los favoritos de las cortes y a los que se dedican a la intriga política. Con razón pudo hacer a su amigo Ridruejo esta confidencia: «Nunca podremos reparar el mal que hemos hecho a España[705]».

Arrese era muy distinto de Serrano Súñer y se abstuvo de tomar ninguna iniciativa política. Por el contrario, su lealtad incondicional le llevó a rechazar los intentos de algunos dirigentes sindicales de constituir un «falangismo de izquierda» en torno suyo. Los elementos nombrados por Salvador Merino creían que pese a la destitución de su jefe podrían llevar adelante sus planes para crear un sindicalismo dinámico y revolucionario, pero Arrese no quiso apoyarles por considerarlos como unos «desviacionistas» en potencia; por el contrario, puso en manos de franco-falangistas seguros los puestos clave de los sindicatos.

Para Arrese, la desunión del campo nacionalista suponía poco menos que un suicidio colectivo. Aunque era adversario de-

clarado del sistema capitalista y partidario de profundas reformas económicas y sociales, sometía los objetivos del nacionalsindicalismo a la voluntad suprema del Caudillo. Consideraba que la capitanía ejercida por éste durante la guerra civil le confería un mandato histórico para presidir los destinos de España en un futuro inmediato. Además, las profundas convicciones religiosas inclinaban a Arrese hacia una política de compromiso y transacción. Persuadido de que únicamente la unión de la cristiandad salvaría a Europa del comunismo, procuró eludir los elementos de violencia fascista contenidos en la ideología falangista.

La confianza que el nuevo secretario general inspiraba al dictador se debía no sólo a su honestidad personal, sino también al hecho de que Arrese parecía incapaz de organizar por su cuenta la menor intriga política. Franco había calculado que las responsabilidades de su nuevo cargo obligarían a Arrese a identificarse más con él, cosa en la que no se equivocó. Arrese se convirtió en un entusiasta partidario del Caudillo y en un fiel cumplidor de su política encaminada a atenuar el radicalismo y a acentuar el sentido religioso de la ideología falangista. Arrese proclamó abiertamente que había que dar muestras de moderación y de espíritu de compromiso si de verdad se quería rehacer a España, superar la lucha de clases y permanecer al margen de la guerra mundial. Aun reconociendo que no todos los servicios de la Falange funcionaban con la debida eficacia, puso en guardia a los militantes contra los peligros de la demagogia. Arrese no cesaba de repetir que la Falange era católica y que estaba estrechamente unida al Ejército[706]. La misión del partido consistía, según él, «primero, en espiritualizar la vida; segundo, en hacer a España más española, y tercero, en implantar la justicia social». Pero, al mismo tiempo, advertía que «España, y óiganlo bien claro algunos que visten la camisa azul, pero tapando la camisa roja, España no será nada si no es católi-

ca[707]». Naturalmente, el falangista tenía que ser mitad monje y mitad soldado: «Creemos en Dios, en España y en Franco[708]».

Arrese reconoce que a partir del momento en que asumió la dirección del partido, la línea política y la propaganda de la Falange abandonaron el acento teórico relativamente «revolucionario», aceptando más o menos explícitamente la conveniencia de una «evolución[709]». Aunque en sus discursos siguiera proclamando que «sin el fanatismo y la intolerancia nada puede hacerse», en realidad su papel en la política española de entonces se caracterizó por su gran moderación[710]. Puede decirse que después de la unificación establecida por Serrano cinco años antes, el paso de Arrese por la dirección del partido fue el mayor éxito de Franco en la manipulación de la Falange.

El reajuste ministerial de 1941 permitió ampliar la base del régimen, dándole una estructura definitiva. Con dos nuevos puestos en el Consejo de ministros, la Falange adquiría mayor influencia oficial que nunca, pero esta influencia Franco la otorgaba a un partido sumiso a sus órdenes. Los falangistas, al avenirse a colaborar plenamente en el nuevo Gobierno, sacrificaron definitivamente los últimos restos de su independencia. Se acabaron también todos los planes de conspiración contra el régimen. Los que no estuviesen conformes con esta última fase de la «nueva España» no tenían otra cosa que hacer que marcharse a su casa.

La evolución del papel de la Falange en el Estado de Franco quedó plasmada en el decreto de 28 de noviembre de 1941, que suprimió los doce Servicios nacionales establecidos en 1938 por Serrano. Éste había querido crear una organización en cierto modo paralela y complementaria a los distintos órganos ministeriales, pero Franco decidió cambiar esta estructura. En su lugar, se establecieron cuatro vicesecretarías: la Vicesecretaría General del Movimiento, encargada de la organización y administración del partido; la de Obras Sociales (sindicatos, ex-

combatientes, etc.); la de Educación Popular (que asumía en la práctica, la dirección de toda propaganda oficial, incluso a escala nacional) y la de Secciones (de la cual dependían la Sección Femenina, las Juventudes, etc.). Así pues, salvo en lo referente a los sindicatos y a la propaganda, la FET perdió todo contacto con la administración del Estado. Aparte la dirección y encuadramiento del mundo del trabajo, su importancia política quedó muy reducida y su influencia resultó prácticamente nula. Del centenar de miembros que en 1942 componían el Consejo Nacional apenas unos cuarenta podían considerarse como falangistas. Aproximadamente una veintena de consejeros eran militares y había media docena de carlistas. El resto lo constituía una mezcolanza de derechistas y de oportunistas de la pequeña burguesía[711].

La Falange había sido domesticada. Nadie pensaba ya en la revolución nacionalsindicalista. Nadie se oponía ya a las combinaciones de Franco. Como afirmaba un falangista de izquierda, «esta Falange se refugia en las redacciones. En realidad no sale de ahí. Perfectamente domesticada, grita, cuando se le ordena, contra la reacción capitalista o contra los rojos taimados[712]». Pero fue incapaz de tomar la menor iniciativa.

Los espíritus más ardorosos del partido pensaron poder compensar su frustración y canalizar sus impulsos radicales enrolándose en la División Azul para combatir junto al Ejército alemán en el frente ruso. Los desilusionados falangistas tendrían así ocasión de luchar nuevamente contra el bolchevismo ateo, hundiendo sus bayonetas en pechos soviéticos. No todos los componentes de la División Azul eran falangistas, pero una buena parte de ellos eran jóvenes ardientes y fanáticos, como Dionisio Ridruejo y Enrique Sotomayor. Las bajas de la División Azul en el frente ruso fueron muy considerables y la flor y nata de los jóvenes que constituían la mejor esperanza de la Falange nunca regresaron a España. Algunos de los supervivien-

tes renunciaron a abandonar la lucha, incluso después de la retirada de la División Azul, y formaron una Legión Azul que siguió combatiendo en el frente del Este hasta el fin de la guerra. Los veteranos de la campaña que volvieron a España en 1943 se preguntaban si no habían cometido un grave error, ya que se encontraron con una situación interior mucho peor que antes. Arrese le declaró sin ambajes a Ridruejo: «Yo soy un franquista», manifestándole que el Caudillo era la figura más lúcida de España, en lo cual no dejaba de tener cierta razón.

Sin embargo, en 1942 se produjo un acontecimiento importante para la historia del régimen. Todo empezó, de la manera más inocente, con una manifestación de carácter religioso en Vizcaya. El 16 de agosto, los carlistas vascos tenían la costumbre de celebrar una peregrinación al santuario de la Virgen de Begoña, en Bilbao. Los veteranos carlistas, que en dicho día solían dar libre curso a su exaltación, al salir del templo empezaron a gritar «¡Viva el rey!», y a proferir algunos conceptos injuriosos para la Falange. Un grupo de jóvenes falangistas que se encontraban en las puertas de la iglesia reaccionaron violentamente contra lo que consideraban una manifestación reaccionaria y una «traición». Los carlistas, enardecidos, replicaron lanzándose sobre el puñado de falangistas, entre los que se encontraba un mutilado de la guerra. Para librar a sus camaradas de una paliza o de algo peor, un falangista llamado Domínguez arrojó una bomba de mano (que poseía ilegalmente) contra los carlistas, hiriendo a seis de ellos. Después, los falangistas se dirigieron a la comisaría de policía para denunciar a los carlistas.

Pero las cosas se complicaron por la presencia del ministro del Ejército general Várela entre los asistentes a la misa de Begoña. Várela era un carlista reaccionario, enemigo acérrimo de la Falange. Los carlistas, a su vez, se habían apresurado a formular una denuncia contra los falangistas, y el Caudillo, que se encontraba de vacaciones, habló por teléfono con Várela para

pedirle información sobre los hechos. Franco comprendió en seguida que el incidente de Begoña podía tener graves repercusiones en el seno del régimen y le preguntó concretamente a Várela si los falangistas habían atentado contra él personalmente. Várela reconoció que no, sino que se trataba de un incidente callejero entre grupos de jóvenes exaltados.

Este incidente dio lugar a que circularan profusamente las versiones más contradictorias del mismo. Un manifiesto falangista, fechado el 18 de agosto de 1942 y firmado por el delegado de deportes del SEU, acusaba a los carlistas de haber cantado esta canción:

Tres cosas hay en España
que no aprueba mi conciencia:
El Subsidio, la Falange
y el cuñado de su Excelencia.

También se denunciaba en el manifiesto el hecho de que muchos exseparatistas vascos se hacían pasar por carlistas, lo cual era, al parecer, cierto.

Los carlistas, por su parte, hicieron circular unas hojas tituladas «Los crímenes de la Falange en Begoña. Un régimen al descubierto». En ellas acusaban a la Falange de Vizcaya de haber provocado el incidente y organizado el atentado contra Várela, e invitaban a sus seguidores a «hacer frente decididamente a esta situación insostenible, al igual que se hizo con la República en 1936[713]».

Tanto los dirigentes carlistas como los jefes militares exigían el castigo de los culpables, y los falangistas responsables del incidente fueron sometidos a un consejo de guerra sumarísimo. Domínguez fue condenado a muerte; tenía malos antecedentes porque durante la guerra se había pasado al enemigo y fue condenado a muerte por este hecho, aunque a última hora se le concedió la gracia de la vida. Arrese, temiendo las repercusiones de su ejecución, hizo cuanto pudo para que se le conmutase

la sentencia de muerte, pero dados los antecedentes penales de Domínguez, fue imposible aplicarle una nueva medida de clemencia. Los carlistas y algunos militares no se dieron por satisfechos. Los tradicionalistas estaban descontentos por su escasa influencia en el partido y diez jefes carlistas dimitieron de sus cargos en la FET. El general Várela, que podía considerarse como el carlista más importante, identificaba su tradicionalismo con la Iglesia y con el Ejército, pero no con ningún partido político. Anglófilo y antifascista, consideró que había llegado el momento de dar el golpe de gracia a los últimos restos del falangismo. No contentos con la muerte de Domínguez, Várela y Galarza enviaron mensajes a todos los capitanes generales de España pidiendo que respondieran adecuadamente a las insolencias de los falangistas, que se habían atrevido a atacar «al Ejército» en Begoña[714].

Pero con estos manejos los antifalangistas rebasaron la medida. Galarza y Várela habían enviado su circular sin conocimiento de Franco, lo cual constituía poco menos que una insubordinación; sin querer, habían dado un arma a sus adversarios falangistas. Franco consideró la actitud de Várela como un gesto provocador gratuito y casi subversivo; además, no podía tolerar que los miembros de su gobierno tomasen iniciativas semejantes por su propia cuenta. En vez de adoptar medidas contra la Falange, Franco se veía obligado a prescindir de Várela y Galarza.

A principios del mes de septiembre de 1942 Várela fue sustituido como ministro del Ejército por el general Asensio, que pasaba por ser uno de los «generales falangistas». Galarza tuvo que ceder la cartera de Gobernación a Blas Pérez González, antiguo protegido de Serrano Súñer y de Gamero del Castillo. Pérez era un franquista que tenía ciertas simpatías por la Falange.

De rechazo, estos cambios ministeriales determinaron la salida de Serrano, a pesar de que, como ministro de Asuntos

Exteriores, no había tenido ninguna intervención en los hechos que los habían provocado. Franco había decidido prescindir de él desde la crisis de 1941. Para el Caudillo, Serrano no sólo no era ya indispensable, sino que se había convertido en un estorbo. Serrano seguía siendo considerado como el «ministro del Eje», pero la situación geopolítica ya no resultaba tan favorable a las potencias fascistas como antes. El resultado de la ofensiva alemana en el Éste parecía dudoso y se consideraba inminente la apertura de un segundo frente angloamericano en Francia o en el Mediterráneo. Al prescindir del anglófilo Várela, Franco no podía conservar al anglófobo Serrano. Las conveniencias personales y diplomáticas de Franco coincidían con las necesidades de la política interior.

En conjunto, los dirigentes falangistas se consideraban satisfechos con la eliminación a la vez de Várela y de Serrano. Y para acabar de arreglar las cosas, Manuel Valdés fabricó un falso informe del SEU en el que se denunciaba a Domínguez como un agente británico.

Algunos de los «camisas viejas» más idealistas que habían permanecido contra viento y marea en las filas del partido, asqueados ante la hipocresía que suponía esta última claudicación, optaron por abandonar definitivamente toda actividad política. Arriba seguía denunciando de vez en cuando a los elementos liberales e izquierdistas infiltrados en el partido, pero reconocía que «en el fondo, todos somos españoles». Superada la «edad de hierro» de la España franquista, parecía llegada la hora de la «tolerancia[715]».

En realidad, la FET se había mantenido como partido político sólo por imperativos de la moda fascista y ante la necesidad de contar con una ideología estatal y con un instrumento político para aplicarla. Pero, a media que, a partir de 1943, la moda fue pasando, hubo que modificar el instrumento. El partido, cuya importancia se vio considerablemente reducida en

1939-1940, desapareció casi totalmente en 1943, transformándose en una simple burocracia para uso doméstico. Si sobrevivió, artificialmente y más aislado que nunca, a lo largo de los años, como el propio régimen, fue porque sus enemigos nunca llegaron a ponerse de acuerdo sobre la manera de destruirlo o de reemplazarlo. En la política española seguía imperando la misma confusión existente desde 1936.

Franco continuaba empleando a la FET como una bandera levantada contra la restauración de la Monarquía, que hubiese significado el fin de su régimen. En 1943, cuando Italia, derrotada, abandonó la lucha y los ejércitos alemanes sufrían los más graves reveses, los monárquicos reanudaron sus presiones para un cambio de régimen. Varias personalidades monárquicas, entre las que figuraban algunos consejeros nacionales de la Falange, firmaron un escrito dirigido al Caudillo pidiéndole que diera paso a la restauración de la monarquía borbónica, alegando que era el único medio de evitar una intervención de los aliados en España favorable al retorno de las izquierdas. Franco se enfureció ante este gesto y destituyó a los seis consejeros nacionales firmantes, entre ellos a Gamero del Castillo y García Valdecasas. Sin embargó, las presiones de los monárquicos siguieron acentuándose.

Pero esta vez, Franco no tuvo siquiera que intervenir para continuar su juego de división política, enfrentando a unos peones con otros. Los carlistas se habían dividido en tres o cuatro ramas después de la extinción de su dinastía, pero estaban decididos a oponerse por todos los medios al retorno de los «usurpadores», aún con el riesgo de provocar una intervención extranjera. Cuando en 1943 la presión monárquica llegó a su punto culminante, un teniente carlista partidario de uno de los pretendientes, don Carlos (descendiente por línea femenina del primer pretendiente, Carlos VII), presentó una solución alternativa a los dirigentes falangistas, proponiéndoles una amplia

operación conjunta en favor de don Carlos, para dividir a los monárquicos españoles. Con ello se privaría al candidato oficial de los Borbones, don Juan, del apoyo *cuasi-unánime* que necesitaba para imponerse al régimen.

Esta propuesta —que ya había efectuado por su cuenta, en marzo de 1943, un abogado carlista de Valencia— fue aceptada con gran entusiasmo. Así, el gobierno, a través de la Falange antimonárquica, pudo apoyar y financiar una campaña carlista «clandestina» en favor de don Carlos. Al cabo de tres o cuatro meses, una gran parte de la burguesía española empezaba a tener sus dudas acerca de la legitimidad cuya exclusiva reivindicaba don Juan. Los planes de los monárquicos «ortodoxos» se vieron así frustrados por algún tiempo y el régimen logró conjurar el peligro que le amenazaba.

Gracias a las divisiones de sus adversarios, el hábil maniobrero de Francisco Franco logró asegurar la continuidad de su Estado pseudofalangista. Y como afirmaba quince años más tarde el promotor del plan estratégico de 1943:

> Si cien veces nos viéramos en aquella misma oportunidad, cien veces haríamos lo mismo, pues es preferible cien años de gobierno de Franco, con toda la corrupción de su administración, que un año de gobierno de don Juan, que sería el puente para el comunismo a muy corto plazo[716].

La debilidad y la hostilidad mutua de sus enemigos constituían el fundamento esencial de la fuerza de Franco.

Capitulo 17

Epilogo. EL Principio del fin

Cuando en 1942-1943 el curso de la guerra mundial inició su giro decisivo, el régimen empezó a hacer verdaderos esfuerzos para borrar toda afinidad con comprometedoras ideologías extranjeras. Ya no se hablaba en España de apoyar al fascismo internacional y, en lo sucesivo, se justificaba la oposición del régimen a la Rusia soviética por la necesidad de defender la «civilización cristiana» contra el «comunismo asiático». Aprovechando un viaje de Arrese a Alemania, en enero de 1943, Hitler hizo un último esfuerzo por arrastrar a España a la guerra. Las profundas convicciones católicas de Arrese hacían de él el más seguro emisario de Franco en semejante ocasión; sus escasas simpatías por el radicalismo fascista le impedían apoyar la creación de un nuevo frente exterior pronazi. Arrese replicó a las presiones alemanas afirmando que si España estaba dispuesta a contribuir a la lucha contra el comunismo, dicha lucha debía basarse sobre los principios del cristianismo occidental, y por tanto no podía implicar hostilidad alguna hacia los países anglosajones. Además no parecía lógico tener como aliado al Japón asiático y pagano, que trataba de destruir toda la obra de la civilización cristiana en el Extremo Oriente. Para que España pudiera entrar en la guerra mundial, afirmaba Arrese, era necesario revisar completamente el sistema de alianzas. Todo lo que España podía ofrecer era aumentar su contribución a la lucha en el frente ruso, después de que Hitler

hubiese firmado una paz separada con las potencias occidentales; por otra parte, no tenía sentido mantener en Rusia una División Azul si al mismo tiempo no se enviaba otra a las Filipinas para defenderlas de la agresión japonesa[717]. En 1943 tal vez Hitler ya no se mostrase tan contrario como antes a la idea de una paz separada con el Oeste, pero su nihilismo revolucionario le había arrastrado demasiado lejos para poder volverse atrás. En estas circunstancias el régimen español empezó a tomar sus distancias respecto del régimen hitleriano.

Durante el último año de la guerra, el régimen de Franco hizo los máximos esfuerzos para desprenderse de todo vestigio aparente de fascismo. Naturalmente, la Falange tuvo que ser sacrificada en esta operación[718]. En el nuevo gobierno, cuya constitución se hizo pública el 20 de julio de 1945, sólo aparecían dos falangistas. El general Asensio (uno de los «generales falangistas») fue sustituido por un militar conservador ortodoxo. Arrese fue destituido de su puesto de ministro secretario general del «Movimiento» (como se denominaría en lo sucesivo al partido), cargo que quedó vacante, como para poner de relieve la insignificancia del papel de la FET en la nueva orientación política.

En un discurso público, el Caudillo declaró que la Falange no era un verdadero partido estatal, sino un «instrumento al servicio de la unidad nacional». La propaganda del partido enmudeció bruscamente. Ya no se hablaba más del inevitable hundimiento de las democracias occidentales, ni de la superioridad absoluta de las virtudes castrenses o de la violencia institucionalizada. El 27 de julio, la Vicesecretaría de Educación Popular, que asumía el control de la propaganda, fue desgajada de la estructura orgánica del partido y traspasada al Ministerio de Educación Nacional. A medida que pasaban los meses, iban desapareciendo vestigios exteriores del fascismo. Un decreto del 11 de septiembre de 1945 derogó la ley de 1937 por la que

se había impuesto el uso obligatorio del saludo fascista para toda la nación[719].

La influencia de la Falange —más teórica que real— disminuía a medida que el régimen iba levantando poco a poco su nueva fachada liberal. El propio Arrese había contribuido a la elaboración del decreto de julio de 1942 por el que se establecía un simulacro de cámara representativa bajo forma de las tradicionales Cortes Españolas, compuestas de miembros designados de oficio o elegidos indirectamente por un procedimiento corporativo. En 1943 se celebraron las primeras elecciones de enlaces sindicales en las empresas. Esta serie de medidas, encaminadas a camuflar la dictadura bajo apariencias «democráticas», fueron completadas en 1945 por una nueva ley convocando elecciones municipales. Los electores únicamente podían votar a los candidatos oficiales. Un tercio de los concejales serían elegidos por los cabezas de familia y otro tercio por los miembros de los sindicatos locales; los candidatos así elegidos procederían, a su vez, a elegir el tercio restante entre los nombres que figurarían en una lista aprobada por el gobierno. Todos los puestos de importancia seguirían siendo cubiertos por designación directa desde arriba. El 17 de julio de 1945 el Caudillo anunció repentinamente la promulgación del Fuero de los Españoles, por el que se pretendía establecer una serie de garantías para los ciudadanos; en realidad se trataba de una declaración de principios sin traducción en la práctica. Las «garantías» quedaban desvirtuadas por el artículo 33, que estipulaba que «el ejercicio de los derechos que se reconocen en este Fuero no podrá atentar a la unidad espiritual, nacional y social de España[720]». El 22 de octubre de 1945, Franco, sintiéndose cada vez más acosado, promulgó una ley estableciendo que, en lo sucesivo, las grandes cuestiones de interés nacional serían sometidas a referéndum popular, aunque, naturalmente, el Caudillo se reservaba el decidir cuándo había que apelar al pueblo.

Ninguna de estas disposiciones legales impresionó a las democracias occidentales; por el contrario, decidieron retirar a sus representantes diplomáticos en Madrid. La amistad de Franco con el nacionalsocialismo en tiempos de guerra convirtió a España en la nación paria de Europa y su régimen fue excluido del mundo occidental.

Pero con Franco este tratamiento no surtió ningún efecto. Los seis años de aislamiento internacional posteriores a la segunda guerra mundial contribuyeron más a consolidar la dictadura que los seis años anteriores de terror policíaco. Ante un mundo hostil, muchos españoles moderados, que probablemente hubiesen constituido una eficaz oposición interior, no tuvieron otra elección que identificar su suerte con la del régimen.

Aunque las reformas «liberales» no eran más que puras concesiones «*de fachada*» para aplacar las críticas exteriores e interiores, lo cierto es que la intensidad de la represión política empezó a decrecer, debido en parte a que la resistencia interna contra el régimen, cuya actividad no había cesado desde el fin de la guerra civil, comenzó a desmoronarse. La izquierda española se había hecho la ilusión de que el hundimiento de las potencias fascistas en Europa supondría también el fin del régimen de Franco. Al ver que las democracias occidentales no hacían nada para derribar a Franco, los izquierdistas que se mantenían en la clandestinidad empezaron a perder toda esperanza y muchos abandonaron la resistencia. Siete años de intensa práctica habían proporcionado a la policía española una notable eficacia. Al principio su organización había sido bastante deficiente, aunque su falta de experiencia profesional fuese ampliamente compensada por el empleo de métodos de una ferocidad primitiva. Pero en 1946 estaba en condiciones de luchar eficazmente contra las organizaciones clandestinas izquierdistas; una serie de detenciones en masa acabaron desmantelando

los últimos grupos de la resistencia organizada, que dejó de existir, prácticamente, en 1947.

El índice de las ejecuciones bajó también proporcionalmente. Como había afirmado en 1938 el jefe local de la Falange de Sevilla, Manuel Halcón, «nuestros principios cristianos no nos permiten matar a todos nuestros enemigos[721]». Resulta imposible determinar con exactitud el número de presos políticos ejecutados durante los primeros cinco o seis años posteriores a la guerra civil, pero la cifra se elevaría a varias decenas de miles. En 1944 un funcionario del Ministerio de Justicia le entregó a un corresponsal de la *Associated Press* una hoja de papel en la que figuraba el número de presos políticos que se suponía habían sido ejecutados desde el fin de la guerra: 192 684. Esta cifra constituye una enorme exageración, pero da una idea de la magnitud de la represión[722].

De 1946 a 1950 el régimen de Franco volvió replegado sobre sí mismo. La oposición interior se mostraba impotente, mientras las potencias extranjeras mantenían a España totalmente marginada. La sangrienta represión de 1945-1946 y las divisiones internas características de la política española habían anonadado temporalmente a las izquierdas. El régimen podía permitirse un ligero respiro.

A mediados de 1945, la única preocupación de Franco respecto a la Falange era que se mantuviese quieta. Había logrado establecer un laborioso equilibrio en la política interior a fuerza de conceder poder económico a los Bancos; el control de los asuntos militares (con generosa tolerancia para hacer «negocios») al Ejército; la dirección de la vida espiritual y de gran parte de la educación a la Iglesia Católica; ciertos subsidios a los monárquicos; la política exterior a la Acción Católica; honores y elogios a los carlistas; una relativa seguridad a las clases medias; retórica (por lo menos hasta 1945) y cargos oficiales a los del partido; estabilidad en el empleo y buenas promesas a

los trabajadores. Se trataba de una estabilidad mantenida a muy bajo nivel, pero que le permitía al régimen ir tirando. El país se hallaba sumido en la más profunda inercia.

El partido había cumplido el papel que se le había asignado, sirviendo de pantalla y de instrumento de la dictadura. Ahora se había convertido en una burocracia petrificada, sin contar apenas con militares activos. La mayoría de los veteranos cuyos nombres figuraban en los ficheros de la «vieja guardia» no acudían a los actos oficiales del partido y habían perdido todo interés por el mismo.

La organización de la FET había sido confiada al vicesecretario general del partido Rodrigo, Vivar Téllez. Tenía éste reputación de ser hombre de irreprochable caballerosidad, de honradez, de tacto y de alteza de miras, a falta de una brillante inteligencia. Había sido juez en Málaga y llegó a las esferas directivas del partido arrastrado por Arrese. Franco no le tenía gran aprecio personal, debido a su franqueza, pero estaba seguro de su lealtad. Vivar Téllez no era falangista y no veía la necesidad de seguir prestándose a aquella farsa. La FET era ya cosa muerta; un partido minado por la corrupción y por las intrigas y pequeñas rencillas burocráticas, que ya no representaba nada en España. El fascismo había desaparecido de Europa y la persistencia del partido único no hacía más que perjudicar al régimen ante las democracias victoriosas. El vicesecretario general, con muy buen sentido, sugirió que lo lógico sería disolver el partido, ya que la Falange no era más que un fósil, digno a lo sumo de figurar en los museos.

Franco rechazó la idea, porque la desaparición de la Falange hubiera alterado el equilibrio del sistema establecido por él. ¿Cómo podría mantenerse el «*espíritu de la Cruzada*» si faltaba el instrumento de «coordinación nacional» que era la Falange? El propio régimen quedaría desnudo y desamparado sin el apoyo del aparato oficial y la fachada política del partido único. La

Falange era todavía un peón demasiado útil para que Franco se decidiera a prescindir de ella. Y su debilidad la hacía aún más manejable.

A partir de 1945 los falangistas empezaron a sentirse en manifiesta inferioridad respecto de los demás grupos nacionalistas. Los elementos conservadores y los católicos manifestaban una creciente hostilidad hacia los que consideraban como unos fanáticos totalitarios, cuando no unos criptocomunistas. La insistencia de la Falange sobre la necesidad de reformas económicas y de reducir las diferencias entre las clases sociales chocaba con el rígido conservadurismo de las derechas dominantes, llenas de recelo hacia la clase trabajadora. Como observaba un antiguo falangista, «desde que comenzaron a funcionar las Cortes resultó curioso observar cómo los menos dispuestos al diálogo, los más absolutistas, eran precisamente de procedencia no falangista[723]». Como Franco había hecho tentadoras ofertas a los falangistas para apartarlos de toda actividad política, al mismo tiempo que desbarató cualquier intentó político serio, «más de uno se sintió con las alas cortadas y se refugió en la vida profesional, no lógicamente, sino desalentados porque las cosas no siguieron el camino que anhelaban[724]». En los años posteriores a la guerra mundial, la actividad de la Falange se redujo casi exclusivamente al campo de la retórica política.

Los miembros de la «vieja guardia» que aún continuaban en la política activa tenían la esperanza de que con el tiempo mejorarían las condiciones económico de España y entonces podrían acometerse las reformas de estructura necesarias para realizar el programa del partido. De todos los «camisas viejas», José Luis de Arrese era el que se sentía más próximo a Franco y confiaba todavía en que el Caudillo realizaría algún día el programa nacionalsindicalista. Aunque el falangismo de Arrese era un franco-falangismo que no tenía nada que ver con el radicalismo nihilista de Ramiro Ledesma, ni con el voluntarismo hu-

manista de José Antonio. De los fundadores de la Falange el único que hubiera podido adoptar una orientación similar a la de Arrese acaso habría sido Onésimo Redondo. Arrese proclamaba su fidelidad a los ideales de José Antonio, pero en su actuación práctica parecía perseguir unos ideales distintos.

Como lo reconocía públicamente Arrese, el curso de la guerra civil, en la que se impuso indiscutiblemente la autoridad de Franco, agrupando en torno suyo a todas las fuerzas nacionalistas, originó una situación política totalmente nueva. Si el partido no podía realizar ya las ambiciones iníciales de la Falange, por lo menos había creado un cuerpo de doctrina y un programa social capaces de trazar el camino a seguir por el Estado y la sociedad española durante los próximos decenios.

Arrese solía evocar la posibilidad de una evolución del régimen que orientase en un sentido más social la estructura económica del país y que hiciese que las Cortes fueran más representativas. Seguía mostrando su hostilidad hacia las derechas y en 1947 escribía que «en España, la mayor enemiga que ha tenido el falangismo ha venido siempre del hombre de derechas[725]». Con su retórica inofensiva, Arrese condenaba al capitalismo, considerándolo como el mayor pecado de los tiempos modernos, al propio tiempo que insistía en la necesidad absoluta de eliminar la usura. Arrese prestó su nombre a varios libros, escritos —en parte— por otros teóricos falangistas y en los que se exponían planes abstractos para superar definitivamente la lucha de clases. Hacia 1950, Arrese y sus colaboradores trataron de reactualizar la vieja doctrina de la Falange de que el trabajo no era una simple cuestión de interés material, sino la manifestación humana de un proceso social, del proceso orgánico de la producción. En la propaganda del partido se afirmaba que todos los componentes del sistema productivo debían tener un interés común en su trabajo, que debía ser regido sobre una base cooperativa, distribuyéndose equitativamente los beneficios

entre los empresarios y los trabajadores. Arrese se mostraba partidario de la transformación del sistema sindical en una vasta red de cooperativas, mediante la cual quedaría abolido el capitalismo privado[726].

Pero todo esto no era más que palabras al viento frente a una realidad en la que se había impuesto el triunfo reaccionario del capitalismo español, triunfo que, evidentemente, Franco no estaba dispuesto a impedir.

Por mucha importancia que diera Arrese a las profundas transformaciones económicas, él mismo reconocía que consideraba mucho más importante el salvaguardar la unidad de España y los «principios cristianos». La lucha de clases y la explotación económica eran, ciertamente, las causas primordiales de la desintegración de la sociedad moderna, pero lo más urgente era hacer frente al nuevo Anticristo: el comunismo ateo. Esta lucha era el eje de la política moderna; todos los demás factores secundarios debían subordinarse a la resistencia común frente al gran Enemigo. La única defensa segura en esta lucha consistía en agruparse detrás de la Iglesia Católica, y únicamente gracias a la dirección del Caudillo y a los principios políticos del Movimiento podría evitarse el terrible peligro de la revolución.

Con semejante actitud se hacía el juego a los partidarios de la dictadura militar apoyada por los núcleos financieros. Con el silogismo simplista de Arrese (libertad política = desunión = rebelión = anticlericalismo = comunismo = Anticristo) se hacía imposible toda actitud independiente de oposición a la dictadura. Realmente el «franco-falangismo» de Arrese no tenía nada que ver con el fascismo. Podía resumirse en un mero autoritarismo militar, apoyado por un lado en el catolicismo y por el otro en un sistema estatal. Carecía del carácter dinámico, agresivo y radical del fascismo primitivo, y cuando Arrese se refería a éste, lo hacía con mucha reticencia:

> El fascismo no es una fórmula completa […] Acierta en cuanto busca una salida al dilema capitalismo-comunismo; pero se equivoca en cuanto que no se decide a abandonar del todo la postura materialista, único modo de lograr la evasión apetecida; más aún, si el fascismo no hubiera sido acallado por el estruendo de los cañones, hubiera llegado a fracasar; mejor dicho, hubiera llegado a fracasar en su misión final de alumbrar una nueva era[727].

El fascismo era demasiado materialista, radical y nihilista, y no era católico. Por esto había resultado incapaz de salvar a Europa del comunismo y de preparar los caminos del porvenir.

Durante todos estos años, la Falange no tuvo otra misión que la de tener en jaque a los monárquicos. Esta función adquirió todavía mayor importancia cuando Franco, para apaciguar a las derechas ortodoxas, estableció unas normas legales para la sucesión del régimen. El 6 de julio de 1947 se sometió al referéndum del pueblo español la Ley de Sucesión, por la que se reconocía al general Francisco Franco como Caudillo y Jefe del Estado Español. En otros artículos se estipulaba que «vacante la Jefatura del Estado, asumirá sus poderes un Consejo de Regencia, el cual se hará cargo del gobierno de la nación para preparar la restauración de la Monarquía». Entretanto, un Consejo del Reino, nombrado por el Caudillo, le asistirá para tomar las medidas que estime oportunas con vistas a la eventual transición[728].

Como era de suponer, el referéndum fue un éxito y el gobierno del Caudillo se convirtió en una especie de prorregencia. La «vieja guardia» falangista, que era violentamente antimonárquica, protestó contra esta serie de disposiciones para la restauración, pero nadie le hizo el menor caso. En 1947, los falangistas de la «vieja guardia» eran el hazmerreír de toda España.

No obstante, al año siguiente ganaron algunos puntos después de la infructuosa entrevista celebrada entre el Caudillo y el pretendiente, don Juan, en Portugal. Don Juan hizo saber que no podía considerar a la Monarquía restaurada como una mera

prolongación legal del régimen de Franco, y añadió que no podía aceptar la existencia del actual partido único estatal ni sus Veintiséis Puntos. Esto vino a ensombrecer de nuevo el horizonte político español, impulsando al Caudillo a reanimar un poco a la moribunda Falange.

En 1948 Raimundo Fernández Cuesta volvió a ocupar su cartera de ministro-secretario general del Movimiento, que había permanecido vacante durante tres años. El breve período de actividad a que dieron lugar los esfuerzos para devolver al partido una parte de su vitalidad no sirvió más que para obligar a ceder a los monárquicos. Aunque se hubiese deseado sinceramente hacerlo, era ya demasiado tarde para infundir nueva vida al partido.

El aislamiento de España terminó en 1950, en los momentos culminantes de la «guerra fría» contra el comunismo. El nombramiento de un embajador norteamericano en Madrid fue la señal para que, una tras otra, las potencias occidentales reconociesen nuevamente al régimen franquista. El deseo de incluirlo en una vasta alianza anticomunista, aunque fuese moralmente condenable, era cosa natural.

La situación económica de España en 1950 no era muy distinta de la de 1936. Ante la falta de ayuda extranjera, habían sido necesarios más de diez años para levantar al país de las ruinas de la guerra civil; las privaciones y el aislamiento provocados por el largo conflicto internacional habían retrasado el proceso de su recuperación. El nivel de vida no había aumentado mucho y en algunas regiones incluso había experimentado un descenso. Los recursos económicos de la nación estaban en manos de un sistema capitalista temperado por el control económico del Estado. En general, todas las materias primas, las licencias de importación, las divisas extranjeras, el comercio exterior, ciertos aspectos del crédito y otros muchos capítulos de la producción nacional estaban controlados por el gobierno

con arreglo a las disposiciones de orden económico y las normas sindicales establecidas en 1940-1941. No obstante, las actividades financieras apenas se veían afectadas por esta serie de restricciones. Los bancos tenían las manos libres para actuar y, en la práctica, contaban con el apoyo de los ministros del gobierno.

La derrota de las izquierdas, la desaparición de los idealistas de la derecha, el largo período de «mercado negro» en las operaciones comerciales y la profunda transformación impuesta por la guerra civil, junto con la complejidad de la coyuntura económica mundial, en plena mitad del siglo XX, todo ello contribuyó a favorecer el desarrollo del capitalismo español. En 1950 España estaba en pleno florecimiento capitalista. El margen de beneficios de los grupos económicos era elevadísimo y las empresas aumentaban constantemente su capital social.

En esta época las inversiones de capitales alcanzaron considerables proporciones. España vivió el período de expansión industrial más brillante de su historia, desde los felices tiempos de 1914-1918. Según el informe anual del Banco Central para 1959, entre 1951 y 1958 los índices de la producción industrial aumentaron aproximadamente en un cien por cien. Este desarrollo fue posible gracias a una implacable política de precios y de salarios, impuesta por los grandes grupos industriales y financieros que, en la práctica, controlaban toda la economía. Además, el grupo de industrias nacionales del INI —la obra preferida del régimen— volcaba millones y más millones de pesetas en una serie de empresas estatales y de planes económicos del gobierno. Las inversiones se efectuaban a un ritmo tal que pronto rebasaron la capacidad productiva real de toda la economía nacional.

A pesar de la competencia existente en el mundo de los negocios, los precios se mantenían elevados para asegurar un alto nivel de beneficios a las empresas capitalistas. Los precios de

coste resultaban excesivos, porque España carecía de industrias secundarias, de ingenieros y de obreros especializados en número suficiente para desarrollar un programa de rápida expansión industrial. Todo el sistema dependía de las importaciones, mientras el gobierno se obstinaba en proseguir un plan económico absolutamente irracional. La ayuda económica norteamericana, que alcanzó importantes proporciones en 1953, consiguió estabilizar momentáneamente la situación, pero, a la larga, contribuyó a agravarla al estimular al mundo de los negocios a efectuar arriesgadas inversiones. La consecuencia natural de todo ello fue un pavoroso proceso de inflación, que alcanzó proporciones alarmantes a partir de 1955.

En cuanto al partido, el único foco vivo de idealismo lo constituían las llamadas Falanges Universitarias o sección estudiantil del Movimiento. Salvo en los primeros años de la posguerra, estos jóvenes falangistas no pasaron de constituir una exigua minoría entre la masa universitaria, pero estaban llenos de fe y de fervor. Sin embargo, ante la realidad circundante, incluso estos espíritus ardorosos acababan perdiendo su entusiasmo. Entre 1945 y 1955 algunos grupos de estudiantes y de organizaciones juveniles vinculadas a las facultades y escuelas intentaron revitalizar —y a veces, hasta recrear— el falangismo entre los jóvenes. En plena dictadura y bajo el peso de cinco o seis grupos de presión distintos, ello requería un gran esfuerzo. Los estudiantes falangistas acabaron perdiendo todo interés por la lucha y, en 1955, la juventud de la nación estaba sumida en la mayor apatía política.

El régimen no deseaba, en realidad, otra cosa. El Caudillo había comprendido desde el primer momento la imposibilidad de edificar un Estado fundado exclusivamente sobre bases ideológicas. El partido, que debía ser el principal instrumento para esta obra, resultaba absolutamente incapaz y no inspiraba la menor confianza; por otra parte, la oposición al mismo pro-

cedente de las principales fuerzas de la derecha era demasiado fuerte. Franco optó, por lo tanto, por un régimen de simple fachada ideológica, verdadera farsa política detrás de la cual se amparaba su sistema de gobierno dictatorial. Fuera del reducido círculo de funcionarios del gobierno y del partido, todo lo que se pedía a la gente era su asentimiento pasivo. No teniendo ningún ideal que ofrecer al pueblo español, el único objetivo de Franco era mantenerlo en la más profunda ignorancia política. Con las izquierdas reducidas a la impotencia, las derechas absorbidas con la religión y los negocios y el partido oficial reducido a un papel puramente decorativo, la tradicional fórmula *panem et circenses* estaba a la orden del día.

El pan, por primera vez después de quince años empezaba a ser abundante. Con el incremento de la producción, aumentaron los salarios reales, aunque el capital seguía llevándose la parte del león en los beneficios. En cuanto al circo, España se convirtió en el país más apasionado de Europa por los deportes. Cuando un director de periódico no dedicaba suficiente espacio al deporte incurría en las iras de los funcionarios de la censura. Madrid podía permitirse el lujo de poseer un diario exclusivamente consagrado a los deportes, que era el que alcanzaba la mayor tirada del país. Y como remate, en la capital de la nación se estaba construyendo el mayor campo de fútbol del mundo.

Durante la guerra civil, el cronista oficial del Cuartel General había escrito: «No nos engañemos: cuando termine esta guerra, tendremos muchos vencidos dominados, PERO CONVENCIDOS, NINGUNO[729]». Con el tiempo, Franco estaba menos empeñado en convencer que en impedir todo riesgo de que los españoles empezasen a pensar por su cuenta.

Hacia 1955, Madrid era la ciudad que ofrecía el mayor vacío político de Europa. Todas las ideologías políticas que habían penetrado en España desde 1900, o habían sido derrotadas físi-

camente durante la guerra civil, o fueron moralmente desfiguradas en los años posteriores a la misma. Aparte la minoría de católicos que iban a misa, no había el menor signo de que ningún sector de la población creyese realmente en algo. A medida que transcurrían los años, la izquierda parecía encontrarse más dividida, más resentida y más impotente. El ligero aumento de la producción permitía abrigar alguna ilusión de mejora económica, y los trabajadores más capaces orientaban sus ambiciones hacia las aspiraciones económicas, más que políticas. La vida política era algo inexistente. Las únicas manifestaciones públicas españolas se limitaban a algunas realizaciones económicas.

En estas condiciones, el único falangista que alcanzo alguna popularidad a lo largo de dieciséis años de ministro de Trabajo (1941-1957) fue el antiguo jefe de milicias José Antonio Girón. Éste se tomó en serio su cargo y trató de infundir en el gobierno cierta preocupación por los trabajadores. Estableció una legislación social bastante avanzada, aunque las disposiciones oficiales quedaban muy por debajo de las necesidades reales de los trabajadores. La realización más destacada de su sistema fue la garantía de estabilidad en el empleo. Existía un subempleo, pero el paro prácticamente desapareció. A pesar de estar rodeado de paniaguados, famosos por sus inmoralidades económicas, la gente reconocía que había intentado sinceramente mejorar la situación de los trabajadores y logró incluso cierta popularidad entre los mineros asturianos[730].

Sin embargo, hacia 1955, la espiral de la inflación hizo que la situación de los trabajadores industriales o agrícolas resultara insostenible. Si se quería evitar que el malestar económico provocase un despertar de la conciencia política adormecida durante tantos años, era preciso dar satisfacción a algunas reivindicaciones sociales. La popularidad de Girón se mantuvo todavía en alza gracias a un aumento de salarios concedido en 1956. Dada la complejidad del sistema de salarios existente en Espa-

ña, el aumento real no resultó tan importante ni de efectos tan inmediatos como parecía, pero el gesto hizo su efecto. Esta medida provocó lógicamente un considerable agravamiento del proceso inflacionista. Durante 1955 y 1956 estalló en algunas zonas industriales una serie de huelgas ilegales. Incluso ciertos católicos liberales empezaron a agitarse.

Algunos «camisas viejas» aprovecharon el momento para abrir su corazón. En un congreso de la «vieja guardia» celebrado en 1956, Carlos Juan Ruiz de la Fuente afirmó: «Nuestro capitalismo se estanca en 1936. Más y más grande. Es el único capitalismo marxista todavía superviviente[731]». Era evidente que había que introducir alguna modificación en su estructura, ya que el propio ministro de Hacienda reclamaba una mejor administración económica y el Estado necesitaba reforzar su sistema.

En este ambiente, la monarquía, considerada por los elementos conservadores como la salida natural del régimen de Franco, empezaba a adquirir una rápida popularidad. Si hasta entonces todavía no lo eran, todos los banqueros se hicieron monárquicos. Muchos funcionarios del régimen empezaron a confesar a los extranjeros que ellos no eran, en realidad, franquistas, sino monárquicos. De igual modo que muchos derechistas apoyaron la República conservadora en 1931 para evitar males peores, esos mismos elementos empezaban a considerar una monarquía moderadamente constitucional como su única salvación en 1956. Husmeando el peligro, la Jerarquía eclesiástica empezaba también a plegar velas y a tomar sus distancias respecto del régimen. Por vez primera en los últimos diez años, éste se sentía seriamente amenazado.

Franco consideró que en tal difícil trance lo mejor era recurrir una vez más a Arrese, quien, en 1956, recuperó, con la bendición del Caudillo, el puesto de ministro secretario general del partido. Los falangistas de la «vieja guardia» consideraron que

este nombramiento presagiaba un importante cambio institucional y en un año se dijo que se inscribieron en la Falange 35 000 miembros; por vez primera desde el fin de la guerra civil las filas del partido, en vez de disminuir, aumentaron. Los dirigentes falangistas diéronse cuenta de que acaso ésta iba a ser su última oportunidad. El Caudillo podía necesitarles para que le ayudaran a transformar su dictadura en un sistema político más viable, y si los veteranos falangistas no aprovechaban ahora la ocasión para imprimir una nueva orientación al Estado español, podían considerarla ya perdida para siempre. Por lo tanto, se constituyó una comisión encargada de revisar los Estatutos del partido y de proponer una ampliación del sistema de Leyes Fundamentales para proporcionar al régimen una base popular más amplia. Además de Arrese, formaban la comisión varios antiguos líderes falangistas y consejeros nacionales, entre los cuales figuraban Luis González Vicén, José Antonio Elola, Diego Salas Pombo, Francisco Javier Conde y Rafael Sánchez Mazas. No obstante, la mayoría de los miembros de la comisión eran «franco-falangistas» y, por lo tanto, nadie tenía el menor interés en restablecer a la Falange en un lugar preeminente como partido estatal, ni siquiera en aumentar su influencia o prestigio en el país. Los miembros de la comisión no tenían otra preocupación que la de consolidar el régimen, procurando que se otorgase mayor representatividad a algunos elementos «seguros», con lo cual confiaban en la posibilidad de garantizar la continuidad del régimen, después de la desaparición del Caudillo.

La única voz que se levantó en la comisión en defensa de la ortodoxia falangista fue la de Luis González Vicén, el antiguo jefe de milicias de Valladolid, amigo de Girón, miembro del Consejo Nacional y considerado por el régimen como un francotirador. Vicén propuso que se estableciese una nueva Constitución basada sobre una Falange ampliada, que sería el instru-

mento ejecutivo del nuevo Estado, para organizar un sistema más representativo y más justo desde el punto de vista económico. Después de largas discusiones en el curso de una reunión y viendo que no conseguiría nada contra la voluntad de la mayoría, Vicén decidió retirarse de la comisión.

En una carta que dirigió a Arrese el 8 de junio de 1956, Vicén trató de explicarle las razones de su conducta. Reconociendo que después de la guerra civil la Falange no podía ya aspirar a ser un partido político independiente, afirmaba: «… El Partido, que fue movimiento por necesidad, debía ya hace mucho haberse transformado en otra cosa… que yo —no sé si acertadamente— digo que debió transformarse en sistema». Si el partido llegara a convertirse en una forma de gobierno regular, el arbitrario mando personal del Caudillo ya no sería necesario.

> Así concebido el sistema, no sólo no necesita jefe, sino que —lo que es mucho más importante— su presencia es perjudicial para él y para el sistema mismo. El sistema debe ser de mando colectivo y de jefatura sólo circunstancial. El Consejo Nacional electivo de características precisas es el eje de todo y quien asume todas las funciones de la Jefatura, que puede delegar, en tantos sentidos como creamos convenientes, en personas o en colectividades menores[732].

El Consejo Nacional de la Falange, encargado de supervisar todas las actividades del Estado español debería hallarse totalmente libre de influencias del Ejército o de la Iglesia. Vicén precisaba que no negaba al Ejército ni a la Jerarquía eclesiástica el derecho a ser consultados en todas las decisiones importantes para la vida de la nación, pero se oponía firmemente a que se les reservasen puestos especiales en el Consejo Nacional.

> En las Cortes, sin embargo, es donde tienen su justa presencia, es decir, junto al pueblo español en su labor legislativa. Allí está su sitio indudable, junto con otros muchos sectores profesionales y jerarquías del país[733].

Vicén rechazaba todo privilegio en favor de las jerarquías de la Iglesia porque consideraba que España era una nación católica y había que evitar a toda costa que el país pudiera dividirse nuevamente por causa de estos privilegios, precisamente cuan-

do la unidad religiosa era la única forma de unión que el régimen había logrado imponer al pueblo español[734]. Al propio tiempo Vicén expresaba su temor de que las manifestaciones más recientes de cierto alejamiento de la Iglesia respecto del régimen fueran un indicio de su voluntad de abandonarlo a su suerte[735].

El Ejército representaba un problema mucho mayor que la Iglesia. En cada momento crítico —proseguía Vicén— el Ejército se considera autorizado para actuar como árbitro de la política española, a pesar de su falta de educación y de disciplina políticas. Un Ejército que no conoce otros valores que «heroísmo, sacrificio y amor a la Patria» no estaba preparado para intervenir de un modo eficaz en la política nacional, y cuando lo intentaba, actuaba con igual sectarismo que cualquier otro grupo político. Si intenta dirigir la evolución política del Estado español, el Ejército «pasará en el concepto de los españoles como un Ejército vencedor implicado en las labores políticas y, por lo tanto, como conquistador de su propio país, se convierte en sujeto político del mismo». «El Ejército político ha fracasado en todos los países[736]».

El tercer elemento de la «no-Santísima Trinidad» de Vicén era el capitalismo español o la derecha. «El derechismo español, que siempre ha obrado influido por el miedo y por la intranquilidad que le producía su falta de contenido auténtico, ha gritado constantemente: Iglesia y Ejército[737]». Porque sólo gracias a su autoridad espiritual y militar pueden conservar las derechas su «precaria situación» en la vida española.

Según Vicén, uno de los principales problemas políticos españoles consistía en:

> La falta de liquidación de la guerra civil, que en el momento actual se encuentra todavía casi en el mismo estado que en el año 1939… En este momento todavía, la diferenciación entre rojo o no-rojo, entre afectos y desafectos, en otros términos, entre vencedores y vencidos, es una realidad en la vida nacional y en las decisiones administrativas del gobierno. El acceso al

poder perfectamente delimitado entre vencedores y vencidos, el trato a los ciudadanos en los que igualmente se marca la diferencia, las posibilidades de influencia social y otras muchas razones, indican claramente que este gravísimo problema se encuentra sin solucionar. Si esto se ve así desde nuestro campo, ya puedes figurarte cómo se ve desde el campo opuesto. Ellos no sólo se ven como vencidos o como insatisfechos políticamente; ellos se ven tratados como españoles de segunda categoría y exageran la injusticia del trato que reciben, acumulando el odio contra la otra mitad que creen causante de su mal[738].

Por lo tanto, en la evolución del movimiento nacionalista partiendo de la actual dictadura hacia un sistema político más compresivo habría que tener en cuenta a esta otra mitad de la nación. Mientras el régimen de Franco continuara identificándose con el Movimiento, no representaría más que media España y sería incapaz de establecer los sólidos cimientos del futuro. El peligro era aún mayor porque la Falange, que era el único grupo político existente dentro de los actuales límites del Movimiento, no tenía ninguna fuerza:

Cualquier acción política exige poseer una fuerza que la Falange no tiene en el momento actual, y que por ello tiene que buscar urgentemente, si no quiere seguir dando bandazos y representando todos los intereses menos el suyo mismo. Esta fuerza sólo le puede venir de dos sitios: o de un jefe prestigioso, como el que actualmente tiene, o de su propia masa y de las situaciones estratégicas que dentro del complejo estatal consiga[739].

Vicén censuraba duramente el que se permitiese que la Falange siguiera dependiendo exclusivamente de la autoridad de un jefe como Franco, por las siguientes razones:

1. Por la mortalidad y mutabilidad de los hombres.
2. Porque entraña en sí el mando absoluto que puede, en algunos casos, conducir a la tiranía.
3. Porque en ella se usa para el nombramiento del mando el método personal y directo, con sus graves consecuencias de coacción a la jerarquía, el servilismo, la falta de libertad de los hombres que cubren los cargos para opinar y actuar y el peligro de que, cuando se equivoca el mando (y el mando yerra como todo hombre, aunque yerre menos que los otros hombres), la equivocación es sustentada por todos automáticamente, pudiendo tomar caracteres de cataclismo.
4. Porque, por desgracia, los hombres son caprichosos, y principalmente aquéllos que se encuentran más altos, y no se puede hacer sufrir al

país por los Caprichos y veleidades de ningún hombre por alto que éste esté.

5. Porque este procedimiento de mando y fuerza de arriba abajo desata en la nación el movimiento de todos los trepadores y ambiciosos sin base, ya que a la jerarquía se llega por trato personal y no por trabajo, biografía política, conocimientos o dotes personales.
6. Porque no hay forma, en este tipo de mando, de aprovechar las posibilidades que tiene un país en personalidades, ya que todos los nombramientos tienen que ser hechos entre aquéllos que son conocidos o visibles por y para el que tienen que designar el nombramiento, y un hombre, por excepcional que sea, nunca puede tener ante su vista o imaginación más de «un corto número de personas y ningún fichero puede sustituir el conocimiento personal».
7. Porque se hace una elección a la inversa, ya que son sólo vistos aquéllos que por sus posibilidades espirituales, por sus ambiciones crematísticas, o por falta de ocupación, pueden dedicar su tiempo a hacerse ver[740].

Difícilmente podría haber salido de la pluma de un «rojo» exiliado una condena más dura del régimen político que el propio Vicén había contribuido a establecer. Para éste la solución no consistía en un retorno a la democracia política de la República, sino en un «ensanchamiento» de las actuales estructuras de gobierno, que permitieran incorporar a todos los españoles. Vicén sugería que fuese el Consejo Nacional de la Falange el que propusiese los candidatos a la Jefatura del Estado español y el que garantizase la limpieza de las elecciones que se celebrasen. Además, el Consejo Nacional debería supervisar todas las funciones estatales y podría interponer su veto a cualquier iniciativa de gobierno. Todos los españoles mayores de edad tomarían parte en las elecciones «presidenciales» para designar el jefe del Estado de entre los candidatos aprobados por el Consejo Nacional. Vicén enumeraba algunas de las medidas concretas que debían adoptarse para reorganizar el Estado español. El nuevo sistema, político mantendría los principios de sufragio universal, canalizado a través de la representación indirecta. Los funcionarios y los miembros de las entidades locales serían

elegidos directamente por la población; aquéllos, a su vez, elegirían a los miembros de las entidades provinciales y un tercio de las Cortes; un segundo tercio de las Cortes sería elegido por los Sindicatos (bien indirectamente, o directamente cuando se tratase de grandes sindicatos nacionales) y el tercer tercio sería integrado por personalidades eminentes pertenecientes a distintas categorías o clases, designados por el gobierno, las Cortes desempeñarían funciones legislativas, tendrán la facultad de confirmar al jefe de gobierno (o primer ministro) nombrado por el jefe del Estado, para retirar su confianza al gobierno, obligándole a dimitir y a supervisar y criticar las decisiones del gobierno, con un derecho de veto sobre la legislación fiscal. Su disolución, que daría lugar a nuevas elecciones, sólo; podría decretarse, como mínimo, dos años después de haber sido constitutivas.

Paralelamente al establecimiento de un gobierno más representativo, Vicén preconizaba un robustecimiento y, a la vez, una democratización de la organización de la Falange. Cada JONS local procedería a la elección de su propio jefe, cuya designación debería ser aprobada por el jefe provincial, quien podría revocar aquel nombramiento, pero únicamente con el apoyo del Consejo Provincial. Las JONS locales podrían asimismo presentar un voto de censura contra su jefe, correspondiendo la decisión final al Consejo Provincial.

En cada provincia, los militantes de la Falange elegirían los miembros de su Consejo Provincial, el cual designaría de entre ellos al jefe provincial, elección sobre la que el Consejo Nacional podría ejercer su derecho de veto. Por último, una tercera parte del Consejo Nacional la formarían los cincuenta jefes provinciales, un segundo tercio sería elegido directamente por los miembros del partido y el último tercio se compondría de consejeros directamente designados por el jefe nacional[741]. Éste sería nombrado por el Consejo Nacional, así como los

miembros de la Junta Política. El Consejo Nacional tendría por principal misión supervisar la línea política del Estado español, con derecho a vetar las leyes, criticar o promover las reformas y depurar los cuadros del partido.

El vacío político que rodeaba al régimen de Franco era algo que no podía continuar. Vicén le decía a Arrese que podía comprobar con precisión cómo la gran masa de los españoles se hallaban en pleno caos, sin jefes ni normas ni organización. Y añadía que «sí fallaba el intento de convertir el "Movimiento" en un "Sistema", la reacción que podría producirse sería incalculable». Para los dirigentes falangistas sería catastrófico esperar a la desaparición de Franco para reorganizar sus fuerzas, que estaban ya a punto de extinguirse. Después de Franco, el Ejército y los monárquicos tratarían de eliminar totalmente a la Falange. Entonces sería demasiado tarde para intentar la creación de un Sistema viable. Vicén le preguntaba a Arrese:

> «¿Tú crees que se podía hacer? Es más probable que fuéramos desbordados por los sectores monárquicos y por el mismo rey, que muy justamente tendería (sic) a quitarse la presencia incómoda y la hegemonía de una Falange en gran parte impuesta, pero no querida. Nos quedaríamos con tas cuartillas que ahora vais redactando en las manos, y como recuerdo no de nuestra falta de visión actual, sino de nuestra cobardía y conformismo[742]».

La implantación del «Sistema» requeriría muchos años y, por lo tanto, cada mes que transcurría resultaba precioso. Había que aprovechar los años en que el Caudillo continuase al frente de la nación para alcanzar todo el prestigio y la fuerza posibles:

Hay que hacer todo muy deprisa para conseguir aprovechar los años que le quedan al Caudillo de vida, y para que éste pueda dejar el porvenir de la Patria asegurado y no nos deje la tremenda incógnita que hoy tenemos[743].

Los demás miembros de la comisión consideraron que las proposiciones de Vicén eran demasiado radicales. Creían que era imposible «re-falangizar» a España; a lo sumo, todo lo que

se podía intentar era confiar al Consejo Nacional la salvaguardia de los ideales del Movimiento. La única preocupación de los miembros de la comisión parecía ser la de convertir la actual dictadura absoluta en un «sistema», dentro de una monarquía casi constitucional.

Al cabo de varios meses de deliberaciones la comisión elaboró un informe y varios «anteproyectos». Las «bases» teóricas del informe afirmaban que debía establecerse la continuidad del Movimiento sobre unos cuantos principios políticos básicos e incontrovertibles. Admitidos estos principios, podrían tolerarse diferencias de matiz en la interpretación de los mismos, siempre que ello no supusiera un retorno al sistema de partidos políticos. En todo caso, había que dotar al Estado español de una estructura jurídica adecuada, ya que el sistema del «Caudillaje» no podría continuar después de la muerte de Franco: «1. La autoridad del Caudillo es vitalicia. 2. La autoridad del Caudillo no es, en sus contenidos históricos, susceptible de sucesión[744]».

Para los miembros de la comisión la idea de una Constitución era demasiado formalista y tendente al relativismo jurídico; en su lugar preferían el establecimiento de una serie de Leyes Fundamentales, que permitirían la eventual transición del actual Estado español hacia una monarquía, bajo la dirección del Consejo del Reino.

Una vez firmemente establecido el principio de la transición hacia la monarquía, se planteaba el problema de incorporar a la misma la representación popular. La Ley de Sucesión no podía interpretarse como una simple entrega del Estado español a la persona del Rey; aquella Ley debía ser considerada como una más, dentro del conjunto de Leyes Fundamentales y en íntima relación con el contenido de las mismas. De acuerdo con la letra de estas Leyes, el sistema político establecido bajo la nueva monarquía sería representativo. Las «Bases» del informe reco-

nocían que, aunque la tendencia democrática no siempre fuera deseable, era, en realidad, «prácticamente irreversible[745]».

Naturalmente, el Movimiento Nacional constituiría la base de toda representación política. No podía destruirse la unidad del Movimiento para volver al caduco sistema de partidos políticos. El renacer de los partidos, incluso sobre la base de un sistema electoral restringido y controlado, sería un verdadero desastre. Una cierta libertad política, aunque restringida, no serviría para otra cosa que para favorecer las campañas demagógicas de los elementos desafectos, que se presentarían a sí mismos como los representantes del país real frente a la España oficial.

El hecho de que el gobierno fuera representativo no debía significar que el rey carecería de todo poder político. La fórmula «el rey reina, pero no gobierna» no debía interpretarse en el sentido de quitarle todo el poder. El Rey (o jefe del Estado) nombraría al jefe del gobierno (o primer ministro) y nombraría asimismo los principales mandos del Movimiento. El gobierno sería responsable al el jefe del Estado y no ante las Cortes.

Según al «Anteproyecto de Ley de Ordenación del Gobierno» propuesto, el jefe del gobierno sería responsable ante el jefe del Estado y sería nombrado por un período de cinco años, previa consulta con el presidente de la Cortes y el secretario general del Movimiento. El jefe del gobierno podía ser revocado por decisión del jefe del Estado o como consecuencia de un reiterado voto de censura del Consejo Nacional del Movimiento, el cual podría usar plenamente del derecho de interpelación.

Los ministros del gobierno, en razón de sus funciones administrativas, serían responsables ante las Cortes. Tres votos de censura del Consejo Nacional consecutivos contra el jefe del gobierno entrañarían su dimisión. La censura de las Cortes contra cualquier ministro —salvo que el jefe del gobierno se so-

lidarizase con él, en cuyo caso el conflicto sería resuelto por el Consejo— obligaría a la exclusivamente del legislar.

No se modificaría la composición de las Cortes, y el jefe del Estado podría seguir promulgando, en algunos casos, decretos-leyes. Las Cortes se ocuparían exclusivamente de legislar, pero no intervendrían en cuestiones políticas de orientación nacional, que corresponderían al Consejo Nacional. Bajo este nuevo sistema el pueblo intervendría en la vida nacional bajo tres formas distintas: a través de los referéndums, del Movimiento y de las Cortes. Las Leyes Fundamentales únicamente podrían ser modificadas mediante referéndums[746].

La comisión preparó asimismo un anteproyecto encaminado a redefinir los principios fundamentales del Movimiento. El texto especificaba que el programa original fascista de los Veintiséis Puntos estaba superado; no se hablaba para nada de «imperio», sino de que España estaba llamada a cooperar con todas las demás naciones y a contribuir sinceramente a la edificación de una comunidad internacional. Tampoco había alusión alguna a la violencia o a soluciones radicales; únicamente se hablaba de conservar un Ejército fuerte «a fin de que un sentido militar de la vida informe toda la existencia española». Esto es todo lo que quedaba en 1956 de aquella «sagrada violencia» de que hablaba Onésimo Redondo. El anteproyecto doctrinal insistía en afirmar la preeminencia del catolicismo, la necesidad de defender la unidad nacional y la justicia social y la posibilidad de mantener un sistema capitalista moderado.

En una gran concentración que se celebró en Salamanca el 29 de septiembre de 1956 para conmemorar el vigésimo aniversario de la exaltación de Franco al poder, Arrese pronunció un discurso defendiendo enérgicamente las nuevas leyes propuestas. Éstas habían sido distribuidas entre los consejeros nacionales y enviadas a otras personalidades interesadas, lo cual provocó inmediatamente una serie de respuestas, algunas de

ellas francamente hostiles. El Ejército, la Iglesia y los grupos financieros se opusieron violentamente al proyecto por temor a que contribuyese a aumentar la influencia de los falangistas. Las únicas modificaciones que estaban dispuestos a aceptar eran las que se orientaban hacia una monarquía autoritaria. Y preferían la dictadura tolerante existente a una resurrección del falangismo.

En veinte años de franquismo no se había realizado ninguno de los ideales de la «nueva España» con que había soñado José Antonio y los «camisas viejas» más inteligentes se daban perfecta cuenta de ello. El día en que se conmemoraba el vigésimo aniversario de la muerte de José Antonio, Arrese leyó ante la Radio Nacional el siguiente mensaje:

> José Antonio:...
>
> ¿Estás contento de nosotros?
>
> Yo creo que no.
>
> Y yo creo que no porque te levantaste contra la materia y el egoísmo, y hoy los hombres han olvidado la sublimidad de tus palabras, para correr como locos sedientos por el camino del egoísmo y de la materia.
>
> Porque quisiste una Patria de poetas y de soñadores ambiciosos de gloria difícil, y los hombres buscan sólo una Patria despensera y estomacal repleta de fécula, aunque no tenga belleza ni gallardía.
>
> Porque predicaste el sacrificio, y los hombres miran a un lado y a otro para esconderse.
>
> Porque despreciaste el dinero, y los hombres buscan el dinero; y el negocio se impone al deber, y el hermano vende al hermano, y se especula con el hambre del humilde y con las dificultades de la Patria.
>
> Porque los hombres confunden tu lema de ser mejor por el de estar mejor.
>
> Porque el espíritu se hace carne, y el sacrificio, guía, y la hermandad, avaricia.
>
> Porque llamaste a tu cortejo a millares de mártires para que nos sirvieran de norma y guía, y los hombres no han visto en la sangre de los tuyos el ejemplo, y encuentran inoportuno su recuerdo, y les molesta que a sus oídos, cerrados a su generosidad, repitamos con machaconería la presencia de los ¡¡Presentes!!, y hasta qué sé yo si alguno explota a sus caídos como plataforma para trepar o como trampolín para el negocio y para la pirueta.
>
> José Antonio, tú no estás contento de nosotros. Tú nos tienes que mirar desde tu sitio, desde tu veinte de noviembre, con profundo sentido de desprecio y melancolía.

Tú no puedes estar contento con esta vida mediocre y sensual[747].

En otras partes de su discurso Arrese afirmaba que las cosas se arreglarían y que la Falange se esforzaría en seguir mejor el ejemplo de José Antonio y de los demás fundadores del partido. Pero la triste exposición de la situación española que acababa de hacer resultaba mucho más ajustada a la realidad que su esperanzadora descripción de las posibilidades futuras.

El 29 de diciembre de 1956, Arrese presentó al Consejo Nacional de Falange su informe sobre las nuevas Leyes Fundamentales. Anunció que de los 151 consejeros nacionales consultados, tres se habían manifestado totalmente opuestos al anteproyecto n.º 1, dieciséis al n.º 2 y catorce al n.º 3. Entre los restantes consejeros se manifestaron toda clase de opiniones, desde los partidarios de una República presidencial a los que preconizaban una Constitución cuya custodia se confiaría a las fuerzas armadas.

«Una de las censuras más hábil y machaconamente manejadas por los oponentes a los Anteproyectos es la de suponer que a través de los mismos se intenta estructurar un régimen totalitario. La Falange, precisamente porque quiere un Estado católico, repudia el Estado totalitario[748]». La posibilidad de que todas las tendencias estuvieran representadas en las Cortes impediría que cualquiera de ellas ejerciera una supremacía antidemocrática. Para demostrar que no había que temer una excesiva preponderancia de la Falange, Arrese dio lectura a la siguiente lista de miembros de la Vieja Guardia falangista que ocupaban cargos dentro del régimen franquista:

Dos de los 16 ministros; uno de los 17 subsecretarios; ocho de los 102 directores generales; 18 de los 50 gobernadores civiles; ocho de los 50 presidentes de diputaciones provinciales; 65 de los 151 consejeros nacionales de FET y de las JONS; 137 de los 575 procuradores en Cortes; 133 de los 738 diputados provinciales; 766 de los 9155 alcaldes; 3226 de los 55 960 concejales municipales.

«Es decir —comentaba Arrese—, que la primitiva Falange ocupa aproximadamente el cinco por ciento de los puestos de mando de España[749]».

Precisamente porque la Falange tenía tan escaso poder efectivo había muy pocas probabilidades de que las nuevas propuestas de ley fueran aprobadas. La decisión final correspondía al Caudillo, quien estaba recibiendo una gran cantidad de protestas de obispos, militares, políticos y banqueros, que se oponían al intento de conceder a la Falange una representación casi exclusiva en la vida política española. Tras de esperar todavía dos meses más, Franco tomó su decisión: las nuevas leyes fueron enterradas, sin la menor explicación, mientras en febrero de 1957 se producía un importante cambio de gobierno. Este cambio no dejaba lugar a dudas sobre las intenciones del Caudillo: lejos de inclinarse en favor de los falangistas, los excluyó casi por completo del gobierno. Por ejemplo, José Antonio Girón había sido ministro del Trabajo durante dieciséis años; se decía que gracias a sus demagógicos discursos por la radio y a sus espectaculares aunque ineficaces aumentos de salarios, había conquistado una posición de la que nadie podría desalojarle. Pues bien; Girón salió del gobierno para ser reemplazado por Fermín Sanz Orrio, un dirigente sindical sin personalidad política y desprovisto del menor espíritu de iniciativa. Al mismo tiempo, Arrese era sustituido por José Solís Ruiz, que había comenzado su carrera política en 1940 como dirigente sindical, para acabar manifestándose como un inteligente y hábil maniobrero dentro del partido.

Para defenderse a sí mismo y defender al partido de los ataques y críticas que se le dirigían, Arrese tuvo el «valor» de difundir clandestinamente un folleto en el que declaraba que la Falange había sido postergada por los curas y los militares, «que son los únicos que han venido gobernando desde el principio». A continuación citaba algunos párrafos de su informe al

Consejo Nacional en el que había enumerado los cargos ocupados por miembros de la «vieja guardia» en el Estado, tratando de demostrar con ello que «no puede hacerse responsable a la Falange de la situación de nuestra Patria».

Sin embargo, Franco había anulado la independencia personal de Arrese, reteniéndole en el gobierno en el inofensivo puesto de ministro de la Vivienda, con lo cual quitaba todo valor político a sus protestas y le desprestigiaba todavía más ante los adversarios del régimen.

El principal sostén del nuevo gobierno lo constituía la participación en el mismo de los miembros de la asociación católica seglar y secreta del Opus Dei, orden religiosa misteriosa y hermética fundada por un sacerdote aragonés en 1929. Destinada inicialmente a aumentar la eficacia del catolicismo en el mundo seglar, estaba compuesta en gran parte por laicos. El mayor misterio envolvía tanto su organización como su composición. Sólo se sabía que sus votos eran muy rigurosos y que sus miembros, cuyo número iba en constante aumento, estaban sujetos a unas normas de conducta muy estrictas.

El Opus Dei recibió un gran impulso con el despertar religioso provocado por la guerra civil, y en 1929 empezó a adquirir proporciones considerables. Aquel mismo año tuvo su primera oportunidad de ejercer cierta influencia política con ocasión del nombramiento del excedista José Ibáñez Martín, para sustituir a Pedro Sainz Rodríguez como ministro de Educación. La institución continuó desarrollándose durante los dos decenios siguientes y en 1957 ejercía su control sobre amplios sectores de la Universidad española a la vez que su influencia sobre el mundo financiero. Contaba en sus filas con algún destacado teórico político y con especialistas de la economía, que, en general, defendían posiciones políticas muy derechistas e incluso reaccionarias. Los expertos financieros del Opus Dei criticaban el desorden reinante en el seno del gobierno y en los

medios privados en materia económica y predicaban la necesidad de aplicar rígidas medidas de austeridad a través de métodos autoritarios[750]. Puesto que el Opus constituía una especie de avanzadilla del catolicismo español, era lógico que Franco se apoyara en él para llevar a cabo su evolución hacia la derecha. Dos miembros del Opus Dei entraron en el Gabinete formado en 1957, en el que pasaban a desempeñar las carteras de Hacienda y Comercio.

Los medios de la oposición empezaron a considerar que Franco se había quitado definitivamente la máscara de la Falange para venderse a la reacción católica. Pero no era así. Ciertamente que la FET había llegado casi al extremo límite de su desintegración. En 1957 ya nadie pertenecía al partido, salvo los que habían hecho de él su medio de vida. Nunca se mencionaba a «la Falange», sino al «Movimiento», eufemismo utilizado corrientemente —alternando con el de «la Cruzada»— para referirse al bando vencedor de la guerra civil. La mayoría de los españoles sé habían formado ya una idea sobre lo que era ese «movimiento». Pero, de todos modos, el Opus Dei no fue invitado por el Caudillo para ocupar el lugar que la Falange había dejado vacante. El grupo del Opus no era para Franco otra cosa que la última carta de un juego que duraba ya más de veinte años. El dictador necesitaba obtener nuevos apoyos para hacer recaer en otros hombres la responsabilidad de su futura política. Una vez más, el Caudillo se las había arreglado para hacer frente a posibles dificultades ampliando su gobierno.

Los miembros del Opus tardaron dos años en darse cuenta de ello, lo que demuestra que no eran tan prácticos o «realistas» como se pretendía. Cuando al fin comprendieron que habían sido burlados, comprometiéndose a fondo con la dictadura sin obtener a cambio ninguna influencia política decisiva, sintieron deseos de rebelarse. Durante el invierno de 1959 se habló de unos contactos entre el Opus y el Ejército con vistas a

la restauración de la monarquía. Sin embargo, tales rumores carecían de fundamento. La mayoría de los católicos estaban en contra del Opus Dei. La propia Acción Católica manifestaba desconfianza y hasta cierto desprecio hacia las gentes del Opus, por su arrogancia y acritud.

Aunque era casi imposible obtener datos concretos sobre el grupo, el Opus pareció en aquellos momentos perder algo del misterioso prestigio que le rodeaba. En la práctica sus economistas resultaron ser menos «geniales» de lo que se suponía. En realidad, tal como Franco había sin duda previsto, se les hizo responsables de la creciente inflación y del constante empeoramiento de la situación económica. En la primavera de 1959 las gentes del Opus tomaron resueltamente el viraje hacia el liberalismo económico, probablemente con el propósito de desarmar la oposición de los elementos más liberales de la sociedad española.

Durante los años 1958-1959 los precios continuaron subiendo más rápidamente que antes, rebasando ampliamente el nivel de las inversiones. El ritmo de las exportaciones era cada vez más reducido, la reserva de divisas estaba prácticamente agotada y la complejidad del sistema de controles económicos montado por el gobierno hacía fracasar todos los intentos de estabilizar la situación. Multiplicábanse de un modo alarmante las quiebras y suspensiones de pagos de las pequeñas empresas, mientras las grandes industrias empezaban a despedir a su personal. El régimen se encontraba al borde de la bancarrota. La oposición clandestina se mostraba cada vez más activa y se anunciaba una serie de huelgas para los próximos meses.

El viejo sistema económico montado por Franco a lo largo de los años se había vuelto inservible. En julio de 1959 se inició el nuevo programa de «liberalización». Se desvalorizó la peseta de una manera drástica y se suprimieron una serie de controles gubernamentales y de restricciones legales. Los propios minis-

tros del Opus Dei se encargaron de desarrollar la nueva política económica; con ello se mantenía la continuidad del *statu quo* político, a la vez que se privaba a los miembros del Opus de toda veleidad de independencia política.

Durante estos años, la prensa extranjera andaba llena de historias en las que se predecía el inminente derrumbamiento del «pequeño mundo de Don Caudillo». Pero tales historias carecían de fundamento real. La dictadura debía su existencia a las profundas divisiones que destrozaron el cuerpo político español, divisiones que se había esforzado sistemáticamente en avivar. Mientras las derechas conservaran vivos sus sentimientos de temor y de odio respecto de las izquierdas no estarían en condiciones de unirse a ellas en un esfuerzo conjunto para derribar al régimen. Pero, además de la profunda división entre derechas e izquierdas, cada uno de estos bandos estaba a su vez escindido en diversos grupos. En cuanto a las condiciones económicas, influían poco en esta situación. Los obreros, que eran los que más sufrían, estaban estrechamente vigilados. Los sectores industriales y financieros no tenían por qué quejarse: el dictador había hecho lo posible por eludir ciertas exigencias del mundo moderno. Las derechas no podían, pues, rebelarse contra el régimen, y las izquierdas tenían que soportar todo el rigor de la policía estatal.

Durante veinte años, Franco había venido alimentando cuidadosamente todos los odios, los rencores, las divisiones y los temores que envenenaron la vida política española en 1936. Para él era vital, puesto que constituía la base permanente de la «nueva España».

En cuanto a la Falange, a partir de 1957 podía considerarse prácticamente inexistente; ni siquiera los escasos miles de afiliados que continuaban pagando sus cuotas podían afirmar que la Falange contara para algo en el país. Si todavía quedaba al-

gún resto del antiguo falangismo, no se encontraba ciertamente dentro del marco del Movimiento en plena disolución.

Los únicos jóvenes capaces de mantener cierto entusiasmo eran los que componían las escasas escuadras de la llamada Guardia de Franco. Los más exaltados habían constituido células secretas en el seno de la misma, una de las cuales proclamaba que Ramiro Ledesma y las JONS constituían la única expresión auténtica del nacionalsindicalismo español. Estos muchachos empezaron a desarrollar una labor de propaganda clandestina tratando de hacer proselitismo en favor de su propia versión de las JONS. A principios de 1958 realizaron un gran esfuerzo para distribuir su propaganda en la estación de Atocha de Madrid, siendo detenidos varios de ellos. La célula fue disuelta, pero la mayoría de sus componentes siguieron manteniendo distintos focos de disidencia. Hubo una «centuria» de la Guardia de Franco de Madrid que se consideraba «hedillista», es decir, partidaria de Manuel Hedilla, el último jefe de la Junta de Mando de la Falange independiente.

El confinamiento de Hedilla había sido levantado en 1947. El arzobispo de Valencia declaró en privado en cierta ocasión que después de Jesucristo ningún hombre había tenido que soportar un trato más injusto que Manuel Hedilla. La Iglesia contribuyó a aliviar su suerte y, gracias a la amistad trabada durante su confinamiento con algunos católicos, pudo establecerse con modestia y dedicarse a actividades industriales.

Hedilla no hizo nada por alentar el entusiasmo de sus jóvenes partidarios. Procuró eludir todo compromiso y pareció desinteresarse de la política. Los jóvenes rebeldes que en 1958-59 pintaban en los muros de Madrid letreros con la divisa «Hedilla-JONS» eran, como ocurría habitualmente en el partido, adolescentes sin la menor experiencia política. En realidad carecían de programa y estaban sumidos en la mayor confusión ideológica.

No obstante, algunos veteranos trataron de utilizar la figura de Hedilla, el único jefe falangista viviente que no se había comprometido con el régimen, para intentar reagruparse. En su provincia natal de Santander se constituyó un grupo llamado «Haz Ibérico». El programa de esta nueva organización clandestina era una especie de nacionalsindicalismo tecnocrático y pasado por agua, de un nacionalismo menos extremista y más mesurado en sus exigencias de orden económico. Si llegó a reunir a unos miles de partidarios en el Norte, la organización careció de trascendencia en la esfera nacional.

«Haz Ibérico» no era el único grupo «neofalangista» semiclandestino existente en España; había algunos otros que mantenían cierto contacto entre ellos. Pero ninguno de estos grupos era homogéneo y les separaban profundas diferencias. Únicamente coincidían en la necesidad de implantar en España una cierta forma de nacionalsindicalismo. Todos sus miembros afirmaban que había que «restaurar» el falangismo originario, desnaturalizado por la serie de arreglos y componendas del Caudillo, aunque era difícil saber lo que la palabra «falangismo» significaba para cada uno de ellos. Uno de sus portavoces declaró que, en la primavera de 1959, estos núcleos neofalangistas esparcidos y desorganizados contaban con unos 25 000 simpatizantes. Dentro del conjunto nacional esto no suponía más que una gota en el mar y nadie podría decir hasta qué punto esta corriente neofalangista estaría en condiciones de influir decisivamente en la futura organización política de España.

En 1960 era incontestable que el falangismo, como fuerza organizada, estaba totalmente muerto. Su declive aparecía rodeado de la misma confusión que caracterizó sus contradictorios comienzos. Mientras las nuevas corrientes católicas y socialistas se aprestan a disputarse el porvenir político del país, la mayoría de los españoles apenas si recordarán que en un tiempo existió una cosa llamada Falange.

Considerando la ingrata realidad del franquismo, parecía absolutamente fuera de lugar evocar la carrera política de José Antonio Primo de Rivera. El hecho de que el régimen invocase su memoria cada vez que se presentaba la ocasión resultaba una grotesca incongruencia. Como afirmaba el dirigente socialista Rodolfo Llopis, José Antonio resultó víctima de sus propias contradicciones; su carrera confusa y torcida le condujo a negar sus propias tendencias naturales. La característica más destacada de José Antonio era su fino sentido de lo que él llamaba un estilo de vida. Fue un fascista muy singular, hasta el punto que cabe preguntarse si, en realidad, podía aplicársele semejante calificativo. Brillante orador, que a veces lograba acentos sublimes, su destino trágico hizo de él un mártir político ideal.

En cuanto a la influencia directa que las ideas de José Antonio ejercieron sobre la dictadura surgida de la guerra civil resulta difícil de apreciar. Si se han mantenido algunas formas externas, su contenido ha sido miserablemente adulterado. Teniendo en cuenta la falta de madurez del movimiento nacionalsindicalista, no podía resultar de otro modo.

Es evidente que la Falange contribuyó al desencadenamiento de la guerra civil. Su extrema intransigencia fascista aumentó la tensión de la situación española, ya de por sí bastante explosiva. Pero, aparte este hecho, no puede atribuírsele una mayor responsabilidad en el conflicto. La guerra civil fue la consecuencia de profundos antagonismos sociales, políticos y económicos en los cuales el papel de la Falange como elemento catalizador fue bastante secundario. La Falange no era, ni mucho menos, el grupo más importante de los que conspiraban en favor de la abierta rebelión, y cuando empezó la lucha estaba ya totalmente bajo el control de los militares. En realidad la Falange, con su jefe desaparecido y los restantes mandos sumidos en la mayor confusión, hubiese pasado completamente inadvertida si Fran-

co y los militares no hubiesen encontrado en ella un útil instrumento del cual servirse.

Pero no fue por simple casualidad que las derechas echaron mano de la Falange para convertirla en el partido del Estado. En los países de la Europa Occidental donde las exigencias revolucionarias de los trabajadores no podían satisfacerse mediante las necesarias reformas económicas, se impusieron inevitablemente soluciones de tipo corporativo. En España, una vez iniciada la guerra civil en 1936, el único procedimiento capaz de mantener sujetas a las masas trabajadoras era recurriendo a algo parecido al nacionalsindicalismo. Tal fue la contribución del falangismo al régimen de Franco. Para mayor seguridad se montó todo el sistema sindical como mejor le convino al gobierno, pero, de todos modos, pasó a ser una pieza esencial del mismo.

La Falange nunca tuvo una verdadera oportunidad de conquistar el poder, y sobre todo después de haber perdido a su jefe en el momento en que le era más necesario al partido. Tratar de realizar una síntesis de la derecha y la izquierda sin apoyarse en ninguna de dichas fuerzas era imposible quimera. Mientras combatía a la izquierda, la Falange fue absorbida poco a poco por la derecha y por el hábil maniobrero de Franco. Y de no haber sido porque le interesaba a Franco mantener su complicado tinglado, hecho de trampas y engaños, puede afirmarse que la Falange no hubiese conservado durante tanto tiempo su aparente autonomía.

Lo que llevó a la Falange a su perdición fue la excesiva carga de idealismo emocional que arrastraba en su dialéctica. Desde el momento en que el mito absoluto de la gloria y de la unidad nacional pasó a informar toda la doctrina de la Falange, ésta perdió toda posibilidad de maniobra y de compromiso, es decir, de acomodación a la realidad política. Esta fe en la eficacia del idealismo político fue una de las características principales

del pensamiento político europeo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Pero acaso en ninguna parte se produjo una desilusión de proporciones tan catastróficas como en España al final de la década transcurrida entre el comienzo de la guerra civil, en 1936, y la terminación de la segunda guerra mundial, en 1945.

De aquella ardorosa pasión de otros tiempos no quedaban más que nostálgicos rescoldos.

Bibliografia

De Payne

Militares y política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968.

Nacionalismo vasco: de los orígenes a la ETA. Barcelona, Dopesa, 1974.

La Revolución española, Barcelona, Argos, 1977.

Sobre la Falange

Aranguren, J. L. ¿Qué son los fascismos? Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976.

Brenan, G., El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil. Barcelona, Ruedo Ibérico, 1977.

Carr, R., España, 1808-1939. Barcelona, Ariel. 1970.

Díaz, E. Pensamiento español, 1939-1975. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1978.

Gibson, I., José Antonio. Barcelona, Bruguera, 1981.

Gil-robles, J., No fue posible la paz. Memorias. Barcelona, Planeta, 1968.

Jackson, G., La República española y la guerra civil, 1931-39. México, Grijalbo, 1967.

Jiménez Campo, J., El fascismo en la crisis de la II República. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.

MALHERBE, P.; GARCÍA NIETO, M. C; MAINER, J. C. y TUÑÓN, M. La crisis del Estado: Dictadura, República, Guerra. 1923-1939. Barcelona, volumen IX de la Historia de España Labor, 1981.

PASTOR, M., Los orígenes del fascismo en España. Madrid. Júcar, 1975.

KAMA, M., Fascismo y anarquismo en la España contemporánea. Barcelona, Bruguera, 1979.

RIDRUEJO, D., Casi unas memorias. Barcelona, Planeta, 1977.

SCHMIDT, B., El problema español, de Quevedo a Manuel Azaña. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.

TAMAMES, R., La República. La era de Franco. Madrid, Alianza, 1973.

THOMAS, H., La guerra civil española. París, Ruedo Ibérico, 1968.

TUÑÓN DE LARA, M., La España del siglo XX. Barcelona, Laia, 1978.

TUÑÓN, M., y BIESCAS, J. A., España bajo la dictadura franquista. 1939-1975. Barcelona, Labor, 1980.

VILAR, S., Fascismo y dictadura. Barcelona, Grijalbo, 1978.

WOOLF, S. J., El fascismo europeo. Selección de textos. México, Grijalbo, 1970

Resumen

«Falange. Historia del fascismo español».

Falange. Historia del fascismo español sirve, pues, como inmejorable ejemplo de una doble función a cumplir por una obra de carácter histórico. Por una parte, representa las mejores formas de historiar, y al tiempo la más adecuada actitud del historiador ante el hecho o la situación tratados. Por otra, de forma espontánea, al igual que las producciones de los demás escritores citados, cumplió en su momento un papel social fundamental en el interior del país que estudiaban. Y es preciso añadir que, tras prácticamente una década de recuperación de los usos democráticos en España, ningún autor ni obra publicados durante la misma han conseguido acercarse siquiera mínimamente a los niveles alcanzados por aquella generación, carente de facilidades de investigación y alejada físicamente, en la mayor parte de los casos, del mismo país que era objeto de su atención.

En Falange. Historia del fascismo español, Stanley G. Payne reconstruye paso a paso la accidentada historia de la Falange: su lento y precario desarrollo, amenazado de extinción por las rivalidades de sus jefes, en los años de la guerra civil, durante los cuales arrastró una existencia semiclandestina sin otra influencia política que aquélla que le confirió la violencia de sus activistas; la fulgurante ascensión que le procuró el sostener al ejército sublevado contra la República y el ser un instrumento eficaz de represión contra los demócratas, hasta que Franco la

amalgamó con los carlistas y la convirtió, bajo su propia jefatura, en partido único; los complots de escasa envergadura urdidos contra Franco por los falangistas decepcionados, condenados siempre al fracaso, aprovechados una y otra vez por Franco para justificar nuevas mutilaciones que convertirán a la Falange en una burocracia de Estado, corrompida y desprovista de poder.

La obra ofrece observaciones precisas del autor sobre la naturaleza del fascismo en general. Muestra claramente lo que ha caracterizado al fascismo español y lo que le ha distinguido de las formas que adoptó en Alemania y en Italia. Sin partidismo preconcebido, sin pasión y sin malicia, el historiador norteamericano se enfrenta con un tema que suscita las más vivas controversias en España y fuera de ella. Historiador honesto, Payne ha querido apoyar su relato, siempre que ha podido, en documentos o en testimonios directos, y las abundantes notas que ilustran el texto dan buena prueba de ello. Sobre un tejido basto y resistente, cuya trama constituye la esencia del franquismo y la razón de su subsistencia, la obra de Payne dibuja, como un bordado adorno, los perfiles y relieves de los hechos y figuras que representan el argumento de la gran historia que está por hacer, y a la que el presente libro aporta una contribución fundamental.

La Falange.

Los Antecedentes.

Los principios ideológicos que, en la década de los treinta generarían fenómenos de carácter fascista en Europa no tuvieron en España suficiente fuerza para posibilitar su implantación y posterior arraigo. Era éste un país desintegrado a muchos niveles no «invertebrado», recurriendo a la expresión orteguiana, recogida por el especial regeneracionismo joseantoniano, que se presentaba a la escena mundial mostrando unas

carencias evidentes. Como elemento adicional, la crisis económica de 1929, con sus perniciosos efectos sobre países de economía saludable, hallaría a España colocada en situación especialmente delicada en todos los órdenes.

Tras siete años de dictadura del general Primo de Rivera, apoyada por extensos sectores sociales, España mostraba la necesidad de una transformación válida de la mano de nuevas clases dirigentes. La derecha, permanente sostén de toda solución de fuerza, se retiraba entonces prudentemente a la espera de una nueva oportunidad de recuperación del protagonismo en la vida política. En el aspecto económico, en ningún momento este sector conservador había dejado de mantener el control absoluto. Meses después de la caída del dictador, que ya no interesaba a sus originales respaldos, le seguiría la misma Monarquía. De hecho, la desaparición de la institución monárquica —tal como había llegado a ser entendida y practicada entonces— no correspondería más que a un lógico proceso de dinámica histórica que alcanzó en el mes de abril de 1931 su punto culminante.

Dentro de este contexto histórico, la obra de Payne permite observar, con especial sentido analítico y una postura objetiva, la trayectoria vital de la Falange, que el autor califica de específica forma adoptada por el fascismo en España. Una opinión no siempre aceptada por posteriores tratadistas del tema. José Antonio Primo de Rivera, directo heredero de tradiciones familiares conservadoras procedentes de mentalidades latifundistas y militares, aparece como un original espécimen político en el interior de una sociedad en ebullición.

Contando con un bagaje cultural y una visión hacia el exterior mucho más amplios que los habituales en la mayor parte de las figuras públicas del momento, José Antonio fue capaz de ordenar en un tiempo relativamente breve toda una particular doctrina política. Siempre tuvo, por otra parte, la pretensión de

situarse más allá de las divisiones ideológicas tradicionales, actitud que le aproximaba a las formaciones de carácter fascistizante surgidas en la Europa de entonces. Dotada de grandes dosis de idealismo, y aún de utopismo, la Falange iba siempre en busca de la referencia intelectual. Spengler y Keyserling, pero también Ortega, Unamuno y D'Ors, serían las figuras anunciadas como directas inspiradoras de las doctrinas elaboradas por su creador y adláteres literarios.

Los Hechos.

En 1931-32 la izquierda española, tanto la moderada como la radical, aparecía fortalecida junto al liberalismo y frente a una derecha agazapada a la espera de su oportunidad. Un posible fascismo radical, como el adoptado más tarde por Falange y, en otro orden de valores, por las JONS, no parecía tener lugar alguno en la escena política. La izquierda ignoraba al nuevo partido; la derecha, más apegada a la utilización de medios dotados de eficacia comprobada, preferiría por el momento seguir prestando su apoyo electoral y económico a opciones que, como la CEDA, sabían representar con absoluta fidelidad la defensa de sus intereses propios.

El idealismo se manifestó entonces como un elemento en contra de la imagen del partido, al igual que la preconización de móviles revolucionarios por personas en su mayor parte procedentes de niveles acomodados. Junto a esto, su peculiar combinación de principios, unida a una ética de los «puños y las pistolas», tampoco contribuía en absoluto a su consideración entre la población a quien pretendía dirigirse. Ni gran conservadurismo ni pequeña burguesía ni masas obreras salvadas del izquierdismo radicalizado responderían al llamamiento de la Falange ni siquiera en una medida mínimamente significativa.

José Antonio y la Falange, a lo largo de la génesis y desarrollo del movimiento, reafirmarían en todo momento su firme creencia en la necesidad de instrumentación de unos métodos autoritarios de reforma, a partir de la dirección de una reducida minoría, la élite directamente extraída de la obra de Ortega, siempre reticente a la referencia que a él hacían los jóvenes ilustrados del falangismo. El partido, a pesar de su rechazo inicial a la derecha tradicional, habría de experimentar un progresivo acercamiento a la misma. Lo haría al hilo de los convulsos acontecimientos que jalonaron la breve y trágica historia de la Segunda República Española, y ante las actuaciones de la izquierda lanzada a la consecución de rápidas transformaciones estructurales. Por ejemplo, no tuvo inconveniente en aportar sus efectivos de choque contra la revolución asturiana de octubre. Así, a la larga José Antonio Primo de Rivera acabó siendo un ideólogo de la derecha.

Esta decisión fundamental aliaría a la teóricamente revolucionaria Falange con las posiciones más proclives a una nueva recurrencia al Ejército como salida de una situación nunca aceptada. A partir de entonces, el partido pasó a protagonizar gran número de acciones violentas que contribuían directamente a la destrucción final del sistema republicano. El pistolerismo sería instrumentado con profusión por aquellos idealistas que, a partir del triunfo electoral del Frente Popular, verían incrementado el número de sus partidarios.

En el momento de máxima crispación, la derecha tradicional recurrió directamente a la Falange como fuerza de choque. La consideración que hace Payne acerca de la actitud del detenido José Antonio hacia la sublevación de julio aporta algunos de los elementos más interesantes y complejos de la obra. Desconfianza y temor podrían ser en conjunto las actitudes del dirigente falangista frente a un ejército que, representando los intereses de las clases más conservadoras del país, volvía por ené-

sima vez al poder mediante la utilización de la fuerza. De hecho, el futuro no hizo sino justificar estos sentimientos, cuando ya el Fundador se había convertido en el gran ausente, perfectamente instrumentable para las nuevas autoridades, que lo situaron rápidamente en el centro del altar de su mística propia.

Las consecuencias.

El nuevo régimen al tiempo que se autoproporcionaba una base ideológica híbrida pero válida mediante el decreto de unificación, conseguía desarmar doctrinalmente a las formaciones de que había hecho uso para realizar tal operación. Falange y carlismo, profundamente desnaturalizados, servirían eficazmente para basar los postulados nacionalcatóltcos del régimen, recuperadores y sustentadores de los más rígidos principios conservadores a todos los niveles. La Falange, controlada ahora por elementos especialmente afectos al sistema, viviría largos años de aparente preeminencia. De hecho aquella especial forma de fascismo español, algo que para el profesor Aranguren «nunca existió» habría de disponer en realidad de un grado de poder e influencia infinitamente menor que el que parecía poseer.

Instrumento útil en manos del régimen, del que no podía ni quería separarse, el pretendido revolucionarismo falangista se vio sofocado por la preponderancia de unas clases que incluso a niveles muy moderados admitían aquella obligada pero inofensiva compañía. La Falange, suministradora de los íniciales símbolos externos del Movimiento Nacional, se vería mediatizada por todas las características propias del régimen: burocratización, improvisación y general corrupción.

El enorme incremento numérico experimentado por el partido durante la guerra civil y la inmediata posguerra le sustraería asimismo gran parte de su credibilidad. El partido, alzado hasta el nivel de partido único, representaría durante decenios

de la manera más manifiesta posible el papel de centro de oportunismo coyunturales. Su radicalismo totalitario original ya no era útil, e incluso iría convirtiéndose en un lastre molesto con el paso de los años. Ejército e Iglesia, idóneos cómplices e instrumentos de una derecha envalentonada por el triunfo bélico en cuya financiación había intervenido, seguirían constituyéndose en pilares fundamentales del Estado.

El régimen iría moviéndose progresivamente hacia posiciones más acordes con los postulados de los verdaderos sectores dominantes, y a la vez despojándose de todo atributo radical falangista. Siempre a la búsqueda de su propia supervivencia dentro de un mundo generalmente hostil. Al final de la década de los cincuenta, cuando empezó a, vislumbrarse tímidamente el desarrollismo, unos específicos sectores tecnocráticos acabaron por limpiar de todo rasgo falangista el rostro que el régimen prefería mostrar. Los poderes de hecho traspasaron la actuación a estos nuevos elementos, que parecían capaces de situar al país a niveles económicos interesantes, mejorando la imagen del entramado político que pretendían retocar, pero no cambiar. Hasta hoy mismo, quienes se consideran auténticos falangistas seguirán reclamándose partidarios de una diferente evolución de la historia española. Y, junto a esto, actuarán de forma especialmente crítica con respecto al régimen que consiguió extraer de su ideología propia una mayor cantidad de beneficios que la que les otorgó una vez uncidos como instrumentos de control social.

Fechas Clave

1898 Fin de la guerra hispano-norteamericana. Tratado de París (diciembre) y pérdida de los últimos restos coloniales.

Entre las clases intelectuales, se produce la localización de un espíritu de necesario regeneracionismo nacional.

1900 Se promulga la Ley sobre accidentes de trabajo. Protección al trabajo efectuado por mujeres y niños.

1902-1903 Conclusión del período de regencia de la reina María Cristina. Continúa la manifestación de la gran concentración bancaria en España. Nace en Madrid José Antonio Primo de Rivera.

1906 Ley de Jurisdicciones, que beneficia al Ejército. Se produce un atentado anarquista contra el rey Alfonso XIII.

1909-1912 Comienzo de la crisis marroquí. «Semana Trágica» de Barcelona. Asesinato de Canalejas, presidente del Gobierno.

1914-1917 España se declara neutral en la Primera Guerra Mundial. Juntas de Defensa.

Intento de huelga general en todo el país. Graves crisis sociales en zonas industriales y agrarias.

1921 Desastre de Annual, en la guerra de Marruecos. Crisis política. Asesinato de Dato, presidente del Gobierno.

1923 Crisis política e inestabilidad social. Golpe de Estado del general Primo de Rivera y constitución de un Directorio

militar (septiembre). Son suspendidos los derechos y libertades que la constitución otorga a todos los ciudadanos.

1925 Desembarco español en la bahía de Alhucemas. Comienza la participación civil en el Gobierno.

1929-1930 Proyecto de la Constitución de la Dictadura. Primo de Rivera cae (enero). Le sucede el general Berenguer. Fallida sublevación de Jaca.

1931 Gobierno del almirante Aznar (febrero). Victoria republicano-socialista en las elecciones municipales (abril) y proclamación de la Segunda República. Incidentes anticlericales (mayo). Elecciones a Cortes Constituyentes (junio) con triunfo republicano-socialista. Constitución republicana (diciembre). Hay una intensa agitación agraria en el Sur.

1932 Insurrecciones anarquistas y agrarias. Proyecto de reforma agraria. Sublevación militar-monárquica del general Sanjurjo (agosto). Estatuto de Cataluña (septiembre).

1933 Continúa la agitación anarquista y agraria. Creación de la CEDA (febrero) y de Falange Española (octubre). Estatuto vasco (noviembre). Se celebran elecciones generales (noviembre) y obtiene el triunfo la coalición de centro-derecha.

1934 Huelga general, revolución en Asturias y levantamiento del Gobierno catalán (octubre). Represión por el Ejército.

1935 Se produce la paralización de la reforma agraria (agosto). Estado de agitación general en toda la Península.

1936 Elecciones generales, con triunfo del Frente Popular (febrero). Ocupación de tierras (marzo). Asesinatos del teniente Castillo y de Calvo-Sotelo (julio). Comienzo de la sublevación militar en Marruecos (17 julio). El territorio español queda dividido en dos sectores enfrentados. El general Franco, jefe del Gobierno del Estado español y Generalísimo de los Ejércitos (octubre). Fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera (20

noviembre). Se produce una estabilización de los frentes de combate.

1937 Se promulga el Decreto de Unificación de la Falange y el Requeté (abril). Junta Política en la España nacionalista y continuas crisis gubernamentales en la zona republicana. Bombardeo de Guernica (abril) y batallas del Jarama (febrero), Brunete (julio) y Belchite (agosto).

1938 Prosigue la inestabilidad política en la zona republicana, mientras Franco constituye su primer Gobierno (enero). Batallas de Aragón (febrero y marzo). Los nacionalistas llegan al Mediterráneo (abril). Batalla del Ebro (julio). Promulgación del Fuero del Trabajo (marzo). Retirada de las Brigadas Internacionales.

1939 Barcelona, ocupada por los nacionalistas (enero). Azaña dimite de la Presidencia de la República (febrero). Consejo de Defensa de Madrid y caída de la capital (marzo). Ocupada Alicante, finaliza la guerra civil (1 abril). Los restos de José Antonio son trasladados a El Escorial (noviembre). Inicio de la represión de los nacionales en las zonas ocupadas.

1940 Reorganización de las milicias de la FET y de las JONS (junio). Proclamación de la ley sindical e institución del Frente de Juventudes (diciembre). Entrevista Hitler-Franco (octubre).

1941 Entrevista Mussolini-Franco (febrero). Ley de Seguridad del Estado (marzo). Reclutamiento de voluntarios de la División Azul (junio).

1942 Ley Constitutiva de las Cortes (julio). Atentado falangista en Begoña (agosto). Constitución del «Bloque Ibérico».

1943 Disolución de la División Azul (noviembre). La Falange sigue manteniéndose como la única depositaría de las esencias del régimen.

1944 Establecimiento del seguro de enfermedad (mayo). Desembarco de Normandía (junio) y sur de Francia (agosto).

1945 Caída de Alemania (mayo). Promulgación del Fuero de los Españoles (julio). Tras las reuniones de Potsdam, se decide la condena del régimen español a nivel internacional (julio).

1946 La Asamblea de la ONU se pronuncia contra el régimen (febrero). Francia cierra su frontera con España (marzo). Presiones internacionales sobre España en dirección a conseguir la caída del sistema impuesto. Retirada de embajadores y manifestaciones falangistas de apoyo a Franco (diciembre).

1947 Comienzo de las relaciones Franco-Perón (enero). Promulgación de la Ley de Sucesión, que define a España como un Reino (abril), y creación del Consejo del Reino. Condena del conde de Barcelona. España, excluida del Plan Marshall (junio).

1948 La frontera francesa es reabierta (febrero). El «Protocolo Franco-Perón» asegura a España el suministro de efectos alimenticios (abril). El conde de Barcelona y Franco acuerdan la educación del príncipe Juan Carlos en España (agosto).

1949 Siguen realizándose ejecuciones de opositores al régimen. El general Aranda se pronuncia a favor de una restauración monárquica (junio). Viaje de Franco a Portugal (octubre).

1950 La policía francesa comienza a actuar contra los elementos opositores al franquismo, mientras las relaciones comerciales con el exterior van normalizándose. La ONU admite la posibilidad de admisión de España en los organismos internacionales (octubre).

1951 Los Estados Unidos envían embajador a España (febrero). Huelgas violentas en Barcelona y agitación universitaria (marzo). Huelgas y desórdenes en el País Vasco (abril).

1952 Supresión del racionamiento del pan (marzo). Congreso Eucarístico Internacional en Barcelona (mayo).

1953 Concordato entre España y la Santa Sede (agosto). Tratado económico y militar con los EE. UU. (septiembre), por el

que España cede bases en su territorio. Congreso nacional de Falange, en el aniversario de su fundación (octubre).

1954-1955 Estados Unidos comienza a enviar material bélico a España. España entra en las Naciones Unidas (diciembre).

1956 Manifestaciones estudiantiles en Madrid (febrero), seguidas por destituciones y recambios políticos. España reconoce la independencia de Marruecos (abril). El Opus Dei comienza a introducirse en los puestos directivos del país.

1957 Oleada huelguística (enero). Nuevo Gobierno con destacada presencia de tecnócratas opusdeístas (febrero). Huelgas mineras en Asturias (marzo). Inicio de la guerra de Ifni (noviembre).

1958 Huelgas laborales y universitarias. Consejos de guerra (enero). Leyes de convenio colectivo y de reforma de procedimientos laborales (abril). Promulgación de la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento (mayo).

1959 Los restos José Antonio son trasladados al Valle de los Caídos (marzo), que Franco inaugura al mes siguiente. Plan de Estabilización Económica (julio). Eisenhower llega en visita oficial a España (diciembre).

1960 El plan de estabilización establece ya las líneas maestras de la subsiguiente política desarrollista a desenvolver a lo largo de la siguiente década. A los actos y manifestaciones opositoras comienza a unirse la voz de una parte de la Iglesia española.



Stanley George Payne. (Denton, Texas, 9 de septiembre de 1934) es un hispanista estadounidense. Doctor en Historia por la Universidad de Columbia y profesor emérito de Historia en la Universidad de Wisconsin-Madison, donde ostenta la cátedra Hilldale-Jaume Vicens Vives.

También es codirector del *Journal of Contemporary History*, miembro de la Academia Americana de Artes y Ciencias (American Academy of Arts and Sciences) y, desde 1987, académico correspondiente de la Real Academia Española de la Historia.

Payne escribe con cierta frecuencia artículos de opinión en los periódicos españoles *ABC* y *El Mundo* sobre actualidad hispana. También en la Revista de Libros colabora asiduamente con sus ensayos bibliográficos. Con dilatada presencia en el panorama académico español, dirigió en la Universidad de Burgos, en julio del 2005, el curso La represión durante la guerra civil y bajo el franquismo: historia y memoria histórica.

Ha publicado una veintena de libros y más de 150 artículos en revistas especializadas, mayoritariamente sobre la Historia de España. Los primeros libros de Payne, traducidos al castellano en los años sesenta, hubieron de ser publicados en París

por la editorial Ruedo Ibérico, ya que eran inaceptables para la censura franquista.

Entre los títulos de este autor destacan: *Falange. Historia del fascismo español* (1965), *Militares y política en la España contemporánea* (1968), *El nacionalismo vasco. De sus orígenes a la ETA* (1974), *La primera democracia española: La Segunda República, 1931-1936* (1993), *Unión Soviética, comunismo y revolución en España* (2003), *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)* (2005), *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil* (2006), *Franco y Hitler. España, Alemania, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto* (2008) y *España. Una historia única* (2012).

El 9 de junio de 2004, la Universidad CEU Cardenal Herrera lo nombró doctor honoris causa.

En 2006 Payne fue el director del curso «La guerra civil: conflicto revolucionario y acontecimiento internacional» en la Universidad Rey Juan Carlos, España.

En 2009 recibió la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

En 2013 ha sido galardonado con el premio Españoles Ejemplares, otorgado por la fundación presidida por Santiago Abascal Conde, DENAES, en la categoría de Arte y Humanidades.

Notas

[1] Véase Gutiérrez-Ravé; Fernández Almagro, p. 210; Sevilla, *Antonio Maura*. <<

[2] *El pensamiento de Primo de Rivera* (Pemán), p. 53. <<

[3] En *La Nación* (Madrid), 6 de agosto de 1927, citado por Pemán, p. 65. <<

[4] De un discurso pronunciado en un banquete en honor de Alfonso XIII, el 22 de enero de 1925, citado por Pemán, p. 203. <<

[5] Ratcliff, p. 59. <<

[6] Salvo cuando se indique especialmente de otro modo, la palabra «fascista» y sus derivados se aplican aquí en su sentido más amplio para calificar la adhesión al sistema de gobierno autoritario, corporativo y nacionalista. <<

[7] Guillen, *Los que nacimos*, p. 121. Guillen Salaya era colaborador de *La Gaceta*. <<

[8] Giménez, *Genio de España*, p. 34-35. <<

[9] *Ibíd.*, p. 35. <<

[10] *Informaciones* (Madrid), número 3790, citado por Mendizábal, p. 183. <<

[11] Citado por Mendizábal, p. 178. <<

[12] Citado por Basaldúa, p. 13. <<

[13] Giménez, *La nueva catolicidad*, p. 143-144. <<

[14] Citado por Basaldúa, p. 81. <<

[15] Albiñana, *Confutado en Las Hurdes*, p. 113. <<

[16] El programa oficial figura en Albiñana, *Después de la Dictadura*, p. 242-246. <<

[17] Albiñana, *Prisionero de le República*, p. 60. <<

[18] Albiñana, *Confinado en Las Hurdes*, p. 170-171. No es seguro que Albiñana hubiese leído a Charles Maurras, pero, en todo caso, en 1932 León Daudet trató de promover una campaña internacional de prensa en su favor. Para ello solicitó el apoyo de algunos escritores fascistas italianos y se dirigió a la Sociedad de las Naciones (*Ibíd.*, p. 210-216, 326-328 y el artículo de José Calvo-Sotelo en *La Nación*, Madrid, 8 de febrero de 1933). <<

[19] Así lo afirma Albiñana en *España bajo la dictadura republicana*. <<

[20] Aparición, en *La Conquista del Estado*, p. VII-IX, Aparición, *Ramiro Ledesma*, p. 13-18; Arrarás, *Historia de la Cruzada española*, 1, 385 (en adelante solo se citara el volumen y la pagina). <<

[21] Reunidos posteriormente en *Los escritos filosóficos de Ramiro Ledesma*. <<

[22] Algunos han hecho observar que la forma más apropiada en castellano seria la de *Sindicalismo nacional* y no la de *Nacional-Sindicalismo* adoptada por Ledesma, que más parece una corrupción tomada directamente del *Nacionalsocialista*. <<

[23] Existe una declaración bastante rotunda en *El Sol* (Madrid), 6 de diciembre de 1930, y su correspondiente critica por Julián Besteiro en *El Socialista*, 6 de enero de 1931. <<

[24] Roberto Lanzas (seudónimo de Ledesma), *¿Fascismo en España?*, p. 52; *La Conquista del Estado*, número 10, 16 de marzo de 1931. <<

[25] Aparición, *La Conquista del Estado*, p. XI. <<

[26] *La Conquista del Estado*, número I, 14 de marzo de 1931. <<

[27] *Ibíd.*, núm. 2, 23 de marzo de 1931; núm. 11, 23 de mayo de 1931. Esta aparente contradicción se explica porque lo mismo los carlistas que los anarquistas repudiaban enérgicamente el legado de los siglos XVIII y XIX. <<

[28] *Ibíd*, núm. 13, 6 de junio de 1931. <<

[29] Citado por Guillen Salaya, *Historia del Sindicalismo español*, p. 141. <<

[30] Citado por Aparicio, *La Conquista del Estado*, p. XVIII. <<

[31] Véase Foltz, p. 63, y Ledesma, *¿Fascismo en España?*, p. 54-57. <<

[32] Narciso Sánchez «Onésimo Redondo», *Temas españoles* (Madrid, 1953) núm. 39. p. 5-6. <<

[33] Siguiendo la actitud habitual del fascismo clerical de aquellos años, declaró que Adolfo Hitler representaba al «Cristianismo frente al Marxismo» (*El Estado Nacional*, n.º 19, 20 de marzo de 1933). <<

[34] Se dice que Redondo practicaba frecuentemente ejercicios espirituales y leía todas las noches la Biblia, lo que constituía ciertamente una curiosa manera de prepararse para la agitación totalitaria. Cf. Arrarás, I, 423. Sobre la profunda formación religiosa de Redondo véanse, entre otros, Fernández Almagro, p. 210-212; Marcotte, p. 50-51; Paltee, p. 305-306; y Hughes, p. 31. Las observaciones de Ledesma sobre este punto figuran un poco más adelante en este mismo volumen. <<

[35] «Onésimo Redondo y el Sindicato Remolachero», *SP*, 8 de marzo de 1939, p. 10. <<

[36] «Esto sólo puede hacerlo un movimiento impregnado de frenesí españolista, movido por la juventud y dedicado a Combatir en lodos los terrenos tanto a la marrullería burguesa, que

escatima sus deberes, como al desenfreno de la ola materialista» (*Libertad,* n.º 29, 28 de diciembre de 1931). <<

[37] *Libertad,* n.º 7, 27 de julio de 1931. <<

[38] *Ibíd,* n.º 3, 27 de junio de 1931, y *JONS,* 2 de junio de 1933. <<

[39] «La coeducación o emparejamiento escolar es un crimen ministerial contra las mujeres decentes. Es un capitulo de la acción judía contra las naciones libres. Un delito contra la salud del pueblo ave deben penar con su cabeza los traidores responsables». (*Libertad,* n.º 17, 5 de octubre de 1931. La bastardilla es del propio Redondo.). <<

[40] Citado por Basaldúa, p. 11. <<

[41] El socialista Femando de los Ríos, catedrático de Derecho de la Universidad de Granada, parece haber evocado este emblema durante unas clases a las que asistía Juan Aparicio, quien fue luego secretario de Ledesma. El emblema del yugo y las flechas figuraba también en las armas del escudo de Guadix, pueblo natal de Aparicio Fernández Almagro, p. 212; Guillen Salaya, *Los que nacimos,* página 96.Sin embargo, según Jato, p. 49, este símbolo fue mencionado por escritores nacionalistas como Giménez Caballero y Rafael Sánchez Mazas en artículos aparecidos en 1927 y 1928. <<

[42] Según Ledesma, en *Discurso,* p. 14. <<

[43] *Libertad,* números 38-40, 29 de febrero, 7 y 14 de marzo de 1932. <<

[44] El Estado National (semanario de discusión de teoría política, dirigido por Redondo), 20 de lebrero de 1932. El empleo de «fórmulas» aseguraba «la selección de la peor política» (Ídem. 27 de febrero de 1932). <<

[45] *Ibíd.,* n.º 36, 15 de febrero de 1932. <<

[46] *¿Fascismo en España?,* p. 78. <<

[47] Guillen Salaya, *Los que nacimos*, p. 112-114. Conversación con Anselmo de la Iglesia —uno de los más fieles seguidores de Redondo— en Madrid, el 26 de mayo de 1959. <<

[48] «Ramiro… no pudo nunca encontrar las fronteras que separan la vida real, que fluye a todas las horas, de la vida imaginada, que sólo nos posee en los momentos fugaces del ensueño… Uno no acierta a comprender si Ramiro soñaba para obrar o ansiaba la acción para sonar. Tampoco pudo comprenderlo él» (Emiliano Aguado: *Ramiro Ledesma en la crisis de España*, pág. 114). <<

[49] Lizarza, p. 16; Arrarás, I, 485. <<

[50] Estas maniobres aparecen descritas con detalle en Galindo, p. 95-182. <<

[51] Ansaldo, p. 54. <<

[52] En Iturralde, p. 239-408, figura un interesante estudio sobre el papel del catolicismo durante la República. <<

[53] Sobre las vicisitudes de las derechas durante la República véase Fernández Almagro y también Arrarás, vol. I. <<

[54] Valdecasas afirmó más tarde que la República le había defraudado desde los comienzos (conversación en Madrid el 18 de noviembre de 1958). Valdecasas había tomado una parte importante en la redacción del anteproyecto de creación de «Consejos Técnicos» previstos en la Constitución, cuya misión consistirá en asumir la dirección de las cuestiones económicas, para que éstas no estuvieran sometidas a las vicisitudes políticas. Véase Smith, p. 120-127, 167-168, 191-193, 271-273 y 303-304. <<

[55] En su libro sobre Primo de Rivera, J. Capella hace una notable descripción de la personalidad de dictador. <<

[56] Como lo reconoce incluso un socialista como José Antonio Balbontin (*La España de mi experiencia*, p. 306-307). <<

[57] El *José Antonio* de Ximénez de Sandoval constituye la biografía oficial del Régimen; la infancia y juventud de José Antonio se describen en las páginas 1 a 36. Puede encontrarse mis información en Pavón, p. 15-29, y en artículos de los amigos y parientes de José Antonio como Nieves Sainz de Heredía, Lula de Lara y Raimundo Fernández Cuesta en *Dolor y memoria*, p. 174-182. <<

[58] Conversaciones con Emilio González López, Nueva York, 27 de octubre de 1957, y Jesús Prados Amule, Madrid, 22 de mayo de 1959. Aunque cuando eran estudiantes defendían ideas políticas opuestas, ambos interlocutores coincidían en su apreciación de la actitud de José Antonio. Pueden hallarse otros detalles, algo deformados en su interpretación, en el libro de Ramón Serrano Súñer *Semblante de José Antonio (Madrid, 1959)* 197-200; también en Francisco Bravo Martínez, *José Antonio: el Hombre, el jefe, el camarada* (Madrid, 1939), p. 10, y Jato, p. 27. <<

[59] Pemartín, p. 597-601. <<

[60] Algunas de sus últimas producciones literarias figuran en *Blanco y Negro* (Madrid), 8 de diciembre de 1929, y *La Nación* (Madrid), 28 de noviembre de 1929. <<

[61] Ratcliff, p. 80-81. <<

[62] *El Heraldo de Madrid,* 13 de marzo de 1930. <<

[63] Tanto Maura como Aunós (*Espada en crisis,* p. 300-310) denunciaron la corrupción de los elementos de la Unión Patriótica y de la Unión Monárquica. Aunós fue ministro de Trabajo del gobierno de Primo de Rivera. <<

[64] *Diario de Jerez,* 1 de julio de 1930, citado en *Textos inéditos y epistolario de José Antonio Primo de Rivera,* Madrid 1956 (en lo sucesivo citado simplemente como *Epistolario*). <<

[65] *La Nación,* 12 de febrero de 1930; *Boletín de la Unión Patriótica,* 18 de febrero de 1930. <<

[66] *La Nación,* 18 de febrero de 1930, reproducido del *Diario de Albacete*. <<

[67] Después de la conferencia de José Antonio en Albacete, el destacado jurista socialista Luis Jiménez de Ansúa anuló la que debía pronunciar en el mismo local, alegando que no quería ocupar la tribuna que había utilizado un Primo de Rivera (*La Nación,* 26 de febrero de 1930). <<

[68] *Textos de doctrina política. Obras completas* (Madrid, 1952) (citado en lo sucesivo como *Obras*). José Antonio había pensado en presentarse en su feudo familiar de Cádiz en mayo de 1930, cuando se hablaba de que el gobierno Berenguer iba a celebrar elecciones (Carta de José M.ª Pemán a Ximénez de Sandoval del 11 de diciembre de 1941, en Ximénez, p. 472-473). <<

[69] Esto era particularmente cierto por lo que respecta al diario monárquico *ABC*. Véase Ximénez, p. 103 y 107 y también el órgano de los jesuitas *El Debate* del 1 y 5 de octubre de 1931. <<

[70] Ramiro Ledesma aplaudió este resultado, afirmando que los votos de José Antonio reflejaban una reacción «nacional» contra las Cortes Constituyentes burguesas (*La conquista del Estado,* 10 de octubre de 1931). <<

[71] Según Ximénez (p. 109-110), José Antonio se dedicaba a leer los principales autores revolucionarios: Hitler, Rosemberg, Mussolini, Farinacci, Lenin y Trotsky. El único autor liberal que leía era Ortega. Entre los demás autores españoles que apreciaba figuraban los de extrema derecha como Donoso Cortés, Menéndez y Pelayo y Ramiro de Maeztu. <<

[72] *Epistolario,* p. 36-80. <<

[73] *ABC,* 16 de marzo de 1931. <<

[74] En *La Nación,* 17 de enero de 1931. <<

[75] José Antonio encontró un escape para sus preocupaciones políticas cortejando a la heredera de uno de los más antiguos ducados de España. Como la muchacha era hija única, su padre,

el duque, pretendió que José Antonio renunciase a su propio titulo de marqués de Estella para que, al casarse, continuara la línea directa de sucesión del titulo de su hija. Pero José Antonio estaba demasiado orgulloso de su titulo familiar para aceptar semejante exigencia. Se dice que este amor contrariado marcó para siempre el destino de José Antonio, quien permaneció soltero. Cf. José M.ª Villapecellín, *José Antonio: En la cárcel y a hombros de sus camaradas*, en Ximénez, p. 493. (El autor del presente libro ha hablado con diversas personas conocedoras de este idilio de José Antonio, habiendo recogido cuatro versiones diferentes del mismo). <<

[76] Arrarás, I, 423. <<

[77] Según Ledesma, Delgado había recibido 130 000 suscripciones para el primer número (*¿Fascismo en España?*, p. 87), aunque esta cifra parece muy exagerada. Sin embargo, lo cierto es que el mundo financiero se interesó por este semanario; el influyente financiero catalán Juan Pujol llegó incluso a colaborar con un articulo firmado con seudónimo. <<

[78] Hughes, p. 29. <<

[79] Arrarás, I. 594; *¿Fascismo en España?*, p. 88-89. Se llegó a amenazar a uno de los colaboradores, Sánchez Mazas, para que retirara un artículo suyo. <<

[80] *Obras*, p. 43-47. <<

[81] Citado en Dávila y Pemartín, p. 19. <<

[82] Según Prieto en *El Socialista*, 19 de mayo de 1949. <<

[83] Ansaldo, p. 89; conversación con José Pla, Llofriu (Gerona), el 28 de abril de 1959. Pla estaba considerado como uno de los mejores observadores políticos de la segunda República, en Madrid. <<

[84] Citado en Ximénez, p. 127. <<

[85] Dávila y Pemartín, p. 24. <<

[86] Ruiz de Alda, Julio, y Franco, Ramón, *De Palos al Plato* (Madrid, 1927). <<

[87] Prólogo a las *Obras Completas* de Ruiz de Alda, p. 13-26. <<

[88] *Ibíd.*, p. 27-28. <<

[89] En la entrevista de *El Fascio*, Ruiz de Alda se mostró partidario de «un movimiento exaltado y violento, dirigido a las nuevas generaciones y con un Fondo social grande, integrando a trabajadores e intelectuales. Un movimiento conducido por espíritus convencidos y dispuestos al sacrificio para que no resulte un simple acto de defensa clasista o de capitalismo cobarde» (Ruiz de Alda, *Obras completas* págs. 205-209). <<

[90] *Ibíd*, p. 34. <<

[91] En Oviedo y Sevilla también fueron distribuidas octavillas por grupos de estudiantes (Jato, pagina 54). <<

[92] La cifra de detenidos tal vez llego a varios miles. *Ahora*, Madrid, 23, 24 y 26 de Julio de 1933. <<

[93] *¿Fascismo en España?*, pág. 111. En el seno de su propio grupo, Ledesma ridiculizó el carácter «ingenuo» de la propaganda de José Antonio, que consideraba que iba dirigida exclusivamente a los elementos vinculados a la dictadura, al tropel de oficiales del Ejército recién retirados y a los grandes terratenientes de provincias (Véase *¿Fascismo en España?*, pág. 104). <<

[94] Arrarás, I, 604. <<

[95] Véase la correspondencia en el *Epistolario de José Antonio*, p. 125-142. <<

[96] Poco antes, José Antonio había iniciado una campaña para obligar a una destacada personalidad liberal moderada, Ossorio y Gallardo, a abandonar la presidencia del Colegio de Abogados de Madrid. Más tarde, Ossorio dimitió de su cargo (Ángel Ossorio, *Mis memorias*, págs. 217-218). <<

[97] *El Sol,* 25 y 26 de octubre de 1933. <<

[98] García Valdecasas afirmó más tarde que a él se le había invitado a tomar parte únicamente en un mitin de «afirmación española» y que no sabía que José Antonio y Ruiz de Alda se proponían la inmediata fundación de un movimiento político (Conversación en Madrid, el 18 de noviembre de 1958). <<

[99] Ximénez, p. 131-135; Ansaldo, p. 64; y Valdecasas en *Dolor y memoria,* p. 257-259. <<

[100] *Obras* p. 63-69. <<

[101] *El Sol,* 29 de octubre de 1933. <<

[102] *Acción Española,* n.º 43, 16 de diciembre de 1933. <<

[103] Martínez Barrio era uno de los principales masones de España. Esto es lo que indujo a Giménez Caballero —que había sido presentado a José Antonio, a través de Ruiz de Alda— a afirmar que la masonería favoreció la fundación de la Falange, a la que creyó poder manejar mediante intrigas (Ramiro Ledesma, *¿Fascismo en España?,* pág. 135). <<

[104] Citado por Díaz, *Cómo llegó Falange,* p. 13. <<

[105] Ximénez p. 131-132 y 148; Arrarás, I. 681. Cf. Albiñana, *Las Hurdes,* p. 111. Giménez Caballero reivindica la paternidad del nombre en la edición de *Genio de España* publicada en Zaragoza en 1938. <<

[106] Albiñana fue elegido diputado a Cortes en 1933 por la candidatura derechista de Burgos, pero fue un triste consuelo; sus partidarios, nunca muy numerosos, habían desaparecido completamente. Sus pistoleros se pasaron a la Falange. <<

[107] Ansaldo. p. 63. <<

[108] Conversación con Valdecasas en Madrid el 18 de noviembre de 1958. Véase también Guillen, *Anecdotario,* p. 100, y Hughes. <<

[109] *Obras,* p. 177-178. <<

[110] «Ensayo sobre el nacionalismo» en la obra de Juan Aparicio, p. 146 (Ed. JONS, Madrid, 1943). <<

[111] Él mismo lo reconocía ante sus amigos. *Bravo, José Antonio,* p. 52. Cf. José Ortega y Gasset, *Obras completas,* I, p. 265-308. <<

[112] El poema favorito de José Antonio era el If, de Kipling, que solía recitar en inglés. <<

[113] Ximénez, p. 612. <<

[114] La campaña electoral fue pródiga en incidentes, recogidos en *El Sol,* 14, 16, 18 de noviembre y 2 de diciembre de 1933; Mauger, p. 61-66; Dávila y Pemartín, p. 36-38 y 43-50. <<

[115] Cádiz era un feudo conservador, manejado por Ramón Carranza, marqués de la Pesadilla, que fue uno de los últimos caciques del viejo estilo. Como la CNT anarcosindicalista se había propuesto boicotear las elecciones, Carranza estimuló aquel propósito sobornando a algunos elementos cenentistas. La fuerza electoral de la izquierda se vio aún más debilitada y los conservadores ganaron fácilmente las elecciones. (Cánovas, *Apuntes*; Foltz, págs. 68-69; conversación con Pedro Sainz Rodríguez —uno de los principales manipuladores políticos de la Derecha intransigente durante la República— celebrada en Lisboa el 10 de marzo de 1959). José Antonio comenzó a escribir más tarde una novela política humorística en inglés (su segunda lengua) titulada *Los Anarco-Carrancistas,* Foltz, pág. 69; Jacinto Miquelarena en *Dolor y memoria,* págs. 239, 241. <<

[116] Ansaldo, p. 81-82. <<

[117] *¿Fascismo en España?,* p. 91. <<

[118] *Ibíd*; Arrarás, I. 593; Jato, p. 54-55. <<

[119] Guillen, *Sindicalismo español,* p. 55; las luchas callejeras se relatan en *¿Fascismo en España?,* p. 101-103, Guillen, *Anecdotario,* p. 88, y *Los que nacimos,* p. 129-130, y Jato, p. 56. <<

[120] Sin duda aportaron pequeñas sumas el excontrabandista Juan March, el hombre más rico de España; Antonio Goicoechea, jefe de Renovación Española; José Félix de Lequerica, principal agente político de los industriales bilbaínos, y el Banco de Vizcaya, que en parte estaba controlado por los jesuitas (Foltz, pág. 64). <<

[121] Guillen, *Los que nacimos*, p. 128. <<

[122] *¿Fascismo en España?*, p. 145. <<

[123] Ledesma atribuía toda la culpa de la separación existente en los dos grupos a la confusión ideológica de José Antonio y a sus compromisos políticos con los reaccionarios. (Carta a Francisco Bravo, líder de las JONS en Salamanca, del 14 de noviembre de 1933, en Bravo, *José Antonio*, páginas 63 y 64). En cambio, Ernesto Giménez Caballero había decidido hacer el elogio de José Antonio, presentándolo como el nuevo César en su próximo libro. <<

[124] *Ibíd*, p. 143. <<

[125] *Ibíd.*, 145-146. <<

[126] Los nueve grupos correspondían a Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Zaragoza, Valladolid, Granada, Santiago de Compostela y Zafra. <<

[127] Los principales *slogans* de la Falange, como «España, una, grande y libre», «Por la patria, el pan y la justicia» y el «¡Arriba!», fueron creados por Ramiro Ledesma en *La conquista del Estado*. (Véase Francisco Bravo Martínez, *Historia de la Falange Española de las JONS*, pág. 23). La expresión «¡Arriba España!», se dice que fue acuñada más tarde por el retórico Sánchez Mazas (Ximénez de Sandoval, pág. 222). <<

[128] Para más detalles véase Arrarás, II. 19-23, y Ximénez p. 228-229. <<

[129] Carta del 12 de marzo de 1934, citada en *¿Fascismo en España?*, p. 149. <<

[130] Sin embargo, su contribución numérica fue escasa. Mientras los afiliados a la Falange eran unos dos mil, los jonsistas, sin contar a los estudiantes, no llegaban a los trescientos en toda España, (*¿Fascismo en España?*, pág. 178, nota). <<

[131] La fundación de FE se describe en el libro de Arrarás, tomo I, págs. 681-683. Incluso en las violentes semanas que precedieron al estallido de la guerra civil, cuando el partido había sido declarado ilegal y sus dirigentes encarcelados, José Antonio advirtió a los miembros del partido encargados de la edición del órgano clandestino *No importa*, que si no lograban mejorar la presentación sería preferible suspender su publicación (Bravo, *José Antonio*, págs. 194-201). <<

[132] Ansaldo, p. 89. <<

[133] La expresión es de Ledesma (*¿Fascismo en España?*, p. 129). Sánchez Mazas había sido corresponsal del *ABC* en Roma, de donde le vino su esteticismo italianizante y su interés por el fascismo. (Véase Giménez, *La Falange*, p. 4.) Sánchez Mazas fue uno de los pocos veteranos de la Falange que carecían de valor físico y moral. <<

[134] El gran novelista Pió Baroja había escrito en su *César o nada*: «Más que una organización federal y democrática lo que necesitamos es una disciplina militar, de hierro… La democracia, la República, el socialismo, en el fondo, carecen de raíces en nuestro pueblo… Lo único que nos conviene es tener un líder… Lo que España necesita es el Loyola del individualismo extrarreligioso» (Citado por Giménez en *JONS*, n.º 8, de enero de 1934). <<

[135] Bravo, *José Antonio*, p. 11, 31 y 32, *Historia de Falange*, p. 87, Marcotte, p. 75 y 88. <<

[136] Véase el prólogo al *Panorama*, de Torrente, y Castellano (seudónimo), «La Falange», en *Cuadernos*, n.º 31, p. 24-30. <<

[137] Jato, p. 62. <<

[138] En una carta fechada el 9 de lebrero de 1931 había escrito lo siguiente: «Sinceramente convencido de que su ideario viene para abrir un camino salvador en la actual confusión politicosocial, envió desde luego mi adhesión y le ruego me envié folletos que expliquen detalladamente lo que va a ser el partido. Yo soy estudiante de Medicina y tengo diecisiete años, pero me falta muy poco tiempo para cumplir dieciocho años». (Citado por Jato, pág. 45). La falta de madurez de los jóvenes que pronto habrían de consumirse en el holocausto político de España era algo tan trágico como patético. <<

[139] Prólogo de Manuel Valdes al libro de Jato; Valdés fue uno de los tres estudiantes que colaboraron con Ruiz de Alda. <<

[140] Fernández Almagro, p. 209. <<

[141] Ruiz de Alda, p. 217-228. <<

[142] *FE*, n.º 1, 7 de diciembre de 1933. <<

[143] Carta a Julián Pemartín, el 2 de abril de 1933, en *Obras*, p. 49-50. <<

[144] *El Sol* 21, 22, 23 y 27 de noviembre de 1933. Las violencias políticas habían sido iniciadas por los pistoleros legionarios de Albiñana, incluso ames de que estuviese establecida la República. <<

[145] Sobre las pretendidas «confesiones» de uno de los pistoleros del Partido Socialista, véase Vicente Reguengo, *Guerra sin frentes* (Madrid, 1954), p. 24-68. <<

[146] *El Sol*, 3 y 4 de noviembre de 1933 (Utilizamos como referencia *El Sol* por ser el periódico más imparcial de la época). <<

[147] *El Sol*, 5 de febrero de 1934. <<

[148] *Ibíd.*, 12 de enero y 3 de mayo de 1934. <<

[149] *Ibíd.*, 19-21 enero de 1934; Bravo, *José Antonio*, p. 40. <<

[150] Jato, p. 69. <<

[151] *El Sol,* 10 de febrero de 1934. Es posible que Montero hubiese sido victima de represalias por haber dirigido quince días antes el asalto contra el centro de la FUE en la Facultad de Medicina (Ximénez, p. 207-208). Su asesino, detenido poco después, pertenecía a las Juventudes Socialistas. El jefe de este grupo negó que perteneciese al mismo, pero se le encontró una lista de personas consideradas como «peligrosas» para el socialismo y fue condenado a veintiún años de cárcel. *El Sol,* 20 de febrero de 1934. <<

[152] Como lo demuestra su artículo en *FE* n.º 12 del 22 de febrero de 1934. <<

[153] *El Sol,* 17 de febrero de 1934. El entierro de Momero fue muy dramático; concurrieron a él varios centenares de falangistas y cerca de un millar de amigos y simpatizantes. En el momento de darle sepultura José Antonio pronunció un lacónico elogio de su fiel seguidor: «¡Camarada Matías Montero Rodríguez! Gracias por tu ejemplo. Que Dios le dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte. Por última vez, Matías Montero Rodríguez: ¡Presente!» (*Obras,* pág. 157). <<

[154] Ximénez, p. 211. <<

[155] *ABC,* 18 de noviembre de 1933. <<

[156] Citado por Bravo, *Historia de la Falange,* p. 38. <<

[157] Bravo, *José Antonio,* p. 45. <<

[158] *El Sol,* 4 de enero de 1934. <<

[159] Ximénez, p. 203. <<

[160] *ABC,* 13 de febrero de 1934. <<

[161] Ledesma, *¿Fascismo en España?,* p. 138-140. <<

[162] *Ibíd,* p. 135-136. <<

[163] Guillen, *Sindicalismo español,* p. 62. <<

[164] Bravo, *Historia de la Falange,* p. 26-27. <<

[165] *Obras,* p. 194-195 y 197. <<

[166] *El Sol,* 6 y 8 de marzo de 1934. El mismo día del acto de Valladolid los socialistas organizaron un mitin «antifascista» en Toledo. <<

[167] Bravo, *Historia de la Falange*. p. 29. <<

[168] La primera vez que se llamó públicamente a José Antonio Primo de Rivera simplemente José Antonio fue en *La Nación* del 25 de agosto de 1933. <<

[169] *El Sol,* 9 y 28 de marzo de 1934. <<

[170] *Ibíd,* 11 de abril de 1934. <<

[171] Publicado en el n.º 11 de *FE,* el 19 de abril de 1934. <<

[172] Según Ansaldo, p. 71-78. <<

[173] *El Sol,* 11 de junio de 1934. Este alentado se convirtió en un hecho famoso para la izquierda y más tarde los comunistas afirmaron que aquéllas fueron las primeras víctimas de los pistoleros falangistas (*Mundo Obrero,* 18 de enero de 1936; *Claridad,* 20 de junio de 1936). Rafael Alberti, joven poeta de talento de tendencia izquierdista, escribió varias poesías dedicadas a la muchacha Juanita Rico. Para cometer el atentado, los pistoleros habían utilizado el coche del joven Alfonsito Merry del Val, un «señorito» perteneciente a una conocida familia vinculada al cuerpo diplomático. Aunque el automóvil fue reconocido, nada pudo probarse en el juicio y Merry del Val fue absuelto. Su culpabilidad ha sido reconocida por Jato, pág., 109. <<

[174] Cf. Marqués de Valdeiglesias en *Dolor y memoria,* p. 249-251. <<

[175] *El Sol,* 24 de junio de 1934. <<

[176] Ledesma, *¿Fascismo en Esparta?,* p. 174-175. <<

[177] *El Sol,* 9 de julio de 1934. <<

[178] Esta coalición constituía una alianza táctica entre la CEDA clerical y el corrompido Partido Radical, conservador y

mesocrático, que había perdido hasta el más ligero lime de «radical». Aunque la CEDA era el mayor partido de las Cortes, las izquierdas bloquearon el acceso al poder de Gil Robles, recayendo la jefatura del gobierno en el líder radical Alejandro Lerroux. <<

[179] *El Sol*, 5 de abril de 1934; Dávila y Pemartín, p. 65-74. <<

[180] Carta a Francisco Bravo el 24 de mayo de 1934, en Bravo, *José Antonio*; Dávila y Pemartín, p. 75-81. <<

[181] *El Sol*, 7 de junio y 4 y 13 de julio de 1934. «Durante tres horas de cacheos en el centro de Madrid se ocuparon a los transeúntes ciento tres armas de fuego». <<

[182] Uno de ellos se mató accidentalmente estando de guardia: *El Sol*, 17 de junio de 1934. <<

[183] *Ibíd*, 4 de julio de 1934; *Obras* p. 259-268. <<

[184] Bowers, p. 87; Arrarás, II, p. 83-85. <<

[185] Cf. Bravo, *José Antonio*, p. 87. <<

[186] Como lo reconoció más tarde Ansaldo «entonces se vivía mucho del brillo exterior, y por un uniforme o un emblema más lucido los jóvenes, ansiosos de aventuras, cambiaban de partido como de camisas». (¿Para qué…?, pág. 95). <<

[187] Jato, p. 112. <<

[188] Véase la versión de Ansaldo en *¿Para qué?*, p. 85-87. Para más detalles en *¿Fascismo en España?*, p. 179-189; *El Sol*, 10 de agosto y 1.º de septiembre de 1934; Jato, p. 99-114. <<

[189] *¿Fascismo en España?*, p. 170-171. <<

[190] Buckley, p. 129. <<

[191] Como en el caso de las JONS, el principal intermediario fue José Félix de Lequerica. Véase Manuel Aznar en *Dolor y memoria*, p. 190-192. <<

[192] Observaciones de Giménez Caballero y Hughes, p. 32-33; testimonios indirectos de Ximénez, p. 264-265; Gannes y Re-

pard, p. 59. <<

[193] Bravo, *José Antonio*, p. 69; Ansaldo, p. 80-81. <<

[194] Hughes, loc. cit. <<

[195] Las copias de ambos documentos se hallan en posesión del autor. Su autenticidad está fuera de duda. La descripción que de este acuerdo hace Ansaldo (p. 89). Parece inexacta. <<

[196] Conversación con Pedro Sainz Rodríguez en Lisboa el 1 de mayo de 1959. La Falange debía encontrarse con una grave penuria de fondos porque en una segunda fase de las negociaciones José Antonio se vio obligado a ofrecer a Ansaldo el puesto del cual había sido destituido; sin embargo, Ansaldo lo rechazó (Ansaldo, p. 89). <<

[197] Estas octavillas se encontraban en los archivos de José Andino, en Madrid. <<

[198] *El Sol*, 4-5 de setiembre de 1934. <<

[199] Véase Zayas, p. 51-56, y Meleiro, p. 114-120. <<

[200] Cf. Castrillo, p. 188. José Antonio propuso la creación de una Confederación de Empresarios Nacional Sindicalista (*La Nación*). Los empresarios no mostraban el menor interés en ello y el proyecto tuvo que ser abandonado. <<

[201] En una entrevista publicada en *Luz*, el 10 de abril de 1934. <<

[202] Ledesma, *¿Fascismo en España?*, p. 168. <<

[203] Prólogo a la obra de Ruiz de Alda, p. 36. <<

[204] Ledesma, *¿Fascismo en España?*, p. 188. <<

[205] También estaban preocupados ante las numerosas pruebas de la existencia de espías y de agentes izquierdistas infiltrados en la Falange. En el órgano comunista *Mundo Obrero* apareció una serie de artículos titulados «Falange Española de las JONS, una organización criminal al servicio del capitalismo». Aunque la mayoría de los materiales publicados eran falsos,

también contenían ciertas informaciones confidenciales. El informador, un secretario de la CONS, desapareció antes de ser descubierto. (Ledesma. *¿Fascismo en España?*, págs. 194-97). <<

[206] Bravo, *José Antonio*, p. 183-185. <<

[207] Conversaciones con Felipe Sanz Paracuellos en Bilbao, el 10 de diciembre de 1958, y con Jesús Suevos en Madrid, el 8 de febrero de 1959. Ambos votaron en favor del mando único. Suevos, que era el jefe de distrito (Galicia) más joven, actuó de secretario y votó el último, siendo su voto el decisivo. <<

[208] Arrarás, II, p. 282; Zayas, p. 38; Mauger, p. 79. <<

[209] *Obras*, p. 293-296. <<

[210] Bravo, *Historia de la Falange*, p. 77-79; Núñez, I, p. 128. <<

[211] Carta a Francisco Bravo del 3 de noviembre de 1934, en *José Antonio*, p. 81. <<

[212] *Obras*, p. 326. <<

[213] Vegas, p. 104-111. <<

[214] Al parecer, Ruiz de Alda era partidario de admitir a Calvo, pero Ledesma apoyó lógicamente a José Antonio en su oposición a la derecha (*¿Fascismo en España*?, p. 166-167). <<

[215] Según Ansaldo, p. 56. <<

[216] Mauger, p. 122. <<

[217] Según Ledesma, el proyecto fue modificado luego por Primo de Rivera en el triple sentido de mejorar la forma, hacer más abstractas las expresiones y de dulcificar, desradicalizar algunos puntos (*¿Fascismo en España*?, pág. 213). <<

[218] El 19 de diciembre de 1934. Citado por Jato, p. 67. <<

[219] Los dos sacerdotes más conocidos eran don Manuel Gutiérrez, de Oviedo (Jato, p. 65), y Fermín Yzurdiaga, de Pamplona, que fue luego jefe de Prensa y Propaganda de Falange. <<

[220] Eliseda expuso más tarde sus ideas en su libro *Autoridad y libertad*, Madrid, 1945. <<

[221] Las circunstancias de la salida de Eliseda se relatan en Bravo, *Historia de la Falange*, p. 76-77; Ximénez, p. 361-362, y Jato, p. 123. <<

[222] Citado por Galindo, p. 142. Calvo había hablado con Mussolini y era un gran admirador del sistema fascista. Sus ideas políticas han sido expuestas en la obra de Vegas, en la de Aunós, Calvo Sotelo, y en las del propio Calvo *Mis servicios al Estado, La voz de un perseguido* y *El capitalismo contemporáneo y su evolución*. <<

[223] En el articulo de Harold McCoy «Gil Robles: Scourge of Liberal Spain» publicado en el n.º 40, p. 682-688, de *Current History* (septiembre de 1934) se recogen interesantes observaciones del secretario general de aquel partido. Gil Robles había pasado parte de sus vacaciones de verano en la Europa central y quedó muy impresionado por el régimen fascista católico de Dollfuss en Austria. Pero fue principalmente la revolución de octubre en Asturias, que aceleró la polarización de los grupos políticos, la que reforzó la posición de los elementos autoritarios y corporativistas en el seno de la CEDA. <<

[224] Ruiz de Alda, *Obras completas*, prologo, p. 36-31. <<

[225] Bravo, *Historia de la Falange*, p. 85. Marcotte, p. 74-75. <<

[226] Eloy Vaquero, quiera entonces ministro de la Gobernación, insiste en que recibió informes previniéndole de que los falangistas estaban tratando de obtener el apoyo del Ejército. Las advertencias se fundaban, probablemente, en rumores (Conversación en Nueva York, el 17 de mayo de 1958. Tales informes se mencionan también en la revista de Vaquero, *Mensaje*, vol. II, n.º 6, pág. 4). <<

[227] Ledesma, *¿Fascismo en España?*, p. 216-217; Ansaldo, p. 101. <<

[228] Ledesma ha relatado sus últimos tiempos en el partido en *¿Fascismo en España?*, p. 218-221. Ver también Ximénez,

p. 372-376. <<

[229] Después de un infructuoso intento de organizar un nuevo grupo disidente, Ledesma retornó a su puesto en la administración de Correos. Cuatro años de agitación política sólo habían servido para acabar volviendo a su oscuro puesto. Su torturada búsqueda personal llegó a su fin durante los primeros meses de la guerra civil: fue muerto por el gobierno republicano, como fascista, en octubre de 1936. <<

[230] «Muchos de los que se alistaron hubiesen preferido seguir, sin prisas ni arrebatos, la vocación intelectual… Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la piel y las entrañas. Por fidelidad a nuestro destino andamos de lugar en lugar soportando el rubor de las exhibiciones; teniendo que proferir a gritos lo que laboramos en la más silenciosa austeridad; padeciendo la deformidad de los que no nos entienden y de los que no nos quieren entender; derrengándonos en este absurdo simulacro consuetudinario de conquistar la opinión pública». *Haz*, revista del SEU, n.º 12, del 5 de diciembre de 1935, en *Textos*, p. 745. <<

[231] Bravo, *José Antonio*, p. 114. <<

[232] El embajador norteamericano trazó esta semblanza de José Antonio, quien le fue presentado por amigos comunes, en aquellos meses: «José (Antonio) Primo de Rivera era joven y poseía cierto encanto. Tenía un cabello negro y brillante y un rostro fino y moreno de andaluz. Era en el trato cortés, modesto y deferente. La gran pasión de su vida parecía ser la defensa de la memoria de su padre. Buen orador, sus discursos bien construidos y de sólido contenido pecaban de cierto preciosismo andaluz… (En las Cortes) se convirtió en una verdadera pesadilla para muchos hipócritas que se contaban entre sus aliados. Incapaz de disimular, su facilidad para lanzar frases mor-

daces le granjeo numerosos enemigos y su gusto por vivir peligrosamente, sin tomar ninguna precaución, constituía la desesperación de sus amigos. Le gustaba mezclarse con la multitud en vez de procurar evitarla. Una noche, en Madrid dispararon desde la oscuridad sobre su coche. Se detuvo y salió en persecución de sus agresores, solo, sin arma, sin pensar en que constituía un fácil blanco para sus enemigos. Poco después aparecía radiante de júbilo en el "Bakanik", lugar de moda a la hora del aperitivo madrileño, donde contó su aventura más contento que un niño. Tenía pasta de mosquetero de Dumas. Le recordaré siempre como le vi la primera vez, joven, cortés, sonriente, bailando en una villa de San Sebastián». Bowers, p. 28-29. <<

[233] Los ejemplos más conocidos son los de Prieto y de Azaña, pero el socialista José Antonio Balbontin escribió más tarde: «No hay duda de que José Antonio Primo de Rivera llevaba un sueño en la cabeza, un sueño peligroso para él y para nuestro pueblo… pero un sueño al cabo, que no sería licito confundir con la codicia bastarda de esos falangistas "nuevos" que vemos hoy en la España de Franco». *La España de mi experiencia*, p. 306-307. <<

[234] Ante sus amigos personales se lamentaba de que «durante mucho tiempo, para las masas seguiré siendo un señorito, el hijo del Dictador» (Serrano Súñer, *Semblanza de José Antonio joven*, pág. 54). <<

[235] Jato, pág. 129. <<

[236] Citado en *El Día Gráfico*, Barcelona, 28 de enero de 1934, de una entrevista publicada en *Luz*. <<

[237] *Obras*, p. 420. <<

[238] José Antonio Primo de Rivera, *Epistolario*, p. 145-161. <<

[239] Discurso pronunciado en el Ateneo de Zaragoza el 17 de febrero de 1935. <<

[240] *Ibíd*, p. 283. <<

[241] Como por ejemplo Bravo, en una carta del 12 de octubre de 1934 (*José Antonio,* p. 218). <<

[242] *Ibíd,* p. 104. <<

[243] Interviú publicada en *La Voz,* Madrid, 14 de febrero de 1936. <<

[244] «Mas no olvides que la responsabilidad máxima es la tuya y que a estas alturas y por nuestros mártires nadie puede retroceder». Carta de Bravo a José Antonio, el 18 de enero de 1935 (Bravo, *José Antonio,* p. 255). <<

[245] *El Sol,* 22 de mayo de 1935. <<

[246] Buckley, p. 128. <<

[247] *¿Fascismo en España?,* p. 186-188. <<

[248] Guariglia, Ricordi, p. 203-204. <<

[249] Exactamente el día 9 de octubre de 1933. Solmi, p. 69; Mauger, p. 51; Foltz, p. 68. <<

[250] Según una entrevista publicada en *Blanco y Negro,* el 11 de noviembre de 1934. <<

[251] Esto es lo que dijo a Dionisio Ridruejo y a otros en el invierno de 1935-36, Conversación con Ridruejo en Madrid el 17 de noviembre de 1938. (Ridruejo fue jefe de la Propaganda de Falange desde 1938 a 1941). Onésimo Redondo fue todavía más explícito: «Ni nos place aceptar la dialéctica, que mejor debe llamarse dialéctica que doctrina de Mussolini sobre las relaciones entre el Estado y los individuos: lo que se llama en esto doctrina fascista son, a nuestro juicio, supuestas tácticas pasajeras, incongruentes como cosa fija, que d talento combativo y constructivo de Mussolini ha ido adoptando a medida de sus inspiraciones concretas y personalísimas para gobernar a Italia en los últimos años… Lo que no hay propiamente es una doctrina de derecho publico, por mucho que se aparente: d fascismo cambia su trayectoria, como cambia el calendario en el curso del año; no estamos seguros de que ni siquiera la "doctrina"

que parece ser característica y fundamental, la de la supremacía semi-partidista del Estado sobre todo lo demás, sea mantenida por Mussolini hasta su muerte» (*El Estado Nacional,* 15 de mayo de 1933). <<

[252] Foltz, p. 71; Ximénez, p. 288-291; Pavón, p. 192. <<

[253] Así se lo confesó a Ansaldo (*Ansaldo,* p. 78). <<

[254] *Obras,* p. 165. <<

[255] Cesare Gullino, periodista italiano, fue encargado de convencer a José Antonio para que acudiese a Suiza. El líder falangista asistió a la segunda conferencia de Montreux (1935), pero sólo uno o dos días, como observador particular y aprovechando unas vacaciones. (Conversación con Gullino, en Madrid, el 6 de enero de 1959). <<

[256] La última vez que José Antonio aceptó públicamente semejante calificativo fue en unas declaraciones a *ABC,* el 11 de abril de 1934. <<

[257] *Obras,* p. 266. <<

[258] En Callosa del Segura (Alicante) el 22 de julio de 1934. *Obras,* p. 386-387. <<

[259] *El Sol,* 6 de febrero de 1934. <<

[260] Hughes, p. 30. <<

[261] Discurso pronunciado en Madrid, el 19 de mayo de 1935. *Obras,* p. 558. <<

[262] Como el ilustre economista agrario Florensa (Pla, IV, p. 140). <<

[263] *Obras,* p. 409-412, 483-508. <<

[264] Buckley, p. 127. <<

[265] *Obras,* p. 555-556. <<

[266] José Antonio estaba enteramente de acuerdo con la definición del mito del Imperio formulada por Onésimo Redondo en 1931:

«Nosotros creemos en el poder imperial de nuestra gran cultura. Y para que los que se atemorizan o sonríen ante este gran concepto *imperial* alejen la creencia de que decir "imperio" es decir conquista de tierras y naciones por medio de la guerra física, aprovechemos esta ocasión para fijar algo el valor vigente y macizo de esa palabra».

«Imperio es, desde luego, dominación o, al menos, superioridad ejercida en un conjunto de pueblos».

«Pero la importancia —y hasta la utilidad— del *imperio es positiva y múltiple*; Significa, desde luego, una grata hegemonía, una gloriosa sensación de poder que beneficia y encumbra ante los demás a la raza que lo ejerce. Es también —y aquí está, sin duda, su mayor y verdadera utilidad política— un vivero de generosas apetencias nacionales y el supremo motor de las grandes energías latentes en cada raza: es el ideal máximo para un pueblo y, por lo mismo, el más grande estimulante para las individualidades destacadas, acicate y plataforma al mismo tiempo para que los grandes hombres surjan y ejerzan su influjo benéfico (…)».

«Y *el imperio*, así entendido, no supone, no es una empresa exterior, que necesite la consagración de energías harto precisas para vivir en paz y prosperidad dentro de casa. Éste es el tosco engaño de los temperamentos caseros, y además de caseros primitivos y por lo mismo torpes e indigentes». (*Libertad*, n.º 2, 31 de agosto de 1931). <<

[267] Esta cifra aproximada nos fue facilitada por Mariano García, que había sido secretario administrativo del partido. (Conversación en Madrid el 8 de enero de 1959). Las cifras exactas se extraviaron, pero José Luis de Arrese (que fue jefe provincial de Granada a principios de 1936) declaró en cierta ocasión que antes del Frente Popular el número de miembros con carnet del partido era de 8000 aproximadamente. (Conver-

saciones con el profesor Juan J. Linz en Madrid en diciembre de 1960). Raimundo Fernández Cuesta, que entonces era el secretario general del partido, considera que esta cifra es excesiva, calculando que en febrero de 1936 la primera línea no contaba con más de 5000 miembros. (Conversación en Madrid, el 13 de febrero de 1959). El cálculo más razonable de los efectivos de la Falange por provincias en 1936 es el siguiente:

Madrid	1.500	Valencia	400
Valladolid	1.500-1.800	Málaga	300
Extremadura	1.200-1.500	Cataluña	300
Sevilla-Cádiz	1.200	Granada	200
Santander	800	Vizcaya	200
Burgos	500	Mallorca	200
Galicia	500	Otras regiones	1.000

Las fuentes de información de estas cifras son las siguientes:

1. Valladolid. Los archivos de la JONS local de Valladolid se hallan en poder de Anselmo de la iglesia.
2. Extremadura. Extraído de las cifras facilitadas posteriormente por González Ortín, p. 208. (Conversación con Eduardo Ezquer, Madrid 18 de marzo de 1963.)
3. Sevilla-Cádiz. Los archivos de la JONS de Sevilla están en poder de Patricio González de Canales en Madrid. Véase también Beltrán.
4. Santander. Conversación con Manuel Hedilla, en Madrid, el 4 de enero de 1959. Hedilla insiste en una cifra más elevada, pero el autor mantiene la expuesta como más ajustada a la verdad.
5. Burgos. Florentino Martínez Mata, jefe provincial de Burgos de 1938 a 1942, afirma: «en febrero de 1936 no éramos casi nadie en Burgos». (Conversación en Madrid el 22 de enero de 1959). Sin embargo, José Antonio considera que la cifra debía ser más elevada. (Conversación en Madrid el 4 de diciembre de 1958.)

6. Galicia. Conversación con Enrique Tajuelo (que había sido responsable de la organización del partido en aquella región) en Madrid el 7 de mayo de 1959. Sobre Orense, véase Meleiro, p. 33. Jesús Suevos, jefe territorial en 1935, da una cifra más elevada. (Conversación en Madrid el 22 de enero de 195?). Pero Suevos exagera. Cf. Moure-Mariño, p. 99-128.
7. Valencia. Conversaciones con Ricardo Palmí Sancho (ex-jefe provincial) en Valencia el 4 de marzo de 1959, y con Juan Ferrar de Diego en Valencia el 5 de marzo de 1959. Véase también Pérez e Higón.
8. Málaga. Cf. Gollonet y Morales, *Sangre y fuego* - Málaga.
9. Cataluña. Conversaciones con Luis Santa Marina en Barcelona el 21 de diciembre de 1958, y Luis Fontes de Albornoz (triunviro de las JONS de Cataluña) el 22 de diciembre de 1958. Granada. Gollonet y Morales, Rojo y azul en Granada, p. 99. Conversación con Santiago Cardell (jefe provincial de 1934 a 1936) en Granada el 20 de marzo de 1959.
10. Vizcaya. Conversaciones con Felipe Sanz el 10 de diciembre de 1958, y con José Mª Valdés el 12 de diciembre de 1958, en Bilbao. Ambos habían sido jefes provinciales de Vizcaya.
11. Mallorca. Bernanos, p. 104; Zayas. <<

[268] Jato, p. 95; carta de José Antonio en Bravo, *José Antonio*, p. 73; Schempp, Das Autoritdre Spanien, p. 12. <<

[269] En junio de 1934 fue organizada por la hermana menor de José Antonio, Pilar, y algunas de sus amigas una Sección Femenina. Esta organización careció de importancia antes de la guerra civil. <<

[270] Como ya hemos indicado, los estudiantes representaban por sí solos un número mayor de efectivos que el resto de los afiliados, pero no podían ser considerados oficialmente como miembros del partido debido a su edad. Sin embargo, algunos de ellos, tal vez por ser mayores de edad, figuraban como afiliados. <<

[271] Bravo, *Historia de la Falange*, p. 87. José Antonio hubiese podido replicarle que no habían hecho otra cosa que seguir las enseñanzas de Unamuno quien había aconsejado «Disparad primero y apuntad después» (Citado por Jato, p. 196). <<

[272] Dionisio Ridruejo, jefe de propaganda de Falange desde 1938 a 1940, consideraba que menos de un 10 por 100 de los miembros tenían alguna noción de la ideología del partido. (Conversación en Madrid, el 4 de noviembre de 1958.).El primer libro teórico escrito por un falangista fue el de J. Pérez de Cabo ¡*Arriba España*! (Madrid, 1935). En el prólogo declaraba José Antonio que esta exposición de carácter general no era, ni mucho menos, un tratado perfecto de la ideología falangista. <<

[273] *Obras*, p. 566, 102. <<

[274] José Antonio Girón y Luis González Vicén, que eran los dos dirigentes estudiantiles del «cisma» de Valladolid, desempeñaron un importante papel en la Falange después de 1936. Nuestra versión de la querella se basa, en gran parte, en las conversaciones con Luis González Vicén en Madrid el 27 de febrero de 1959, y con Anselmo de la Iglesia el 29 de mayo de 1959, también en Madrid. De la Iglesia fue un ferviente partidario de Onésimo Redondo. <<

[275] Cuando José Antonio se trasladó a Santander para excluir del partido a los derechistas estuvo a punto de producirse una situación de violencia. Montes, p. 134-139; Jato, p. 140; *Diario de Florentino Torre Bolado* (que fue jefe provincial de prensa y propaganda de Santander durante 1937). <<

[276] Frank Jellinek, que conoció bien a la CNT, afirma: «Es cierto que se estableció cierta colaboración bastante estrecha entre un grupo de irresponsables y la Falange Española… Pero también es cierto que estos elementos aislados fueron totalmente desautorizados por los comités responsables» (Jellinek, p. 259-260). <<

[277] Un titular de *Solidaridad Obrera* (el diario de la CNT en Barcelona) del 25 de junio de 1936 decía: «A la concepción puramente materialista, que convierte a los pueblos en rebaños preocupados sólo en satisfacer sus necesidades fisiológicas, debemos oponer la fuerza del espíritu, la potencia dinámica del ideal». <<

[278] Castillo y Álvarez, p. 132-134; conversación con Luis Santa Marina en Barcelona el 20 de diciembre de 1958. <<

[279] La única excepción tal vez fuese Informaciones, de Juan March, donde colaboraba Giménez Caballero. Hasta el periódico «upetista» *La Nación* había vuelto la espalda a Falange. <<

[280] En *El Heraldo de Madrid*, citado por Bravo, *Historia de la Falange*, p. 23. <<

[281] En una carta a Dávila, reproducida en el libro de Dávila y Pemartín, p. 80-81. <<

[282] Del prólogo al libro de Pérez de Cabo. <<

[283] *Arriba*, n.º 11, del 30 de mayo de 1935. <<

[284] Ximénez, p. 635-636. José Antonio continuaba rogando a los jefes locales que exigieran de sus afiliados. <<

[285] Hughes, p. 31-32; Pavón, p. 77. <<

[286] Cacho, p. 13. <<

[287] Ansaldo, p. 81. <<

[288] *Obras*, p. 313-321. <<

[289] Bravo, «Early Days of the Spanish Phalanx», Spain, 1: 10 (octubre de 1938), p. 6-7; Aznar, página 20. <<

[290] Gonzalo Torrente Ballester, que publicó una antología de textos de José Antonio, alude a este plan que un escritor falangista llamó «la locura de José Antonio». (Torrente, *José Antonio*, p. 32). <<

[291] Comandante B. Gómez Oliveros: *General Moscardó*, Barcelona, 1956, p. 104. <<

[292] Cacho, p. 23-25. <<

[293] Andino, p. 21-22. José Antonio sometió luego oficialmente la proposición a la Junta Política y se aprobó la participación en el Frente Nacional mediante un plebiscito de los jefes provinciales, que fue organizado a través de una circular del 6 de enero de 1936. <<

[294] José María Carretero, uno de los más destacados oráculos de la reacción, escribió aquel mismo año una gacetilla titulada «Don Juan de España», en la que acusaba a José Antonio de «Socialista» y manifestaba su desilusión por la Falange. <<

[295] *Obras*, p. 618-619; *ABC*, 31 de julio de 1935. <<

[296] Véase Pla, IV, p. 180-195 y 228-234. <<

[297] Bowers, p. 169. <<

[298] Jato, p. 134-135 y 209-210. <<

[299] Guillen, *Sindicalismo español*, p. 63. <<

[300] Conversación con José María Gil Robles, Madrid, 14 de mayo de 1959. <<

[301] Meleiro, p. 141-161; Gutiérrez, p. 93. <<

[302] Bravo, *Historia de Falange*, p. 150. <<

[303] Meleiro, p. 161-165. <<

[304] Andino, p. 31-32. <<

[305] *Obras*, p. 854-858. <<

[306] Bernanos, p. 185. <<

[307] *Obras*, p. 420. <<

[308] *Ibíd.*, p. 831-832. <<

[309] *Ibíd.*, p. 840. <<

[310] Se ha dicho que Pórtela pidió a la Falange que se uniese a una tercera fuerza nacional, si, como afirmaba, era cierto que estaba por encima de la derecha y de la izquierda. Según esta versión, Pórtela le ofreció a José Antonio la cartera de Agricultura en el nuevo gobierno que pudiera salir victorioso, pero a José Antonio no le interesó la oferta. (Ximénez de Sandoval, pág. 622.). <<

[311] *ABC,* 14 de febrero de 1936. Opiniones semejantes fueron expresadas el mismo día por *Informaciones* y *La Nación,* dos periódicos que hasta entonces habían manifestado cierta simpatía por la Falange. <<

[312] Dávila y Pemartín, p. 116-118. <<

[313] *Textos,* p. 872. <<

[314] Conversación con José María Gil Robles, Madrid, 14 de mayo de 1959. <<

[315] Venegas, *Las elecciones,* p. 28. <<

[316] *Blanco y Negro,* 25 de diciembre de 1935. <<

[317] El Bloque Nacional también creía lo mismo, pero no era más que un conglomerado de grupos escindidos de la extrema derecha, que representaba principalmente a cinco grandes bancos y a unas docenas de latifundistas. El Bloque Nacional, que era algo mayor que la Falange, tenía mucho menos empuje; su única ventaja estribaba en que tenía mucho más dinero. <<

[318] Patricio González de Canales, en la página 5 de un cuestionario que me devolvió el 24 de enero de 1959. <<

[319] *Arriba,* n.º 17, 31 de octubre de 1935 <<

[320] *Obras,* p. 886. <<

[321] *Arriba,* n.º 33, 23 de febrero de 1936. <<

[322] *Obras,* p. 886. <<

[323] Habló por primera vez con el general Franco en casa de Serrano Súñer el 8 de marzo. (Serrano, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 18; Arrarás, *Franco*, p. 186-187). Por otra parte, la Falange seguía manteniendo contactos con la UME en varias partes de la península. <<

[324] Canales, p. 5. <<

[325] Todas las informaciones relativas a estas gestiones proceden de los socialistas. Zugazagoitia, p. 7-8; Rodolfo Llopis, «España espera su hora», III, *Ibérica*, vol. 5, n.º 7 (1957), p. 4-6. <<

[326] Pla, IV, p. 282. <<

[327] Ansaldo lo reconoce así (pág. 78), pero muchos falangistas lo niegan rotundamente. El corresponsal de la Reuter conoció a uno de esos pistoleros, un mecánico, que llevaba dos años sin trabajo hasta que fue contratado por la Falange. (Buckley, pág. 129.).

La Mayoría de estos pistoleros profesionales eran antiguos legionarios de Marruecos. Cuando en abril de 1936 la policía detuvo a varios de ellos, *Mundo Obrero* publicó sus supuestas fichas de antecedentes. Por su parte, Narciso Perales, joven militante de Sevilla, que obtuvo la más elevada condecoración del partido por su valiente actuación en aquella ciudad, insiste en que fueron jóvenes sevillanos quienes llevaron a cabo tan viles menesteres. (Conversaciones en Madrid el 9 y el 13 de enero de 1959.). <<

[328] Canales, p. 3 <<

[329] *Ibíd.*, p. 9. Diversos escritores falangistas se han referido a varias ocasiones en que las instrucciones de José Antonio contra las represalias tropezaron con la resistencia de los jefes locales. <<

[330] Bowers, p. 210; Pavón, p. 113-114. <<

[331] *El Sol*, 12 de marzo de 1936. <<

[332] *Ibíd.*, 15 de marzo de 1936; Pla, IV, p. 332. <<

[333] Cf. Gil Robles, declaraciones a *Paris-Soir* el 30 de julio de 1936; conversación con el autor en Madrid el 14 de mayo de 1959. <<

[334] Véase particularmente Beltrán, *Preparación y desarrollo*; Lizarza, *Memorias de la conspiración*; Maíz, *Alzamiento en España*. <<

[335] *Epistolario,* p. 358 <<

[336] Andino, p. 42 <<

[337] Bravo, *Historia de Falange,* p. 189; Díaz, p. 33-37. <<

[338] *The Times,* Londres, 15 de abril de 1936. <<

[339] El número de víctimas falangistas figura en Bravo, *Historia de Falange,* p. 164-165. <<

[340] *Mundo Obrero,* 13 de marzo de 1936. <<

[341] Ruiz de Alda, p. 40, 261-263. <<

[342] Constancia de la Mora, joven perteneciente a un influyente clan monárquico conservador, escribió: «Mi padre y sus amigos daban dinero (a los activistas de Falange) y se quedaban atrás en espera de los resultados». (*Tiempos de esplendor: autobiografía de una mujer española,* pág. 215).

José Antonio tenía sus dudas sobre si las nuevas aportaciones económicas a la Falange estaban siendo adecuadamente empleadas con fines constructivos. (Carta a Onésimo Redondo del 17 de junio de 1936, en *Epistolario,* pág. 502-503). <<

[343] *Mundo Obrero,* 11 de mayo de 1936, citando *El Defensor de Cuenca*. <<

[344] *El Sol,* 17 de abril de 1936. <<

[345] *Claridad,* 7 de mayo de 1936; *El Sol,* 15 de mayo de 1936. <<

[346] Según Mariano García, que llevaba los ficheros. Conversación en Madrid el 8 de enero de 1959. <<

[347] Puede seguirse a través de *El Sol* y también de la prensa izquierdista, especialmente *Claridad* (el nuevo órgano del grupo de Largo Caballero en el seno del Partido Socialista) de los días 8, 16 y 28 de mayo; 20, 17 y 27 de junio, y de *Mundo Obrero* del 9, 10, 18, 21 y 31 de enero; 1, 14 y 24 de febrero; 10, 11 y 13 de marzo y 8 de mayo, todos ellos del año 1936.

El número de victimas de atentados a menudo se ha exagerado. *El Sol* tenía tendencia a disminuir la gravedad de los incidentes, mientras la prensa de la extrema izquierda procuraba exagerarlos para mantener a los obreros en tensión. Los comunistas acusaban diariamente a los periódicos conservadores de Madrid (como *ABC, El Debate e Informaciones*) de ignorar la verdadera esencia del problema. Dichos periódicos conservadores publicaban las listas de falangistas detenidos en las provincias, acompañándolas siempre del comentario «se ignoran los motivos de dichas detenciones», mientras denunciaban ruidosamente los desórdenes producidos por las izquierdas.

José Peirats, cronista de la CNT, declara que en cinco meses, del 17 de febrero al 17 de julio de 1936, se produjeron 213 atentados, 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales. Estos disturbios costaron la vida a 269 personas, elevándose el número de los heridos a 1287 (*La CNT en la revolución española*, I, p. 121). <<

[348] Véase Beltrán, *Preparación y desarrollo*, p. 126-128. Existen otras versiones de este proyecto. Cf. p. 755-757. Ansaldo también había planeado la liberación de su antiguo amigo Ruiz de Alda, pero este último se negó a escaparse (Ansaldo, p. 116-117). <<

[349] La Falange no hizo ningún esfuerzo por presentarse a las elecciones de abril. José Antonio estaba convencido del triunfo inevitable de las izquierdas, pero creía que un número elevado de abstenciones les quitaría el pretendido carácter plebiscitario.

Carta a Onésimo Redondo el 23 de marzo de 1936, en *Epistolario*, p. 476-477. <<

[350] José Antonio llegó a autorizar a Goicoechea a que fuese su representante ante la extrema derecha. Carta de José Antonio a Goicoechea del 16 de junio de 1936, cuya copia obra en poder del autor. <<

[351] Según Eugenio Vegas Latapié, quien afirma que se lo dijo el propio Gil Robles. (Conversación en Madrid el 25 de noviembre de 1938.). <<

[352] Maiz, p. 82 <<

[353] Pattee, p. 179 <<

[354] *El Sol*, 12 de mayo de 1936 <<

[355] *No importa*, n.º 2 (sin fecha); Montes, p. 289; *Alcázar*, p. 81; Arrarás, tomo II, p. 494-495. <<

[356] Bravo, *Historia de Falange*, p. 180. <<

[357] *El Sol*, 5 de mayo de 1936. <<

[358] *El Sol*, 5 de abril de 1936; *Claridad*, 8 de mayo de 1936; *Obras*, p. 911-918; Ximénez. p. 747-748. <<

[359] *El Sol*, 29 de mayo de 1936; *The Times*, Londres, 29 de mayo de 1936. José Antonio se arrepintió luego de su comportamiento, diciendo que con ello había dado un pésimo ejemplo a los jóvenes, que necesitaban más disciplina y no estímulos a la violencia. (Jato, pág. 226-227). <<

[360] Ximénez, p. 759-762. <<

[361] Ansaldo, p. 121 <<

[362] *Ibíd*. <<

[363] *El Pensamiento Alavés*, Vitoria, 17 de mayo de 1936 <<

[364] Ansaldo, pág. 122. Ésta fue la última palabra en la rivalidad entre José Antonio y Calvo Sotelo, que terminó poco después con el asesinato del último por las izquierdas. En esta época se produjo también una tentativa para copiar el SEU. Cierto

«Haz de Estudiantes Españoles» publicó en mayo un manifiesto en el que se utilizaba el emblema de Falange. (Jato, pág. 227). <<

[365] *La Unión*, Sevilla, 18 de julio de 1937. El conde de Rodezno, uno de los jefes carlistas de su reducto de Navarra visitó «repetidamente» a José Antonio en la Modelo (Beltrán, *Preparación y desarrollo*, p. 130). Los dirigentes carlistas estaban divididos entre el mando nacional, con el príncipe-regente en San Juan de Luz y los jefes locales de Navarra, encabezados por Rodezno y José Martínez Berasáin, banquero de Pamplona. La participación activa de los carlistas en el alzamiento militar fue decidida por el grupo de Rodezno contra la oposición hasta el último momento, de Fal Conde, que se encontraba en Francia. Rodezno y Berasáin no intervinieron en el acuerdo entre Fal y José Antonio, que ignoraban. Conversación con José Martínez Berasáin y Desiderio Jiménez en Pamplona el 16 de diciembre de 1958. <<

[366] Canales, p. 9. José Antonio se lamentaba de ello: véase Zugazagoitia, p. 7-8. <<

[367] Pavón, p. 165-166. <<

[368] Maíz, p. 129. <<

[369] Andino, p. 49, 52. Mariano García, quien pasó largas horas trabajando en el cuartel general clandestino manifestó que las relaciones entre la Falange y los militares eran en Madrid «muy malas». (Conversación en Madrid el 8 de enero de 1959.). <<

[370] Según Dionisio Ridruejo quien vio la carta. (Conversación en Madrid el 2 de diciembre de 1958). <<

[371] *Obras*, p. 935-936. <<

[372] Según el propio Maura. (Conversación en Barcelona el 23 de diciembre de 1958.). <<

[373] Copiado del original, conservado por Maura en su archivo. <<

[374] Andino, p. 63. <<

[375] Durante sus contactos con la UME en 1935, José Antonio había preparado una lista del gobierno que habría que constituir después del golpe contra la República. He aquí los nombres:

Defensa Nacional: general Franco.

Justicia: Ramón Serrano Súñer.

Educación: Eduardo Aunós (antiguo ministro de Trabajo de Primo de Rivera). Subsecretario; Manuel Valdés (jefe nacional del SEU).

Economía: Demetrio Carceller (hombre capaz, de ideas corporativistas, pero vinculado estrechamente al mundo financiero).

Interior: general Mola.

Marina y Colonias: general Goded.

Comunicaciones: Julio Ruiz de Alda. Subsecretario: José Moreno (jefe provincial de Falange de Navarra). Corporaciones: Manuel Mateo (Jefe de la CONS). Subsecretario: Rafael Garcerán (pasante de José Antonio).

Véase el *Epistolario de José Antonio,* p. 199; en el libro de Alcázar, p. 169, figura una copia fotostática de dicha lista. Como puede apreciarse, en 1935 las ambiciones de la Falange se reducían a ocupar dos puestos en el gabinete y nada hace suponer que más tarde tuviera que mostrarse más exigente. <<

[376] Andino, p. 67-69. <<

[377] *El Socialista,* 12 de Julio de 1936 <<

[378] Pavón, p. 167-168. <<

[379] Andino, p. 64-65. <<

[380] Iribarren, *Con el general Mola,* p. 42. <<

[381] Beltrán, *Preparación y desarrollo*, p. 135-136. <<

[382] El relato más detallado es el que figura en Fernández de Castro, *Hacia las rutas de una nueva España*, p. 101 y s. <<

[383] Alessí, p. 97-103, muestra la creciente alarma de que daban muestra los comunicados oficiales. <<

[384] En vista de los numerosos rumores sobre la inminente rebelión, el periódico de Largo Caballero, *Claridad*, pedía armas para los trabajadores desde el 16 de julio. <<

[385] Cf. Iribarren, *Con el general Mora*, p. 107-108. <<

[386] Sobre este hecho existen dos versiones muy personales: por la derecha, Cuadrado Alonso, p. 38-39; por la izquierda, Barea, III, p. 117-121. <<

[387] Véase Liado i Figueres; también Lacruz, p. 1-178. <<

[388] Sobre la situación de conjunto de la rebelión en diversos lugares de España, véase Orizana y Liébana, p. 124-275. <<

[389] Muchos oficiales de Marina se mostraron favorables a la rebelión, pero sus marineros tenían más conciencia política que los reclutas del Ejército. En numerosos casos pasaron a cuchillo a los oficiales, lanzando sus cadáveres al mar. Después de una dura lucha, la división de la escuadra con base en El Ferrol fue dominada por los rebeldes, aunque no constituía más que una parte del total. Los apologistas de los rebeldes Víctor María de Sola y Carlos Martel cifran en 85 000 toneladas el total de buques leales y en 52 000 el tonelaje en favor de los rebeldes. (*Estelas gloriosas de la escuadra azul*, pág. 127). <<

[390] Aznar, p. 81. <<

[391] Iribarren, *Con el general Mola*, p. 69 y 135-136. <<

[392] *Documents on Germán Foreign Policy*, Series D. Vol. III, *Germany and the Spanish Civil War* (Washington D. C. 1950), nota Del editor, p. 1-2. <<

[393] Conversación con el marqués de Valdeiglesias en Madrid el 20 de febrero de 1959 <<

[394] Véase Lizarza, Apéndice; *How Mussolini Proveked the Spanish Civil War: Documentary Evidences* (Londres, 1937). <<

[395] O por lo menos así se lo dijo Ciano al primer embajador italiano cerca de la España rebelde. Cantalupo, p. 63. <<

[396] Tres de dichos bombarderos se vieron obligados a aterrizar en Argelia por falta de combustible, lo que suscitó un primer escándalo internacional. *The Times*, Londres, 1 de agosto de 1936. <<

[397] Al parecer, una de las personas que gestionaron la intervención alemana en España fue el jefe del servicio de espionaje alemán almirante Canaris. Éste había llevado a cabo varias misiones en España al principio de su carrera y conoció a Franco. Sobre Canaris, véase Abshagen, p. 30-32, 58-59 y 111-114; Colvin, p. 30-37, y Bartz, p. 20. <<

[398] Véase Beumelburg; Hoyos. <<

[399] *The Times*, Londres, 6 de agosto de 1936; Solmi, p. 143. <<

[400] El embajador alemán Schwendemann, en su despacho del 25 de julio se mostraba muy pesimista respecto al triunfo de los rebeldes. *Germany and the Spanish Civil War*, Doc. n.º 1, p. 11-13. <<

[401] Cattell, en su obra *Communism and the Spanish Civil War*, demuestra que la ayuda rusa a la República empezó a llegar en octubre. <<

[402] La campaña de Guadalajara está muy bien estudiada en la obra de R. G. Colodny, *The Struggle for Madrid*. <<

[403] *El Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 27 de agosto de 1936. <<

[404] Por lo menos ésta era la opinión corriente en Burgos entonces. Ruiz Vilaplana, p. 58-59. <<

[405] Como lo hacían observar los italianos aliados de los rebeldes. Volta, p. 57-58. <<

[406] Se dijo que en las primeras 24 horas se reclinaron en Zaragoza dos mil milicianos falangistas ara prestar servicios voluntarios al partido. (*El Heraldo de Aragón*, 25 de julio de 1936.). <<

[407] Según consta en los archivos de José Andino, los banqueros de Bilbao ofrecieron al principio de la guerra un crédito de 100 000 pesetas a la Falange de Burgos, que fue rechazado. <<

[408] Conversación con Ricardo Nieto en Madrid el 17 de enero de 1959. Nieto era el jefe provincial de Zamora y tuvo que enfrentarse con la difícil tarea de dar una apariencia de organización a los miles de voluntarios recién llegados.

Un corresponsal, favorable a los rebeldes, escribió: «En realidad he podido observar que son muy pocos los que se han tomado la molestia de informarse sobre la doctrina del partido. Muchos jóvenes se han inscrito en sus filas porque les parece que el uniforme azul les favorece más ante las chicas que el de las juventudes rojas. La gran mayoría se han encuadrado en él porque sin duda consideraban que era el modo más sencillo de servir a su país. He podido interrogar a docenas de ellos, encontrados al azar de guardia en las carreteras o en oficinas de correos, bancos, etc., y todo lo que he logrado sacar en claro es que todos eran "anti-rojos". Uno de ellos me dijo sencillamente que "creía que era una especie de comunismo, sólo que mejor"». Gerahty, p. 17-18. <<

[409] Canales, p. 6. Figura una declaración bastante semejante en *El Adelanto,* Salamanca, 7 de agosto de 1936 <<

[410] Canales, pág. 5, El 11 de septiembre uno de los representantes alemanes informaba: «Por ahora uno tiene la impresión de que los propios miembros de las milicias falangistas carecen de objetivos o de ideas precisas; más bien parecen jóvenes para

muchos de los cuales eso de jugar con armas y cazar comunistas o socialistas constituye un excelente deporte». (*Germany and the Spanish Civil War*, Doc. n.º 80, págs. 84-89). <<

[411] *Hoy*, Badajoz, 30 de agosto de 1936; *La Unión*, Sevilla, 30 de agosto de 1936. <<

[412] El precedente relato se basa en mis conversaciones con Joaquín Miranda (Sevilla, 9 de marzo de 1959), Pedro Gamero del Castillo (Madrid, 6 de diciembre de 1958) y Luis González Vicén (Madrid, 18 de mayo de 1959); también he utilizado el material reunido por Maximiano García Venero, que prepara un estudio sobre Hedilla y tuvo la generosidad de permitirme consultarlo. <<

[413] Volta, p. 87-88. <<

[414] Por ejemplo, Vicente Cadenas, jefe nacional de Prensa y Propaganda; Roberto Reyes, delegado nacional de Justicia y Derecho, y Vicente Gaceo, secretario nacional de la desaparecida Junta Política. Hedilla reconoció, sin embargo, que ya desde las primeras semanas de la guerra hubo «bastante desorden y mucha ambición personal» a pesar de la aureola de pureza y de moralidad febrilmente cultivada en aquella época. (Conversación en Madrid, el 20 de enero de 1959.). <<

[415] *Arriba España*, Pamplona, 1 de enero de 1937 <<

[416] Citado por Beltrán, Preparación y desarrollo, p. 221. Más tarde, las últimas declaraciones que hizo Manuel Hedilla antes de su encarcelamiento se publicaron bajo el título «España será un gigantesco sindicato de productores». *Arriba España*, Pamplona, 16 de abril de 1937. <<

[417] Bergamo, p. 40-41. <<

[418] *FE*, Sevilla, enero de 1937; *Arriba España*, 28 de enero y 2 de febrero de 1937 <<

[419] Como el propio Hedilla. *Arriba España*, 16 de abril de 1937 <<

[420] Reproducida en *Arriba España,* 6 de enero de 1937. <<

[421] Sobre actitud de la Iglesia, véase Cardenal Goma y Tomás, *Pastorales de la guerra de España*. <<

[422] *Arriba España,* 6 de enero de 1937. <<

[423] Además, los falangistas hacían todo lo posible por contrariar a los derechistas que se encontraban a la fuerza a su lado, oponiéndose firmemente a la utilización de los símbolos de la monarquía borbónica, empezando por la bandera roja y gualda. <<

[424] Conversación con Patricio Canales en Madrid el 6 de enero de 1959. <<

[425] Gollonet y Morales, *Málaga,* pág. 165.El corresponsal de la *United Press* Charles Foltz afirma haber visto a comunistas y anarquistas que rompían en pedazos sus carnets al cruzar el umbral de la oficina de reclutamiento de la Falange, *Ibíd* pág. 77. <<

[426] Según Ignacio González de Migoya, de la Falange asturiana. Conversación en Oviedo el 25 de enero de 1959. Dionisio Ridruejo considera que un veinte por ciento de los nuevos miembros procedían de la izquierda. (Conversación en Madrid el 17 de noviembre de 1958). En Sevilla, un editor rico y conservador recibió el siguiente consejo de un militar amigo: «No te metas en la Falange. Por ahí va la riada. Como no piden garantías hay un gran porcentaje de marxistas». Bahamonde, p. 5-6. <<

[427] Según Bahamonde, p. 15. <<

[428] *La Gacela Regional,* Salamanca, 9 de agosto de 1936. <<

[429] *Arriba España,* 6 de enero de 1937 <<

[430] Clark, I, p. 653 <<

[431] La Falange de Burgos creó una escolta especial para Cabanellas, pero, según su jefe José Antonio, tenía instrucciones

secretas de vigilar al general. (Conversación en Madrid, el 6 de febrero de 1959.). <<

[432] Así lo afirman Eugenio Vegas Latapié y José María Gil Robles. (Conversaciones en Madrid el 19 de febrero y el 14 de mayo de 1959.). <<

[433] Sobre los antecedentes políticos de Yagüe, véase 1. García Escalera, «El General Yagüe», *Temas Españoles*, Madrid, 1953, p. 1-26. <<

[434] El secretario de Mola afirma que fue éste quien insistió para que se le quitara a Yagüe el mando del ataque a Madrid y que hasta amenazó con matarle. (Conversación con José María Iribarren, Pamplona, 16 de diciembre de 1958.). <<

[435] Según José María Iribarren, que fue secretario de Mola. <<

[436] Kindelán, p. 51-59. Las fechas aparecen revisadas en Vigón, p. 353 <<

[437] Según sus sucesor en Valladolid Dionisio Ridruejo. (Conversación en Madrid el 17 de noviembre de 1958). <<

[438] Canales, p. 13. <<

[439] *Obras*. 945-46. <<

[440] Algunos no creen que José Antonio hubiese escrito dicho manifiesto. Entre ellos figura el autor de la historia militar de la guerra civil —que ha servido de pauta a todas las demás—, Manuel Aznar (*Historia Militar de la Guerra de España*, Pág. 40). <<

[441] Jato, p. 182. <<

[442] Según el texto taquigráfico del juicio oral de José Antonio, p. 62, 74. En Alicante había pocos falangistas y cinco de ellos murieron en el intento de rescate (Gutiérrez, p. 245.). <<

[443] Éste y otros papeles de José Antonio se publicaron en un folleto del Partido Socialista, titulado *El Testamento de Primo de Rivera* preparado por Indalecio Prieto en México (sin fecha).

Primero fueron reproducidos en un artículo de Prieto en el periódico mexicano *Mañana* del 24 de mayo de 1947. Posteriormente, Rodolfo Llopis se refirió a ellos en su folleto *Los puntales del Régimen de Franco se quiebran*. <<

[444] Texto taquigráfico del juicio, p. 87. Esta afirmación aparece confirmada por su nota enviada a Echevarría con fecha 9 de agosto de 1936 y que figuraba en los archivos de Martínez Barrio en Paris. <<

[445] En los archivos del gobierno republicano conservados por Martínez Barrio figuraban varias cartas sobre esta cuestión y sobre las condiciones de su encarcelamiento. <<

[446] Jato, p. 246-247. <<

[447] Telegrama del Encargado de Negocios Woelcher del 17 de octubre de 1936. *Germany and the Spanish Civil War,* Doc. n.º 102, p. 114-116. <<

[448] Ernst von Weizsácker, secretario político del ministerio de Asuntos Exteriores germano escribió el 26 de octubre: «No es cuestión de que el partido conceda la menor autorización a Knobloch para que actúe en favor de una revolución nacional-socialista en España». (*Germany and the Spanish Civil War*. Doc. n.º 108, pág. 120.). <<

[449] Canales, p. 12 <<

[450] *Ibíd*. <<

[451] Conversaciones con Hedilla (20 de enero de 1959), Anselmo de la Iglesia (26 de mayo de 1959), Luis González Vicén (23 de febrero de 1959), Narciso Perales (12 de febrero de 1959) y Carlos Juan Ruiz de la Fuente (30 de noviembre de 1958). «A mi juicio fueron tardíos e ineficaces». (Canales, p. 12). <<

[452] Según Hedilla; Ximénez, p. 784-785; Schempp, p. 10; conde de Romanones en Dolor y menoría, p. 307-308; Bray, p. 78. Pese a las acusaciones de algunos falangistas, no existen

pruebas que justifiquen las sospechas sobre la conducta de Franco en esta cuestión. Ni siquiera los alemanes, que desconfiaban de muchos rebeldes por considerarlos como reaccionarios, parecen haberlo puesto en duda. <<

[453] *News Chronicle* de Londres, 24 de octubre de 1936, citado por Bravo, *José Antonio*, p. 138-142. José Antonio dio su propia versión de esta entrevista tres semanas después en el juicio. Texto taquigráfico, p. 20-21. Sólo refuta algunos aspectos secundarios. <<

[454] *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional* (México, 1940), p. 61. <<

[455] Texto taquigráfico del juicio, p. 23. <<

[456] Citado en Ximénez, p. 800-802. Otros relatos figuran en *Solidaridad Obrera* (Barcelona), 17 y 18 de noviembre de 1936 y Pavón, p. 185-201. <<

[457] Largo, p. 208-209. Otros relatos en una conversación con Julio Just (ministro de Obras Públicas de la República en noviembre de 1936), París, 2 de octubre de 1958; Zugazagoitia, p. 246-249; Schulz-Wilmersdorf, p. 104. <<

[458] Prieto, que después de la muerte de José Antonio recogió los papeles privados del líder de la Falange, se sintió impresionado por ellos. Más tarde escribió: «Data de muchísimo tiempo la afirmación filosófica de que en todas las ideas hay algo de verdad. Me viene esto a la memoria a cuenta de los documentos que José Antonio Primo de Rivera dejó en la cárcel de Alicante. Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizás fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla». (Prólogo a *Palabras de ayer y de hoy*, página 17.). <<

[459] *Epistolario*, p. 517-530. <<

[460] Miguel fue canjeado más tarde, junto con su mujer, y trasladado a Mallorca en un buque de guerra británico. Shulz-Wilmersdorf, p. 104. <<

[461] Véase Ximénez, p. 809-825; Pavón, p. 217-218; Mauger, p. 163-168; Manuel Serrante Esplá en *Dolor y memoria*, p. 311-315. <<

[462] Mauger. p. 111. <<

[463] Iribarren, *Con el general Mola*, p. 344. <<

[464] Conversación con Luis González Vicén, Madrid, 21 de mayo de 1959. <<

[465] En un informe de 10 de diciembre de 1936 el embajador alemán Faupel manifestaba su preocupación ante la falta de entrenamiento militar de las milicias falangistas. (*Germany and the Spanish Civil War*. Doc. n.º 148, págs. 159-62). <<

[466] Al propio tiempo, un plan similar, pero mucho más ambicioso, que habían concebido los requetés, fue brutalmente desbaratado por los militares. El jefe carlista Fal Conde fue expulsado del territorio rebelde. <<

[467] Canales, p. 13-14. <<

[468] *Boletín Oficial del Estado*, n.º 64, 22 de diciembre de 1936. (Citado en lo sucesivo como *BOE*). <<

[469] *BOE* n.º 96, 24 de enero de 1937. No se nombró a ningún jefe, aunque se designó al general de Caballería Monasterio como lugarteniente, confiriéndosele provisionalmente el mando. <<

[470] *Ibíd*, n.º 100 y 104 de 28 de enero y 1 de febrero de 1937. <<

[471] En el siguiente capítulo se relata dicha crisis. <<

[472] Conversaciones con Luis González Vicén en Madrid el 6 de mayo de 1959 y con José María Valdés en Bilbao el 13 de diciembre de 1958 <<

[473] Kemp, p. 21. Se trata de las memorias de un oficial británico que sirvió como voluntario en la Legión española. <<

[474] Jato, p. 243 <<

[475] Como la Centuria Canepa y la Segunda Centuria, ambas de Sevilla, que fueron prácticamente aniquiladas en los combates de la Ciudad Universitaria. Patricio Canales, del guión de una interviú en la televisión de Madrid el 23 de noviembre de 1958. <<

[476] García Mercadal, p. 336 <<

[477] Conill, Codo. <<

[478] Alonso Bea, Ecos de la gesta de Teruel (Zaragoza, 1940); García Mercadal, II, p. 201; Cirilo Martín Retortillo, *Huesca vencedora* (Huesca, 1938); Antonio Algarra Ráfegas, *El asedio de Huesca* (Zaragoza, 1941), p. 196. <<

[479] *BOE* n.º 139, 8 de marzo de 1937; Julia, p. 100-101. <<

[480] García Mercadal, I, 322; Esperabé, p. 32-33, 95-96. <<

[481] *Arriba España*, 6 de enero de 1937 <<

[482] *The Times*, Londres, 9 de diciembre de 1936; G. M. Godden, *Conflict in Spain* (Londres, 1937), p. 104. <<

[483] Según Dionisio Ridruejo, a quien protegió Monasterio durante la crisis de abril de 1937. <<

[484] La primera Bandera procedente de las lejanas Canarias embarcó el 5 de setiembre de 1936. El Ejército se encontraba tan falto de soldados que trescientos de los hombres más capaces fueron empleados como tropas de choque. *Hoy* (Las Palmas), 6 de setiembre de 1936; Doreste, *Ocho meses*. <<

[485] Según Ricardo Nieto, jefe provincial de Zamora. <<

[486] Según Canales, que entonces dirigía el periódico de Falange en Oviedo. Otros camisas viejas coinciden con dichas cifras. <<

[487] Cuando el jefe territorial de Salamanca, Francisco Bravo, se trasladó a Galicia, a fines del año, para reclutar nuevos soldados, le fue concedida la graduación de comandante del Ejército. (*Boletín Oficial del Estado,* n.º 54, 12 de diciembre de 1936). <<

[488] Según Ricardo Nieto, en el invierno de 1937 la Falange trató de movilizar a dos mil hombres con destino a la unidad italiana «Fleccie Nere». El mismo Hedilla ayudó al general del Estado Mayor italiano Gambara a reclutar voluntarios en Badajoz. <<

[489] El segundo embajador alemán Von Stohrer consideraba que en los frentes de combate se experimentaban ciertas simpatías por el nacional sindicalismo, *Germany and the Spanish Civil War* n.º 529, p. 590-599. <<

[490] Ortiz, p. 21 <<

[491] Véase Zugazagoitia, pág. 241. Los donemos «ortodoxos» de la CEDA intentaron reagrupar en Salamanca a los diputados de derechas del Parlamento, pero el Ejército se opuso a ello. <<

[492] Cf. Menéndez-Reigada, *La guerra nacional española ante la Moral y el Derecho*. <<

[493] Según Patricio Canales. <<

[494] Informe del 14 de abril de 1937. *Germany and the Spanish Civil War,* doc. n.º 243, p. 267-270. <<

[495] Véase el capitulo 6 <<

[496] Al principio de la guerra civil se crearon dentro del partido varios servicios técnicos encargados de los problemas económicos y administrativos. Muchos de los dirigentes de estos servicios nacionales establecidos en Salamanca eran abogados o ingenieros que habían pertenecido al grupo formado en torno de la revista monárquica *Acción Española*. <<

[497] Gamero fue primeramente secretario de la JONS de Sevilla y luego asesor técnico. <<

[498] Según sus propias declaraciones, citadas en el *Diario de Burgos*, el 24 de mayo de 1937. <<

[499] Todos los documentos relativos a estas negociaciones se encuentran en los archivos del historiador carlista Melchor Ferrer, en Sevilla. <<

[500] Según Pedro Gamero. <<

[501] Así se lo manifestó Franco a Faupel el 11 de abril de 1937. *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 243, p. 267-270. <<

[502] Según Andino (conversación en Madrid el 6 de febrero de 1959). <<

[503] *ABC*, 9 de marzo de 1937 <<

[504] Dionisio Ridruejo, que era entonces el nuevo jefe provincial de Valladolid, afirma que apoyaban a Yagüe porque, a falta de otras cualidades, poseía un temperamento enérgico y dominador, con capacidad de organizador. <<

[505] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p, 19; Schulz-Wilmersdorf, p. 222-223. <<

[506] O así se lo dijo Serrano a Dionisio Ridruejo, con quien trabó una amistad bastante estrecha. <<

[507] Aunque en esta ocasión iba a tener un carácter definitivo, no era la primera vez que la influencia de su mujer intervenía en el destino personal de Serrano. La amistad de aquélla con el líder socialista asturiano Belarmino Tomás contribuyó a que Serrano lograra abandonar Madrid. (Antonio de Lizarra. *Los vascos y la República española*, págs. 124-127). <<

[508] «(Yo) había mantenido amistosa relación con falangistas, tradicionalistas y monárquicos, Sainz Rodríguez, Amado, Rodezno, Hedilla;… el Cardenal Goma… y con el general Mola…», *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 26. <<

[509] Serrano estaba muy impresionado por el fascismo italiano, aunque le repugnaban la tosquedad e insolencia de los nazis. Cf. Sencourt, p. 340. <<

[510] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 32. <<

[511] *Ibíd.*, p. 25-26. <<

[512] *Ibíd.*, p. 63-54. <<

[513] Las actitudes y aspiraciones de Serrano esbozadas en estos párrafos se basan, en parte, en observaciones de Dionisio Ridruejo recogidas por el autor a lo largo de una serie de conversaciones. <<

[514] *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 248, p. 277-279. <<

[515] Cantalupo, p. 221. <<

[516] *Chicago Daily Tribune*, 27 de julio de 1936 <<

[517] *The Times*, Londres, 18 de abril de 1937. <<

[518] *Ibíd.*, 8 de marzo de 1937. <<

[519] Le acompañaba en sus visitas el doctor Orbaneja, primo de José Antonio, extraño personaje que tenía fama de excelente pediatra y se distinguió asimismo en la acción terrorista de la Falange en Mallorca. <<

[520] Según lo relatado por Hedilla. <<

[521] Según el material reunido por García Venero. <<

[522] Cantalupo, p. 118. <<

[523] Según Hedilla. <<

[524] Girado en Alcázar. D. 64.66. <<

[525] *Ibíd.*, p. 68-70. Naturalmente, esto era absurdo. <<

[526] Este relato de los incidentes de la noche del 14 al 15 del mes de abril se basa en conversaciones con Daniel López Puertas en Madrid el 5 de enero de 1959 y en las cartas de Luis Ortiz de Hazas del 9 de junio de 1947, de Víctor de la Serna del 10

de junio de 1947 y de Tomás Rodríguez López de 13 de junio de 1947, todas ellas dirigidas a Manuel Hedilla y publicadas en el folleto clandestino, *Cartas cruzadas entre D. Manuel Hedilla Larrey y D. Ramón Serrano Súñer*, con motivo de la publicación del libro Entre Hendaya y Gibraltar, del señor Serrano Súñer (Madrid, 1948).La versión que da Zugazagoitia en su historia se basa en un panfleto de Pagés Guix y es errónea. <<

[527] Se ha dicho que se incitó a Hedilla a convertir la reunión del Consejo Nacional en una «encerrona», pero no existe confirmación de ello. Se invitaron a seis nuevos consejeros, además de los que figuraban en la lista de 1936, pero no todos eran hedillistas. <<

[528] Ejemplares originales de la circular se encuentran en poder de Hedilla y de José Andino. <<

[529] Andino refiere que José Sainz trató de convencer a José Moreno —el único miembro del nuevo triunvirato que se encontraba en libertad— de que entregara su pistola. Moreno temía por su vida y costó mucho convencerle. <<

[530] Este relato de las reuniones del Consejo Nacional celebradas el 18 y 19 de abril se basa en las notas personales que José Andino tomó durante las mismas. Hedilla considera dichas notas como de gran exactitud. <<

[531] Merino era jefe territorial del Bajo Aragón, y Ruiz Arenado jefe provincial de Sevilla. <<

[532] Por ejemplo, Ricardo Nieto, de Zamora, ha explicado que él votó en blanco porque creía que resultaba menos provocador enviar a un representante oficial a entrevistarse con Franco que al nuevo Jefe Nacional. Él y otros consejeros consideraban que la jefatura de Franco sería inevitable y que lo único que la Falange podía hacer era negociar unas condiciones razonables. <<

[533] Hedilla afirma que ignora quien organizó la manifestación. <<

[534] «Fue, en rigor, un acto unilateral de Franco, aun cuando no faltaron algunas negociaciones previas con elementos de los partidos interesados, cuyos representantes más destacados quedaron notificados de las intenciones del Cuartel General; éste, sin embargo, no se decidió a dar el paso de la unificación que laboriosamente iba gestando sino en virtud de los sucesos que se produjeron en Salamanca en los primeros días de abril» (así, de un tirón, lo afirma Ramón Serrano Súñer en *Entre Hendaya y Gibraltar*, págs. 30 y 31). <<

[535] Hedilla ha afirmado que fue él mismo quien sugirió el título, cuando se le pidió su opinión. Carta a Luis Carrero Blanco de 24 de marzo de 1947, en *Cartas cruzadas…* <<

[536] Franco, *Palabras del Caudillo*, p. 10-11, 14. <<

[537] A los tres días se publicaron ya los primeros nombramientos. *BOE*, 22 de abril de 1937 <<

[538] Joaquín Miranda, que fue nombrado vicesecretario, reconoce que él era el único más o menos falangista de aquel órgano. <<

[539] Hedilla afirma que Aznar, la hermana de José Antonio, Pilar, y todos los «legitimistas» de Madrid insistieron cerca de él para que no aceptase ningún compromiso con Franco. <<

[540] De una carta dirigida por José Sainz a Hedilla el 17 de mayo de 1947. Mariano García, que fue jefe de la secretaría del partido, lo confirma en una carta del 20 de mayo de 1947. Diez años más tarde Ramón Serrano Súñer reconocía que la acusación contra Hedilla tal vez fuera falsa. Carta de 31 de mayo de 1947. (Dichas cartas se reproducen en el folleto *Cartas cruzadas…*). <<

[541] La gestión alemana quizás influyó algo en la conmutación de la pena de muerte de Hedilla. Faupel había sugerido en cierta ocasión a Franco que era preferible nombrar jefe nacional a una personalidad civil.

Después de la detención de Hedilla, Faupel hizo todo cuanto pudo en favor del que consideraba cómo «el único representante auténtico de los trabajadores». Sin embargo no consiguió que la Wilhelmstrasse le autorizara a formular una protesta oficial. *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 243, págs. 267-70; doc. n.º 286, págs. 312-13, y doc. n.º 296, pág. 319. <<

[542] O por lo menos eso es lo que le dijo Franco a Faupel el 1 de mayo. *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 248, p. 277-279. <<

[543] Sobre la suerte inmediata de estos falangistas, véanse más detalles en el folleto de Luis Pagés Guix, *La Traición de los Franco*. <<

[544] Conversación con Vicente Cadenas, Madrid, 23 de febrero de 1959. Víctima, con efectos diferidos, del apoderamiento de la Falange por Franco fue Eduardo Ezquer, Consejero Nacional y antiguo jefe provincial de Badajoz, quien fue expulsado oficialmente de FET en noviembre de 1937. Ezquer había desempeñado un importante papel en la Falange durante los años 1934-1935, creando importantes núcleos de activistas en la región de Badajoz. Los socialistas eran bastante fuertes en esa zona y los militantes de Ezquer habían empleado desde el principio la violencia para disputarles el terreno. Ello había motivado ciertas diferencias entre Ezquer y José Antonio, que obligaron al primero a resignar el mando de Badajoz en la primavera de 1936.

Ezquer era un auténtico revolucionario nacionalsindicalista; pero desde el comienzo de la guerra civil la Falange extremeña había caído bajo el control de Arcadio Carrasco y José Luna, ambos oportunistas de origen burgués. A principios de 1934 Carrasco había tratado de disolver totalmente su organización falangista local (*Hoy*, 13 de diciembre de 1934) mientras Luna

había dimitido oficialmente de su mando falangista durante las turbulentas semanas de la primavera de 1936 (*Extremadura,* Cáceres, 24 de abril de 1936). Sin embargo, el triunfo de los militares en el sudoeste de España les permitió volver a ocupar posiciones dirigentes, desde las que cometieron toda clase de abusos, para resolver a su favor el antiguo pleito, Carrasco maniobró hasta conseguir la expulsión de Ezquer del partido, con lo cual su poder sobre la Falange de Badajoz se hizo indiscutible. Pese a todo, Ezquer nunca llegó a abandonar la lucha, sino que durante un cuarto de siglo siguió trabajando para tratar de hacer triunfar los fines originales de la Falange. <<

[545] Por lo menos, así lo afirma en una carta a Serrano Súñer del 18 de junio de 1947 <<

[546] *BOE* n.º 199 del 18 de julio de 1941. <<

[547] El 30 de abril de 1937 los recursos económicos de los dos grupos que constituían el partido estatal eran los siguientes:

Falangistas: en caja, 5157,40 pesetas; en el Banco de España, 4064,30 pesetas; en el Banco de Bilbao, 50 000 pesetas. Total, 59 221, 70 pesetas.

Requetés: en caja, 1439,70 pesetas; en el Banco Español de Crédito, 30 500 pesetas; fondos varios, 520,19 pesetas. Total, 32 459, 89 pesetas. (Según un recibo firmado por el tesorero de Falange, Pablo de Legarreta, que figura en los archivos de José Andino.). <<

[548] *BOE,* 22 de abril de 1937 <<

[549] *Entre Hendaya y Gibraltar,* p. 60. <<

[550] *Palabras del Caudillo,* p. 167 <<

[551] Según Dionisio Ridruejo. <<

[552] Dice éste: «Algunos falangistas rebeldes que habían quedado en libertad se unieron en un pequeño grupo hostil al Secretariado oficial para seguir influyendo sobre sus propias masas. Comprendí que el Secretariado no era bastante representa-

tivo aunque, en cambio, el trato con estos disidentes sería útil para lograr la entrada cordial de los más auténticos en la nueva organización. Procuré que tuviesen la sensación de que se deseaba diálogo y la comprensión. Mis ejercicios de paciencia fueron infinitos, pero aquél era el único medio seguro de conocer los puntos de vista de los falangistas y tener una idea de cuáles eran las personas en las que ellos tenían más fe, o que realmente tenían más valor. En Salamanca ese grupo estableció su cuartel general en Una pequeña casa de la plazuela de San Julián, donde residía Pilar Primo de Rivera, sacerdotisa que ofrecía todo sacrificio al recuerdo, al pensamiento y al gran propósito de su hermano ausente. A mí aquella pura y rigurosa —casi sublime— lealtad me emocionaba. Allí, en torno a una camilla, se sostenía el fuego sagrado. Pasaban por aquella casa falangistas de casi todas las provincias a recibir consignas o transmitir inquietudes, y todo ello se lanzaba luego sobre el Cuartel General con bastante impertinencia». Serrano, p. 42. <<

[553] *BOE*, n.º 205, 13 de mayo de 1937. <<

[554] Clark, 11, p. 622. <<

[555] *Ibíd*. 11, p. 639. <<

[556] Cadenas niega su intervención en estas actividades, manifestando no haber tenido siquiera conocimiento de la existencia de una «Falange Española Auténtica». A su juicio, se trataría de una maniobra dirigida contra Franco por elementos políticos no identificados. <<

[557] Serrano, p. 75 <<

[558] *Unidad* (Santander), 30 de noviembre de 1937. <<

[559] Incluso antes de ser nombrado jefe de Prensa y Propaganda, Yzurdiaga había publicado en la primera página de su periódico el lema: «La sana doctrina: ¡Con el Ejército Español!» (30 de mayo de 1937). <<

[560] *Unidad* (Santander), 23 de mayo de 1937; *Sur* (Málaga), 12 de diciembre de 1937; *FE* (Sevilla), 1 de enero de 1938; *Hierro* (Bilbao), 7 de marzo de 1938. <<

[561] Incluso de un escritor tan liberal como Pío Baroja. FE, 8 de enero de 1938 <<

[562] *Amanecer* (Zaragoza), 14 de diciembre de 1937. <<

[563] En un discurso pronunciado el 18 de julio de 1937 recogido en *Palabras del Caudillo*, p. 28 y en una interviú a la *United Press* del mismo mes, que figura en *Ibíd*., p. 149 <<

[564] *Ibíd*., p. 196 <<

[565] Según Serrano, «en los primeros meses no había en rigor un candidato viable (para la Secretaría General) en la Falange; ya fuera por su excesiva juventud, por su escaso relieve en la historia del partido o por los recelos que suscitaban en el mando». Cuando se entrevió la posibilidad del regreso de Fernández Cuesta, «su candidatura se presentó inmediatamente para aquel cargo no sólo por los falangistas, sino también, con gran empeño, por otros grupos y sectores que mantenían la más apasionada oposición frente a mí». *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 59. <<

[566] Prieto incitó a Fernández Cuesta para que se uniera a la misteriosa Falange Española Auténtica. Fernández Cuesta afirma que nunca dudó de la buena fe de los promotores de la FEA, pero que después de sus amargas experiencias de 1936 no tenía ningún deseo de oponerse a Franco. (Conversación con Raimundo Fernández Cuesta, en Madrid, el 13 de febrero de 1959.). <<

[567] Fernández Cuesta, p. 51-57. <<

[568] Cita tomada de *La Voz de Galicia* (La Coruña) y reproducida por *FE*, 4 de enero de 1938. <<

[569] Informe de Von Stohrer del 19 de mayo de 1938. *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 586, p. 657-663. <<

[570] *Palabras del Caudillo*, p. 168-169. <<

[571] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 31. <<

[572] Cf. *El Alcázar*, p. 145. Se dijo entonces que el hermano de Serrano, Fernando, había sido secretario provincial de Falange en Baleares antes de la guerra, Zayas, p. 29-31. <<

[573] El único representante del partido en el gobierno fue Fernández Cuesta, nombrado ministro de Agricultura, puesto que resultaba totalmente inadecuado para este señor. <<

[574] Ridruejo era un buen poeta, muy superior a José Antonio. Cuando en 1941 cesó en su cargo oficial, obtuvo justa fama literaria como uno de los mejores poetas neoclásicos españoles. <<

[575] En su informe de 19 de mayo Von Stohrer escribió: «Cuando se producen reveses militares las diferencias políticas salen a superficie… Este fenómeno está apareciendo ahora ante la reducción de las operaciones militares». *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 586, p. 657-663. <<

[576] *El Pueblo Gallego* (Vigo), 23 de abril de 1938, citado por Venegas en *Verdad y mentira de Franco*, p. 367. <<

[577] *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 586, p. 657-663. <<

[578] *Palabras del Caudillo*, p. 46, 52-53. <<

[579] Durante los primeros tiempos de la guerra civil, los falangistas participaron despreocupadamente en la represión derechista. El Ejército, principal responsable de la iniciativa y de la ejecución de esta política de asesinatos en masa, prefirió, en lo posible, utilizar a falangistas para esos menesteres. La complicidad de la Falange en la horrenda matanza es, pues, enorme. Sin embargo, la Falange fue el único movimiento, dentro del grupo de las derechas, que trató de impedir que sus miembros se entregasen a crímenes arbitrarios, incluso en casos excepcionales, como lo atestigua el notario liberal Antonio Ruiz Vilapla-

na. (Véase *Doy fe: un año de actuación en la España nacionalista,* págs. 168-169). <<

[580] Ante la persistencia de los roces entre falangistas y militares, el embajador alemán en Moscú tenía la impresión, a través de la prensa rusa, de que los comunistas creían en la posibilidad de llegar a un entendimiento con elementos de la Falange. Informe del conde Von der Schulenburg, 20 de junio de 1938. *Germany and the Spanish Civil War,* doc. n.º 615, p. 698-699. <<

[581] Según la comunicación de Von Stohrer del 1 de julio. *Ibíd.,* doc. n.º 626, p. 709-711. <<

[582] *Arriba España,* 22 de octubre de 1937 <<

[583] Serrano observa maliciosamente «su vida no fue precisamente intensa». *Entre Hendaya y Gibraltar,* p. 65. <<

[584] *Ibíd,* p. 66 <<

[585] El relato de este incidente está basado en la exposición verbal que del mismo hizo el propio Ridruejo al autor. <<

[586] En esta época González Vélez ya había sido relevado de su cargo en la Junta Política. <<

[587] *Boletín del Movimiento de Falange Española Tradicionalista,* n.º 23, 1 de julio de 1938 (citado en lo sucesivo como BMFET). <<

[588] González Vélez estaba bastante enfermo y murió al cabo de pocos meses. Aznar reapareció en noviembre de 1939, pero ya nunca volvió a intervenir en la política. <<

[589] Ya antes de que terminara la guerra, Franco se preocupó de aplastar el menor intento de oposición interna. Eugenio Vegas Latapié, intelectual inquieto, fundador del grupo de *Acción Española,* fue excluido del Consejo Nacional el 4 de marzo de 1938, y Fal Conde siguió la misma suerte a las cuarenta y ocho horas. (*Boletín del Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las JONS* n.º 16, 15 de marzo de 1938.). <<

[590] Según Ridruejo, González Bueno le tenía mucha envidia a Garrigues, catedrático de Derecho Mercantil de la Universidad de Valladolid. A finales de aquel año contribuyó a exagerar una inocente observación de Garrigues sobre la posibilidad de concluir la guerra por una mediación, convirtiéndola en una acusación de traición que le costó a este último varios meses de prisión. <<

[591] Es decir, las posiciones se dividieron entre Sainz Rodríguez, Aunós, Arellano, Esteban Bilbao, José Yanguas Messía, José María Valiente y otros, por un lado, y Fernández Cuesta, Aznar, Ridruejo y los demás (secundados por Queipo de Llano), por otro. <<

[592] Este relato de la redacción del Fuero del Trabajo se basa en conversaciones con Dionisio Ridruejo en Madrid el 10 y 19 de enero de 1959. <<

[593] *BMFET*, n.º 16, 15 de Marzo de 1938 <<

[594] Clark, 11. p. 731-732. <<

[595] *BMFET*, n.º 19, mayo de 1938. <<

[596] Clark, 11, p. 749-750. <<

[597] *Intemperie, victoria y servicio: Escritos y discursos*, p. 91. <<

[598] *Ibíd.*, p. 101-102. <<

[599] *BMFET*, n.º 11, 1 de enero de 1938 <<

[600] Según Andino. Éste había sido desposeído de su jefatura provincial después de la unificación porque se había reservado Burgos a los carlistas. Andino se negó a aceptar el cargo de secretario provincial y quedó sin empleo hasta que se le destinó a los Sindicatos. <<

[601] Clark; 11, p. 726 <<

[602] *BMFET*, n.º 3, 1 de septiembre de 1937; *Actividad* (Palma de Mallorca), 21 de agosto de 1937 <<

[603] Clark; 11, p. 752-753. <<

[604] *Ibíd.*, 11, p. 727 <<

[605] Cf. *El Pensamiento Navarro,* 11 de enero de 1938 <<

[606] McCullagh, p. 61-62; *Sur,* 11 de septiembre de 1937; *Alerta* (Santander), 12 de septiembre de 1937; *Arriba España,* 1 de diciembre de 1937; *El Heraldo de Aragón,* 1 y 3 de diciembre de 1937; *El ideal Gallego* (La Coruña), 14 y 18 de diciembre de 1937; *El Pueblo Gallego* (Vigo), 7 de enero de 1938; *La Rioja* (Logroño), 26 de febrero de 1938. <<

[607] *Arriba España,* 9 de enero de 1938; *Amanecer* (Jerez), 27 de septiembre de 1937; *FE,* 21 de diciembre de 1937; *El Pueblo Gallego,* 11 y 16 de enero de 1938; *Arriba España,* 9 de abril de 1938. <<

[608] Por lo menos en dos ocasiones los censores demasiado rigurosos suprimieron hasta la misma palabra «Falange». *Hierro,* 13 de enero de 1938; *El Ideal Gallego,* 4 de febrero de 1938 <<

[609] *La Rioja,* 14 de enero de 1938. <<

[610] Aunque a los falangistas se les mantenía al margen de toda actividad política, no dejaron por ello de tomar alguna iniciativa de interés. Una de las actividades más importantes en el terreno civil, aunque sin carácter político, consistió en la movilización de los jóvenes para la repoblación forestal. Esta actividad, iniciada el 4 de octubre de 1938, contribuyó a modificar el aspecto de algunas zonas de España (*Boletín del Movimiento de Falange Española Tradicionalista,* n.º 33, 10 de octubre de 1938). <<

[611] Cantalupo, p. 117. <<

[612] *BOE,* 17 de noviembre de 1938 <<

[613] *Palabras del Caudillo,* p. 77-79. <<

[614] *Ibíd,* p. 132, 139 <<

[615] Véase Ros y Boulhelier. <<

[616] *BMFET*, n.º 2, 15 de agosto de 1937 <<

[617] *Ibíd*. <<

[618] Circular n.º 1 de la Secretaría Política, 5 de julio de 1937 <<

[619] Cf. Colmegna, p. 53 <<

[620] Oudard, p. 251. <<

[621] *BMFET*, n.º 7, 1 de noviembre de 1937. Existía incluso una fuerte animosidad entre los «curas falangistas» como Fermín Yzurdiaga, que fue jefe de Prensa y Propaganda de *FET*, y el clero regular carlista. A ello se refiere el sacerdote vasco Iñaki de Aberrigoyen en *Sieben Monaíe und sieben Tage in Franco-Spanien*, p. 114-115. <<

[622] Carta al general Franco de 28 de noviembre de 1937 que figura en la colección de documentos de Melchor Ferrer, *El General Franco y la Comunión Tradicionalista*, p. 38-41. <<

[623] Véase el capítulo siguiente. <<

[624] *BMFET*, n.º 16, 15 de marzo de 1938 <<

[625] Lo mismo les ocurrió a otros grupos derechistas. Los miembros de *Acción Española*, que fueron los principales promotores de la fusión de los partidos, vieron cómo se reducía prácticamente a la nada su propaganda durante el breve período en que Ridruejo impuso su política. Según Eugenio Vegas Latapié ni siquiera se les permitió publicar una antología de textos impresos varios años antes bajo la República y contra la misma. <<

[626] Por ejemplo, en la biografía del general Mola, publicada en 1939 por José María Iribarren, todos los pasajes elogiosos para los carlistas fueron censurados. Se eliminó incluso una cita de Shakespeare afirmando que Navarra sería un día «el asombro del universo». Y donde Iribarren escribía que 14 000 requetés y 4000 falangistas respondieron al llamamiento inicial de Mola, el censor invirtió tranquilamente las proporciones.

(Del manuscrito de José María Iribarren «Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro Con el general Mola», 15 de mayo de 1944.). <<

[627] Según Arellano. <<

[628] Informe del embajador alemán Von Stohrer del 17 de noviembre de 1938. *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 699, p. 796-801. <<

[629] Circular n.º 12 de la Secretaría Política, 19 de julio de 1937. <<

[630] Así se relata en una carta de Fal Conde a Franco del 19 de agosto de 1945, que figura en el archivo de Ferrer. <<

[631] Cantalupo, p. 62-65 y 83-86. <<

[632] *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 142, p. 152-153. <<

[633] Sin embargo, cuando el primer embajador alemán Von Faupel llegó a Salamanca en noviembre de 1936 iba acompañado de un consejero de propaganda y de un experto «para cuestiones de organización de la Falange», *Ibíd.*, doc. n.º 125, p. 134. <<

[634] *Ibíd.*, doc. n.º 157, p. 170-173. <<

[635] El marqués de Valdeiglesias cuenta que durante la primera semana de la guerra civil el embajador de Italia le declaró en Biarritz que en su último informe a Roma descartaba toda posibilidad de un triunfo de la rebelión de las derechas. (Conversación en Madrid, 17 de febrero de 1959.). <<

[636] *Ibíd*, doc. n.º 207, p. 229. <<

[637] *Ibíd.*, doc. n.º 243, p. 267-270. <<

[638] Serrano, p. 47-51; *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 254, p. 284-286. <<

[639] Según Yzurdiaga. <<

[640] En un informe de febrero de 1938. Germany and the Spanish Civil War. doc. n. º 529 p. 590-599. <<

[641] *Ibíd*, doc. n.º 529, p. 590-599. <<

[642] Cf. Marcel Sauvage, *La corrida* (París, 1938), p. 203-204. <<

[643] *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 455, p. 480-484. <<

[644] *Ibíd*., doc. n.º 565, p. 640 <<

[645] Interviú con el general Emilio Canevari, Roma, 6 de abril de 1959 <<

[646] Mira y Salvatorelli, p. 805-806. <<

[647] *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 248 p. 277-279. <<

[648] Notas de su conversación con Franco el 19 de julio de 1939 en Malcom Muggeridge, editor de *Ciano's Diplomatic Papers*, p. 290-295.

Además los italianos aprobaron explícitamente la oposición de la Falange a ciertos ministros y diplomáticos relativamente anglófilos como Jordana y Sangróniz. *Ciano's Hydden Diary*, 1937-1938, p. 48. <<

[649] No existe ninguna biografía del Caudillo que pueda considerarse como satisfactoria. Puede ser útil para algunos detalles del comienzo de su carrera el libro de Coles, *Franco of Spain*. <<

[650] *BMFET*, n.º 33, 10 de octubre de 1938 <<

[651] El artículo 42 de los Estatutos del partido establece que el Caudillo designará secretamente a su sucesor, el cual será proclamado por el Consejo Nacional en caso de muerte o incapacidad física de aquél. Por endeble que parezca, ésta fue la única disposición tomada inicialmente; para asegurar la continuidad del régimen de Franco. <<

[652] Clark, II, p. 635, 653. Las teorías y la inculcación de un espíritu académico entre los estudiantes nunca habían sido el fuerte del SEU. No obstante, en sus primitivos estatutos de 1933 se abogaba por una educación dirigida por el Estado. Bajo las leyes de educación del Estado de Franco inspiradas por Sainz Rodríguez, toda la enseñanza media fue sometida a las normas estrechas de la Iglesia y a la supervisión clerical. Pero hubo muy pocas protestas, salvo en el ambiente relativamente más libre de ciertas tabernas frecuentadas por veteranos del partido. <<

[653] En aquellos tiempos, la mayoría de las muchachas tenía que vencer la oposición familiar para afiliarse. Dora Maqueda, una de las Fundadoras más activas, afirma: «La Sección Femenina era nuestro veneno y nuestra gloria» (Conversación en Madrid el 10 de enero de 1959). <<

[654] *La Sección Femenina: Historia y organización*, p. 20. <<

[655] *BMFET*, n.º 6, 15 de octubre de 1937 <<

[656] Clark, II, p. 652. <<

[657] *La Sección Femenina*, p. 32. Una versión hecha con simpatía figura en Corthis, p. 84-108. <<

[658] El punto veintisiete, que prohibía toda alianza con otros grupos políticos, fue eliminado muy comprensiblemente. <<

[659] La única purga en las filas de la Falange se produjo a finales de 1938, con el fin de excluir del partido a los culpables de crímenes de guerra. La depuración fue muy limitada y sólo fueron dados de baja unos cuantos miembros. (B. M. FET, núms. 22 y 23, del 15 de junio y 10 de octubre de 1938, respectivamente.). <<

[660] *BOE*, 10 de agosto de 1939 <<

[661] En realidad Miguel Primo de Rivera carecía de peso propio; no había desempeñado ningún papel en la Falange antes de

la guerra. Sobre el provecho que sacó Franco de esa operación véase Serrano, p. 122. <<

[662] *Palabras del Caudillo*, p. 299. <<

[663] Clark, II, p. 659. <<

[664] Telegramas del 2 y 15 de agosto de 1939, de Sotomayor a Carlos Juan Ruiz de la Fuente, que figuraban en los archivos de este último. Ruiz de la Fuente fue el principal colaborador de Sotomayor en estos proyectos. <<

[665] Había sido nombrado para dicho cargo unos meses antes. *BMFET*, 10 de mayo de 1939 <<

[666] *Ibíd.*, 20 de agosto de 1939 <<

[667] De un guión programático, sin fecha, preparado por Ruiz de la Fuente. <<

[668] De un discurso ante la Falange de Madrid, a principios de noviembre de 1939, publicado en forma de folleto. <<

[669] *BMFET*, 20 de noviembre de 1939. Sotomayor murió dos años más tarde luchando en Rusia con la División Azul. La principal fuente sobre estas maniobras en torno al Frente de Juventudes fue Carlos Juan Ruiz de la Fuente. Conversaciones en Madrid el 30 de noviembre de 1958 y 8 de febrero de 1959. <<

[670] Informe de Von Stohrer, 19 de febrero de 1939. *Germany and the Spanish Civil War*, doc. n.º 740, p. 843-851. <<

[671] Véase capitulo 4 <<

[672] Caralt afirma que los conspiradores podían contar con unos 900 excombatientes de Cataluña, en 1940. Conversación en Barcelona, 31 de marzo de 1959. <<

[673] Fue necesario expulsar a Buhigas y Cazañas, implicados en un asunto de malversación de fondos públicos. <<

[674] La principal fuente para este relato de la conspiración de 1939-1941 son la conversación y las notas de Patricio Canales.

El lector debe tener en cuenta que los recuerdos personales fácilmente se encuentran sujetos a exageración. <<

[675] Bajo la dirección de Eduardo Ezquer continuó subsistiendo un grupo clandestino denominado ORNS (Ofensiva de Recobro Nacional Sindicalista) que desarrolló una acción de agitación y propaganda entre los jóvenes hasta bastante tiempo después de terminada la segunda guerra mundial. Su propósito era el de sustituir la Falange franquista por un movimiento fascista revolucionario y sindicalista. A lo largo de quince años, Ezquer fue detenido seis veces y compareció ante los tribunales de justicia en cinco ocasiones, sin que ello le hiciera desistir de sus propósitos. <<

[676] Véase Capítulo 6. <<

[677] La actitud del general Várela ha sido descrita así por Arrese. Conversación en Madrid en diciembre de 1960 <<

[678] Según el propio Merino. Conversación en Barcelona, 2 de abril de 1959. <<

[679] Ocasionalmente realizó un viaje a Alemania en la primavera de 1941 para inspeccionar la organización del trabajo. *Arriba*, 3 de abril de 1941. <<

[680] Clark. II. p. 764, 775 <<

[681] *Arriba*, 1 de abril de 1940. <<

[682] Todo esto según manifestaciones de Gerardo Salvador Merino. <<

[683] Bilbao era un ejemplar típico de la más grotesca política, que recurría constantemente a citas grandilocuentes para adornar sus discursos. No obstante, a algunos españoles les gusta este estilo relumbrante y Serrano tenía cierta debilidad por este personaje. Bilbao es el autor de la frase que figura en todas las monedas españolas: «Francisco Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios». (Los bromistas españoles pronto cambiaron

la expresión por ésta: «Francisco Franco, Caudillo de España por una gracia de Dios».). <<

[684] Carceller era uno de los más avisados financieros de España y uno de los más afortunados oportunistas vinculados en el régimen. Como tal merece consideración aparte. Carceller procedía de una familia humilde de Tarrasa y en su juventud fue protegido por el conde de Egara. Recibió una formación de técnico industrial y dirigió algunas empresas modestas antes de entrar en el mundo de las finanzas. Después de convertirse en el jefe de una importante compañía de petróleos de las islas Canarias, Carceller empezó a interesarse en política. Durante la República fue uno de los miembros del grupo financiero que proporcionó cierta ayuda económica a Calvo-Sotelo y a José Antonio (véase Capítulo 2), convirtiéndose en uno de los dirigentes falangistas de Barcelona.

Carceller era un inteligente hombre de negocios y un hábil político. Al terminar la guerra civil formó parte del Consejo Nacional. Formó parte de la misión que acompañó a Serrano Súñer a Berlín en 1940, y en 1941 fue nombrado ministro de Industria y Comercio. Su política consistió en explotar a fondo las necesidades económicas tanto del Eje como de los aliados durante la guerra. (Cf. Herbert Feis, *The Spanish Story*, Nueva York, 1950). En general se le atribuye el haber iniciado la corrupción en gran escala dentro del régimen, a partir de 1941. En 1944 contribuyó a la revisión de la política española, iniciando un acercamiento hacia los anglosajones con el argumento de que los capitalistas de todo el mundo podían entenderse entre sí. Existe bastante desacuerdo en relación con su actitud respecto a la Falange. Después de la destitución de Merino colaboró en ciertos aspectos con los Sindicatos. Carceller fue relevado de su cargo de ministro en 1945. <<

[685] Véase el capítulo siguiente. <<

[686] Según Arrese, enero de 1961 <<

[687] Clark, II, p. 646. <<

[688] *BMFET,* 1 de octubre de 1939. <<

[689] Véanse los comentarios de Pettinato, p. 84-96. <<

[690] Gutiérrez, p. 62. <<

[691] Beneyto y Costa Serrano, p. 150, 156 y 169. <<

[692] Particularmente en *El nuevo Estado español* (Madrid, 1939), p. 39, 59-68. <<

[693] Alfonso García Valdecasas: «Los Estados Totalitarios y el Estado Español», *Revista de Estudios Políticos*. Vol. II, n.º 5 (enero 1942), p. 5-32. <<

[694] Javier Martínez de Bedoya: «El sentido de la Libertad en la Doctrina Falangista», *Revista de Estudios Políticos,* Vol. III, n.º 10 (julio-agosto 1943), p. 313-334. <<

[695] Arrese, *Escritos y discursos,* p. 211-231. <<

[696] José Antonio se había mostrado bastante ambiguo en la utilización de los términos «fascista» y «totalitario». Ambos fueron empleados en los primeros meses de existencia de la Falange, pero más larde el Jefe desechó la palabra «fascista» y trató asimismo de apartar a su partido de lo que representaban los conceptos de «panestatismo» y «totalitarismo». <<

[697] Clark, 1, p. 78. <<

[698] La interpretación de la gestión de Gamero que se contenía en la primera edición inglesa de esta obra era parcialmente incorrecta. El actual texto ha sido revisado por el autor. <<

[699] *Arriba,* 19 de enero de 1941. <<

[700] En realidad, Ridruejo había dimitido de su cargo dos meses antes. (N. del T.). <<

[701] El nombramiento de Galarza y la destitución de Tovar y Ridruejo se publicaron en menos de quince días. *BOE* núms. 126 y 138, del 6 y 18 de mayo de 1941, respectivamente. <<

[702] Arrese se refiere, en parte, a esa labor en su folleto, *Málaga desde el punto de vista urbanístico* (Málaga, 1941). <<

[703] *BOE* núms. 140 y 142 del 20 y 22 de mayo de 1941. El relato de la crisis política de mayo de 1941 se basa en gran parte en una serie de entrevistas con Dionisio Ridruejo en 1958-1959 y con José Luis de Arrese en enero de 1961. <<

[704] Esta versión de la disputa entre Serrano y Arrese se basa en los recuerdos personales de este último. <<

[705] Palabras citadas por Ridruejo en una entrevista recogida por Luis Ortega Sierra y reproducida en *Preuves* (n.º 76, junio de 1957, pág. 14).En sus memorias, Serrano no oculta el hecho de que el nuevo partido, a cuya creación tanto contribuyó, no era más que una fachada ideológica y un mero instrumento de un régimen cuyo único fundamento institucional residía en el Ejército. «Ni la legislación ni las medidas de gobierno llegarían a ser jamás resueltamente unitarias. En último término, el centro de gravedad, el sostén verdadero del régimen (pese a las apariencias que tontamente nos esforzamos por exagerar) fue y seguirá siendo el Ejército; el Ejército nacional… sería aún (acaso por fortuna) el suplente de un Estado que no acababa de ser, que no acababa de tomar cuerpo institucional y forma orgánica verdadera». (Entre Hendaya y Gibraltar, pág. 128.). <<

[706] Arrese, *Escritos y discursos*, p. 41-47, 89-95, 137-139 y otras. 226 <<

[707] Arrese, *La revolución social del Nacional-Sindicalismo*, p. 36-41. <<

[708] Arrese, *Escritos y discursos*, p. 207-210. <<

[709] Entrevista con José Luis de Arrese, Madrid, 9 de febrero de 1959. (En este momento Arrese era ministro de la Vivienda.). <<

[710] Citado por Bray, p. 114. <<

[711] Del *Anuario Español del Gran Mundo*, de 1942. <<

[712] García Hinojosa, p. 80 <<

[713] Ambos manifiestos se encuentran en el archivo de Melchor Kerrer, en Sevilla. <<

[714] El relato de las consecuencias del incidente de Begoña se basa principalmente en los recuerdos personales de Arrese. Cf. Jato, p. 322-323. <<

[715] Unos años más tarde, Serrano Súñer escribía: «En realidad, la Falange fue un intento político que no alcanzó plena madurez. Fue un ideal, una corriente de pensamiento, de emoción y de acción, iniciada y difundida por José Antonio Primo de Rivera, y a la que unos miles de hombres pretendieron ser fieles… En algunos momentos esa corriente ha sido casi idéntica a un partido concreto. En algunos momentos pareció estar a punto de identificarse con el régimen vigente en España. Luego esa corriente fue cosa bien distinta y alejada de toda encarnación histórica y real» (*Entre Hendaya y Gibraltar*, página 366.). <<

[716] De una carta dirigida por Carmelo Paulo y Bondla al autor, el 2 de mano de 1959 <<

[717] Según relato de Arrese en enero de 1961. Cf. su prólogo a *Capitalismo, comunismo, cristianismo*. <<

[718] Los falangistas jóvenes más «duros» no quisieron renunciar a sus sueños de un nuevo orden fascista para Europa, aunque el Imperio nazi se estaba derrumbando, batido en tres frentes. En 1944 unos cuantos veteranos del partido organizaron el llamado «Círculo Nosotros», cuyos miembros proclamaban que no renunciarían nunca a los objetivos iniciales totalitarios de la Falange. La presión de las circunstancias obligó al grupo a disolverse en 1945, pero al abandonar el Círculo, sus miembros renunciaron asimismo a la mayor parte de sus actividades falangistas. Jato, p. 337-338. <<

[719] Clark, II, p. 719-721. <<

[720] *Ibíd,* 11, p. 569. <<

[721] *Hierro,* 25 de enero de 1938 (el subrayado es del autor). <<

[722] Foltz, p. 97. Esta cifra se refiere únicamente a las ejecuciones dictadas por la administración de la justicia desde abril de 1939 a junio de 1944 y no incluye las ejecuciones llevadas a cabo por el Ejército. <<

[723] Jato, p. 328 <<

[724] *Ibíd.,* p. 339 <<

[725] En 1945 se rumoreaba que Arrese intentaba crear un bloque antiderechista en el seno del Movimiento. Cf. carta a Rodrigo Vivar, Luis González Vicén y Fermín Zelada, 20 de noviembre de 1945 en el *Boletín de la Guardia de Franco,* n.º 20, 25 de diciembre de 1945, reproducida en el libro de Arrese, *Hacia una meta institucional* (Madrid, 1957), p. 1-20. <<

[726] Arrese, *Capitalismo, comunismo, cristianismo*. <<

[727] *Ibíd.,* p. 104. <<

[728] Clark, II, p. 573. <<

[729] «Tetrib Airumi», en, *Domingo,* 5 de septiembre de 1937, citado por Ruiz Vilaplana, p. 235. <<

[730] Cf. Francolie, p. 78-83. <<

[731] *Vieja Guardia,* enero-junio 1956. <<

[732] Carta de Vicén a Arrese, 8 de junio de 1956, p. 2. <<

[733] *Ibíd.,* p. 3. <<

[734] «Tal vez es la única que le queda después de estos años de nuestro régimen durante los cuales, en nombre de la unidad se ha llevado a cabo un grave proceso de desunión a través de los privilegios de clase». Ibíd., p. 3. <<

[735] «Por otra parte, temo que el movimiento de retirada que la Iglesia ha iniciado claramente en los últimos meses, pueda

verse acelerado por nuestra acción, provocándose una situación critica para el régimen, antes de lo deseable». *Ibíd.*, p. 3. <<

[736] *Ibíd.*, p. 4. <<

[737] *Ibíd.* <<

[738] *Ibíd.*, p. 5. <<

[739] *Ibíd.*, p. 6. <<

[740] *Ibíd.*, p. 7. <<

[741] *Ibíd.*, p. 10 <<

[742] *Ibíd.*, p. 9 <<

[743] *Ibíd.*, p. 9 <<

[744] Informe del Instituto de Estudios Políticos, en relación con los Anteproyectos de Leyes Fundamentales sometidos a la consideración del Consejo Nacional, p. 23. <<

[745] *Ibíd.*, p. 12. <<

[746] De acuerdo con el Anteproyecto de Ley Orgánica del Movimiento Nacional propuesto, el Consejo Nacional se compondría de 150 miembros como mínimo, algunos de los cuales serían designados por el Jefe del Estado, pero por lo menos la mitad deberían ser elegidos por los miembros del partido. El Consejo deberla reunirse anualmente y tendría la misión de supervisar la aprobación de nuevas leyes para evitar toda desviación ideológica, así como la de dirigir el Movimiento. El Secretario General del Movimiento sería elegido por el Consejo Nacional y ratificado su nombramiento por el Jefe del Estado por un plazo de seis años. Un voto de censura del Consejo determinarla su dimisión en el plazo de veinticuatro horas. Una de las prerrogativas del Consejo sería la de poner el veto a cualquier proyecto de ley elaborado por las Comisiones de las Cortes que se considerase peligroso, antes de pasar a su votación por las Cortes. El Comité de Acción del Consejo podría hacer toda cla-

se de recomendaciones a cualquier órgano de la Administración.

Como disposición final del Anteproyecto de Ley Orgánica del Movimiento Nacional se establece que tanto si este proyecto era sancionado y promulgado inmediatamente por el gobierno como si no, entraría en vigor en el caso de establecerse un nuevo sucesor al actual Jefe del Estado. <<

[747] *Hacia una meta institucional,* p. 191-192. <<

[748] *Ibíd.*, p. 212. <<

[749] *Ibíd.*, p. 215. <<

[750] *Ibíd.*, p. 213 <<

ÍNDICE